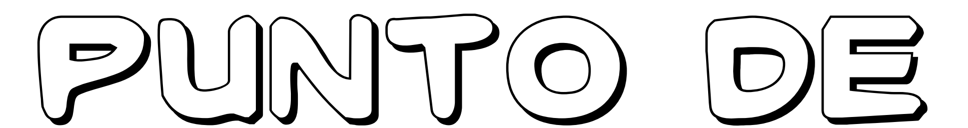
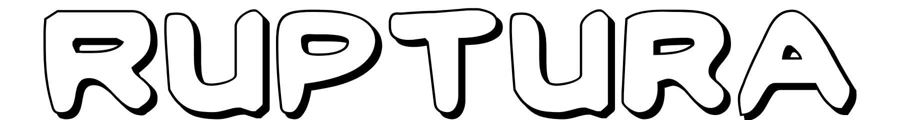
STAR WARS

LAS GUERRAS CLON





Matthew Stover

Título Original: Star Wars. A Clone War novel. Shatterpoint
Traducción: Lorenzo F. Díaz

Para Robyn, mi esposa,
por hacer que me sienta agradecido
de no ser un Jedi.

Y para los aficionados,
por mantener vivo el sueño.

INTRODUCCIÓN

PELIGROSAMENTE CUERDA

DE LOS DIARIOS PRIVADOS DE MACE WINDU.

En mis sueños, siempre hago lo correcto.

En mis sueños, estoy en la tribuna del circo. En Geonosis. Un brillo anaranjado arranca sombras de mis ojos. Abajo, en la arena, están Obi-Wan Kenobi, Anakin Skywalker y la senadora Padmé Amidala. Sentado en la piedra mal tallada, al alcance de mi mano, está Nute Gunray. Al alcance de mi hoja, Jango Fett.

Y el Maestro Dooku.

No. Ya no es un Maestro. El conde Dooku.

Puede que nunca me acostumbre a llamarle así. Ni siquiera en sueños.

Jango Fett está forrado de armas. Es un asesino instintivo, el hombre más letal de la galaxia. Puede matarme en una fracción de segundo. Lo sé. Notaría la violencia que irradia de él incluso sin haber visto el informe que envió Kenobi desde Kamino; es un púlsar de muerte en la Fuerza.

Pero hago lo correcto.

Mi hoja no ilumina la parte inferior de la mandíbula cuadrada de Fett. No pierdo tiempo con palabras. No titubeo.

Creo en lo que hago.

En mis sueños, el fogonazo púrpura de mi hoja chamusca los cabellos grises de la barba de Dooku y, en el semisegundo crítico que tarda Jango Fett en apuntar y disparar, giro esa hoja, llevando conmigo a Dooku a la muerte.

Y salvo a la galaxia de una guerra civil.

Podría haberlo hecho.

Podría haberlo hecho.

Porque lo sabía. Podía sentirlo.

Pude notar, en el torbellino de Fuerza que me envolvía, las relaciones forjadas por Dooku con Jango y con la Federación de Comercio, con los geonosianos y con el movimiento separatista: relaciones de ambición y miedo, de engaño y de cruda intimidación. No sabía lo que eran —no sabia cómo las había forjado, ni por qué—, pero sentí su poder, ese poder que ahora identifico como una telaraña de traición tejida para atrapar a toda la galaxia.

Pude sentir que la telaraña se pudriría si él no estaba para mantenerla, para reparar sus defectos y reforzar sus débiles hilos; que se marchitaría y se descompondría hasta que bastara un soplido para romperla y dispersar sus hebras por los infinitos vientos estelares.

Dooku era el punto de ruptura.

Lo supe.

Ése es mi don.

Imagina una gema de Corusca, un mineral cuya entrelazada estructura cristalina lo hace más fuerte que el duracero. Se la puede golpear con un martillo de cinco kilos y sólo se mellaría la superficie del martillo. Pero esa misma estructura cristalina que le otorga esa resistencia, también la dota de puntos de ruptura, lugares donde la aplicación precisa de una fuerza cuidadosamente calculada —apenas un simple golpecito— puede romperla en pedazos. Pero para encontrar esos puntos de ruptura y, tallando la gema Corusca a partir de ellos, obtener algo bello y de utilidad, se precisan años de estudio, una comprensión íntima de la estructura cristalina y una práctica rigurosa que permita a tu mano combinar a la perfección la fuerza y la precisión necesarias para obtener el corte deseado.

A no ser que se tenga un talento como el mío.

Yo puedo ver los puntos de ruptura.

No los veo con el sentido de la vista, pero "ver" es la palabra en básico que más se acerca a definirlo. Es una percepción. Siento que lo que veo encaja con la Fuerza, y que la Fuerza, a su vez, lo enlaza consigo misma y con todo lo demás. Yo tenía seis o siete años estándar de edad —y estaba muy avanzado en mi entrenamiento en el Templo Jedi— cuando me di cuenta de que los demás estudiantes, los Caballeros Jedi adultos, y hasta los Maestros más sabios, sólo podían sentir esa conexión con dificultad, y sólo mediante la práctica y la concentración. La Fuerza me mostraba puntos fuertes y débiles, defectos ocultos y usos inesperados de los mismos: me mostraba líneas de tensión que se afinaban o alargaban, que se torcían o se cortaban; me mostraba cómo esas líneas se entrecruzaban para conformar la matriz de la realidad.

En palabras sencillas: cuando veo a través de la Fuerza, puedo ver por dónde cederá.

Miré a Jango Fett en la arena del circo geonosiano. Era una combinación perfecta de armas, habilidad y voluntad de utilizarlas. Un asesino que era como el entrelazado de un cristal. La Fuerza me insinuó un punto de ruptura, y yo dejé en la arena un cadáver sin cabeza. El del hombre más letal de la galaxia.

Ya sólo era un hombre muerto.

Las situaciones tienen puntos de ruptura, como las gemas. Pero en ese caso son fluidos, efímeros. Se descubren durante un instante y desaparecen nuevamente, sin dejar rastro de su existencia. Siempre son una cuestión de ritmo.

No existen las segundas oportunidades.

Si vuelvo a encontrarme con Dooku —*cuando vuelva a encontrarme con él* —, ya habrá dejado de ser el punto de ruptura de la guerra. Ya no podré detener esta guerra con una única muerte.

Pero aquel día, en el circo geonosiano, podría haberlo hecho.

Unos días después de la batalla, el Maestro Yoda me encontró en una cámara de meditación del Templo.

—Tu amigo fue él —dijo el anciano Maestro, mientras cojeaba al cruzar la puerta. Yoda siempre tuvo el don especial de saber lo que yo pensaba—. Respeto le debías. Afecto incluso. Matarlo allí no podías, no por una sensación sólo.

Pero podría haberlo hecho.

Debería haberlo hecho.

Nuestra Orden prohíbe los apegos personales precisamente por esa razón. De no haberlo honrado —e incluso querido— tanto, la galaxia viviría ahora mismo en paz. "Por una sensación sólo", dijo Yoda.

Soy un Jedi.

Desde que nací, me he entrenado para confiar en mis sensaciones. Pero, ¿en qué sensaciones debo confiar?

Cuando me enfrenté al dilema entre matar a un antiguo Maestro Jedi o salvar a Kenobi, al joven Skywalker y a la senadora... dejé que la Fuerza eligiera por mí. Seguí mis instintos.

Hice una elección Jedi.

Y por eso Dooku escapó. Y por eso la galaxia está en guerra. Y por eso han muerto muchos de mis amigos.

Las segundas oportunidades no existen.

Resulta extraño. Soy un Jedi, pero me ahoga el pesar de haber perdonado una vida.

Muchos de los supervivientes de Geonosis sufren pesadillas. Los sanadores Jedi que les han atendido me han contado un caso tras otro. Las pesadillas son inevitables; no se masacraban tantos Jedi desde la Guerra Sith, hace cuatrocientos años. Ninguno de ellos podía imaginar lo que seria estar en ese circo, rodeados de cadáveres de amigos, bajo la abrasadora luna anaranjada, con la peste y la arena empapada en sangre. Puede que yo sea el único veterano de Geonosis que no tiene pesadillas de ese lugar.

Porque en mis sueños, siempre hago lo correcto.

Mi pesadilla es lo que encuentro al despenar.

Los Jedi también tienen puntos de ruptura.

***

Mace Windu se detuvo en el umbral de la puerta e intentó recobrar la calma. Un arco de sudor oscurecía la capucha de su túnica, que se le pegaba a la piel. Venía directamente de un entrenamiento en el Templo, y no se había parado ni a tomar una ducha. El ritmo rápido, casi de carrera, que había mantenido al recorrer el laberinto que era el Senado Galáctico no le había dado oportunidad de enfriarse.

Tenía ante sí el despacho privado de Palpatine, vasto y reluciente, en la suite privada del Canciller Supremo, situada bajo la Gran Rotonda del Senado. Lo componían un tramo de suelo de ebonita pulida, unos pocos sillones sencillos y una mesa de caballete, también de ebonita. Al margen de dos estatuas solitarias, no había retratos, pinturas o decoraciones; sólo repetidores holográficos que se alzaban del suelo al techo, mostrando imágenes en tiempo real de la ciudad galáctica, divisada desde el pináculo de la cúpula del Senado. En el cielo del exterior, los espejos orbitales no tardarían en dar la espalda al sol de Coruscant para provocar el crepúsculo en la capital.

En el despacho sólo estaba Yoda. Solo. Sentado de forma solemne en su silla flotante, cerrando las manos sobre el pomo de su bastón.

—A tiempo llegas —observó el anciano Maestro—, pero sólo por poco. Coge una silla; preparados debemos estar. Grave me temo que esto sea.

—No esperaba ninguna fiesta. —Sus botas taconearon por el pulido suelo. Se acercó a uno de los sillones sencillos y mullidos que había junto a Yoda y se sentó mirando al escritorio. La tensión hizo que le doliera la mandíbula—. El mensajero dijo que estaba relacionado con la operación de Haruun Kal.

El hecho de que el Canciller, entre todos los miembros del Consejo Jedi y el Mando Supremo de la República, sólo hubiera llamado a los dos miembros más antiguos del Consejo, implicaba que las noticias no eran buenas.

Esos dos veteranos difícilmente habrían podido ser más diferentes. La altura de Yoda apenas sobrepasaba las dos terceras panes del metro, tenía la piel verde, como un quelpo-errante chadiano, y grandes ojos saltones que a veces parecían tener vida propia; Mace era alto para ser humano, le faltaba la anchura de la palma de una mano para alcanzar los dos metros, y tenía hombros anchos y fuertes, brazos sólidos, ojos oscuros y un rictus de hosquedad en la boca. Yoda dejaba que los escasos restos de sus cabellos cayeran al azar, pero Mace tenía el cráneo afeitado y del color del lamma pulido.

Pero puede que lo que más diferenciara a los dos Maestros Jedi fuera la sensación que emanaba de ellos. Yoda transmitía una sensación de sabiduría añeja, combinada con un travieso sentido del humor propio de los verdaderos sabios; si bien, a veces, su gran edad y vasta experiencia le hacían parecer distante, hasta indiferente. Tener casi novecientos años de edad le hacía ver las cosas a largo plazo. Mace, en cambio, había sido ascendido a miembro del Consejo Jedi antes de su trigésimo aniversario. Su actitud era justamente la contraria. Eficiente. Motivado. Intenso. Irradiaba intelecto incisivo y voluntad indomable.

Mace llevaba más de veinte años estándar en el Consejo cuando ocurrió la batalla de Geonosis, que dio inicio a las Guerras Con. Hacía diez años que nadie le veía sonreír.

A veces, en privado, se preguntaba si alguna vez volvería a sonreír.

—Pero lo que sudoroso a este despacho te trae el planeta Harun Kal no es —dijo Yoda con tono ligero y comprensivo, pero mirada penetrante—. Preocupado por Depa estás.

Mace inclinó la cabeza.

—Lo sé. La Fuerza traerá lo que traiga, pero el Servicio de Inteligencia de la República informa que los separatistas se han retirado, que han abandonado su base en las afueras de Pelek Baw...

—Pero ella no ha vuelto.

Mace entrelazó los dedos. Una respiración honda le devolvió su tono habitual de voz, profundo y desapasionado.

—Oficialmente. Haruun Kal sigue siendo un planeta separatista. Y ella es una mujer reclamada. No le resultará fácil abandonar ese mundo. Ni siquiera enviar una señal para que la evacuen de allí. La milicia local emplea todo tipo de interferidores de señal, y triangulan todo lo que no pueden interferir; se han exterminado bandas enteras de partisanos por una transmisión descuidada...

—Tu amiga es —Yoda empleó el bastón para dar un golpecito en el brazo a Mace—. Por ella te preocupas.

Mace rehuyó su mirada. Sus sentimientos por Depa Billaba eran profundos.

Ella llevaba cuatro meses estándar en ese planeta. No podía comunicarse de forma regular; así que Mace seguía sus actividades mediante los informes esporádicos del Servicio de Inteligencia de la República sobre los sabotajes que sufría la base de cazas estelares de los separatistas, y sobre las infructuosas expediciones que organizaba la milicia balawai para exterminar o contener a la guerrilla de Depa. Ya hacía más de un mes que el Servicio de Inteligencia de la República informó de la retirada de los separatistas al cúmulo estelar Gevarno, al no poder seguir manteniendo y defendiendo su base. El éxito de Depa no podía haber sido más brillante.

Pero a él le daba miedo descubrir el precio que había pagado.

—No puede ser porque haya desaparecido o porque... —murmuró. Un rubor oscuro cubrió su cráneo desnudo cuando se dio cuenta de que había expresado sus sentimientos en voz alta. Seguía notando los ojos de Yoda clavados en él, y medio se encogió de hombros, a modo de disculpa—. Sólo pensaba que no sería necesario tanto secretismo si la hubieran capturado, o matado...

Las arrugas del rostro de Yoda se acentuaron alrededor de su boca, y el anciano Maestro chasqueó la lengua de una forma desaprobadora que cualquier Jedi reconocería al instante.

—Frívolo especular es, cuando la paciencia todo revelará.

Mace asintió en silencio. Nadie discute con el Maestro Yoda: era algo que en el Templo Jedi se aprendía en la infancia. Ningún Jedi lo olvidaba.

—Es... enloquecedor, Maestro. Si tan sólo... Quiero decir que hace diez años podríamos habernos limitado a buscar con...

—Aferrarse al pasado un Jedi no puede —le interrumpió Yoda con severidad. Su verde mirada recordó a Mace que no debía hablar de la negrura que ensombrecía la percepción Jedi de la Fuerza. No era algo que se comentase fuera del Templo. Ni siquiera aquí—. Miembro del Consejo Jedi es. Poderosa Jedi. Brillante guerrera...

—Ya puede serlo —repuso Mace, forzando una sonrisa—. La entrené yo.

—Pero mucho te preocupas. Demasiado. No sólo por Depa, sino por todos los Jedi. Desde Geonosis.

La sonrisa no le servía de nada. Dejó de intentarlo.

—No quiero hablar de Geonosis.

—Meses hace que esto sé. —Yoda volvió a pincharle con el bastón, y Mace alzó la mirada. El anciano Maestro se inclinó hacia él con las orejas curvadas hacia delante y sus enormes ojos verdes destellando con suavidad—. Pero cuando por fin hablar quieras... yo escucharé.

Mace aceptó, inclinando la cabeza en silencio. Nunca lo había dudado. Pero, aun así, prefería hablar de otra cosa.

De cualquier otra cosa.

—Mira este lugar —murmuró, meneando la cabeza ante el tamaño del despacho del Canciller Supremo—. Incluso después de diez años, la diferencia que hay entre Palpatine y Valorum... De cómo era entonces este despacho...

Yoda alzó la cabeza en esa negación inversa suya.

—A Finis Valorum bien recuerdo. El último de un gran linaje era. Su mirada pareció perderse por una vasta distancia, y bien podía estar meditando sobre sus novecientos años como Jedi.

Resultaba inquietante darse cuenta de que la República, aparentemente eterna en su milenio de larga permanencia, no era mucho más vieja que el propio Yoda. A veces, cuando contaba historias sobre su juventud, largo tiempo desaparecida, parecía hablar de la propia República: atrevida, confiada, rebosante de vitalidad al expandirse por la galaxia, llevando paz y justicia de un cúmulo estelar a otro, de un sistema a otro, de un mundo a otro.

A Mace le resultaba más inquietante aún pensar en el contraste de lo que veía Yoda.

—Conectado con el pasado Valorum estaba. Y en la tradición profundamente enraizado —hizo un gesto de la mano con el que parecía invocar el deslumbrante despacho de Finis Valorum, con su despliegue de muebles antiguos, rebosantes de exóticos aceites, obras de arte, esculturas y tesoros originarios de un millar de mundos. Ese despacho estuvo una vez lleno del legado de treinta generaciones de la Casa Valorum—. Demasiado profundamente quizás. Hombre de historia Valorum era. Palpatine... —Yoda cerró los ojos en su vagar—. Hombre de hoy Palpatine es.

—Lo dices como si te doliera.

—Quizá me duela. O quizá sólo de este día mi dolor sea, no de su protagonista.

—Yo prefiero el despacho así. —Mace medio asintió, recorriendo el espacio abierto con la mirada. Austero. Sin pretensiones ni compromisos. Para Mace, era una ventana al carácter de Palpatine. El Canciller Supremo sólo vivía para la República. Vestía de forma sencilla y era de diálogo directo. No le preocupaban los adornos o la comodidad física—. Es una pena que no pueda tocar la Fuerza. Podría haber sido un buen Jedi.

—Pero entonces otro Canciller Supremo se necesitaría —repuso Yoda con una suave sonrisa—. Mejor de este modo quizá sea.

Mace admitió el argumento con una ligera inclinación de cabeza.

—A él admiras.

Mace frunció el ceño. Nunca lo había visto así. Había pasado toda su vida adulta a las órdenes del Canciller Supremo..., pero sirviendo al cargo, no al hombre. ¿Qué pensaba de él como persona? ¿Qué diferencia podía marcar eso?

—Supongo que sí. —Mace recordaba claramente lo que le había mostrado la Fuerza diez años antes, cuando Palpatine fue elegido para el cargo. Palpatine era, a su vez, un punto de ruptura del que dependía el futuro de la República, quizá de toda la galaxia—. A la única otra persona que puedo imaginar guiando a la República en esta hora oscura es..., bueno... —abrió una mano— ...a ti. Maestro Yoda.

Yoda se recostó en su silla flotante y emitió ese resoplido ronco suyo que hacía las veces de risa.

—Político no soy, atontado.

A veces se dirigía a Mace como si sólo fuera un estudiante, y a él no le importaba, le hacía sentirse joven. En estos tiempos todo lo demás le hacía sentirse viejo.

La risa de Yoda se desvaneció.

—Y un líder adecuado para la República yo no sería —bajó aún más la voz, hasta que apenas fue un susurro—. Por la oscuridad mis ojos nublados están, la Fuerza sólo sufrimiento, destrucción y la llegada de una larga, larga noche me muestra. Quizá sin la Fuerza los líderes mejor estén. El joven Palpatine de ver bastante bien parece capaz.

El joven Palpatine —que tenía al menos diez años más que Mace, pero que parecía tener el doble— eligió ese momento para entrar en la habitación, acompañado de otro hombre. Yoda se bajó de la silla flotante. Mace se levantó, en señal de respeto. Los Maestros Jedi realizaron una inclinación. saludando al Canciller Supremo con su acostumbrada formalidad. Este desechó las formalidades. Parecía cansado. La carne parecía disolverse bajo la abolsada piel, ahondando sus ya marcadas mejillas.

El hombre que le acompañaba era poco más alto que un muchacho, aunque evidenciaba tener más de cuarenta años cumplidos. Era larguirucho, y su pelo castaño raleaba sobre una cara tan completamente anónima que Mace podría olvidarla en cuanto apartara la mirada de ella. Tenía los ojos ribeteados de rojo, mantenía un pañuelo de tela pegado a la nariz y se asemejaba tanto a un funcionario burocrático menor, a un empleado gubernamental destacado en un inundo perdido, con seguridad laboral y nada más, que Mace supuso automáticamente que era un espía.

—Tenemos noticias de Depa Billaba.

Pese a su razonamiento anterior, y ante la directa tristeza de la voz del Canciller, el estómago le dio un vuelco a Mace.

—Este hombre acaba de llegar de Haruun Kal. Me terno que..., bueno, quizá sea mejor que ustedes mismos examinen la evidencia.

—¿Qué sucede? —Mace sentía la boca seca como la ceniza—. ¿La han capturado? —El trato que podía esperar un Jedi de los separatistas de Dooku había quedado claro en Geonosis.

—No, Maestro Windu —dijo Palpatine—. Me temo... Me temo que es algo bastante peor.

El agente abrió una gran bolsa de viaje y sacó de ella un desfasado holoproyector. Tras un momento manoseando las controles, una imagen flotó sobre la ebonita pulida hasta convertirse en un espejo de la mesa de Palpatine.

A Yoda se le aplanaron las orejas. Sus ojos se estrecharon hasta formar rendijas.

Palpatine apartó la mirada.

—Ya la he visto demasiadas veces —dijo.

Las manos de Mace se tornaron puños. No conseguía encontrar aire.

Cada uno de los titilantes cadáveres tenía el tamaño de un dedo. Contó diecinueve. Parecían humanos, o algo muy parecido. Había varias chozas prefabricadas dispersas, reventadas, quemadas y derribadas. La escena estaba rodeada por las ruinas de lo que una vez debió de ser una empalizada. La jungla que lo rodeaba todo tenía cuarenta centímetros de alto, y cubría metro y medio de mesa.

Un momento después, el agente suspiraba a modo de disculpa.

—Esto es..., bueno, parece ser, obra de los partisanos leales que dirige la Maestra Billaba.

Yoda miraba fijamente.

Mace miraba fijamente.

Allí... Esas heridas... Mace necesitaba una visión mejor. Alargó la mano hacia la jungla, y la matriz láser del holoproyector formó ondas luminosas alrededor de sus dedos.

—Eso.

Pasó la mano por un grupo de tres cadáveres que yacían boca arriba, con heridas abiertas.

—Aumente eso.

El agente del Servicio de Inteligencia de la República respondió sin apartar el pañuelo de los enrojecidos ojos.

—Ah, esto, sí... Maestro Windu, esta grabadora es, bueno, es muy poco sofisticada, casi, eh, primitiva... —Su voz desapareció en un estornudo que le hizo lanzarse hacia delante como si alguien le hubiera golpeado en la nuca—. Perdonen..., perdonen. No puedo, mi sistema no tolera los supresores estamínicos. Cada vez que vengo a Coruscant...

Mace no movió la mano. No alzó la mirada. Esperó a que las quejas del agente se desvanecieran en el silencio. Diecinueve cadáveres. Y este hombre se quejaba de sus alergias.

—Aumente eso —repitió Mace.

—Yo, eh... Sí, señor.

El agente manipuló los controles del holoproyector con manos que no temblaban mucho. No mucho. La selva desapareció con un chasquido. Reapareció un instante después, ocupando diez metros del suelo del despacho. El entramado de las ramas superiores de los árboles holográficos sólo era pautas luminosas que sobresalían del techo. Los cadáveres tenían ahora casi la mitad de su tamaño real.

El agente encogió la cabeza, frotándose furiosamente la nariz con el pañuelo.

—Lo siento, Maestro Windu. Lo siento. Pero el sistema es...

—Primitivo, sí.

Mace vadeó entre las imágenes luminosas hasta agacharse junto a los cuerpos. Apoyó los codos en las rodillas, doblando las manos ante su rostro.

Yoda se acercó más aún, agachándose al inclinarse para ver mejor. Un instante después, Mace clavó una mirada en sus tristes ojos verdes.

—¿Lo ves?

—Sí... Sí —repuso Yoda con voz ronca—. Pero conclusiones de esto sacar no podemos.

—Eso mismo pienso yo.

—Para los que no somos Jedi... —la voz del Canciller Supremo Palpatine tenía la calidez, y serenidad de un político de carrera. Rodeó su escritorio con la ligera sonrisa de desconcierto que pone un buen hombre que se enfrenta a una fea situación y espera que al final todo salga bien—. ¿Quizá puedan explicarnos?

—Sí, señor. Los demás cuerpos no revelan gran cosa, entre la descomposición y los carroñeros. Pero la mutilación del tejido blando de aquí... —la mano de Mace trazó unos movimientos curvos sobre los cortes que presentaba el torso holográfico de una mujer— ...no es producto de colmillos o garras. Y no es obra de un arma energética. ¿Ve la marca de las costillas? Un sable láser, incluso una vibrocuchilla, habrían atravesado el hueso. Esto se hizo con una hoja inerte, señor.

El asco tensó el rostro del Canciller Supremo.

—¿Una... hoja inerte? ¿Quiere decir algo como..., como un trozo de metal? ¿Un pedazo de metal afilado?

—Un pedazo de metal muy afilado, señor. —Mace inclinó la cabeza un centímetro a la derecha—. O de cerámica. O de transpariacero. De carbonita, incluso.

Palpatine respiró hondo, como intentando contener un escalofrío.

—Parece... terriblemente basto. Y doloroso.

—A veces lo es, señor. No siempre. —No se molestó en explicar cómo lo sabía—. Pero estos cortes están en paralelo, y casi todos tienen la misma extensión; es como si la mujer estuviera muerta antes de que le hicieran los cortes. O al menos inconsciente.

—O que... —el agente sorbió, y tosió con aire de disculpa— ...estuviera, bueno, atada.

Mace le miró fijamente. Yoda cerró los ojos. Palpatine agachó la cabeza, como sumido en el dolor.

—El conflicto de Haruun Kal tiene, eh, un historial de, bueno, llamémosle "tortura recreativa". En ambos bandos —el agente enrojeció como si le avergonzara conocer semejante cosa—. A veces, la gente..., la gente odia tanto que no le basta con matar al enemigo...

Un puño se cerró en el pecho de Mace. Que ese débil hombrecillo —ese civil— pudiera acusar a Depa Billaba de semejante atrocidad, aunque sólo fuera por implicación, era algo que le inundaba el corazón de una ira enfermiza. Una mirada larga y fría le mostró todos los lugares del débil cuerpo de ese débil hombre donde podría matarlo con un único y preciso golpe. El agente palideció como si pudiera contar los golpes en los ojos de Mace.

Pero hacía demasiado tiempo que Mace era un Jedi como para permitir que la ira se apoderase de él. Una o dos respiraciones profundas aflojaron el puño que le apretaba el corazón, y se irguió.

—No he visto nada que indique la participación de Depa.

—Maestro Windu... —empezó a decir Palpatine.

—¿Cuál era el valor militar de ese poblado?

—¿E1 valor militar? —El agente parecía sobresaltado—. Ninguno, supongo. Sólo eran exploradores selváticos balawai. *Jups*, los llaman. Algunos *jups* actúan como si fueran tropas de civiles, pero los miembros de esas topas son casi siempre hombres. Allí había seis mujeres. Y los milicianos nunca, esto..., nunca llevan, eh. niños...

—Niños —repitió Mace.

El agente asintió con reticencia.

—Tres. Mmm, los bioescáneres indican una niña de unos doce años, y dos más que debían de ser mellizos. Un niño y una niña. De unos nueve años. Tuvimos que emplear los bioescáneres...

Sus ojos enfermizos suplicaron a Mace que no le dejara acabar. Unos días en la jungla apenas habían dejado de ellos lo suficiente para identificarlos de otro modo.

—Comprendo —dijo Mace.

—No eran milicianos, Maestro Windu. Sólo exploradores selváticos balawai que estaban donde no debían y cuando no debían.

—¿Exploradores selváticos? —Palpatine parecía educadamente interesado—. ¿Y qué son los balawai?

—Gente de fuera del planeta, señor —dijo Mace—. Las junglas de Haruun Kal son la única fuente que existe de corteza de thyssel, y de hoja de portaak, de jinsol, de tyruun y de lamma. Entre otras cosas.

—¿Especias y maderas exóticas? ¿Y son lo bastante valiosas como para atraer a emigrantes de otros mundos? ¿A una zona de guerra?

—¿Ha visto el precio que tiene la corteza de thyssel?

—Yo... —Palpatine sonrió con pesar—. La verdad es que no me interesa. Supongo que mis gustos son más pedestres. Se puede sacar a un chico del Borde Medio, pero...

Mace meneó la cabeza.

—Eso no es relevante, señor. Aquí la cuestión es que eran civiles. Depa no se implicaría en algo semejante. No puede.

—Apresurada tu declaración es —repuso Yoda con gravedad—. Toda la evidencia me temo no hemos visto.

Mace miró al agente, que volvió a sonrojarse.

—Bueno, esto, sí... El Maestro Yoda tiene razón. Esta, eh, grabación... —movió la cabeza a su alrededor, señalando a los fantasmales cadáveres que llenaban el despacho — ...se hizo con el equipo de los exploradores, que está adaptado para el trabajo de Haruun Kal. ya que la electrónica más sofisticada...

—No necesito lecciones sobre cómo es Haruun Kal —interrumpió Mace con voz cortante—. Quiero esas pruebas.

—Sí, claro que sí, Maestro Windu... —El agente rebuscó un segundo o dos en su bolsa de viaje, y luego sacó un anticuado óvalo de cristal de datos. Se lo entregó—. Es, eh, sólo de audio, pero... hemos analizado la voz. No es exacta, y hay ruido de ambiente: otras voces, los ruidos de la jungla y esas cosas, pero hay una probabilidad de coincidencia de un noventa por cien.

Mace sopesó el óvalo de cristal. Se le quedó mirando. Allí. Justo allí, bastaría con clavar la uña para partirlo en dos. *Debería hacerlo*, pensó. *Romper esta cosa. Partida ahora mismo en dos. Destruirla sin escucharla.*

Porque lo sabía. Podía sentirlo. En la Fuerza. Líneas de tensión brotaban del óvalo como las escamas de escarcha que cubren el transpariacero superfrío. No conseguía identificar la pauta, pero sí sentir su poder.

Esto podía ser feo.

—¿Dónde la encontró?

—Estaba, eh, en el lugar. De la masacre. Estaba..., bueno, en ese lugar. —¿Dónde la encontró?

El agente se encogió.

Mace volvió a respirar hondo. Y otra vez. Con la tercera inspiración se le relajó el puño del pecho.

—Disculpe.

A veces olvidaba lo intimidante que encontraban algunos hombres su voz y su altura. Por no mencionar su reputación. No deseaba que le tuvieran miedo.

Al menos no los hombres leales a la República.

—Por favor —dijo—. Puede ser importante.

El agente farfulló algo.

—¿Perdón?

—He dicho que estaba en la boca de la mujer. —Agitó la mano en dirección al cadáver holográfico que estaba a los pies de Mace—. Alguien le había... cerrado y

sujetado la mandíbula para que los carroñeros no llegaran a ella cuando..., bueno, ya sabe, los carroñeros prefieren la.... la..., la lengua...

La náusea estalló bajo las costillas de Mace. Sintió un cosquilleo en las yemas de los dedos. Miró la imagen de la mujer. Esas marcas de su cara... Las había considerado sólo marcas, algún tipo de hongo o una colonia de moho. Ahora sus ojos veían lo que eran, y deseó que no lo hicieran: bultos de color dorado mate bajo la mandíbula.

Espinas de latonbejuco.

Alguien las había utilizado para cerrarle la mandíbula.

Tuvo que apartar la vista Se dio cuenta de que también necesitaba sentarse El agente continuaba hablando.

—Nuestro jefe de estación recibió una llamada y me envió a comprobarla. Alquilé un rondador de vapor a unos *jups* arruinados, contraté a un puñado de lugareños que sabían manejar armas pesadas y fuimos hasta allí. Lo que encontramos... Bueno, ya puede verlo. Ese óvalo de datos..., cuando lo encontré...

Mace miró fijamente al hombre, como si no lo hubiera visto nunca antes. Y no lo había hecho; sólo ahora le veía, por fin, de verdad. Era un hombrecillo mediocre, de rostro blando y voz insegura, con alergias y manos temblorosas. Un hombrecillo mediocre que debía de tener una gran fortaleza interior, que Mace apenas podía imaginar, para haberse dirigido a esa escena que Mace apenas podía encajar viéndola en una imagen láser translúcida y limpia de sangre; para haber tenido que olerlos, incluso tocarlos; para abrirle la boca a una mujer muerta...

Y después traer las grabaciones aquí y revivirlo nuevamente todo...

Mace podría haberlo hecho. Eso creía. Probablemente. Había viajado mucho, y visto algunas cosas.

Pero no como ésta.

—Nuestras fuentes están muy seguras de que la llamada procedía del propio FLM —dijo el agente.

Palpatine le miró inquisitivo. Mace habló sin apartar la mirada del agente.

—El Frente de Liberación Mesetario, señor. Es el grupo partisano de Depa; "mesetario" es una traducción aproximada de korunnai, el nombre que se dan las tribus de la montaña.

—¿Korunnai? —Palpatine frunció el ceño con aire ausente—. ¿No es ése su pueblo, Maestro Windu?

—Mi... tribu —se obligó a separar la mandíbula—. Sí, Canciller. Tiene usted buena memoria.

—Es un truco de político —Palpatine sonrió de una forma autoindulgente y le quitó importancia con un gesto de la mano—. Continúe, por favor.

El agente se encogió de hombros, como si no le quedara más por contar.

—Estamos recibiendo muchos... informes preocupantes. Ejecuciones de prisioneros. Emboscadas a civiles. Por parte de ambos bandos. Normalmente no se pueden verificar. La selva... se lo traga todo. Así que cuando recibimos esta llamada...

—Lo encontraron porque alguien quería que lo encontraran —acabó Mace por él—. Y ahora cree...

Mace giró el óvalo de datos una y otra vez entre los dedos, observando cómo captaba destellos de luz.

—Cree que han podido matar a esa gente sólo para entregar este mensaje.

—¡Qué idea más horrible! —Palpatine se apoyó despacio en el borde de su escritorio. Se dirigió al agente—. Eso no puede ser cierto, ¿verdad? El agente se limitó a mantener la cabeza gacha.

Las orejas de Yoda se inclinaron hacia atrás, y sus ojos se estrecharon. —En algunos mensajes... cómo se presentan lo más importante es. Secundario su contenido es.

Palpatine negó con la cabeza, incrédulo.

—Esos partisanos del FLM. ¿Se han aliado con ellos? ¿Los Jedi se han aliado con ellos? ¿Qué clase de monstruos son?

—No lo sé —Mace devolvió el óvalo al agente—. Vamos a descubrirlo. El hombre lo insertó en un puerto situado en un costado del holoproyector y accionó un interruptor.

Los altavoces de onda de fase del holoproyector hicieron que la selva que los rodeaba cobrara vida con los nidos: el rumor del viento agitando las hojas, el chirrido de los gritos de insectos, el suave chillido de los pájaros al pasar, el aullido y los gruñidos de lejanos depredadores. Por entre los remolinos y burbujeos de sonido vagaba un susurro sinuoso, como una serpiente de río. Un susurro humano, o casi humano. Una voz murmurando algo en básico: palabras y frases ocasionalmente comprensibles, y que a veces se perdían bajo la distorsión de las ondas de la superficie acústica. Mace captó las palabras "Jedi", y "noche" —o "coche"— y algo sobre "mirar entre las estrellas...".

Miró a la gente con el ceño fruncido.

—¿No puede limpiar esto?

—Está limpio —respondió, sacando un datapad de su bolsa de viaje. Lo encendió, apretando una tecla, y se lo pasó a Mace—. Hemos hecho una transcripción. Es provisional. Es lo máximo que hemos conseguido.

La transcripción era fragmentada, pero bastó para que a Mace se le pusiera el vello de los brazos de punta: "El Templo Jedi... enseñó (o puede que avisó)... oscuridad... un enemigo. Pero... Jedi... al abrigo de la noche".

Un susurro estaba completamente claro. Leyó las palabras en la pantalla del datapad mientras el susurro parecía brotar justo detrás de su hombro.

"Utilizo la noche, y la noche me utiliza a mí."

Se le olvidó respirar. Eso era malo.

Empeoró.

El susurró cobró fuerza y se tornó una voz. Una voz de mujer.

La voz de Depa.

En el datapad de su mano, y murmurando en el aire, a su espalda...

"Me he convertido en la oscuridad de la selva."

La grabación continuó hablando. Y hablando.

El murmullo le vació de emoción, de fuerza, hasta de pensamiento: cuanto más desvariaba ella, más vacío se sentía él. Pero sus últimas palabras se las arreglaron para provocarle un último impacto en el pecho.

Ella le hablaba a él..

"Sé que vendrás a por mí, Mace. Nunca debiste enviarme aquí. Y yo no debí haber venido nunca. Pero no se puede deshacer lo que ya se ha hecho. Sé que crees que me he vuelto loca. No es así. Lo que me ha pasado es mucho peor."

"Me he vuelto cuerda"

"Por eso vendrás, Mace. Por eso tendrás que venir."

"Porque no hay nada más peligroso que un Jedi que ha encontrado la cordura."

La voz se perdió en los ruidos de la jungla.

Nadie se movió o habló. Mace se sentó, apoyando la barbilla en los dedos entrelazados. Yoda se apoyó en el bastón, con los ojos cenados y la boca apretada por el dolor interior. Palpatine miró solemne a la selva holográfica, como si pudiera ver algo real más allá de sus límites.

—Esto..., eh, es todo —dijo el agente, alargando una mano dubitativa hacia el holoproyector y moviendo un interruptor. La selva se desvaneció como un mal sueño.

Todos se agitaron, reaccionando, arreglándose la ropa. El despacho de Palpatine parecía ahora irreal, como si el limpio suelo alfombrado, las líneas cortantes de los muebles, el aire puro filtrado y el paisaje de Coruscant que llenaba los grandes ventanales fueran la proyección holográfica; y, en realidad, todavía estuvieran en la selva.

Como si lo único real fuera la selva.

Mace habló primero.

—Ella tiene razón —alzó la cabeza de las manos—. Tengo que ir tras ella. Solo.

Palpatine alzó las cejas.

—Eso parece... imprudente.

—De acuerdo con el Canciller Palpatine estoy —dijo Yoda despacio—. Un gran riesgo hay. Demasiado valioso eres. Enviar a otros debemos.

—No hay otro que pueda hacer esto.

—Seguramente, Maestro Windu —la sonrisa de Palpatine era de respetuosa incredulidad—, un equipo de operaciones encubiertas del Servicio de Inteligencia de la República, o incluso un equipo de Jedi...

—No —Mace se levantó y echó atrás los hombros—. Debo ir yo.

—Por favor, todos comprendemos su preocupación por su antigua estudiante, pero seguramente...

—Motivos debe de tener, Canciller Supremo —dijo Yoda—. Escucharlos debemos.

Ni siquiera Palpatine quiso discutir eso al Maestro Yoda.

Mace se esforzó por dotar de cierta seguridad a sus palabras. Su dificultad para hacerlo nacía de su forma especial de percepción. Había cosas que le resultaban tan evidentes que le costaba describirlas. Era como explicar que estaba lloviendo estando parado en medio de una tormenta.

—Si Depa se ha... vuelto loca, o, lo que es peor, ha caído en el Lado Oscuro — empezó a decir—, es vital que los Jedi sepamos por qué. Que descubramos qué le hizo eso. Mientras no lo sepamos, ningún Jedi deberá exponerse a ello más allá de lo absolutamente necesario. Por otro lado, esto también puede ser falso, un intento deliberado de incriminarla. El ruido de ambiente de la grabación... —Miró al agente—. Si su voz era falsa, sintetizada, por ejemplo, por ordenador, todo ese ruido podría servir para enmascarar la evidencia de la simulación, ¿no es así?

El agente asintió.

—Pero, ¿por qué querría alguien culparla?

Mace hizo un gesto, desechando la idea.

—En cualquier caso, hay que arrestarla. Y cuanto antes, para que los rumores de esas masacres no se extiendan al resto de la galaxia. Incluso aunque ella no tenga nada que ver, el mero hecho de que se asocie el nombre de una Jedi a esos crímenes bastaría para poner en peligro la confianza que tiene el público en los Jedi. Ella debe responder a las acusaciones antes de que éstas se hagan públicas.

—De acuerdo, debemos arrestarla —aceptó Palpatine—. Pero la pregunta sigue en el aire, ¿por qué por usted?

—Porque quizá no quiera venir.

Palpatine le miró pensativo.

Yoda alzó la cabeza y abrió los ojos para mirar al Canciller Supremo.

—Si rebelde se ha vuelto... encontrarla difícil será. Apresarla... —bajó la voz, como si las palabras le causaran dolor—. Peligroso será.

—Depa fue mi padawan —Mace se apartó del escritorio para mirar por el ventanal hacia el reluciente crepúsculo que oscurecía lentamente el paisaje de la capital—. El lazo que une a Maestro y padawan es... intenso. Nadie la conoce mejor que yo, y ningún

Jedi vivo ha pasado más tiempo que yo en esas selvas. Soy el único que puede encontrarla si ella no quiere que la encuentren. Y si hay que...

Tragó saliva y miró al disco de luz lunar que rebotaba en uno de los espejos orbitales.

—Si hay que... detenerla —dijo por fin—, quizá yo también sea el único que pueda hacerlo.

Las cejas de Palpatine se alzaron mostrando educada incomprensión.

Mace respiró hondo, sorprendiéndose una vez más al mirarse las manos, mirando a través de ellas, viendo sólo una imagen en su mente, tan definida corno un sueño: sable láser contra sable láser en las salas de entrenamiento del Templo, el fogonazo verde de la hoja de Depa, que parecía atacar desde todas partes a la vez.

No podía deshacer lo que había hecho.

No había segundas oportunidades.

La voz de ella resonó en su interior: *"No hay nada más peligroso que un Jedi que ha encontrada la cordura"*, pero sólo dijo...

—Es una maestra del vaapad.

En el silencio que siguió, estudió los pliegues y arrugas de sus dedos entrelazados, centrando su atención en su campo visual para mantener a raya los oscuros fantasmas de la hoja de Depa, refulgiendo hacia cuellos Jedi.

—¿Vaapad? —repitió finalmente Palpatine. Puede que se hubiera cansado de esperar a que alguien se explicara—. ¿No es alguna clase de animal?

—Un depredador de Sarapin —aportó Yoda con gravedad—. También es el apodo que a la séptima forma de combate con sable láser los estudiantes dan.

—Eh, tenía entendido que sólo eran seis.

—Seis fueron durante varias generaciones Jedi. La séptima... poco conocida es. Poderosa forma es. De todas la más letal. Pero peligrosa es, tanto para su Maestro como para sus contrincantes. Pocos la han estudiado. Sólo un estudiante su maestría ha alcanzado.

—Pero si ella es la única que domina ese estilo, y si es tan peligrosa. ¿qué le hace pensar...

—No es la única que lo domina, señor —interrumpió Mace, alzando la cabeza para afrontar el ceño de Palpatine—. Es la única de mis estudiantes que se ha convertido en una maestra.

—La única de sus estudiantes —repitió Palpatine.

—Yo no estudié el vaapad —Mace dejó caer las manos a los costados—. Yo lo creé.

Las cejas de Palpatine se juntaron pensativas.

—Sí, ya creo recordarlo. Una referencia en un informe suyo a la traición del Maestro Sora Bulq. ¿Acaso no lo entrenó también a él? ¿No afirmaba él ser también un maestro de este vaapad?

—Sora Bulq no fue estudiante mío.

—Su... compañero, ¿tal vez?

—Y él nunca dominó el vaapad —repuso Mace hoscamente—. El vaapad lo dominó a él.

—Ah... Ah, ya veo...

—Con el debido respeto, señor, pero creo que no.

—Lo suficiente como para preocuparme, sólo un poco —la calidez de la sonrisa de Palpatine quitaba insulto a sus palabras—. Decías que la relación entre Maestro y padawan es intensa, y lo creo. Cuando se enfrentó a Dooku en Geonosis...

—Preferiría no hablar de Geonosis, Canciller —dijo Mace en voz queda.

—Depa Billaba fue vuestro padawan. Y quizá sea también su amiga más íntima, ¿no es así? ¿Está usted seguro de que podrá matarla si es necesario?

Mace miró al suelo, a Yoda, al agente secreto, y finalmente tuvo que volver a enfrentarse a los ojos de Palpatine. La pregunta no procedía sólo de Palpatine de Naboo, sino que la formulaba el Canciller Supremo. Su cargo exigía una respuesta.

—Quiera la Fueran que no tenga que descubrirlo —dijo Mace lentamente.

Primera parte

Hombres en la selva

CAPÍTULO 1

LA ESPIRAL DESCENDENTE

A través del transpariacero curvado, Haruun Kal se mostraba ante él como una pared de nubes atravesada por montañas. Parecía lo bastante cercana como para poder tocarla. La órbita de la lanzadera trazó un lento descenso en espiral hacia la superficie. Pronto podría tocarla de verdad.

La lanzadera estaba diseñada para transportar sólo veinte pasajeros: pero, aun así, estaba vacía en sus tres cuartas partes. La compañía de pasajeros la había comprado de segunda mano a una casa de turismo. El fuselaje tubular era por completo de transpariacero, con el exterior marcado y asaeteado por microagujeros, y el interior sin más adorno que las tiras grises antideslizantes colocadas entre los asientos.

Mace Windu era el único humano a bordo. Sus compañeros de viaje eran dos kubaz que silbaban excitados ante las posibilidades culinarias que ofrecían los escarabajos de pinza y los zumbogusanos, y una pareja dispareja, compuesta por un kitonak y un pho ph'eahiano, que parecía formar un dúo cómico de gira, y cuya charla enlatada hizo que Mace deseara unos tapones para los oídos. O estar en el vacío absoluto. O una simple sordera a la antigua. Debían de haber caído muy bajo para tomar una lanzadera turística a Pelek Baw, capital de Haruun Kal y cementerio de cualquier cómico de salón que se precie. Las compañías de pasajeros del Bucle Gevarno sólo paraban en ese lugar porque tenían que hacer alguna escala en el espacio antes de poder dar el salto fuera del sistema.

Mace se sentó todo lo lejos de los demás que le permitía el limitado espacio de la lanzadera.

El Maestro Jedi llevaba la ropa adecuada para su tapadera: un manchado jubón de cuero de pantera de las arenas corelliana sobre una camisa suelta que solía ser blanca, y ajustados pantalones negros con parches grises. Sus botas tenían cieno asomo de brillo, pero sólo por encima del tobillo. El resto estaba gastado hasta casi parecer ante. La única parte de su atuendo que estaba bien cuidada era la liviana cartuchera que llevaba sujeta al muslo derecho, y la brillante Merr-Sonn Energética 5 que llevaba en ella. Guardaba el sable láser en el macuto que tenía bajo el asiento, camuflado como una anticuada barra luminosa.

El datapad de su regazo también era un disfraz. Aunque funcionaba lo bastante bien como para codificar su diario, era en su mayor parte un transmisor subespacial en miniatura sintonizado en la frecuencia de banda que controlaba el crucero *Halleck*, aparcado en el sistema Ventrano.

La Tierras Altas de Korunnal apareció ante él como una vasta meseta en todos los tonos concebibles de verde, salpicada de remolinos sin fondo de nubes y entrecruzada a un lado y a otro por cordilleras montañosas. Algunas de las cumbres más altas estaban cubiertas de blanco, y muchas de las más bajas emitían ondeantes nubes de humo y gas. La lanzadera ya dejaba atrás la mitad oriental de la región y se hundía en la sombra del planeta, donde puntos de color anaranjado y rojo oscuro motearon el mundo, como ojos de depredadores al acecho fuera del círculo de la luz de una fogata de campamento. Eran las calderas abiertas de los muchos volcanes activos de las tierras altas.

Era hermoso. Mace apenas se fijó.

Sostenía la varilla del datapad falso y hablaba en voz muy, muy baja.

***

De los diarios privados de Mace Windu.
[Entrada Inicial a Haruun Kal].

Depa está ahí abajo. En este mismo momento.

No debería pensar en esto. No debería pensar en ella. Todavía no.

Pero...

Está ahí abajo. Lleva meses ahí abajo.

No puedo imaginar lo que ha podido pasarle. No quiero imaginarlo.

Lo descubriré muy pronto.

Enfocar. Tengo que enfocar. Concentrarme en lo que sé con certeza mientras espero a que el cieno se asiente y el agua se aclare...

Es una lección de Yoda. Pero a veces uno no puede esperar.

Y, a veces, el agua nunca se aclara.

Puedo concentrarme en lo que sé de Haruun Kal. Sé mucho. Aquí va una parte.

> HARUUN KAL (Al'har I): Único planeta del sistema AL'HAR. Haruun Kal es el nombre que recibe en el idioma de la población indígena, llamada korunnai (mesetarios). Su traducción aproximada en básico es "sobre las nubes". El mundo parece oceánico desde el espacio, con apenas unas islas de verdes cumbres sobresaliendo del revuelto mar multicolor. Pero es un espejismo, ya que el mar que puntúan esas islas no es líquido, sino un océano de gases tóxicos, más pesados que el aire, que ascienden de forma incesante desde los innumerables volcanes activos del planeta. Los respiradores de oxígeno sólo pueden sobrevivir en la cima de las montañas y en las altas mesetas, y no en todas ellas; pues, cuando no se elevan muy por encima del mar de nubes, son vulnerables a los impredecibles vientos de Haruun Kal. Sobre todo durante el breve invierno del planeta, cuando sopla el thakiz baw'kal —la tormenta inferior— y los vientos pueden elevar las espesas nubes a la altura necesaria para barrer en pocas horas a los respiradores de oxigeno que pueda haber en las tierras bajas. Su capital, PELEK BAW, está localizada en la única masa terrestre habitada, la meseta conocida como TIERRAS ALTAS DE KORUNNAL, y es el principal asentamiento permanente de este planeta cubierto, sobre todo, de jungla. Los indígenas humanos viven en pequeños grupos tribales seminómadas llamados ghôsh y evitan los asentamientos mantenidos por visitantes de otros mundos pertenecientes a una gran variedad de especies. Los korunnai encuadran a los visitantes de otros mundos y a las personas que viven en esos asentamientos dentro de la denominación un tanto desdeñosa de "balawai" ("gente de abajo"). Hay una larga historia de conflictos locales no organizados...

Esto no me sirve.

No puedo resumir todo lo que sé de Harun Kal haciendo una descripción de guía turística. Tengo demasiados conocimientos matizados por el color de los destellos del sol y el olor del viento que sopla desde detrás de Los Hombros del

Abuelo; por la sedosa onda de una primera capa de hierba bajo mis dedos y la fuerte picadura de la Fuerza que produce un perro akk.

Yo nací en Haruun Kal. En lo más profundo de la meseta.

Soy un korun de pura sangre.

Cien generaciones de mis antepasados respiraron ese aire y bebieron esa agua, comieron los frutos de ese suelo y fueron enterados en sus profundidades. Sólo volví una vez, hace treinta y cinco años estándar, pero siempre he llevado conmigo este mundo. La sensación que me produce. La violencia de sus tormentas. El creciente entramado de sus junglas. El tronar de sus junglas.

Pero no es mi hogar. Mi hogar es Coruscant. Mi hogar es el Templo Jedi.

No tengo recuerdo alguno de mi infancia entre los korunnai. Mi primer recuerdo es la bondadosa sonrisa de Yoda y sus enormes y amables ojos cerca de mí, y sigue siendo muy intenso. No sé la edad que tendría yo entonces, pero estoy seguro de que todavía no podía andar. Quizá fuera demasiado pequeño para sostenerme en pie. En el recuerdo puedo ver mis regordetas manos de bebé alargándose para tirar de los blancos mechones de pelo situados sobre las orejas de Yoda.

Me recuerdo chillando —"aullando como un lumimurcielago herido", prefiere describirlo Yoda— cuando un juguete, tal vez un sonajero, se agitaba fuera de mi alcance. Recuerdo que ninguna medida de gritos, chillidos, aullidos o lágrimas podía acercar un solo milímetro más ese sonajero a mi pequeño puño. Y recuerdo el instante en que cogí por primera vez ese juguete sin usar las manos; cuando pude sentir cómo flotaba allí, y cómo lo sostenía la mente de Yoda..., y cómo la Fuerza empezó a susurrarme al oído.

En mi siguiente lección, Yoda vino a llevarse el sonajero; y yo, con mi egoísmo instintivo de bebé, me negué a soltarlo, sujetándolo con las dos manos y con todo lo que podía invocar de la Fuerza. El sonajero se rompió —algo que, para mi mente infantil, fue una tragedia semejante al fin del mundo—, pues ése era el modo que tenían los Jedi de presentarme la ley Jedi del no apegamiento, la forma de decir que aferrarse con demasiada fuerza a lo que amamos acaba por destruirlo.

Y también nos rompe el corazón.

Es una lección en la que ahora mismo no quiero pensar.

Pero no puedo evitarlo. Ahora mismo no.

No mientras estoy aquí arriba, y Depa está ahí abajo.

Depa Billaba entró en mi vida por accidente, por una de esas alegres coincidencias que a veces son el don de la galaxia. La encontré tras enfrentarme y matar a los piratas que habían asesinado a sus padres: esos piratas habían secuestrado a la pequeña hija de sus víctimas. Nunca supe lo que querían hacer con ella. O hacerle. Me niego a especular.

Es una ventaja de la disciplina mental Jedi. Puedo dejar de imaginar esas cosas.

Creció en el Templo hasta alcanzar la adolescencia y se hizo mujer siendo mi padawan. El momento más orgulloso de mi vida fue el día en que me erguí y me dirigí al Consejo Jedi para que diera la bienvenida a su nuevo miembro.

Fue una de las Jedi más jóvenes que se han presentado al Consejo. El día de su ascenso, Yoda sugirió que mis enseñanzas fueron las que la hicieron progresar tanto pese a ser tan joven.

Creo que dijo esto movido más por la cortesía que por la honestidad. Si había llegado tan lejos, pese a ser tan joven, fue por ser ella quien era. Mis enseñanzas tuvieron poco que ver. Nunca he conocido a nadie como ella.

Depa es para mi más que una amiga. Es uno de esos peligrosos apegamientos. Es la hija que nunca tendré.

Ni toda la disciplina Jedi de la galaxia puede dominar por completo al corazón humano.

Oigo su voz una y otra vez...: "nunca debiste enviarme aquí, y yo nunca debí venir...".

No puedo dejar de buscar en la Fuerza, aunque sé que es inútil. Hay un misterioso velo de oscuridad que nubla la Fuerza desde poco antes de que Qui-Gon Jinn y Obi-Wan Kenobi se presentaran ante el Consejo para informar del renacer de los Sith. De cerca —en tiempo y espacio—, la Fuerza es lo que siempre ha sido: guía y aliado, ojos invisibles y manos que no se ven. Pero cuando intento buscar a Depa con la Fuerza, sólo encuentro sombras informes y amenazadoras. La pureza cristalina de la Fuerza se ha convertido en una espesa niebla de amenaza.

Pero... "lo que se ha hecho no puede deshacerse...".

Puedo menear la cabeza hasta que mi cerebro se agite en mi cráneo, pero seguiré sin poder apartar de mí esas palabras. Debo despejar mi mente. Pelek Baw sigue siendo zona separatista, y tengo que mantenerme alerta. Debo dejar de pensar en ella.

En vez de eso, pienso en la guerra.

Ha pillado completamente desprevenida a la República. Tras mil años de paz, nadie, y menos nosotros, los Jedi, pensábamos que pudiera desatarse una guerra civil. ¿Cómo íbamos a pensarlo? Ni siquiera Yoda podía recordar la última guerra. La paz es algo más que una tradición, es la base misma de la civilización.

Ésa era la gran ventaja de la Confederación: los separatistas no sólo esperaban una guerra, sino que contaban con ella.

Tenían naves preparadas cuando las humeantes Guerras Clon estallaron en las llamas de Geonosis. En las semanas que siguieron, los separatistas se diseminaron por toda la galaxia, sembrando las rutas hiperespaciales con sus fuerzas: mientras los Jedi atendíamos a los heridos y llorábamos a los muertos: mientras el Senado intentaba reunir una flota —cualquier clase de flota— que pudiera equipararse a la potencia de la Confederación de Sistemas Independientes; y mientras el Canciller Supremo Palpatine suplicaba y negociaba, y a veces hasta amenazaba a los senadores inseguros, no sólo para que permanecieran fieles a la República, sino para que respaldaran con créditos y recursos a su ejército de clones. Las principales incursiones en espacio separatista habían sido atacadas por cazas droides respaldados por nuevas naves: acorazados geonosianos construidos en astilleros secretos.

Había sido una obra maestra de la estrategia. Cualquier ataque a los mundos de la Confederación era bloqueado y retrasado lo suficiente como para impedir la intervención de refuerzos; y cualquier ataque con potencia suficiente para repeler con rapidez a los cazas dejaría cientos o miles de mundos de la República indefensos ante una rápida represalia de los separatistas, que podían reagrupar sus fuerzas a voluntad tras su frontera defendida por androides, y atacar después los pequeños sistemas de la República para anexionárselos.

Habíamos perdido, incluso antes de que la República pudiera prepararse para el combate.

Yoda es el maestro estratega del Consejo Jedi. Una vida tan larga como la suya predispone a ver la imagen en su conjunto y a pensar a largo plazo. Fue él quien desarrolló nuestra actual estrategia de enfrentamientos limitados en múltiples frentes. Nuestro objetivo es acosar a los separatistas, agotarlos en una guerra de desgaste, mermados e impedir que consoliden sus posiciones. De este modo esperamos poder ganar tiempo para poder convertir la titánica base industrial de la República en una fábrica de naves, armas y demás material bélico.

Y tiempo para entrenar a nuestras tropas. Las tropas de clones kaminoanos no son sólo los mejores soldados de que disponemos, sino que son prácticamente los únicos. Los empleamos para entrenar en tácticas y armamento a voluntarios civiles y a personal de policía, pero los separatistas se las han arreglado para mantener completamente ocupados al millón doscientos mil soldados que tenemos, haciéndoles ir de un sistema y de un planeta a otro para enfrentarse a los ataques de la desconcertante variedad de androides bélicos que la TecnoUnión fabrica en cantidades aparentemente ilimitadas, y con el respaldo financiero de la Federación de Comercio.

Dado que sólo para defender los sistemas de la República necesitamos todos nuestros clones, nos hemos visto obligados a encontrar formas de atacar sin ellos.

Los separatistas no disfrutan de una popularidad absoluta, ni siquiera dentro de sus sistemas centrales, y en todas las sociedades hay elementos marginales dispuestos a rebelarse contra la autoridad. Los Jedi se han infiltrado en centenares de mundos con la misma misión: organizar una resistencia leal, entrenar a los partisanos en el sabotaje y la guerra de guerrillas, y hacer todo lo posible para desestabilizar los gobiernos separatistas.

A eso vino Depa Billaba a Haruun Kal.

Yo la envié aquí.

El sistema Al'Har, del que Haruun Kal es el único planeta, está en un cruce de varias rutas hiperespaciales. Es el centro de una rueda llamada el Bucle Gevarno, cuyos radios llevan a los sistemas separatistas de Killisu, Jutrand, Loposi y al cúmulo estelar Gevarno, así como a los sistemas leales a la República de Opari, Ventran y Ch'manss. Debido a las configuraciones estelares locales y a la sensibilidad que tienen los hipermotores modernos ante las masas planetarias, cualquier nave que viaje de uno de esos sistemas a otro puede ganar vanos días estándar de viaje pasando por Al'Har, incluso contando con el día de tránsito en el espacio real que debe pasar en el sistema.

Ninguno de esos sistemas tiene un gran valor estratégico, pero la República ya ha perdido demasiados sistemas por secesión como para arriesgarse a perder alguno más por conquista. El control del cace de Al'Har garantiza el control de toda la región. Se decidió que Haruun Kal merecía la atención del Consejo, y no sólo por su uso militar.

En los archivos del Templo hay informes de antropólogos Jedi que estudiaron las tribus korun. Se ha teorizado que una nave espacial Jedi pudo hacer un aterrizaje forzoso en el planeta quizá mil años atrás, durante el caos de la guerra Sith, cuando tantos Jedi se perdieron. En las selvas de Haruun Kal hay varias especies de hongos nativos que devoran metales y silicatos. Una

nave que no pudiera elevarse de inmediato se vería atrapada para siempre, y su equipo de comunicaciones seria igualmente vulnerable a ellos. Los antropólogos creen que esos náufragos Jedi pudieron ser los antepasados de los korunnai.

Ésta es la mejor explicación que tienen para una curiosa realidad genética: todos los korunnai pueden contactar con la Fuerza.

La verdadera explicación puede ser más sencilla: Tienen que hacerlo, pues los que no pueden usar la Fuerza no sobreviven mucho tiempo. Los humanos no pueden vivir en esas selvas; y los korunnai sobreviven siguiendo a las manadas de herbosos. Los herbosos, gigantes de seis patas, se abren paso por la jungla empleando sus antebrazos y sus enormes fauces. Su nombre viene de los prados de hierba que dejan a su paso. Es en esos prados donde los korunnai viven de forma precaria. Los herbosos protegen a los korunnai de la selva, y los korunnai protegen a su vez a los herbosos con la ayuda de los feroces perros akk, compañeros en la Fuerza.

Cuando los antropólogos Jedi se disponían a partir, pidieron a los ancianos del ghôsh Windu que les permitieran llevarse con ellos a un niño al que entrenar en las artes Jedi, para recuperar así el talento de los korunnai en la Fuerza, y para servir a la paz de la galaxia.

Ése fui yo.

Era un bebé, un huérfano, bautizado con el nombre de mi ghôsh, dado que la jungla se había llevado a mis padres antes del día de mi bautizo. Yo tenía seis meses de edad. Tomaron la decisión por mí.

Nunca me ha importado.

Depa vino aquí a entrenar a los korunnai para que fueran partisanos antigubernamentales. El Gobierno Civil de Haruun Kal está compuesto en su totalidad por balawai: emigrantes del exterior y sus descendientes, beneficiarios de los intereses financieros que hay tras el comercio de corteza de thyssel. Es un Gobierno de balawai por balawai y para balawai.

Korun abstenerse.

El Gobierno y la milicia planetaria que es su brazo armado se unieron a la Confederación de Sistemas Independientes en un cínico movimiento para anular una investigación iniciada por el Departamento Judicial sobre su trato de los nativos korun. Los separatistas proporcionan armas a la milicia y, a cambio de poder emplear el espaciopuerto de la capital para reparaciones y reaprovisionamiento de la flota arriar de cazas droides, hacen oídos sordos ante las actividades balawai ilegales en la Tierras Mas de Korunnal.

Pero, con la llegada de Depa, los separatistas habían descubierto que hasta un pequeño grupo de guerrilleros decididos podía tener un efecto devastador en cualquier operación militar.

Sobre todo cuando esos guerrilleros pueden emplear la Fuerza.

En eso se centró una buena parte de la argumentación de Depa para venir a este planeta, y por ello insistió en ocuparse personalmente de la misión. Los usuarios de la Fuerza no entrenados pueden resultar extremadamente peligrosos, y de ese tipo de comunidades puede surgir una impredecible cantidad de talentos descontrolados. El dominio del vaapad que tiene Depa la hace prácticamente imbatible en un combate personal, y su entrenamiento cultural en las elegantes disciplinas místico-filosóficas de los Adeptos de Chalactan la convierten en alguien especialmente resistente a toda forma de

manipulación mental, desde la influencia mediante la Fuerza al lavado de cerebro mediante tortura.

También sospecho que una parte del motivo por el que insistió en encargarse de la misión era de índole sentimental: creo que vino porque yo nací en Haruun Kal.

Aunque este mundo nunca haya sido mi verdadero hogar, siempre he llevado su sello.

La cultura korun se basa en una premisa muy simple, a la que llaman los Cuatro Pilares: honor, deber, familia y rebaño.

El Primer Pilar es el honor, la obligación que tienes para contigo mismo. Actúa con integridad. Di la verdad. Lucha sin miedo. Ama sin reservas.

Más grande que éste es el Segundo Pilar, el deber, la obligación que tienes hacia los demás. Haz tu trabajo. Trabaja duro. Obedece a los ancianos. Defiende tu ghôsh.

Todavía más grande es el Tercer Pilar, la familia. Cuida a tus padres. Ama a tu esposa. Enseña a tus hijos. Defiende tu sangre.

El mayor de todos es el Cuarto Pilar, el rebaño, pues la vida del ghôsh depende de los rebaños de herbosos. Tu familia es más importante que tu deber, tu deber está por encima del honor. Pero nada es más importante que tu rebaño. Si el bienestar del rebaño requiere que sacrifiques tu honor, lo sacrificarás. Si requiere que dejes a un lado tu deber, lo dejarás de lado.

Cueste lo que cueste.

Incluida tu familia.

Yoda ha comentado que cree que llevo los Cuatro Pilares en las venas, con mi sangre korun, aunque salí de Haruun Kal siendo sólo un bebé y volví sólo una vez, siendo muy joven, para entrenarme con los grandes akk en la conexión que tienen los korun con la Fuerza. Dijo que el honor y el deber son tan naturales en mí como el respirar, y que la única diferencia que me ha marcado mi entrenamiento Jedi ha sido convertir a los Jedi en mi familia y a la República en mi rebaño.

Es un comentario adulador. Quisiera que fuera cierto, pero no tengo una opinión al respecto. No me interesan las opiniones. Me interesan los hechos.

Éste es un hecho: encontré el punto de ruptura del Bucle Gevarno.

Un hecho más: Depa se presentó voluntaria para atacarlo.

Y otro hecho...

Que ella dijo: "Me he convertido en la oscuridad de la selva."

***

El espaciopuerto de Pelek Baw olía a limpio. No lo estaba. Era el típico puerto de mundo fronterizo: sucio, desorganizado y medio congestionado con restos oxidados de naves inutilizadas.

Mace bajó la rampa de la lanzadera sujetando el macuto por las correas. Un asfixiante calor húmedo arrancó sudor de su cráneo afeitado. Apartó los ojos de la chatarra veteada de ocre y de los envoltorios arrugados de nutripaquetes vacíos dispersos por la pista de aterrizaje, y miró el neblinoso cielo turquesa.

Las blancas cumbres de Los Hombros del Abuelo se alzaban sobre la ciudad: era la montaña más elevada de la Tierras Altas de Korunnal, un volcán activo con docenas de cráteres. Mace recordó el sabor que tenía la nieve allí donde empezaban los árboles, la

frialdad del escaso aire y las resinas aromáticas de los matojos de hoja perenne que crecían bajo la cumbre.

Había pasado demasiado tiempo de su vida en Coruscant.

Ojalá hubiera venido aquí por otro motivo.

Por cualquier otro motivo.

El brillo pajizo que impregnaba el aire que le rodeaba explicaba el olor a limpio: un campo de esterilización quirúrgica. Se lo esperaba. El espaciopuerto siempre había tenido un potente campo aséptico para proteger naves y equipos de las distintas clases de hongos nativos que se alimentaban de metales y silicatos. El campo también acababa con todas las bacterias y mohos que habrían hecho que el espaciopuerto oliera como un refrigerador sobrecargado.

Las duchas probióticas del espaciopuerto continuaban estando en el mismo fortín largo y bajo de durocemento manchado de moho, pero la entrada se había ampliado con una gran oficina de aspecto improvisado construida con plastiespuma inyectada, cuya puerta era tuna losa de espuma que colgaba torcida de unas bisagras semi arrancadas. Dicha puerta estaba cruzada por manchas de óxido que goteaban del cartel de duracero carcomido por hongos que había sobre ella. En el cartel ponía: "ADUANAS': Mace entró por ella.

La luz del sol se filtraba verdosa por ventanas manchadas de moho. El control climático filtraba una brisa a temperatura corporal por los ventiladores del techo, y el olor clamaba a gritos que el lugar estaba fuera del alcance del campo aséptico.

Dentro del despacho de aduanas zumbaban suficientes zumbomoscas como para provocar la risa de los kubaz y que se dieran codazos impacientes el uno al otro. Mace no consiguió ignorar al pho ph'eahiano que explicaba con grandes aspavientos a un humano de aspecto aburrido que acababa de dar el salto desde Kashyyyk, y, tío, qué mal tenía las piernas. El agente de aduanas parecía encontrar esto tan tolerable como Mace, e hizo pasar a toda prisa a los cómicos y a la pareja originaria de cubas. Todos desaparecieron en el fortín de las duchas.

A Mace le tocó un agente de aduanas diferente: una hembra neimoidiana con dos rosadas ranuras por ojos, adormilada por el calor y por su sangre fría. Observó su identificación sin curiosidad.

—Corelliano, ¿mmm? ¿Propósito de la visita?

—Negocios.

Ella suspiró cansina.

—Tendrá que darme una respuesta mejor. Corellia no es amiga de la Confederación.

—¿Y no será por eso por lo que quiero hacer negocios aquí?

—Mmm. Voy a escanearlo. Abra su bolsa para la inspección.

Mace pensó en la "anticuada barra luminosa" que llevaba en la bolsa. No estaba seguro de lo convincente que seria su carcasa ante ojos neimoidianos, cuya visión llegaba a los infrarrojos.

—Preferiría no hacerlo.

—¿Cree que me importa? Ábrala —le clavó un oscuro ojo rosado—. Eh, bonito maquillaje de piel. Casi podría pasar por un korun.

—¿Casi?

—Es demasiado alto. Y la mayoría tienen pelo. Además, los korunnai son maniáticos de la Fuerza, ¿sabe? Tienen poderes y esas cosas.

—Yo tengo poderes.

—¿Ah, sí?

—Del todo —Mace enganchó los pulgares detrás del cinturón—. Tengo el poder de hacer que aparezcan diez créditos en su mano.

La neimoidiana pareció pensativa.

—Es un poder muy bueno. A ver.

Pasó la mano sobre la mesa del agente de aduanas y dejó caer una moneda que había cogido del bolsillo oculto en el cinturón. La neimoidiana tenía sus propios poderes e hizo desaparecer la moneda.

—No está mal —dijo ella, enseñando la mano vacía—. Veamos cómo lo hace otra vez.

—Veamos cómo da el visto bueno a mi identificación y cómo pasa mi bolsa.

La neimoidiana se encogió de hombros y aceptó, y Mace repitió el truco.

—Le irá muy bien en Pelek Baw con un poder como ése —repuso ella—. Ha sido un placer hacer negocios con usted. Asegúrese de tomar sus tabletas PB. Y pase a verme cuando salga del planeta. Pregunte por Pule.

—Lo haré.

Una gran publipantalla situada al final del despacho de aduanas recordaba a todo el que entraba en Pelek Baw que usara las duchas probióticas antes de salir del espaciopuerto. Las duchas eran un sustituto de la beneficiosa flora cutánea que había sido inmunizada por el campo aséptico. El consejo estaba respaldado por hologramas desagradablemente gráficos de la amplia variedad de infecciones por hongos que le esperaba a todo viajero que no se duchara. Un dispensador situado bajo la pantalla ofrecía tabletas a medio crédito que garantizaban la restauración de la flora intestinal. Mace compró unas cuantas, tomó una y entró en el fortín de las duchas.

El fortín tenía olor propio: un oscuro aroma almizclado, orgánico y penetrante. Las duchas en sí eran sencillas autoboquillas que dispersaban una neblina rica en bacterias nutrientes, y se alineaban en la pared a lo largo de un pasillo de treinta metros. Mace se quitó la ropa y la metió en el macuto. Junto a la entrada había una cinta transportadora donde depositar las pertenencias, pero Mace la llevó consigo. No le harían daño unos pocos gérmenes.

Al final de las duchas se encontró con una situación difícil.

El vestuario era ruidoso por los secadores de aire accionados por turbinas. Los dos kubaz y el dúo cómico se paseaban inseguros por un rincón, todavía desnudos. Ante ellos había un humano grande de aire hosco, con desteñidos pantalones caquis y una gorra militar, que cruzaba sus impresionantes brazos sobre un pecho igualmente impresionante. Miraba a los desnudos viajeros con fría e indefinida amenaza.

Un humano más pequeño, vistiendo ropas idénticas, rebuscaba en sus bolsas, que se apilaban tras las piernas del hombre grande. El más pequeño llevaba una bolsa propia en la que depositaba todo lo pequeño y valioso que encontraba. Los dos llevaban bastones aturdidores colgando de arandelas en sus cinturones, y pistolas láser en cartucheras con solapa.

Mace meneó la cabeza pensativo. La situación estaba muy clara. Acorde con la identidad que había asumido, debía ignorarla: pero, de incógnito o no, seguía siendo un Jedi.

El grande miró a Mace. De arriba abajo y de abajo arriba. Su mirada albergaba la abierta insolencia que nace de estar vestido y armado frente a alguien desnudo y goteando.

—Aquí viene otro. El chico listo lleva encima su bolsa.

El otro se levantó y desprendió de su cinturón el bastón aturdidor.

—A ver, chico listo. Pásanos la bolsa. Inspección. Vamos.

Mace permaneció inmóvil. La neblina probi se condensaba en gotas que resbalaban por su piel desnuda.

—Puede leeros la mente —dijo siniestramente—. Sólo tenéis tres ideas, y las tres equivocadas.

—¿Eh?

Mace extendió un pulgar.

—Creéis que ir armados y ser unos salvajes significa que podéis hacer lo que queráis. —Dobló el pulgar y extendió el índice—. Creéis que nadie se enfrentará a vosotros mientras esté desnudo. —Dobló el dedo y extendió el siguiente—. Y creéis que vais a registrarme la bolsa.

—Oh, es de los graciosos. —El hombre más pequeño giró el bastón y dio un paso hacia él—. Es gracioso además de listo.

El grande se situó en su flanco.

—Sí, todo un comediante.

—Los comediantes son ésos de allí —Mace inclinó la cabeza hacia el pho ph'eahiano y su compañero kitonak, desnudos y tiritando en un rincón—. ¿Veis la diferencia?

—¿Sí? —el grandullón flexionó las grandes manos—. ¿Y qué se supone entonces que eres tú?

—Puedo ver el futuro...

—Seguro que sí —apretó la mandíbula manchada de pelusa y mostró unos dientes amarillos y rotos—. ¿Qué ves?

—A ti —dijo Mace—. Sangrando.

Si sus ojos hubieran tenido el menor asomo de calidez, su expresión podría haber sido una sonrisa.

De pronto, el grandullón pareció menos confiado.

Era comprensible. Tal y como pasaba con todos los depredadores de éxito, sólo estaba interesado en las víctimas. Desde luego, no en los contrincantes. Y ése era, después de todo, el propósito de ese asalto concreto. Los miembros de las especies inteligentes culturalmente acostumbrados a llevar ropa se sienten dubitativos, inseguros y vulnerables en cuanto se les sorprende desnudos. Sobre todo los humanos. Cualquier persona normal se pararía a ponerse los pantalones antes de dar un puñetazo.

Pero Mace Windu conocía la inseguridad y la vulnerabilidad sólo de oídas. Nunca se había encontrado con ellas.

Tenía ciento ochenta y ocho centímetros de hueso y músculo. Completamente inmóviles. Completamente relajados. A juzgar por su actitud, la niebla probi que perlaba su piel desmida bien podía ser una armadura corporal de cerámica reforzada con fibra de carbono.

—¿Podéis moveros ya? —dijo Mace—. Tengo prisa.

—¿Uh...? —dijo el hombre grande, desviando la mirada a un lado.

Mace sintió la presión de la Fuerza en el riñón izquierdo, y oyó el siseo de un bastón aturdidor al conectarse. Giró sobre los talones y cogió con ambas manos la muñeca del hombre más pequeño, apartando el halo chisporroteante del bastón con un giro que situó su rostro en el camino del pie de Mace. El impacto hizo un mido húmedo y carnoso, como el chasquido de un hueso. El hombre grande bramó y se abalanza; contra Mace, el cual se apartó a un lado, retorciendo el brazo del hombre más pequeño para hacerle girar su cuerpo laxo. Mace cogió la cabeza del hombre más pequeño con la palma de una mano y la empujó con ímpetu contra la nariz del hombre grande.

Los dos hombres se deslizaron aparatosamente por el suelo húmedo y resbaladizo, y se derrumbaron. El bastón escupió relámpagos al rodar hasta una esquina. El hombre más pequeño permaneció inmóvil. Los ojos del hombre grande derramaron lágrimas mientras se sentaba en el suelo, masajeándose la nariz con ambas manos para devolverla a su antigua forma. La sangre escapaba entre sus dedos.

Mace se paró ante él.

—Os lo dije.

El hombre grande no parecía impresionado. Mace se encogió de hombros.

Se dice que un profeta nunca recibe honores en su propio mundo.

Mace se vistió en silencio mientras los demás viajeros reclamaban sus pertenencias. El hombre grande no intentó detenerlos, ni siquiera levantarse. El que sí se movió fue el más pequeño, gimiendo y abriendo los ojos. En cuanto pudo enfocarlos lo bastante como para ver a Mace, todavía en el vestuario, lanzó una maldición y se llevó la mano a la cartuchera, forcejeando por liberar la pistola láser.

Mace le miró.

El hombre decidió que la pistola estaba mejor donde estaba.

—No sabes en los problemas que te has metido —murmuró con gravedad, mientras se incorporaba en el suelo, espurreando las palabras por la destrozada boca. Levantó las rodillas y se las rodeó con los brazos—. La gente que se mete con la milicia de la capital no vive mucho tiempo...

El hombre grande le interrumpió, dándole un coscorrón en la nuca.

—Cállate.

—¿La milicia de la capital? —Entonces. Mace lo comprendió. Su expresión se tomó una máscara hosca, y terminó de abrocharse la cartuchera—. Sois de la policía.

El pho ph'eahiano simuló una caída de bruces.

—Suponía que contratarían a policías que no fueran tan torpes, ¿no?

—Oh, no sé, Phootie —dijo el kitonak con su tono de voz característicamente lento y terminalmente relajado—. Han rebotado de lo más bien.

Los dos kubaz chirriaron algo sobre suelos resbaladizos, calzado inadecuado y desgraciados accidentes.

Los policías se enfurecieron.

Mace se paró ante ellos, posando la mano derecha en la culata de la Energética 5.

—Sería una desgracia que alguien tuviera una avería en su láser —dijo—. Un resbalón, una caída, pueden resultar embarazosos. Ser dolorosos. Pero se superan en uno o dos días. Si el láser de alguien se disparase accidentalmente al caer... —Se encogió de hombros—. ¿Cuánto se tarda en superar el estar muerto?

El policía más pequeño empezó a escupir palabras venenosas, pero el más grande le interrumpió con otro coscorrón.

—Te tenemos escaneado —gruñó—. Vete.

Mace se demoró un momento.

—Recuerdo cuando esto era una ciudad agradable.

Se echó la mochila al hombro y salió a la abrasadora tarde tropical. Pasó bajo un cartel mellado y oxidado sin alzar la mirada.

El cartel decía: "BIENVENIDOS A PELEK BAW".

***

Rostros...

Rostros serios. Rostros distantes. Hambrientos o borrachos. Esperanzados. Calculadores. Desesperados.

Rostros en la calle.

Mace caminó a buen ritmo detrás y a la derecha de la jefa de la Estación de Inteligencia de la República, manteniendo la mano derecha cerca de la culata del Merr-Sonn. La noche estaba avanzada y las calles seguían atestadas. Haruun Kal carecía de luna, y las calles estaban iluminadas por la luz que se derramaba de tabernas y

cafeterías. Las pértigas luminosas —altos pilares hexagonales de durocemento con tiras luminosas extendidas a lo largo de cada cara— se alzaban cada veinte metros a ambos lados de la calle. Sus charcos de brillante amarillo tenían orillas de negras sombras. Entrar en alguna bocacalle era ser borrado de la existencia.

La jefa del Servido de Inteligencia era una mujer grande, de sonrosadas mejillas y con la misma edad que Mace. Dirigía la Lavaduría Meseta Verde, un próspero establecimiento de relajación y limpieza situado en la parte norte de la capital. No paraba de hablar. Mace no había empezado a escucharla.

La Fuerza tironeaba de él, avisándole de peligros procedentes de todas direcciones: desde el rumor de los rodantes terracoches que derrapaban al azar por atestadas calles, al abanico de palos letales en el puño de un adolescente. Los milicianos no uniformados se pavoneaban o contoneaban cuando no se limitaban a posar, henchidos con la falsa y peligrosa actitud de los aficionados armados. Las solapas de las cartucheras desabrochadas. Los rifles láser apoyados en la cadera. Vio agitarse muchas armas, vio personas empujando, vio muchas miradas intimidatorias y amenazadoras, y vulgares jueguecitos de bandas callejeras: pero no vio mucho mantenimiento de la paz. Nadie se molestó en volver la cabeza cuando una ráfaga de disparos láser cantó a unas manzanas de distancia.

Pero casi todo el mundo miraba a Mace.

Rostros de milicianos: humanos, o lo bastante para ser considerados como tales. Miraban a Mace y veían en él sólo a un korun con ropas extraplanetarias, y lo hacían con ojos fríos como la muerte. Inexpresivos. Calibradores. Al cabo de un tiempo, todos los ojos hostiles son iguales.

Mace se mantuvo alerta y se concentró en proyectar una potente aura de *no-te-metas-conmigo*.

Se habría sentido más a salvo en la selva.

Rostros callejeros: lunas hinchadas por la bebida pertenecientes a mendigos que suplican unas monedas. Un wookiee, con el pelo gris desde el morro hasta el pecho, tirando agotado del arnés de arrastre de un taxicarro de dos ruedas, apartando a los críos de la calle con una mano mientras sujetaba el cinturón del dinero con la otra. Rostros de exploradores selváticos: cicatrices de hongos en las mejillas, armas al costado. Rostros jóvenes: niños, más jóvenes que Depa el día en que se convirtió en su padawan, ofreciendo chucherías a Mace con un "descuento especial" porque les "gustaba su cara".

Muchos de ellos eran korunnai.

***

DE LOS DIARIOS PRIVADOS DE MACE WINDU.

Claro. Ven a la ciudad. La vida es fácil en la ciudad. No hay felinos de las lianas. No hay taladromitas. No hay latonbejucos ni huecos de la muerte. No hay que apalear grano para los herbosos, ni acarrear agua, ni que cuidar a los cachorros de akk. En la ciudad hay mucho dinero. Sólo tienes que vender esto, o soportar aquello. Lo que en realidad vendes es tu juventud. Tu esperanza. Tu futuro.

Cualquiera que sienta alguna simpatía por los separatistas debería pasar unos días en Pelek Baw. Descubrir por qué lucha en realidad la Confederación.

Es bueno que a los Jedi no les mueva el odio.

***

La cháchara de la jefa de estación acabó por centrarse, de algún modo, en el tema de la tapadera del Servicio de Inteligencia que regentaba. Se llamaba Phloemirlla Tenk, "pero puedes llamarme Flor, encanto. Lo hace todo el mundo". Mace pilló el hilo de su discurso.

—Oye, todo el mundo necesita una ducha de vez en cuando. Así que ¿por qué no hacer que de paso te arreglen la ropa? Por eso va todo el mundo. Tengo *jups*, *kornos*, lo que se te ocurra. Tengo milicianos y jefazos *sepa*, bueno los tenía hasta que retiraron las tropas. Tengo a todo el mundo. Tengo una piscina, seis saunas diferentes y duchas privadas donde puedes recibir agua, alcohol, probis, sónicos y lo que quieras, además de una o dos grabadoras para conseguir la información que necesitamos. Te sorprendería de lo que acaban hablando algunos oficiales de la milicia cuando se quedan a solas con el vapor. Ya sabes a lo que me refiero.

Era la espía más charlatana que había conocido nunca. Se lo dijo en cuanto hizo una pausa para respirar.

—Sí, ¿a que es curioso? ¿Cómo crees si no que he conseguido sobrevivir en esto durante veintitrés años? Cuando hablas tanto como yo, la gente tarda mucho en darse cuenta de que en realidad no dices nada.

Igual estaba nerviosa. Igual podía oler la amenaza que flotaba en esas calles. Hay personas que creen poder mantener el peligro a raya si simulan estar a salvo.

—Tengo treinta y siete empleados. Sólo cinco son del Servicio de Inteligencia. Los demás sólo trabajan allí. Ja, con la Lavaduría saco el doble de dinero de lo que gano tras veintitrés años en el servicio. Aunque eso tampoco es tan difícil, ya me entiendes. ¿Sabes cuánto gana un RS-Diecisiete? Es patético. Patético. ¿Cuánto gana un Jedi hoy en (lía? ¿Te pagan acaso? Apuesto a que no lo bastante. Seguro que les encanta decir esa chorrada de que "el propio trabajo es la recompensa". ¿A que sí? Sobre todo cuando es el trabajo de los demás. Seguro que sí.

La mujer ya había reunido un equipo selvático. Seis hombres con armas pesadas y un rondador de vapor casi nuevo.

—Son algo rudos, pero todos buenos chicos. Trabajan de por libre, pero son legales. Han pasado años en la jungla. Dos son *kornos* de pura sangre. Es bueno para las relaciones con los nativos, ¿sabes?

Explicó que ella misma le conducía a reunirse con ellos por cuestiones de seguridad.

—Cuanto antes te pongas en marcha, más felices seremos los dos, ¿eh? ¿A que tengo razón? No hay quien emplee un taxi a esta hora del día. Cuidado con la galleta de cloaca, esa cosa se come tus botas. ¡Eh, ten cuidado, gusano! ¿Dónde se ha visto que los peds tengan preferencia de paso? ¿Sí? ¡Pues tu madre come babas de huir! —Pisaba con fuerza por la calle, agitando los brazos—. Esto..., ya sabes que buscan a esa Jedi tuya, ¿verdad? ¿Tienes alguna forma de sacarla del planeta?

Mace tenía el *Halleck* estacionado en el sistema Ventrano, con veinte lanchas de desembarco armadas y un regimiento de soldados clon. Pero sólo dijo:

—Sí.

Una nueva salva de disparos láser cantó a una o dos manzanas de allí, salpicada por un *estaccato* de estallidos más crujientes que los del láser. Flor dobló a la izquierda al instante y se apartó de la calle.

—¡Oops! Por aquí. Hay que mantenerse al margen de esos disturbios, ¿sabes? Podría ser una revuelta por la comida, pero nunca se sabe. ¿Oíste esas palmadas? Si no son lanzacartuchos soy un dug. Podría ser un ataque de alguna de las guerrillas que dirige tu Jedi. Hay muchos *kornos* con lanzacartuchos, y los cartuchos rebotan. Lanzacartuchos. Los odio. Pero son de mantenimiento sencillo. Pasas un día o dos en la selva y no

puedes volver a disparar el láser. Pero un buen rifle de cartuchos, limpio y aceitado, te puede durar para siempre. Las guerrillas han tenido mucha suerte con ellos, aunque necesitan mucha práctica; los cartuchos son balísticos, ¿sabes? Tienes que calcular mentalmente su trayectoria. A mí que me den un láser.

Una nueva nota se unió a los disparos: un traqueteo mucho más grave y ronco. Mace miró por encima del hombro. Debía de ser algún repetidor de luz: un T-21 o un Trueno Merr-Sonn.

Equipo militar.

—Estaría bien que abandonáramos la calle —dijo.

—No, no, no, no te preocupes —le aseguró ella—; estas refriegas nunca acaban en nada.

Mace calculó lo que tardaría en sacar el sable láser de la mochila.

Los disparos se intensificaron. Se unieron voces a él: gritos y chillidos. Ira y dolor. Cada vez sonaba menos como un disturbio y más como un tiroteo.

Rayos al rojo blanco surcaron el espacio ante ellos. Habían salido de la esquina que tenían delante. Tras ellos resonaron más disparos. El tiroteo se estaba desbordando, conviniéndose en una inundación que podría rodearlos en cualquier momento. Mace miró atrás: lo único que veía en esa calle eran las multitudes y los terracoches, pero los miembros de la milicia empezaban a mostrar interés: comprobaban sus armas, trotaban hacia los callejones y los cruces de calles.

—¿Lo ves? —dijo Flor tras él—. Fíjate en ellos. Ni siquiera apuntan a algo. Ahora sólo tenemos que cruzar...

Fue interrumpida por un ruido chapoteante. Mace había oído ese sonido demasiado a mentido: el del vapor supercalentado por un rayo de alta energía y explotando a través de la carne viva. Un impacto láser profundo. Se volvió hacia Flor y la encontró tambaleándose en círculos de borracho, pintando el pavimento con su sangre. Allí donde debía estar su brazo izquierdo sólo había tuna masa de tejido desgarrado del tamaño de un puño. No podía ver dónde estaba el resto del brazo.

—¿Qué? ¿Qué? —decía ella.

Mace saltó hacia la calle. Rodó por el suelo, levantándose para golpearla con el hombro en la articulación de la cadera. El impacto la dobló en dos sobre él. El Jedi la levantó, giró sobre los talones y echó a correr hacia la esquina. Los brillantes relámpagos de los disparos láser eran un paréntesis para los siseos invisibles y el chasquido de dedos de los cartuchos hipersónicos. Llegó al escaso amparo que le proporcionaba la esquina y depositó a la mujer en la acera, pegándola todo lo posible a la pared.

—No se suponía que pudiera pasar esto. —La vida se le escapaba por el destrozado muñón del hombro. Seguía hablando, incluso mientras se moría. Con un murmullo borroso—. Esto no está pasando. No puede estar pasando. Mi... Mi brazo...

Utilizando la Fuerza, Mace pudo sentir su arteria braquial desgarrada. Buscó dentro de su hombro, con la Fuerza, para pinzarla. El derrame disminuyó hasta un débil gotear.

—Tómatelo con calma. —Colocó las piernas encima de la mochila para mantener la presión de la sangre hasta el cerebro—. Procura conservar la calma. Sobrevivirás a esto.

Unas botas resonaron en el permeocemento detrás de él: tina brigada de la milicia corriendo hacia ellos.

—La ayuda está en camino —se inclinó hacia ella—. Necesito el punto de encuentro y el código de identificación para el grupo.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—Escúchame. Intenta concentrarte. Antes de que pierdas el conocimiento. Dime dónde encontrar al grupo de exploradores, y el código de identificación para que podamos reconocernos.

—Tú no... No lo entiendes... Esto no está pasando...

—Sí. Está pasando. Concéntrate. Hay vidas que dependen de ti. Necesito el punto de encuentro y el código.

—Pero... Pero... tú no lo entiendes...

La milicia que había tras él se detuvo.

—¡Tú! ¡*Korno*! ¡Apártate de esa mujer!

Se volvió para mirarlos. Eran seis. En actitud de disparar. La pértiga luminosa que tenían a su espalda proyectaba sombras negras sobre sus rostros. Bocas de cañones chamuscadas por plasma le miraban.

—Esta mujer está herida. De gravedad. Morirá si no recibe atención médica.

—Tú no eres médico —dijo uno, y le disparó.

CAPÍTULO 2

DELITOS
CAPITALES

Tuvo tiempo de sobra para familiarizarse con la sala de interrogatorios.

Cuatro metros por tres. Bloques de durocemento moteados de grava con facetas que brillaban como la mica. En algún momento habían pintado la pared desde la altura de la cintura hasta cl techo con el color del marfil viejo. El suelo y la parte inferior de la pared solían ser del verde del quelpo-errante. Lo que quedaba de las dos capas de pintura se descascarillaba en parches ribeteados de humedad.

La silla de contención que le sujetaba estaba en mejor estado. Las abrazaderas de las muñecas eran frías y sólidas, y carecían de puntos débiles que pudiera tocar; las de los pies se hundían en el cuero de sus botas. La placa del pecho apenas le dejaba respirar.

No había ventanas. Una tira luminosa proyectaba un amarillo suave en la unión de techo y pared. La otra estaba apagada.

Tenía la puerta detrás. Retorcerse para mirarla le dolía demasiado. La mesa de duracero del centro del cuarto estaba mellada y salpicada de óxido. Le pareció óxido. Esperaba que lo fuera. En el otro extremo había una silla de madera y de respaldo desnudo.

Tenía el chaleco y la camisa desgarradas a la altura del hombro, allí donde le había acertado el primer disparo. La piel de debajo estaba chamuscada, hinchada y con una herida negra. La pistola láser estaba graduada en aturdir y apenas le había traspasado la piel, pero la fuerza del impacto de vapor le golpeó como un mazo. Le había levantado y hecho girar en redondo. El latido que sentía en el cráneo implicaba que al menos un disparo le había acertado en el costado de la cabeza. No lo recordaba.

No recordaba nada entre ese primer disparo y el despertar en la silla de contención.

Esperó.

Esperó mucho tiempo.

Tenía sed. La incómoda presión de la vejiga hizo, de algún modo, que la cabeza le doliera todavía más.

Estudiar la sala y hacer recuento de sus heridas sólo le ocupó una parte de su tiempo. La mayor parte la dedicó a rememorar la muerte de Flor.

Sabía que estaba muerta. Tenía que estarlo. No pudo vivir más de uno o dos minutos después de que la milicia la derribara; sin la Fuerza para pintarle la arteria braquial, debió de desangrarse en segundos. Debió de yacer en esa sucia acera, mirando las estrellas apagadas por las luces de la ciudad, mientras los últimos retazos de su consciencia se oscurecían, se desvanecían y al final desparecían.

Oyó una y otra vez el ruido húmedo y chapoteante. Una y otra vez cargó con ella para ponerla a cubierto. Y le detuvo la hemorragia. E intentó hablar con ella. Y fue tiroteado por hombres que creyó acudían en su ayuda.

La muerte de la mujer se había acomodado en el interior de Mace, bajo las costillas. Le carcomía como una pequeña herida infectada que durante las horas pasadas en ese cuarto creció hasta convenirse en un absceso palpitante. Dolor, nauseas y sudores. Escalofríos.

Una fiebre mental.

No porque fuera responsable de su muerte. Lo que le consumía era que no lo era.

No se había imaginado que pudiera cruzarse en el camino de un disparo láser. La Fuerza no le había proporcionado ni el menor atisbo de un indicio. No hubo ni rastro de

un mal presentimiento, o más bien ninguna insinuación de que los malos presentimientos que sentía fueran a convertirse en algo mucho, mucho peor.

No había sentido nada. Nada en absoluto. Eso era lo que le revolvía.

¿Qué le pasa a un Jedi cuando ya no puede seguir confiando en la Fuerza?

¿Era eso lo que había afectado a Depa?

Se lo quitó de la cabeza. Concentró la atención en su campo visual, dedicándose a catalogar hasta el menor detalle de su prisión. Hasta que pudo ver por sí mismo se dijo con firmeza que debía a Depa la presunción de inocencia. Esas dudas eran indignas de ella. Y de él. Pero no dejaban de resurgir, por mucho que mirase a la pintura de la pared carcomida por la humedad.

"*...Sé que crees que me he vuelto loca. No es así. Lo que me ha pasado es mucho peor.*"

"*...me he vuelto cuerda...*"

La conocía. La *conocía*. Hasta la médula de los huesos. Hasta lo más íntimo de su corazón. Sus sueños más queridos y sus esperanzas más débiles y nebulosas. No podía estar implicada en la masacre de civiles. De niños.

"*...no hay nada más peligroso que un Jedi que ha encontrado la cordura...*"

No podía.

Pero a medida que los segundos se convertían en lloras, la certeza que sentía en su mente se tornó primero vacía, y luego desesperada. Como si intentara convencerse a sí mismo de algo que sabía que no era cierto.

Sintió que se abría la puerta que tenía detrás. Una brisa húmeda le lamió la nuca. Unas pisadas entraron y se desviaron a un lado. Mace se retorció para mirar. Pertenecían a un varón humano pequeño, cómodamente regordete, que llevaba un atuendo de la milicia improbablemente bien planchado, teniendo en cuenta el calor y la humedad. El hombre llevaba un estuche de cierre a presión forrado de piel morena de animal. Se apartó de los ojos un mechón de pelo húmedo del color del aluminio y le dirigió una sonrisa agradable.

—No, por favor —dijo, haciendo un gesto hacia la puerta—. Siéntase libre de echar un vistazo.

Mace se retorció más y pudo ver el pasillo situado tras su silla de contención. En el extremo más alejado había una pareja de milicianos apuntándole tranquilamente a la cara con rifles láser.

Mace frunció el ceño. Era una postura inusual para unos guardias.

—¿Está lo bastante claro? —el hombre se movió alrededor de Mace y, sin cruzarse nunca con la línea de fuego, llegó a la mesa y abrió el estuche de piel de animal—. Me han dicho que tiene una conmoción. Procuremos que no sea fatal, ¿le parece?

La Fuerza le mostró una docena de lugares de ese cuerpo blando donde un único golpe podía mutilarlo o matarlo. Ese hombre no era ningún guerrero, pero brotaba de él energía en telarañas que se propagaban en todas direcciones: era un hombre importante. Mace no encontró ninguna amenaza directa en él; sólo un alegre pragmatismo.

—¿No está hablador? No le culpo. Bueno. Me llamo Geptun. Soy el jefe de seguridad del distrito de la capital. Mis amigos me llaman Lorz. Usted puede llamarme coronel Geptun. —Esperó, manteniendo todavía esa sonrisa agradablemente indiferente. Al cabo de unos segundos lanzó un suspiro—. Bueno. Sabernos quién soy. Y sabemos quién no es usted.

Abrió la identificación de Mace.

—No es usted Kinsal Trappano. Y voy a aventurar que tampoco es corelliano. Muy interesante este historial que usted no tiene. Contrabandista. Pirata. Artillero. Etcétera y todo lo demás.

Se sentó en la silla de madera, entrecruzó los dedos y posó las manos en el vientre. Observó a Mace con esa sonrisa agradable. En silencio. Esperando a que él dijera algo.

Mace podía haberle hecho esperar durante días. Ningún humano sin entrenamiento Jedi comprende de verdad lo que es la paciencia. Pero Depa estaba ahí fuera. En alguna parte. Haciendo algo. Cuanto más tardase en llegar hasta ella, más cosas podría hacer. Decidió hablar.

S*erá una pequeña victoria para él*, pensó. *Yo no pierdo nada*.

—¿De qué se me acusa?

—Eso depende. ¿Qué ha hecho?

—Formalmente.

Geptun se encogió de hombros.

—Aún no se ha hecho ningún informe.

—Entonces ¿por qué se me retiene?

—Lo estamos interrogando.

Mace enarcó una ceja.

—Oh, sí. Lo estamos interrogando —Geptun le guiñó un ojo—. Del todo. Soy un interrogador increíble.

—Aún no me ha hecho ninguna pregunta.

Geptun sonrió como un felino de las lianas adormilado.

—Las preguntas no son eficientes. Y en su caso, inútiles.

—Sí que debe de ser bueno —dijo Mace—, para adivinar eso sin hacer ninguna.

A modo de réplica, Geptun buscó en el estuche de piel de animal y sacó el sable láser de Mace.

Le habían quitado la carcasa de barra luminosa. Los rastros de adhesivo eran negros contra el metal. Él lo sujetó en la mano, sonriendo.

—Y probablemente la tortura también sea una pérdida de tiempo, ¿no?

Depositó el sable láser en la mesa y lo hizo girar como una botella. Mace pudo sentir su giro en la Fuerza, sentir con exactitud cómo tocarlo con la mente, levantarlo y encenderlo para que describiera un círculo relampagueante hasta el coronel Geptun, para matarlo o hacerlo su rehén, o para que cortase las ataduras que lo sujetaban a la silla...

Lo dejó girar.

Ahora cobraban sentido los dos tiradores apostados al final del pasillo.

El giro del sable láser se hizo inestable, se ralentizó y acabó parándose con el emisor apuntándole al esternón.

—Creo que esto quiere decir que sí —dijo Geptun.

Un buen truco. Mace volvió a examinarlo. El coronel soportó indolente su escrutinio.

—Geptun —dijo Mace—, podría ser un nombre korun.

—Y la verdad es que lo es —admitió alegre el coronel—. Mi abuelo paterno dejó la jungla hace setenta y tantos años. Esto es algo que, ah, no suele mencionarse. ¿Entiende? No en una sociedad educada.

—¿Aún tienen algo así aquí? ¿Una sociedad educada?

Geptun se encogió de hombros.

—Mi nombre sólo es una desventaja mínima. Puede que ese poco de sangre korun sea lo que me vuelve demasiado orgulloso para cambiarlo.

Mace asintió, más para sí mismo que para el otro. Si el hombre tenía suficiente toque con la Fuerza como para controlar el giro del sable láser, tendría también para ocultar sus intenciones. Mace cambió la valoración de peligro que tenía de él de "bajo" a "desconocido".

—¿Qué quiere de mí?

—Bueno. Esa es la cuestión, ¿verdad? Hay varias cosas que usted podría hacer por mí. Podría decirse que usted puede acelerar de forma sustancial mi carrera. ¿Un Jedi? Hasta el más simple de los soldados rasos Jedi podría ser valioso, tratando con las personas adecuadas. Pero, vamos, he capturado a un oficial enemigo, ¿no? La Confederación podría recompensarme espléndidamente por usted. De hecho, sé que lo haría. Y puede que hasta me diera una medalla. —Inclinó la cabeza en una divertida mirada de soslayo—. No parece preocupado por esa posibilidad.

Geptun no estaría allí si planeara entregar a Mace a los separatistas. Mace esperó. En silencio.

—Ah, es verdad —suspiró el coronel un momento después—. No soy un político. Y hay algo más que usted puede hacer por mí.

Mace siguió esperando.

—Bueno. Yo esto lo veo así. Tengo aquí un Jedi. Posiblemente un Jedi importante, dado que le cogimos junto al cadáver de la jefa de la célula local del Servicio de Inteligencia de la República. —Volvió a pestañear en dirección a Mace—. Oh, sí, Phloremirlla y yo éramos viejos amigos. Desde hacía demasiado tiempo como para dejar que nos distanciaran las diferencias políticas.

—Estoy seguro de que se sentirá conmovida por tu evidente dolor.

Geptun encajó eso sin pestañear. Ni siquiera le melló la sonrisa.

—Fue trágico. Que te mate un disparo láser perdido tras vivir tantos años y en tantos lugares peligrosos. Daños colaterales. Sólo fue un transeúnte. Pero poco inocente, ¿verdad?

Era muy posible, reflexionó Mace, *que ese hombre pudiera llegar a desagradarle hondamente*.

—Aún seguiría viva si sus hombres no me hubieran disparado.

El se rió.

—Si mis hombres no le hubieran disparado, esta noche no tendría el placer de su compañía.

—¿Y ha valido ese placer la vida de su amiga?

—Eso aún está por ver.

Sus miradas se cruzaron durante todo un segundo. Mace había visto lagartos con ojos más expresivos. Lagartos depredadores.

Volvió a cambiar su cálculo del peligro que representaba. Al alza.

Geptun desplazó su peso en la silla como un hombre que se pone cómodo después de una buena comida.

—Bueno, volviendo a este Jedi en cuestión, creo que también es bastante capaz. Puede que hasta directamente peligroso. Coincide con la descripción de alguien que rompió varios huesos pertenecientes a un par de mis mejores hombres.

—¿Esos eran los mejores? Lo siento.

—Yo también, Jedi Maestro. Yo también. Bueno. Me ha dado por preguntarme qué clase de negocios podría traer a un Jedi importante y peligroso como usted al pequeño mundo olvidado de Haruun Kal. Difícilmente habrá venido hasta tan lejos para cometer una infracción leve contra unos oficiales de paz. Me ha dado por preguntarme si sus negocios no tendrán algo que ver con otro Jedi. Uno que parece rondar por la Tierras Altas, haciendo todo tipo de cosas impropias de un Jedi. Como asesinar civiles. ¿No tendrán tus negocios algo que ver con él?

—¿Y si es as?

Geptun inclinó la silla hacia atrás y miró a Mace sobre la curva de sus mejillas gordezuelas.

—Llevamos cierto tiempo persiguiendo a ese Jedi. Hasta he ofrecido una recompensa. Una gran recompensa. Puede que si alguien fuera a, mmm..., ocuparse... de mi actual problema Jedi, yo me sentiría entonces plenamente compensado. Puede que ni siquiera echara de menos la recompensa de la que hablábamos antes.

—Ya veo.

—Puede que sí. Y puede que no. Lo que pasa es que no consigo decidirme.

Mace esperó.

Geptun suspiró irritado y volvió a posar la silla en el suelo.

—No eres alguien con el que resulte fácil mantener una conversación.

Eso no requería una respuesta, así que Mace no respondió.

—¿Lo ves? Es justo lo que quería decir. Bueno, supongo que sólo necesito la manera de obtener cierta paz mental, ¿entiendes? Yo aquí estoy dentro de una burbuja; puedo hacer cualquiera de las dos cosas. Me gustaría conseguir esa recompensa. Sí, sí que me gustaría. Pero, puestos a elegir, preferiría tener resuelto mi problema del Jedi montañés, aunque sigo sin estar muy seguro de que ésa sea le mejor decisión. Para mi futuro. Estoy dubitativo. ¿Se da cuenta? Me inclino a un lado y a otro. Necesito un poco de seguridad. ¿Entiende lo que quiero decir?

Mace comprendió por fin de lo que estaban hablando.

—¿Cuánta seguridad necesita?

Los ojos de Geptun brillaron de la misma forma plana que las facetas de grava de las paredes.

—Diez mil.

—Le daré cuatro.

Geptun le miró con desdén. Mace le devolvió la mirada. El rostro del Jedi parecía tallado en piedra.

—Puedo mantenerle aquí mucho tiempo...

—Tres mil quinientos —repuso Mace.

—Me insulta. ¿Es que ni siquiera soy digno de un regateo?

—Estamos regateando. Tres mil doscientos cincuenta.

—Eso me hiere, Jedi Maestro...

—Querrá decir Maestro Jedi —dijo Mace—. Tres mil.

La expresión de Geptun se ensombreció, pero tras perder un instante intentando igualar la mirada inflexible de Mace Windu —intento condenado al fracaso—, negó con la cabeza y volvió a encogerse de hombros.

—Tres mil. Supongo que uno debe hacer concesiones —suspiró—. Después de todo, estamos en tiempo de guerra.

***

Lo soltaron al alba.

Mace bajó los gastados escalones de piedra de la puerta principal del Ministerio de Justicia. Los cirros de nubes que había sobre Los Hombros del Abuelo sangraban con la mañana. Las pértigas luminosas habían empalidecido. La calle de abajo seguía tan incansablemente atestada como siempre.

Llevaba la mochila al hombro y la pistola láser sujeta al muslo. El sable láser iba en un bolsillo interior del chaleco, oculto bajo el brazo izquierdo.

Se mezcló con la multitud y se dejó llevar por la corriente.

Incontables rostros pasaron por su lado y encontraron su mirada con n sin apatía. Los carros rodaban ruidosos. La música resbalaba desde umbrales abiertos o goteaba de equipos personales. De vez en cuando, el enorme estruendo de un rondador de vapor obligaba a la multitud a echarse a un lado u otro. En esas ocasiones, el tacto de la carne desconocida le producía un hormigueo bajo la piel. Sentía el olor a sudor humano mezclado con orina de yuzzem, y la peste almizcleña de los togorianos. Olió la punzada inconfundible de las glándulas del hombro de un t'landa til, y el humo de la hoja de portaak asándose sobre un fuego de lamma, y, de forma casual, no pudo evitar maravillarse de lo alienígena que le resultaba todo. Por supuesto, allí el único alienígena era Mace.

No se le ocurría qué hacer a continuación.

***

DE LOS DIARIOS PRIVADOS DE MACE WINDU.

Ya debería estar haciendo algo para encontrar a Depa. Podría haberme dirigido a la Lavaduría de la Meseta Verde para intentar establecer nuevos contactos con los agentes del Servicio de Inteligencia de la República que quedaran en el planeta. Podría haber contratado mi propia expedición, aunque el soborno a Geptun vació la cuenta de créditos a nombre de "Kinsal Trappano". Una cuenta que nunca tiene más allá de unos pocos miles, y que está controlada por el Consejo Jedi, que le añade nuevos fondos a medida que es necesario. No debería haber resultado difícil conseguir un rondador de vapor, y las calles estaban llenas de individuos de aspecto peligroso que estallan dispuestos a ser contratados. Podría haber hecho muchas cosas.

En vez de eso, me dejé llevar por la corriente de la muchedumbre.

Descubrí que tenía miedo. Miedo de cometer otro error.

Es una sensación que no me resulta familiar. Hasta Geonosis, no me había dado cuenta de que pudiera ser posible semejante cosa.

En el Templo se enseña que el único error verdadero que puede cometer un Jedi es no confiar en la Fuerza. Los Jedi no `cuestionan las cosas" o "piensan un plan". Esos actos son contrarios a lo que significa ser un Jedi. Dejamos que la Fuerza fluya a través de nosotros y nos dejamos llevar por sus corrientes de paz y justicia. La mayor parte del entrenamiento Jedi consiste en aprender a confiar en nuestro instinto, en nuestras sensaciones, en vez de en nuestro intelecto. Un Jedi debe aprender a deshacer lo pensado sobre una situación, a rectificar las acciones, a convertirse en un recipiente que la Fuerza pueda llenar con sabiduría y acción. Sentimos la verdad cuando dejamos de analizarla. La Fuerza actúa a través de nosotros cuando rechazamos todo esfuerzo. Un Jedi no decide. Un Jedi confía.

Diciéndolo de otro modo, no estamos entrenados para pensar. Se nos entrena para saber.

Pero en Geonosis, a todos nos falló ese saber.

Haruun Kal ya me había enseñado que la tragedia del error de juicio que tuvo lugar en Geonosis no había sido un hecho aislado. Que podía volver a pasar.

Que pasaría otra vez.

No sé cómo impedirlo.

El haber venido yo solo tenía sentido..., pero de una forma intelectual; y el intelecto es engañoso. Sentí que lo correcto era venir a por Depa yo solo..., pero ya no puedo seguir confiando en mis sensaciones. La sombra que invade la Fuerza vuelve nuestros instintos contra nosotros.

No sé lo que debo hacer, y no sé cómo decidir qué hacer.

***

Pero hay instintos que tienen poco que ver con el entrenamiento Jedi. Fue uno de ellos el que siguió Mace cuando sintió un golpecito de *oye-colega* en el hombro y miró a su alrededor, sin encontrar a nadie.

El golpecito le había llegado a través de la Fuerza.

Examinó el mar de rostros, cabezas y humo de rondador de vapor. Banderines de cafeterías goteaban inmóviles en el aire húmedo. En la calzada había un carro tirado por un herboso agotado y con manchas de tiña. El conductor agitaba un electropincho gritando: "Dos créditos, a cualquier parte de la ciudad. ¡Dos créditos!" Un yuzzem de ojos nublados por el alcohol ladraba cerca de él. Llevaba el arnés de uno de los taxicarros de dos ruedas, y se volvió para levantar a un humano del asiento, sosteniéndolo en lo alto con una enorme mano mientras le enseñaba las garras siniestramente engarfiadas de la otra. El ladrido se traducía como: "¿No tienes dinero? No es problema. Tengo hambre".

Otro golpecito...

Esta vez, Mace le localizó. La multitud formó una de esas oscilantes aberturas que le permitieron verlo a cien metros de distancia. Era un esbelto korun con la mitad de años o menos que Mace y de piel más oscura. Llevaba la ceñida túnica y los pantalones marrones de un ghôshin de la selva. Mace captó un fugaz resplandor de dientes blancos y una insinuación de resplandecientes ojos azules, y el joven korun se volvió para alejarse por la calle.

Esos ojos brillantes... ¿No los había visto antes? Puede que la noche anterior, en la calle, durante el tiroteo...

Mace fue tras él.

Necesitaba una dirección. Ésa parecía prometedora.

***

Era evidente que el joven korun quería que le siguiera; cada vez que la multitud se cerraba entre ellos, y Mace lo perdía, otro golpecito de la Fuerza conducía su mirada.

Las multitudes tienen su propio ritmo. Cuanto más deprisa intentaba moverse, más resistencia encontraba en codos, hombros, caderas y hasta en una o dos anticuadas armas rectas que le apuntaban al pecho acompañadas de opiniones poco amistosas sobre sus modales al caminar y de ofertas para suplir esa laguna concreta de su educación. A ello respondía con un sencillo "no quieres pelear conmigo". Nunca se molestaba en recalcar eso con la Fuerza; bastaba con la mirada de sus ojos.

Un joven nervioso no dijo nada y decidió comunicarse mediante un repentino golpe por lo alto, en dirección a la nariz de Mace. Este inclinó la cabeza con gravedad, cortés, como realizando una reverencia, y el puño del joven se rompió contra el hueso frontal del cráneo afeitado de Mace. Por un momento consideró la posibilidad de transmitir al nervioso joven algún consejo amistoso sobre las virtudes de la paciencia, la no violencia y la conducta civilizada, o al menos una crítica comedida sobre lo torpe del puñetazo; pero el sufrimiento que se pintó en su rostro cuando se arrodilló, acunando los nudillos

rotos, le recordó una de las máximas de Yoda: "Las mejores lecciones sin palabras se enseñan". Así que Mace se limitó a encogerse, a modo de disculpa, y continuó andando.

La presión de la multitud hizo que su persecución se enfrentara a la ley de la mínima ganancia. No podía acercarse más al joven korun sin llamar aún más la atención, y posiblemente sin herir a cierta cantidad de personas escasamente educadas. A veces le parecía detectar un asomo de sonrisa en el korun, cuando éste descuidaba una mirada hacia atrás, pero estaba demasiado lejos para interpretarla. ¿Era una sonrisa de ánimo? ¿Amistosa? ¿Sólo educada? ¿Maliciosa?

¿Depredadora?

El korun giró por una calle más oscura y estrecha, todavía ensombrecida por los sedimentos de la noche. Allí, la multitud dejó paso a una pareja de yarkoras que, peligrosamente cerca de un charco de vómito, dormía codo con codo los estragos cometidos la noche anterior; y a tres o cuatro envejecidas mujeres balawai que se habían aventurado a barrer las losas situadas ante los respectivos portales de sus edificios. Su rito matutino de quejas mutuas se interrumpió al acercarse Mace. Se aferraron posesivas a sus escobas, se ajustaron los pañuelos que sujetaban el triste pelo que pudiera quedarles y le observaron en silencio.

Una de ellas escupió a sus pies citando pasó.

En vez de responder, se detuvo. Ahora que estaba lejos de las calles principales y del constante murmullo de voces, pies y ruedas, podía oír un nuevo sonido en la mañana, débil pero claro: un zumbido delicado y agudo que latía de forma irregular, oscilando como un bote en un mar en calma.

Un motor de repulsores. Quizá más de uno.

El eco en la calle forrada de edificios hacía que el sonido surgiera de todas partes. Pero no se hacía más fuerte. Y cuando *Sonrisas*, situado calle arriba, le dio otro golpecito con la Fuerza, que se desplazó hacia él, el sonido tampoco se hizo más débil.

Está al otro lado de los edificios que me rodean, pensó. *Siguiéndome*.

Podían ser barredores. O motojets. No era un deslizador, los repulsores de un deslizador zumban con una única nota. No laten al oscilar el vehículo.

Esto empezaba a aclararse.

Siguió a *Sonrisas* por un laberinto de calles que se retorcían y bifurcaban. Algunas eran escandalosas y estaban abarrotadas de gente, pero la mayoría estaban tranquilas, con apenas algo más que conversaciones murmuradas y el chirrido' de las ruedas de polímero de los monociclos. Los tejados saledizos se inclinaban en las alturas, y los pisos superiores se apoyaban unos a otros, eclipsando la mañana en una única y delgada rendija azul sobre un crepúsculo permanente.

Las retorcidas calles se convirtieron en una maraña de callejas. Una esquina más, y *Sonrisas* desapareció.

Mace se encontró en un pequeño patio cerrado de unos cinco metros cuadrados. No había nada en él aparte de grandes cubos de basura rebosantes de desechos. Conductos para la basura se alzaban, como venas, por las lisas fachadas de los edificios que le rodeaban. Las ventanas más bajas estaban a diez metros de altura y cubiertas de alambre de espino. Los agudos ojos de Mace captaron en el elevado borde de un tejado una cicatriz de ladrillo más limpio. *Sonrisas* debió de trepar por una cuerda, tirando luego de ella y dejándole sin forma de seguirle.

En algunos idiomas, un lugar como ése se llamaba callejón sin salida.

El lugar ideal para una trampa.

Por fin..., pensó Mace.

Empezaba a preguntarse si no habrían cambiado de opinión.

Se mantuvo inmóvil en el patrio, dando la espalda a la entrada, y abrió la mente.

Los notó en la Fuerza, como campos de energía.

Cuatro esferas de maliciosa cautela forradas de emoción premonitoria: esperaban una cacería con éxito, pero no querían correr riesgos. Dos se habían quedado en la boca del callejón para proporcionar cobertura y refuerzos. Los otras dos avanzaban en silencio, armas en mano, buscando el disparo a quemarropa. Mace sentía los puntos de mira de sus armas hormigueando abrasadores en su piel, como escarabajos de lava aridusianos bajo la ropa.

El zumbido de los repulsores se agudizó y tomó una dirección: hacia arriba, a los dos lados. Motojets, dedujo. Su percepción de la Fuerza se expandió para abarcar también a los vehículos, y sintió que la amenaza aumentaba. Había potentes armas sobre su cabeza, y los barredores rara vez iban armados. Un piloto en cada una. Se movían en círculos, fuera de su campo de visión y a cubierto por los edificios, para posicionarse en fuego cruzado.

Esto iba a ponerse interesante.

Mace sólo sentía una cálida premonición. Tras ese día de inseguridad y pretensión, de aferrarse a su tapadera, ofrecer sobornos y dejar libres a unos villanos, estaba impaciente por un poco de pelea sencilla y sin complicaciones.

Pero entonces captó el tono de sus propios pensamientos, y suspiró.

Ningún Jedi era perfecto. Todos tenían defectos contra los que luchaban cada día. Los pocos defectos personales de Mace eran bien conocidos por los Jedi de su círculo de amistades; no buscaba ocultarlos. Todo lo contrario, buena parte de la grandeza especial de Mace consistía en que reconocía libremente sus debilidades, y en que no tenía miedo de pedir ayuda para enfrentarse a ellas.

El defecto que nos ocupa aquí era que le gustaba pelear. Algo que resulta especialmente peligroso en un Jedi.

Y Mace era un Jedi especialmente peligroso.

Aplastó su premonición con rigurosa disciplina mental y decidió parlamentar. Convencerlos para que no le atacasen podía salvarles la vida. Y parecían profesionales; igual podía limitarse a pagar por la información que necesitaba.

En vez de sacársela a golpes.

Mientras tomaba esa decisión, los hombres que tenía detrás se pusieron a su altura. Desde luego, eran profesionales: alzaron sus armas sin decir palabra, y dos descargas gemelas de plasma de haz ancho brotaron en dirección a su columna vertebral.

Hasta el tirador humano mejor entrenado del mundo deja al menos un cuarto de segundo de demora entre la decisión de disparar y el acto de apretar el gatillo. Sumido en la Fuerza, Mace pudo sentir su decisión incluso antes de que la tomaran. Un eco de su futuro.

Antes de que los dedos de ellos empezaran a doblarse, él ya se estaba moviendo.

Cuando los rayos láser recorrieron la cuarta parte del camino hasta él, Mace giró sobre los talones, y la velocidad de su giro le abrió el chaleco: cuando estaban a medio camino, la Fuerza había depositado el sable láser en la palma de su mano; a los tres cuartos, la hoja se extendió; y cuando llegaron hasta él, no encontraron carne y hueso, sino una cascada continua de vívida energía púrpura de un metro de largo.

Mace devolvió los disparos contra los tiradores, pero en vez de rebotar en su hoja, los rayos salpicaron a través de ella y le rozaron las costillas. Después se estrellaron contra un cubo de basura que resonó, se agitó y estremeció como una campana rota.

Puede que al final sí tenga problemas, pensó Mace.

Antes de que el pensamiento pudiera formarse por completo en su mente, los dos tiradores (una parte calculadora y distante del cerebro de Mace le informó de que los

dos eran humanos) graduaron sus armas en automático. Una cegadora lluvia de rayos llenó el callejón.

Mace se arrojó a un lado, dando una voltereta en el aire. Un rayo le acertó en la espinilla, proyectando su pierna hacia atrás y convirtiendo su voltereta en una caída; pero se las arregló para aterrizar en posición agazapada, protegido por una esquina interior del callejón. Se miró la pierna. El disparo no le había atravesado el cuero de la bota.

Están graduados en aturdir, pensó. *Son profesionales que me quieren vivo*.

Mientras intentaba adelantarse a lo que pudieran intentar a continuación, notó que su hoja tenia un brillo especialmente pálido. Demasiado pálido.

Mientras estaba allí, agazapado, mirando boquiabierto a la empalidecida extensión, ésta se apagó, chisporroteó y desapareció.

Y puede que los problemas sean graves, pensó.

Tenía el sable láser descargado.

—Eso no es posible —ladró—. No es...

El estómago le dio un vuelco, y lo comprendió.

Geptun.

Mace lo había subestimado. Era corrupto y ambicioso, sí. ¿Estúpido? Era evidente que no.

—¡Jedi!

Era una voz de hombre procedente del callejón. Uno de los tiradores.

—Hagamos esto por la vía fácil, ¿vale? Nadie tiene por qué salir herido.

Ojalá eso fuera cierto, pensó Mace.

—Tenemos todo tipo de material con nosotros, Jedi. No sólo pistolas láser. Tenemos glop. Tenemos nytinita. Tenemos redes aturdidoras.

Pero todavía no habían usado nada de eso. Mercenarios, decidió Mace. Puede que cazadores de recompensas. Milicianos no. Las granadas glop y el gas somnífero eran caros: y una pistola láser no costaba casi nada. Así que se estaban ahorrando unos cuantos créditos.

También le estaban dando tiempo para pensar. E iba a hacer que lo lamentaran.

—¿Quieres saber qué más tenemos? —Mace podía oír su sonrisa—. Mira arriba, Jedi...

La pareja de motojets ascendió oscilante sobre el borde de los tejados. Sus pilotos con visores se recortaban contra el cielo azul. Sus aspas delanteras de control arrojaron espejados destellos del amanecer por el suelo del patio. Sus cañones láser inferiores apuntaron a Mace con bocas chamuscadas por el plasma. Estaba a completa merced de su fuego cruzado, pero seguían sin disparar.

Mace asintió para sus adentros. Lo querían con vida. Un disparo de uno de esos cañones, y tendrían que recoger su cuerpo con palas y una fregona.

Pero eso no significaba que los cañones fueran inútiles. Una descarga de la motojet principal abrió un boquete grande como el pecho de un hombre en la pared de arcilla situada a dos metros encima de él. Cascotes y esquirlas lo golpearon, le cortaron y lo arrojaron al suelo.

El calor resbalaba por su piel, y olió a sangre: tenía un corte. El resto de sus lesiones eran demasiado recientes para saber lo mal que podían estar. Se arrastró ente los escombros y se arrojó tras un cubo de basura. No le sirvió de nada; el piloto del deslizador reventó el otro lado del cubo y éste golpeó a Mace con fuerza suficiente como para dejarle sin aliento.

Disparado. Aturdido. Cortado. Magullado. Sin sable.

Haruun Kal le estaba haciendo pedazos, y no llevaba ni un día en el planeta.

—¡De acuerdo! —se incorporó y extendió los brazos sobre el cubo de basura para que los pilotos de las motos pudieran verlos. Dejó que el sable láser descargado colgara de su dedo por el aro de sujeción al cinto—. De acuerdo, voy a salir. No disparéis.

Mientras salía con las manos en alto desde debajo del cubo, el deslizador principal descendió. El otro deslizador se mantuvo donde estaba, encañonándolo desde las alturas. Mace se encaminó hacia la salida del callejón, respiró hondo y salió del rincón. Los dos tiradores salieron poco a poco de sus refugios: uno de detrás de un cubo de basura, y el otro asomando por el umbral de una puerta. Los dos hombres de refuerzo se quedaron en los rincones de la bocacalle del callejón.

—Sois muy buenos —dijo Mace—. De lo mejor que he visto.

—Oye, gracias —respondió uno. A juzgar por su voz, era el que había hablado antes. El jefe, probablemente.

Su sonrisa era menos amistosa que su tono de voz. Tanto él como su compañero llevaban rifles corrientes apoyados en el hueco del brazo. Los hombres del fondo, al principio del callejón, llevaban rifles láser combinados con algo más grande: lanzaproyectiles o láseres de haz ancho para disturbios.

—Supongo que es un gran halago, viniendo de un Jedi como tú.

—Habéis venido preparados, desde luego.

—Sí. Entréganos ese láser, ¿eh? Despacio y sin gestos bruscos.

Mace se pasó el sable láser a la mano izquierda despacio, muy despacio, acercando la derecha hacia la culata de la Energética 5.

—Me gustaría poder decirte cuántas veces han venido a por mí grupos como el tuyo. Y no sólo en callejones. En la calle. En cuevas. Barrancos. Hangares de cazas. Lavanderías en seco. Donde se te ocurra.

—Y esta vez te han cogido. Deja el láser en el suelo y lánzalo de una patada hacia mi amigo.

—Piratas. Cazadores de recompensas. Nativos. Manadas de aulladores —Mace hizo lo que le pedían mientras hablaba como si comentara sus recuerdos en compañía de viejos amigos—. Armados con todo lo que hay, desde detonadores térmicos a hachas de piedra. Y a veces sólo con garras y dientes.

El hombre callado se inclinó para recoger la Energética 5. La boca de su cañón se apartó de él. Mace dio un paso a la izquierda. Ahora, el que hablaba estaba en la línea de tiro de los dos situados detrás de él.

Mace recurrió a la Fuerza, y el callejón se cristalizó a su alrededor. Era una red de facetas, líneas de tensión y vectores de movimiento. Se convirtió en una gema con taras y fracturas que conectaban al que hablaba con su compañero, con los dos tiradores del fondo, con las motojets y sus pilotos, con los edificios de veinte metros de alto a cada lado...

Y con Mace.

No podía ver ningún punto de ruptura que le sacara de esa situación. *Eso no significa que no pueda*, pensó. *Sólo que no será fácil. Ni seguro*.

Ni siquiera probable.

Respiró hondo para recuperarse.

Sólo necesitó una espiración. Si la Fuerza le entregaba a la muerte allí mismo, estaría preparado.

—Ahora el sable láser —dijo el que hablaba.

—Estáis mejor preparados que la mayoría —Mace balanceaba el sable láser en la palma de la mano—. Pero al igual que todos los demás, habéis olvidado la única pieza del equipo que de verdad os serviría de algo.

—¿Sí? ¿Cuál es?

La voz de Mace se tornó gélida, y sus ojos más aún.

—Una ambulancia.

La sonrisa del jefe intentó convertirse en una risa, pero, en vez de eso, se desvaneció. La franca mirada de Mace era zona carente de humor.

El jefe alzó el rifle.

—El sable láser. Ahora.

—Claro —Mace se lo arrojó—. Cógelo.

El sable láser trazó un largo arco. Mace sintió en la Fuerza que todos se relajaban de forma fraccionada, que la presión en los gatillos cedía ligeramente, que la concentración cargada de adrenalina disminuía mínimamente. Se relajaban porque ahora él estaba desarmado.

Porque ninguno de ellos entendía lo que era un sable láser.

Mace había iniciado la construcción de su sable láser cuando todavía era padawan. El día que acarició por primera vez el metal con la mano, ya llevaba tres años soñando con ese sable láser; se lo había imaginado tan completamente que ya existía en su mente, perfecto en cada detalle. Su construcción no fue una creación, sino una actualización. Tomó una realidad mental y la hizo física. El objeto de metal y piedras preciosas, de rayos de partículas y célula energética, era sólo una expresión. Su verdadero sable láser era el que sólo existía en esa parte de la Fuerza que Mace llamaba su mente.

Un sable láser no era un arma. Las armas pueden robarse o destruirse. Las armas son entidades unitarias. Muchas personas hasta les ponen nombre. Mace podía nombrar a su sable láser tanto como a su mano. El no era el niño que, cuarenta y un años antes, había imaginado la forma que tendría el sable láser. Ni el arma era idéntica a aquella primera imagen que surgió en los sueños de un niño de nueve años. Había reconstruido su sable con cada paso que daba en una comprensión más profunda de la Fuerza y el lugar que ocupaba en ella. Rehaciéndolo. Había crecido con él.

Su sable láser reflejaba todo su saber. Todo aquello en lo que creía.

Todo lo que era.

Motivo por el cual no le costaba ningún esfuerzo, ningún pensamiento, cogerlo con la Fuerza mientras giraba en el aire, y lanzarlo como una bala.

El arma silbó por el aire y la culata acertó al que hablaba entre los ojos con un golpe sordo de piedra contra madera. El impacto lo derribó, dejándolo inconsciente o muerto antes de tocar el suelo. Sus manos se cerraron espasmódicamente en el láser, que escupió energía.

Mace empleó la Fuerza para desviar el cañón del láser y barrer al compañero del que hablaba, arrojándolo girando contra el suelo. A continuación guió el cañón hacia arriba, y un martilleo de energía trazó un arco de agujeros en la pared, antes de destrozar las aspas de control de la motojet situada detrás de él, abocándola a un giro descontrolado que mantuvo al piloto demasiado ocupado agarrándose como para pensar en disparar arma alguna.

Las armas de los dos hombres apostados en la bocacalle del callejón empezaron a toser rayos, pero Mace ya estaba en movimiento. Empleó la Fuerza para saltar hasta un punto situado a cinco metros de altura en la pared más alejada de él, tomó allí impulso y saltó hacia la pared contraria otra vez, y otra, subiendo más y más en zigzag, en dirección a los tejados y en medio de una tormenta de disparos.

Las granadas de explosión retardada estallaron abajo, el glop blanco saliva salpicó el callejón. Se desató la nube púrpura giratoria del gas somnífero nytinita, pero Mace ya estaba muy por encima de su zona de alcance. Siguió ascendiendo hasta el borde del tejado de baldosas cocidas, y allí había gente...

El tejado estaba abarrotado con sacos de baldosas, botes de permacita líquida y lonas amontonadas que servirían de protección contra las lluvias invernales, pero que en ese momento servían de camuflaje para al menos dos hombres.

Los hombres, ocultos bajo las lonas, eran invisibles a simple vista, pero Mace los sintió en la Fuerza. Notaba el temblor de la adrenalina y el desesperado autocontrol necesario para mantenerse inmóvil. ¿Viandantes? ¿Obreros trabajando en el tejado que, sorprendidos en un tiroteo repentino, se escondían para salvar la vida? ¿Refuerzos para el grupo de asalto?

Mace no estaba seguro de vivir para descubrirlo.

Antes de que pudiera agacharse, el piloto de la otra moto le cortó el paso con un manantial de disparos dirigidos a interceptarlo. Un empujón con la Fuerza le depositó finalmente en el tejado, pero por poco tiempo, ya que el piloto disparó una granada de impacto contra los pies de Mace. El Jedi recurrió a la Fuerza para alejar la granada de él y de los hombres escondidos, pero el chorro de vapor del cañón trazó en el tejado yen dirección a ellos una línea de baldosas rotas y agujeros humeantes.

Así que saltó hacia ella.

Utilizó la Fuerza para empujarse hacia arriba, se elevó sobre la descarga de vapor y convirtió su salto en un rodar lateral que le permitió ponerse en pie, con la espalda apoyada contra la enorme chimenea comunitaria que se alzaba en el centro del tejado. La chimenea se estremeció por el impacto de los disparos que encajaba la otra cara. Sintió mediante la Fuerza que la otra motojet volaba en círculos hacia él.

Los agujeros que han hecho los cañonazos en el techo, pensó. Eran lo bastante grandes como para poder zambullirse dentro. Si pudiera entrar por ellos en el edificio...

La chimenea sólo era un metro más alta que Mace. El Jedi saltó hacia arriba. El fuego de los cañones se ensañó en su pared de arcilla horneada, buscando sus piernas. Antes de que pudiera ver un agujero lo bastante grande como para zambullirse por él, la chimenea cedió y empezó a derrumbarse.

Mace intentó mantener el equilibrio. Un hombre gritó:

—¡Eh, Windu! ¡Feliz día, hoy vuelves a nacer!

Y Mace tuvo un atisbo de lonas apartándose, de ojos azules y dientes blancos, y algo giró en el aire hacia él...

Su forma recordaba vagamente una granada de crioban, pero cuando Mace recurrió a la Fuerza para apartarla, la reconoció. La sintió tan familiar como el sonido de la voz de Yoda.

Era un sable láser.

El sable láser de Depa.

En vez de apartarlo, Mace lo dirigió hacia él. Y la sintió mediante la Fuerza, sintió a Depa como si estuviera a su lado y le hubiera cogido de la mano. El mango tocó la palma de su mano.

La situación parecía diferente bajo el fogonazo verde de la hoja de Depa.

El resto de la pelea duró menos de cinco segundos.

La motojet volvió a abrir fuego, y Mace se echó a un lado, dejando que la Fuerza moviera la hoja. Los disparos láser rebotaron en la fuente de energía y destrozaron la célula energética del vehículo, enviándolo dando vueltas hacia el suelo del callejón sin salida. El korun de ojos azules —*Sonrisas*, el que le había conducido hasta allí— y el otro hombre que estaba oculto bajo la lona llevaban lanzacartuchos de fuego rápido que apoyaron en el borde del tejado para llenar el callejón de abajo con un enjambre letal de proyectiles.

Dos korunnai más salieron de su escondite en el tejado contrario. Uno de ellos tenía un lanzacartuchos. Las llamas brotaban de su cañón. El otro —una corpulenta chica

korun de piel clara y pelo rojizo— se puso en pie con las piernas abiertas y, apoyando en la axila un enorme Trueno Mer-Sonn, barrió el callejón con aullantes descargas de anchos rayos de partículas.

Al otro piloto no le gustó cómo se ponían las cosas, así que bajó la potencia de su moto y se alejó por encima de los tejados con un chirrido. *Sonrisas* giró el cañón y apuntó a la espalda del piloto, pero la moto cabrioleó en el aire y, antes de que pudiera disparar, se descontroló y se estrelló a casi doscientos kilómetros por hora contra la pared de un edificio lejano.

Sonrisas agitó una mano en lo alto, y los korunnai dejaron de disparar.

El repentino silencio resonó en los oídos de Mace.

—¿A que ha sido divertido? —repuso *Sonrisas*, sonriendo a Mace y guiñándole un ojo—. Vamos, Windu, no me digas que esto no te ha calentado un poco los pantalones.

Mace se dejó caer al tejado y puso la hoja de Depa en posición neutral.

—¿Quién eres?

—Soy el tipo que acaba de sacarte las castañas del fuego. Vámonos ya, tío. La milicia llegará en cualquier momento.

Los dos korunnai del otro lado del callejón ya se deslizaban hasta el suelo utilizando delgadas cuerdas. *Sonrisas* y su amigo engancharon al borde del tejado garfios que parecían hechos de latonbejuco pulido y soltaron una cuerda. Su amigo se echó al hombro el rifle de cartuchos y se deslizó sobre el borde.

Mace miró irritado la columna de humo que ahora se alzaba desde el agujero abierto por la segunda moto en el lejano bloque de edificios. *Sonrisas* captó su mirada y lanzó una carcajada.

—Me encanta ese hongo. Se come sus voladores por cable. Me ha ahorrado un disparo.

—Espero que no hubiera nadie en casa —murmuró Mace.

—Sí, lo habría dejado todo hecho un asco —volvió a obsequiarle con su blanca sonrisa—. Y olvidémonos de identificar los cuerpos, ¿eh? Lo mejor sería limitarse a pasar la manguera.

Mace se le quedó mirando.

—Tengo la sensación —dijo con lentitud—, de que tú y yo no vamos a ser amigos.

—Deja que te diga que eso hace que mi corazón bombee agua de estanque —*Sonrisas* cogió una cuerda y la mostró abiertamente—. Deprisa, Windu. ¿Qué quieres ahora? ¿Una invitación? ¿Flores y una caja de bombones?

La cascada del sable láser de Depa iluminaba sus caras con el color de la luz del sol al filtrarse por la jungla.

—Quiero que me digas qué hacías con este sable —le dijo Mace.

—¿El sable láser? —el azul de sus ojos chispeó con un fuego maniaco—. Es mi credencial —dijo, y desapareció bajo el borde del tejado.

CAPÍTULO 3

DE JUNGLA A JUNGLA

Mace permaneció en el tejado, contemplando el brillo esmeralda de la hoja de Depa. O bien ella se la había entregado a *Sonrisas*, o él se lo había quitado a su cadáver. Esperaba que fuera lo primero.

Al menos, creía esperar eso.

La Depa que él conoció... ¿Habría prestado su sable láser? ¿Habría entregado una parte de su ser?

Algo le decía que no había sido precisamente un Concierto de Lealtades.

Al cabo de unos segundos soltó la placa activadora. La hoja se encogió y desapareció, dejando en el aire sólo un regusto a iones. Deslizó el mango en el bolsillo interior del chaleco. No entró con facilidad: el mango estaba pegajoso debido a una delgada capa de sustancia viscosa con olor herbáceo.

Algún tipo de resina. Era pegajosa, pero no se le quedaba en la mano.

Negó con la cabeza, mirándose la palma de la mano con el ceño fruncido. Entonces suspiró y se encogió de hombros. Quizá ya era hora de dejar de esperar que las cosas de este planeta tuvieran sentido.

Se inclinó para mirar desde el borde del tejado. En el callejón había cuatro cuerpos, además del piloto que yacía en medio de los restos de su motojet. Estaban todos, contando con el que se había estrellado contra el edificio.

Sonrisas y los korunnai estaban despojando a los muertos con rapidez y eficiencia.

Mace apretó la mandíbula. Uno de los muertos —puede que el que hablaba— tenia, de oreja a oreja, un profundo corte de ensangrentados labios.

Alguien le había cortado el cuello.

Una sensación enfermiza llenó el pecho de Mace. Al final sí que había algunas cosas con sentido, y el sentido que tenían le revolvía el estómago.

La Fuerza no le transmitió ningún signo de culpabilidad en ellos. Puede que la violencia fuera tan reciente que sus ecos hubieran barrido semejantes sutilezas. O puede que quien fuera que hubiera hecho eso no sintiera culpa alguna.

Y esos asesinos eran su mejor esperanza —quizá la única— de llegar hasta Depa.

Pero eso no podía dejarlo pasar.

A su mente acudió otra lección de Yoda: "*Cuando todas las elecciones parecen equivocadas, elige la contención*."

Mace bajó por la cuerda.

Sonrisas asintió en su dirección.

—Estás hecho un asco, ¿sabes? Quítate la camisa. —Se agachó para coger un botiquín del cinturón del muerto—. Aquí debe de haber nebulizador de vendas...

Mace agarró a *Sonrisas* del antebrazo.

—Tú y yo tenemos que reestablecer nuestra relación.

—Eh... auch, ¿ah? —*Sonrisas* intentó soltarse, pero sólo consiguió hacerse daño, y descubrió que la fuerza de la mano de Mace no perdía nada si se la comparaba con el gancho de amarre de un carguero—. ¡Oye!

—Hemos empezado con mal pie —dijo Mace—. Vamos a arreglar eso. ¿Crees que podremos hacerlo de forma pacífica?

Los demás korunnai alzaron la vista de su saqueo. Se levantaron con rostros sombríos mientras se volvían hacia Mace y *Sonrisas*, variando su forma de agarrar las armas. Los dedos se deslizaron por el seguro de los gatillos.

—Sería una mala idea —dijo Mace—. Para todos los implicados.

—Oye, suéltame el brazo, ¿vale? Puedo volver a necesitarlo... La mano de Mace apretó con más fuerza.

—Diles lo que estamos haciendo.

—¿Quieres dejar ya el apretón de rompehuesos? —*Sonrisas* hablaba con voz cada vez más aguda. Perlas de sudor asomaron en su labio superior—. ¿Tanto te gusta mi brazo que quieres llevarlo contigo a casa?

—Este no es mi apretón de rompehuesos. Es mi apretón de *no-hagas-estupideces* —Mace apretó lo bastante como para arrancarle un gemido de dolor—. Pasaremos al rompehuesos en unos diez segundos.

—Esto... Si lo planteas de ese modo...

—Diles lo que estamos haciendo.

Sonrisas retorció el cuello para mirar por encima del hombro a los demás korunnai.

—Calmaos, chicos, ¿vale? —dijo débilmente—. Sólo estamos..., eh, replanteando nuestra relación.

—Pacíficamente.

—Sí, pacíficamente.

Los otros tres korunnai dejaron que sus armas colgaran del hombro por las correas y volvieron a concentrarse en saquear los cadáveres.

Mace lo soltó. *Sonrisas* se masajeó el brazo con aire ofendido.

—¿Qué es exactamente lo que no funciona en ti?

—Tú no me condujiste a una trampa. Me utilizaste para conducirlos a ellos a una trampa.

—Oye, Capitán Evidente, te daré una noticia: esto no era una trampa.

Mace frunció el ceño.

—¿Cómo lo llamarías entones?

—Era una emboscada —repuso *Sonrisas* con una mueca burlona—. ¿Es que no enseñan básico en la escuela Jedi?

—¿Sabes que me desagradaste en el mismo instante en que nos conocimos?

—¿Es una forma Jedi de decir: "¿muchas gracias por salvar mi culo de luchador con sable láser?". Bah —negó con la cabeza, simulando pesar—. ¿Qué pasa? ¿Qué problema tienes?

—Me habría gustado haberlos cogido con vida —le dijo Mace con firmeza.

—¿Para qué?

Mace dedujo que era una pregunta razonable en Pelek Baw. ¿Para entregarlos a las autoridades? ¿Qué autoridades? ¿A Geptun? ¿A los policías que extorsionaban en las duchas probi? Respiró hondo.

—Para interrogarlos.

—¿Necesitas saberlo todo? —dijo la chica grande y pelirroja del Trueno. Alzó la mirada hacia Mace, mientras seguía agachada junto a un cadáver. Sus palabras goteaban acento montañés—. Míralo tú. Seis escoria balawai. Listos y liquidados. Otra casa korun nunca quemarán. Otro rebaño nunca masacrarán, otro niño nunca asesinarán, otra mujer nunca...

No acabó, pero Mace pudo leer la última palabra en la humareda de odio que le nublaba los ojos. Pudo sentirla en la ira y la violación de la Fuerza que brotaban de ella. Pudo hacer algo más que adivinar por lo que había pasado. Pudo percibir en la Fuerza

cómo se había sentido ella: enferma de desprecio, tan herida en su corazón que no podía permitirse sentir nada. Su rostro se suavizó por un momento, pero volvió a endurecerse. Supo instintivamente que ella no quería compasión. No era víctima de nadie.

Si ella notaba que él la compadecía, le odiaría.

Así que, en vez de eso, bajó la voz, hablando con suavidad y respeto.

—Ya veo. Pero mi pregunta es: ¿cómo estáis seguros de que estos hombres hicieron esas cosas?

—Balawai todos —dijo como si escupiera un trozo de carne podrida. ¿Esta era la gente que Depa había enviado a por él? La sensación enfermiza del pecho adquirió peso.

Se apartó de *Sonrisas* y abrió los dedos en dirección a su sable láser, que yacía al lado del cadáver con el cuello cortado del que hablaba. El mango descargado saltó del suelo a su mano.

—Escuchadme bien. Todos.

La autoridad en su voz atrajo su atención y la mantuvo.

—No mataréis mientras esté en vuestra compañía —dijo—. ¿Entendido? Si lo intentáis, os detendré. Y si fracaso...

Los músculos de su mandíbula se tensaron, y sus nudillos se blanquearon en el mango del sable láser. Una hirviente amenaza consumía la calma de sus ojos oscuros.

—Si fracaso —dijo entre dientes—, vengaré a vuestras víctimas.

Sonrisas negó con la cabeza.

—Esto, hola, ¿eh? Puede que no lo hayas notado, pero aquí estamos en guerra. ¿Entiendes eso?

Un débil silbido en la distancia creció hasta convertirse en un chillido. Otros silbidos se unieron al primero, aumentando todos en tono y volumen. Sirenas. Unidades de la milicia que se dirigían hacia allí. *Sonrisas* se volvió hacia sus compañeros.

—Ha sonado el timbre, niños. A galope.

Los korunnai se movieron más deprisa, despojando a los cadáveres de botiquines, terrones alimenticios, cartuchos de gas para pistolas. Créditos. Botas.

—Lo llamas guerra —dijo Mace—, pero éstos no eran soldados.

—Puede que no, pero tienen un equipo de lo más majo, ¿no te parece? —*Sonrisas* cogió uno de los lanzaproyectiles y, apreciativo, examinó el cañón—. Muuuuy majo. ¿Cómo, si no, íbamos a conseguir un material como éste? Tampoco es que tu puñetera República nos envíe mucho.

—¿Valía eso sus vidas?

—Vaya. Así que nos ponemos a juzgar, ¿eh? ¿Es que no te hemos sacado las castañas del fuego? No estaría fuera de lugar que dieras las gracias...

—Fuiste tú quien puso mis "castañas" en el fuego —replicó Mace con hosquedad—. Y te tomaste tu tiempo para sacarlas.

Los ojos de *Sonrisas* eran distantes, pese a que su tono de voz permanecía burlón.

—Yo no te conozco, Windu, pero sé quién se supone que eres. Ella habla de ti todo el tiempo. Sé lo que se supone que eres capaz de hacer. Si hubieran podido contigo...

—¿Sí?

Movió la cabeza un centímetro a la derecha. Un encogimiento de hombros korun.

—Les habría dejado. ¿Vienes o no?

***

Pelek Baw pasaba ante las ventanas tintadas del terracoche. El vehículo circulaba sobre grandes globos toroidales fabricados con la resina de un árbol local, y empleaba tablillas curvadas de madera como muelles. El conductor era nativo, un korun de edad mediana con una red de cataratas en un ojo y dientes podridos manchados de rojo por masticar corteza de thyssel. Mace y los korunnai iban sentados tras él, en la cabina de pasajeros.

Mace mantuvo la cabeza gacha, simulando concentrarse en montar un adaptador improvisado para recargar su sable con las baterías láser robadas. Eso no requería mucha atención: había diseñado su sable láser para poder recargarlo con facilidad. En caso de emergencia, hasta podía emplear la Fuerza para abrir un cierre oculto en el interior de su carcasa herméticamente sellada, abriendo una compuerta que le permitía sacar manualmente la célula energética. En vez de eso, conectaba laboriosamente cables a las baterías láser y simulaba estudiar sus medidores de carga.

Era, sobre todo, una excusa para mantener la cabeza gacha.

Pese a lo estrecho del compartimento y al viaje lleno de baches, lo primero que hicieron los korunnai nada más subir fue desmontar con rapidez y eficiencia las armas capturadas. Mace supuso que debían de tener mucha práctica. Todas las partes descubiertas fueron frotadas con pedazos de una resina translúcida de color marrón anaranjado que *Sonrisas* llamó ámbar de portaak, un funguicida natural que el FLM empleaba para proteger sus armas. La misma resina que cubría el mango del sable láser de Depa.

Sonrisas entregó un pedazo a Mace.

—Será mejor que hagas lo mismo con el tuyo. Y deberías pensar en conseguir un cuchillo. Puede que una pistola de cartuchos. Las armas energéticas son poco fiables aquí, hasta con el ámbar.

Dijo a Mace que se quedara el pedazo y se encogió de hombros cuando éste le dio las gracias.

El nombre de *Sonrisas* era Nick Rostu. Se presentó en el terracoche mientras vendaba con el nebulizador los cortes de Mace, y trataba sus magulladuras con un uso liberal del botiquín robado, o requisado. Mace recordó un ghôsh llamado Rostu, lejanamente emparentado con el ghôsh Windu. Que Nick hubiera asumido el apellido Rostu significaba que debía de ser un nidôsh, un niño del clan, un huérfano. Como Mace.

Pero no se parecía a Mace.

A diferencia de sus compañeros. Nick hablaba básico sin acento. Y sabía moverse por la ciudad. Probablemente fuera por eso por lo que parecía estar al mando. Mace dedujo por las conversaciones que Nick había pasado gran parte de su infancia en Pelek Baw. Y. habiendo visto a los niños korun de la ciudad, se negó a imaginar cómo debió de ser la infancia de Nick.

A la chica grande y emocionalmente destrozada la llamaban Chalk. Los otros dos se parecían lo bastante como para ser hermanos. El mayor, cuyos dientes mostraban manchas escarlatas de thyssel, se llamaba Lesh. El más joven, Besh, no hablaba nunca. La protuberancia de una cicatriz unía la comisura de su boca con su oreja derecha, y le faltaban los tres dedos finales de la mano izquierda.

En el terracoche hablaban entre sí en koruun. Mace mantuvo la mirada fija en el mango de su sable láser, sin dar señales de entender la mayor parte de lo que se decía. Su koruun estaba oxidado —lo había aprendido treinta y cinco años estándar antes—, pero bastaba, y la Fuerza le ofrecía comprensión allí donde su memoria podía fallarle. Su conversación era en su mayoría lo que podía esperarse de unos jóvenes tras un tiroteo, una mezcla de: "¿Viste cuando yo...?" y "Jo, de verdad pensé que me iba..."

mientras repasaban el inevitable caos de imágenes cargadas de adrenalina recordando el combate.

Chalk miraba de vez en cuando hacia Mace. "¿Qué pasa con el Jedi Caradepiedra?", le preguntaba a los otros. "No me gusta. Pone la misma cara cuando limpia sus armas que cuando las utiliza. Me pone nerviosa."

Nick se encogió de hombros. "¿Te haría más feliz que fuera como Depa? Confórmate con lo que tienes. Y cuidado con lo que dices. Ella dijo que hace unos años éste pasó un tiempo en las montañas. Puede que aún hable algo de koruun."

La única respuesta de Chalk fue una seca mirada de desdén que se retorció en el estómago de Mace como un cuchillo. *Como Depa*...

Ardía en deseos de preguntar a Nick lo que quería decir con eso, pero no lo hizo. No podía. No podía preguntarles por Depa. Ya estaba medio enfermo de temor, y ése no era el estado en el que debía encontrarse con su antigua padawan para examinar su salud mental y moral. Necesitaba mantener la mente todo lo abierta y despejada que le permitiera su entrenamiento y disciplina Jedi. No podía arriesgarse a contaminar sus percepciones con expectativas, esperanzas o miedos.

Botaron y se tambalearon por una parte de la ciudad que Mace no reconoció: una maraña de destartalados bloques de apartamentos de piedra que se alzaban en un pedregal de chozas de madera. Aunque las calles estaban allí mucho menos atestadas —el único tráfico de a pie parecían ser hombres de aspecto hosco y andrajoso, y mujeres que miraban furtivas desde portales, o reunidas en nerviosos grupos—, el vehículo seguía parándose valiosos minutos en esta esquina, en aquella curva y en ese desvío, esperando a que se despejase el camino al sonido de la bocina de vapor. Habrían ido más deprisa en un aerodeslizador, pero Mace no lo sugirió; volar en este mundo le parecía una empresa arriesgada.

Pero no podía afirmar con certeza si no sería más arriesgado que pasar más tiempo con esos jóvenes korunnai. Le preocupaban; tenían suficiente contacto con la Fuerza como para ser impredecibles, y suficiente salvajismo como para ser peligrosamente poderosos.

Y después estaba Nick, que, en el mejor de los casos, sólo estaba marginalmente cuerdo.

Cuando estaban en el callejón, parados entre los cadáveres y con la milicia en camino, Mace le había preguntado dónde tenía el transporte y por qué no se apresuraban a llegar hasta él. No quería verse atrapado en otro tiroteo.

—Tranquilo. Ellos tampoco —le contestó Nick con una sonrisa—. ¿Para qué crees que son esas sirenas? Nos hacen saber que están en camino.

—¿No intentarán cogernos?

—Si lo hicieran, tendrían que pelear con nosotros —acarició el largo cañón del lanzacartuchos como si fuera una mascota—. ¿Crees que quieren hacer eso?

—Yo lo haría.

—Ya, bueno. Pero ellos no son Jedi.

—Lo he notado.

Los korunnai habían dejado en el suelo varias de las armas. Besh había cogido la Mace Energética 5 y. antes de encogerse de hombros y tirarla de vuelta entre los cadáveres, frunció el ceño ante él. Mace se había acercado para recogerla, y Nick le había dicho que no se molestara.

—Es mía...

—Es basura —replicó Nick. Luego la cogió—. Toma, mira esto.

Apuntó con ella a la frente de Mace y apretó el gatillo.

Mace se las arregló para no pestañear. Por poco.

Un hililllo de humo verde brotó de la empuñadura.
Nick se había encogido de hombros y había arrojado el arma al suelo.
—Ha pillado hongos. Igual que la otra moto deslizadora. Algunos de sus circuitos sólo tienen nanómetros de grosor. Unas pocas esporas bastan para corroerlos.
—Eso no ha tenido gracia —le había dicho Mace.
—No tanto como si me hubiera equivocado, ¿eh? —cloqueó Nick—. ¿Qué pasa, Windu? Depa dice que tienes un gran sentido del humor.
—Debía de estar de broma —respondió con dientes apretados.
En el coche examino a un korunnai tras otro. No podía confiar en ninguno de ellos. Aunque no sentía ninguna malicia emanando de ellos, tampoco la había sentido en Geptun. Pero lo que sí sintió alrededor de ellos fue una red estranguladora de ira, miedo y dolor.
Los korunnai utilizaban la Fuerza, pero nunca habían tenido entrenamiento Jedi. Irradiaban tinieblas, como si procedieran de algún universo invertido donde la luz sólo es una sombra proyectada por la oscuridad de las estrellas. Su ira y su dolor golpeaban a Mace en oleadas que disparaban resonancias armónicas en su propio corazón. Sin saberlo, invocaban en él emociones que se suponía estaban enterradas tras toda una vida de entrenamiento Jedi.
Y esas emociones enterradas ya empezaban a agitarse en respuesta...

***

Se dio cuenta de que corría peligro en ese lugar. De una forma mucho más profunda que la meramente física.
Y ahora, sentado en el terracoche, esperando a que su sable láser se recargan, Mace decidió que debía aclarar algunas cosas con esos cuatro jóvenes korunnai. Y que nunca habría un momento mejor para hacerlo.
—Creo que aquí todos hablamos básico —dijo—. Cualquiera se cansaría enseguida de escuchar una conversación en lengua extranjera.
Lo cual no llegaba a ser una mentira.
Chalk le miró tenebrosa.
—Aquí, la lengua extranjera es el básico.
—Me parece bien —concedió Mace—. Aun así, eso es lo que hablaremos cuando yo esté en vuestra compañía.
—Joder, eres muy liberal dando órdenes, ¿no? Nada de matar, nada de saquear, hablar básico... —dijo Nick—. ¿Quién dijo que tú estabas al mando? ¿Y si no nos gusta hacer lo que se nos dice? ¿Qué pasará entonces, señor Sinemoción? ¿Nos hablarás con palabrotas?
—Yo estoy al mando —dijo Mace con calma.
Esto fue recibido con una ronda de burlas medio piadosas, bufidos y menear de cabezas.
Mace miró a Nick.
—Dudas de mi capacidad para mantener el control de la situación.
—Oh, muy gracioso —dijo Nick, masajeándose el brazo.
—No os aburriré con las complejidades de la cadena de mando. Me limitaré a los hechos. Hechos sencillos. Muy claros. Fáciles de comprender. Como éste: la Maestra Billaba os envió para que me llevaseis hasta ella.
—¿Quién lo dice?
—Si ella me quisiera muerto, me habríais dejado en ese callejón. No te habría enviado a despistarme o esquivarme. Sabe que no eres lo bastante bueno para eso.

—Eso dices ni...

—Tienes órdenes de llevarme allí.

—Depa no da exactamente órdenes —dijo Nick—. Más bien deja que adivines lo que ella cree que deberías hacer. Y entonces lo haces.

Mace se encogió de hombros.

—¿Piensas decepcionarla?

La mirada de inseguridad que intercambiaron en ese momento hundió el cuchillo de náuseas todavía más en las tripas de Mace. Ellos le tenían miedo a ella, o a algo que tenía que ver con ella, de un modo que no se lo tenían a él.

—¿Y qué? —dijo Nick.

—Que necesitaréis mi cooperación —Mace comprobó el medidor de la batería láser; se había agotado. Sacó el adaptador del puerto de carga del sable láser.

Nick se inclinó hacia delante en su asiento, con un brillo de peligro chispeando en sus ojos azules.

—¿Quién dice que necesitamos tu cooperación? ¿Quién dice que no podernos empaquetarte y enviarte por Mensajería Jedi Gratuita?

En vez de conectar la siguiente batería, Mace sopesó el mango del sable láser en la palma de la mano.

—Yo.

Cruzaron otra mirada, y Mace sintió rápidas corrientes de Fuerza yendo y viniendo entre ellos. Los hermanos palidecieron. Los nudillos de Chalk se blanquearon en el Trueno. El rostro de Nick se volvió inexpresivo por completo. Las manos de todos corrieron a sus rifles.

Mace levantó el sable láser.

—Reconsideradlo.

Contempló cómo cada uno de ellos calculaba mentalmente la posibilidad de sacar su arma en la atestada cabina antes de que él pudiera encender el sable láser.

—Sólo tenéis dos posibilidades diferentes —dijo—. Escasas o ni de lejos.

—Vale —Nick alzó con cuidado sus manos vacías—. Vale, todos. Atrás. Tranquilos, ¿vale? Caray, pero qué nerviosos estamos, ¿eh? Mira, tú también nos necesitas, Windu....

—Maestro Windu.

Nick pestañeó.

—Estarás de broma, ¿no?

—Trabajé mucho para ganar ese título, y mucho más para merecerlo. Prefiero que lo empleéis.

—Esto, ya. Iba diciendo que ni también nos necesitas. No eres de aquí.

—Nací en la ladera norte de Los Hombros del Abuelo.

—Ya, vale. Seguro. Ya lo sé; eres de aquí. Pero sigues sin ser de aquí. Eres de la galaxia —Nick apretaba las manos como si intentara sacar palabras del aire—. Depa dice... Bueno, ¿sabes lo que dice Depa?

—La Maestra Billaba.

—Ya, vale. Seguro. Lo que sea. La Maestra Billaba intenta explicarlo de este modo. Es como si tú vivieras en la galaxia, ¿sabes? En la otra galaxia.

¿La otra galaxia? Mace frunció el ceño.

—Continúa.

—Ella dice... Dice que tú, que todos vosotros, los Jedi, el Gobierno, todo el mundo, sois, sois como de la Galaxia de la Paz. Sois de una galaxia donde las reglas son reglas, y casi todo el mundo las sigue. Pero Haruun Kal es un lugar diferente, ¿sabes? Es como

si las leyes de la física fueran aquí diferentes. No contrarias; no es que el arriba sea abajo o lo negro sea blanco. No es tan sencillo. Es sólo... diferente. Así que, cuando vienes aquí, esperas que las cosas salgan de una forma concreta. Pero no salen así. Porque las cosas aquí son diferentes. ¿Entiendes?

—Entiendo que no sois mi única opción como guías locales —dijo Mace, atronador —. El Servicio de Inteligencia de la República preparó un grupo para llevarme a la montaña...

Las miradas que intercambiaron los korunnai interrumpieron a Mace a media frase.

—Sabéis algo de ese grupo montañés —no era una pregunta.

—Un grupo montañés —repitió Nick burlonamente—. Es justo lo que te estoy diciendo. Sólo que no lo cazas.

—¿No cazo el qué?

Parte de ese brillo maniaco volvió a asomar a sus luminosos ojos azules.

—¿A quiénes crees que acabamos de dejar muertos en ese callejón? Mace se le quedó mirando.

Nick le enseñó sus brillantes dientes.

Mace miró a Lesh. Lesh abrió las manos. Su sonrisa manchada de thyssel era de disculpa.

—Nick dice la verdad. Las cosas aquí son diferentes.

Besh se encogió de hombros, asintiendo.

Mace miró a Chalk, a sus ojos, incongruentemente oscuros en su cara de piel clara; a la forma en que acunaba el enorme Trueno Merr-Sonn que llevaba en el regazo como si fuera su hijo.

Y entonces, repentinamente, muchas cosas encajaron.

—Fuiste tú —le dijo dubitativo—. Tú mataste a Phloremirrla Tenk.

***

El achicharrante sol de la tarde disolvió en el polvo y la neblina de calor el terracoche que se alejaba. Mace se paró en la carretera y observó cómo se alejaba.

Tan lejos de la capital, el camino era poco más que un par de depresiones cubiertas de piedra pulverizada que serpenteaban entre las colinas. El follaje verde se había apoderado de la parte central, y la jungla reclamaba lo suyo partiendo del centro del camino. En esa breve extensión, el camino corría paralelo a la curva plateada de Las Lágrimas de la Abuela, un río que se formaba con la nieve fundida que descendía desde Los Hombros del Abuelo, y que se unía a la Gran Corriente, a pocos kilómetros de Pelek Baw. Ahora estaban muy por encima de la capital, al otro lado de la gran montaña.

Nick y los demás ya subían por la colina, armas al hombro, aprovechando una zona de helechos y matojos. Veinte metros más lejos se alzaba el muro viviente de la selva. Mace consiguió distinguir en la lejana distancia una línea segmentada de manchas grises; seguramente herbosos domesticados. El Gobierno balawai empleaba manadas de las grandes bestias para arrancar caminos a la selva.

—Maestro Windu... —Nick se había detenido en la ladera por encima de él. Le hizo señas para que le siguiera y apuntó al cielo—. Patrullas aéreas. Tenemos que llegar a la línea de árboles.

Pero Mace siguió parado en el camino. Seguía contemplando el polvo que se alzaba y retorcía al paso del terracoche.

"*Eres de la Galaxia de la paz*", le había dicho Nick.

"*Y las cosas aquí son diferentes.*"

Una profunda incomodidad se enroscó tras sus costillas. De no ser un Jedi, e inmune a ese tipo de cosas, lo habría llamado un temor supersticioso. Un miedo irracional a haber dejado atrás la galaxia en ese terracoche, a que toda la civilización se estuviera alejando por el camino, botando rumbo a Pelek Baw. Dejándole allí.

En la jungla.

Podía olerlo.

Perfume de capullos en flor. Savia de ramas rotas, polvo del camino, dióxido de sulfuro que descendía de los cráteres activos de Los Hombros del Abuelo que había ladera arriba. Hasta la luz del sol parecía transportar un aroma a podredumbre y hierro al rojo. Y el propio Mace.

Podía oler su sudor.

El sudor resbalaba por toda la longitud de sus brazos. El sudor perlaba su cráneo y le resbalaba por el cuello, a través del pecho, a lo largo de su columna vertebral. Los harapos de su camisa ensangrentada estaban en alguna parte del camino, kilómetros atrás. El cuero del chaleco se le pegaba a la piel, mostrando ya anillos de sal.

Había empezado a sudar antes incluso de salir del terracoche. Había empezado a sudar cuando Nick le explicó por qué los partisanos, respaldados por la República al mando de un Maestro Jedi, habían asesinado a la jefa del puesto del Servicio de Inteligencia de la República en la zona.

***

—Tenk llevaba años actuando por su cuenta —le había dicho Nick—. Grupo montañés. ¡Por las ensangrentadas ampollas de mi silla! Tú, Maestro Windu, ibas camino de un campamento de Inteligencia Sepa en el cúmulo estelar Gevarno. Las cosas iban a ser así. Uno: te entregaba al "grupo". Dos: el "grupo" informaba de un "accidente en la selva". Tu cuerpo no se habría recuperado nunca, porque te estarían chupando lo que te quedase de cerebro en una celda de tortura en algún lugar de Gevarno. Tres: Tenk se habría retirado a un mundo paradisíaco de la Confederación de Sistemas Independientes.

Mace se sentía abrumado. Demasiado de lo que decía tenía demasiado sentido. Pero cuando preguntó qué pruebas tenía Nick de eso, el joven korun se limitó a encogerse de hombros.

—Esto no es un tribunal legal, Maestro Windu. Es una guerra. —Así que la asesinasteis.

—Tú lo llamas asesinato —Nick volvió a encogerse de hombros—. Yo lo llamo sacarte las castañas...

—Del fuego. Me acuerdo.

—Llevábamos días esperándote. Depa, la Maestra Billaba, nos describió cómo eras y nos dijo que te esperásemos en el espaciopuerto, pero tuvimos cierto problema con la milicia y no te pillamos. No volvimos a localizarte hasta que saliste de la Lavaduría con Tenk. Y entonces casi te perdemos otra vez por culpa de una revuelta para conseguir comida. Te las arreglaste para que dejaran inconsciente tu culo de Jedi, antes de que pudiéramos llegar hasta ti. Librar un combate con la milicia en una calle de Pelek Baw no es una táctica que cuente con altos índices de supervivencia, ya me entiendes.

—¿No podríais haberos limitado a avisarme?

—Claro que sí. Lo cual nos habría descubierto ante Tenk y sus amigos balawai. Y habríamos muerto para nada. Porque, de todos modos, no nos habrías creído.

—No estoy seguro de creerte ahora —Mace había girado el sable láser en la palma de la mino, sintiendo la desagradable manera que tenía el ámbar de portaak de pegarse a

su piel—. No se me escapa que sólo tengo tu palabra sobre todo eso. Todos los que podían contradecir tu historia han muerto.

—Sí.

—Eso no parece preocuparte.

—Estoy acostumbrado.

Mace frunció el ceño.

—No lo entiendo.

—Así es la guerra —dijo Nick. Su voz había perdido el tono burlón, y sonaba casi amable— Es como la jungla; cuando lo que se mueve entre las ramas está lo bastante cerca de ti para que sepas lo que es, o quién es, ya estás muerto. Así que uno debe moverse por conjeturas. A veces aciertas y acabas con un enemigo, o salvas a un aliado. A veces te equivocas. Entonces mueres. O debes vivir con el recuerdo de haber matado a un amigo.

Él le enseñó los dientes, pero en su sonrisa ya no había calidez alguna.

—Y a veces aciertes y, de todos modos, mueres. A veces tu amigo no es un amigo. Nunca lo sabes. No puedes saberlo.

—Yo puedo. Es parte de lo que supone ser un Jedi.

La sonrisa de Nick se tornó sabia.

—Bueno. Elige entonces. O somos asesinos que deben ser llevados a la justicia, o soldados cumpliendo con nuestro deber. En cualquier caso, ¿qué otro podría llevarte hasta De..., esto, la Maestra Billaba?

Mace gruñó.

—Tampoco se me ha escapado eso.

—Y entonces ¿qué vas a hacer al respecto?

Él y los demás miraron cómo lo meditaba Mace.

Y, al final, la decisión que tomó el Jedi no sorprendió a ninguno. Sólo le decepcionó a él mimo.

Nick le había guiñado un ojo.

—Bienvenido a Haruun Kal.

***

El hilo de humo del terracoche entró en una hendidura de las colinas y desapareció. En la pared verde de arriba, Besh y Lesh ya habían desaparecido en la sombra abovedada. Chalk y Nick le esperaban justo debajo de la línea de árboles, agachados entre los matojos, vigilando el cielo. Recortados contra el verde.

La pared de jungla sólo era verde por fuera. Entre troncos y hojas, entre helechos, flores y lianas había una sombra tan espesa que vista desde fuera, bajo el brillante sol, parecía completamente negra.

No es demasiado tarde para cambiar de idea, pensó Mace.

Podía dejar a Nick ahora. Podía dar la espalda a Chalk, Besh y Lesh. Buscar un transporte por el camino, coger un vehículo hasta Pelek Baw, tomar una lanzadera hasta el siguiente crucero que fuera rumbo al Bucle Gevarno...

De algún modo supo que ésa era su última oportunidad de dar marcha atrás. Que una vez cruzara la pared verde, la única forma de salir sería atravesándola.

Era incapaz de imaginar lo que podría encontrarse en el camino.

Salvo, quizás, a Depa.

"*...nunca debiste enviarme aquí. Y yo no debí haber venido nunca...*"

Después de todo, ya era demasiado tarde para cambiar de idea.

Ya estaba dentro de la jungla.

Había entrado en ella desde que bajó de la lanzadera en el espaciopuerto de Pelek Baw. Puede que desde la balconada de Geonosis. O puede que se hubiera limitado a estarse quieto, y que la jungla hubiera crecido a su alrededor sin que él se diera cuenta...

Bienvenido a Harun Kal.

Sus botas aplastaron las conchas de bracken mientras subía la ladera. Chalk le hizo una seña con la cabeza y desapareció dentro de la pared. Nick le dedicó una sonrisa, como si supiera lo que había estado pensando Mace.

—Será mejor que te des prisa, Maestro Windu. Un minuto más y te habríamos dejado atrás. ¿Es que quieres quedarte solo? Creo que no.

En eso tenía razón.

—Hay algún punto al que deba dirigirme si por casualidad nos separamos.

—No te preocupes por eso. Tú sigue adelante.

—Pero, ¿cómo os encontraré si nos pasa eso?

—No nos encontrarás —Nick negó con la cabeza, sonriendo a la jungla—. Si nos separamos, no vivirás lo suficiente para preocuparte por encontrarnos. ¿Lo has entendido? Sigue andando.

Entró en los árboles y fue tragado por el crepúsculo verde.

Mace asintió para sus adentros y, sin mirar atrás, siguió a Nick entre las sombras.

CAPÍTULO 4

LA GUERRA DEL VERANO

Formaban una hilera por la selva. Chalk elegía el camino, separando las frondas y apartando con el cañón del Trueno los anillos de los trepahojas. Mace la seguía a unos diez metros de distancia, con Nick cerca de él. Besh y Lesh cenaban la retaguardia, cambiando de vez en cuando de posición y cubriéndose el uno al otro.

Mace debía estar atento para no perder de vista a Chalk. Una vez dentro de la jungla, dejaba de poder sentir con facilidad a los korunnai en la Fuerza. Su mirada tendía a desviarse de ellos, a pasar por encima de ellos sin ver. A no ser que dirigiera con firmeza su voluntad; un talento muy útil en un lugar donde los humanos sólo eran una presa más.

De vez en cuando captaba en algún korunnai una pulsación de la Fuerza tan inconfundible como tina mano alzada, y todos se paraban en seco. Después sobrevenían segundos o minutos de inmovilidad, escuchando el agitar del viento y los gritos de los animales; buscando con los ojos en la verde sombra y en la luz más verde aún; buscando en la Fuerza a través de un tumulto de vidas un ¿qué? ¿Un felino de las lianas? ¿Una patrulla de la milicia? ¿Un stobor? Después se sentía una oleada de relajación clara como un suspiro. Un peligro que Mace no podía ver o sentir había pasado de largo. Podían continuar.

Bajo los árboles hacía todavía más calor que a plena luz del sol. Cualquier alivio causado por la sombra quedaba anulado por la húmeda y asfixiante quietud del aire. Aunque Mace oía un constante agitar de hojas y ramas en las alturas, la brisa nunca parecía bajar de la cúpula de árboles.

Llegaron a un claro, y Nick ordenó una parada. El manto de la jungla entretejía un techo sobre ellos, pero los pliegues del terreno estaban despejados en docenas de metros a la redonda, y árboles de lisos troncos grises y dorados se convenían en contrafuertes que sostenían paredes de hojas y lianas. Ladera arriba, un estanque alimentado por un manantial rebosaba formando una humeante corriente con aroma a azufre.

Chalk se desplazó hasta el centro del claro, bajó la cabeza y se quedó completamente inmóvil. Una oleada de la Fuerza brotó de ella, rompiendo contra Mace, y treinta y cinco años desaparecieron de él. Por un delicioso instante volvió a ser un niño que volvía a la compañía del ghôsh Windu, tras pasar toda una vida en el templo Jedi, sintiendo por primera vez la sedosa calidez de la llamada en la Fuerza de un korun a un akk...

Entonces pasó, y Mace volvió a ser un adulto, un Maestro Jedi cansado y preocupado, temeroso por su amiga, por su Orden y por su República.

Al cabo de unos minutos, un retumbar fuera del claro anunció la llegada de grandes animales, y pronto la pared de la jungla se separó para dar paso a un herboso. El animal se tambaleó hasta el claro sobre las extremidades posteriores, pues tenía las cuatro delanteras ocupadas en arrancar plantas y metérselas en una boca lo bastante grande como para tragarse a Mace entero. Masticaba plácidamente, con satisfacción bovina que brillaba en sus tres ojos. Volvió esos ojos, uno a uno, hacia los humanos. Primero el derecho, después el izquierdo y luego el de la corona, asegurándose de que ninguno de los tres veía peligro.

Tres herbosos más se abrieron paso hasta el claro. Los cuatro portaban arneses para ser cabalgados. Las anchas sillas llevaban las cinchas encima y debajo de los hombros

anteriores, tal y como recordaba Mace. Uno llevaba un conjunto de silla doble; la segunda estaba invertida a medio lomo de la bestia.

Los cuatro herbosos eran delgados, más pequeños de lo que recordaba Mace —el más grande no habría superado los seis metros completamente estirado—, y su piel gris era apagada y áspera, muy distinta a la de los gigantes esbeltos y lustrosos que había montado tantos años atrás. Eso era tan preocupante como todo lo que le quedaba por ver. ¿Acaso los korunnai habían renunciado al Cuarto Pilar?

Nick buscó la nudosa cuerda de montar del herboso con la silla doble.

—Vamos, Maestro Windu. Tu viajarás conmigo.

—¿Dónde están vuestros akk?

—Alrededor. ¿Es que no los sientes?

Y Mace lo hizo: un círculo de recelo depredador al otro lado de las verdes paredes, salvajismo, ansia y devoción atados en un nudo semiinteligente de *busquemos-algo-que-matar*.

Nick trepó con la cuerda por el flanco del herboso y se deslizó en la silla superior.

—Los verás si necesitas verlos. Esperemos que no sea así.

—¿Ya no es frecuente presentar un invitado a los akk del ghôsh?

—Tú no eres un invitado, eres un fardo —Nick sacó una aguijada de latonbejuco de una funda junto a la silla—. Sube. Tenemos que irnos.

Sin comprender por qué lo hacía. Mace se acercó al centro del claro. Una respiración para ordenar su mente. La siguiente para expresar su naturaleza en la Fuerza que lo rodeaba. Serenidad Jedi para compensar el temperamento controlado. Devoción a la paz, inclinando la balanza contra el placer culpable de la lucha. Nada quedaba oculto. Luz y oscuridad, pureza y corrupción; esperanza, miedo, orgullo y humildad. Ofrecía todo lo que le hacía ser quien era con una sonrisa amistosa, con ojos bajos y manos abiertas en los costados. Entonces envió mediante la Fuerza la llamada que le habían enseñado treinta y cinco años antes...

Y obtuvo una respuesta.

Deslizándose entre las paredes del claro, con paso mesurado que se confundía con el agitar del viento y las zumbomoscas, apareció la inquisitiva cabeza de reptil cornudo, ojos ovalados, sin párpados, de un negro brillante...

—¡Windu! —le siseó Nick—. ¡No te muevas!

Colmillos triangulares que se cruzaban unos con otros en mandíbulas que podían aplastar el duracero se movieron masticando. Una humeante baba resbalaba de su boca, por pliegues de piel escamosa lo bastante gruesa como para detener un sable láser. Pies de aplanados dedos con garras del tamaño de palas arrancaban kilos de tierra a cada paso. Musculosas colas acorazadas, largas como sus cuerpos y del tamaño de un deslizador terrestre, se agitaban sinuosas de un lado a otro.

Los perros akk de Haruun Kal.

Tres de ellos.

Nick volvió a sisear.

—Retrocede. Retrocede ya. Directo hacia mí. Muy lentamente. No les des la espalda. Son buenos perros, pero si provocas sus instintos de caza...

Las bestias se movieron en círculo, agitando colas que podían partir a Mace en dos. Sus ojos, sin párpados y con un duro caparazón, relucían sin expresión. Su aliento apestaba a carne vieja, su piel exudaba un almizcle correoso, y, por un instante, Mace se sintió en la arena del Circus Horrificus, en las entrañas de Nar Shaddaa, rodeado de miles de espectadores gritando, a merced de Gargonn *El hutt*...

Entonces comprendió por qué había hecho eso. Por qué tenía que hacerlo.

Por qué tenía a Depa a su lado en esa visión momentánea de aquel circo de su pasado.

¿Fue la última misión que tuvieron juntos? ¿Podría ser?

Le parecía tanto tiempo...

***

De los diarios privados de Mace Windu.

Había ido a Nar Shaddaa siguiendo a unos traficantes de animales exóticos que habían vendido perros akk entrenados para el ataque a los terroristas de Lannik, pertenecientes al Red Iaro. Depa me había seguido hasta La Luna de los Contrabandistas porque sospechaba que podía necesitar su ayuda. Cuánta razón tenía; hasta juntos, sobrevivimos a duras penas. Fue una lucha terrible contra akk gigantes mutados para la diversión de los clientes del Circus Horrificus...

Pero en la jungla, al recordarlo, descubrí que mis ojos se llenaban de lágrimas.

Aquel día, en Nar Shaddaa. Depa demostró una habilidad con la espada que superaba la mía. Había continuado creciendo, estudiando y progresando en el vaapad al tiempo que en la Fuerza.

Hizo que me sintiera muy orgulloso...

Ya hacía años que había superado las pruebas para ser Caballero. Llevaba mucho tiempo siendo una Maestra Jedi y miembro del Consejo; pero aquel único día volvimos a ser Mace y Depa, Maestro y padawan, enfrentando la letal eficiencia del vaapad a lo peor que podía arrojarnos la galaxia. Luchamos como lo habíamos hecho tantas veces, como una unidad perfectamente coordinada, aumentando los recursos del compañero, y contrarrestando las debilidades de cada uno. Y aquel día pareció que nunca hubiéramos hecho otra cosa. Como Caballeros Jedi éramos imbatibles, como Maestros, miembros del Consejo...

¿Qué hemos ganado? ¿Se ha ganado algo?

¿O lo hemos perdido todo?

¿Cómo es que nuestra generación ha acabado siendo la primera en mil años que ve nuestra República destrozada por la guerra?

***

—¡Windu! —siseó Nick con urgencia, devolviendo a Mace al presente. El Jedi alzó la cabeza. Nick le miraba a tres metros sobre el suelo de la selva.

—¡No te quedes ahí parado!

—De acuerdo.

Mace alzó las manos, y los tres perros akk se tumbaron. Un toque de la Fuerza y un giro de las palmas de las manos, y los tres perros rodaron sobre sus lomos, con lenguas negras colgando ladeadas entre dientes afilados como navajas. Jadearon felices, mirándolo con absoluta confianza.

Nick dijo algo sobre mojarse en mierda de colmilludo.

Mace se acercó hasta la cabeza de un perro y deslizó la palma de la mano por el triángulo formado por los seis vestigios de cuernos que se formaban en el ceño del akk. Colocó la otra mano junto al labio inferior del akk para que la enorme lengua de la criatura pudiera lamer el olor de Mace y llevarlo a las fosas olfativas situadas junto a su

nariz. Se movió hasta el siguiente, y después hasta el tercero; los tres tomaron su olor, y él tomó su sensación en la Fuerza. Se aprendieron el uno al otro con la severa formalidad que exigían esas solemnes ocasiones.

Unas criaturas magníficas. Muy diferentes de los gigantes mutantes que Depa y él combatieron en el Circus Horrificus. Gargonn había cogido a los nobles defensores de la manada y los había alterado en las fétidas profundidades de Nar Shaddaa para convertirlos en asesinos salvajes...

Y Mace no dejaba de preguntarse si no había algo en Haruun Kal que pudiera haber hecho lo mismo a Depa.

—De acuerdo —dijo a todo el mundo y a nadie—. Estoy listo para partir.

***

Todas las noches montaban un campamento frío: sin fogatas y sin necesidad de una. Los akk mantenían a raya a los depredadores, y a los korunnai no les preocupaba la oscuridad. Aunque las fragatas de la milicia no volasen de noche, un fuego de campamento era mucho más caliente que la selva que lo rodeaba, y podía ser detectado por los satélites sensores, Nick explicó secamente que nunca se sabía cuándo podían decidir los balawai soltar un ACOA sobre sus cabezas.

Dijo que el Gobierno todavía conservaba en órbita una cantidad desconocida de plataformas ACOA. Las Armas Cinéticas Orbitales Antiemplazamiento eran, básicamente, varillas de sólido duracero del tamaño de misiles con rudimentarios sistemas de control y de guía, situadas en órbita alrededor del planeta. Eran baratas de fabricar y fáciles de utilizar: una sencilla orden a las toberas de los ACOA las precipitaba a la atmósfera, en rumbo de colisión contra cualquier lugar de coordenadas preestablecidas.

No eran demasiado fiables, pero no tenían por qué serlo; eran como atacar con un meteorito.

Los fuegos de campamento eran algo del pasado para los korunnai.

Muchos insectos nocturnos emitían luz para hacerse señales unos a otros, lo que hacía que la noche brillara como un campo estelar abarrotado. Los diferentes tipos de brillo eran medianamente fosforescentes y de variados colores, y todos ellos se combinaban para proporcionar una pálida iluminación general no muy diferente a la de la débil luz de la luna.

Los herbosos siempre dormían de pie, con las seis patas rectas y los ojos cerrados, pero sin dejar de masticar, algo que hacían por acto reflejo.

Los korunnai llevaban lechos enrollados en las sillas. Mace empleó una tienda portátil que guardaba en un bolsillo lateral de la mochila. Una vez separó el sello de presión con la uña, sus articulaciones internas desplegaron automáticamente una piel transparente que formaba un refugio lo bastante grande como para albergar a dos personas.

Los miembros del grupo se sentaban o arrodillaban en el suelo y compartían el alimento. En cuanto se acabaron los terrones alimenticios y los dulces robados a los cadáveres, la comida pasó a ser tiras de carne de herboso ahumada y un queso de leche cruda de herboso macerado en cuevas. Sacaban el agua de las plantas tubo, cuando encontraban. Plantas de enceradas hojas anaranjadas que se envuelven sobre sí mismas, formando una espiral hermética de dos metros de alto con la que recogen el agua de lluvia y mantienen húmedo su escaso sistema de raíces. O bien llenaban las cantimploras en cálidos torrentes y burbujeantes manantiales que, en ocasiones, Chalk

probaba y declaraba potables. Aunque ni siquiera el autoesterilizador iónico de la cantimplora de Mace conseguía eliminar el débil regusto a huevos podridos del azufre.

Cuando acababan de comer, Lesh solía ofrecer al grupo un blando rollo de corteza cruda de thyssel que sacaba de su bolsa. Nick y Mace siempre la rechazaban. Chalk podía coger un poco, y Besh un poco más. Lesh empleaba el cuchillo del cinto para arrancar un pedazo del tamaño de tres dedos doblados y metérselo en la boca. Tostado y refinado para su venta, el thyssel era un estimulante intoxicante no más dañino que el vino dulce. Crudo era lo bastante potente como para provocar cambios permanentes en la química del cerebro. Un minuto masticándolo hacía que el sudor brotase en la frente de Lesh y, si había suficientes lumilianas para verlo, dotaba a sus ojos de una luz vidriosa.

Mace aprendió muchas cosas de esos jóvenes korunnai —y, por implicación, del FLM— durante esas noches de campamento. Nick era el jefe de esa pequeña banda, pero no por cuestiones de rango. No parecían tener rangos. Nick lideraba mediante la fuerza de su personalidad y con la deslumbrante utilización de su ácido ingenio, como un bufón controlando una corte real.

No hablaba de sí mismo como si fuera un soldado, y menos como un patriota, afirmaba que su mayor ambición era ser mercenario. Aseguraba que estaba en esto por los créditos. Hablaba constantemente de que se estaba preparando para "abandonar esta maldita selva. Ahí afuera, en la galaxia, es donde uno puede ganar de verdad créditos". Pero para Mace resultaba obvio que sólo era una pose, una forma de mantener a sus compañeros alejados de él y de aparentar que no le importaba nada.

Mace podía darse cuenta de que las cosas importaban demasiado a Nick.

Lesh y Besh estaban en la guerra por su odio puro hacia los balawai. Un par de años antes, Besh había sido secuestrado por exploradores selváticos. Los balawai le habían cortado los dedos que le faltaban, uno a uno, para obligarle a responder preguntas sobre el paradero de una supuesta cueva de un tesoro de árboles lamma. Cuando no pudo contestarlas —de hecho, esa cueva era sólo un mito—, supusieron que sólo estaba siendo testarudo. "Si no nos lo dices", le dijo uno, "nos aseguraremos de que tampoco se lo digas a nadie".

Besh no hablaba nunca porque no podía. Los balawai le habían cortado la lengua.

Se comunicaba mediante una combinación de signos sencillos y una extraordinaria y expresiva proyección en la Fuerza de sus emociones y actitudes; en muchos sentidos, era el más elocuente del grupo.

Chalk resultó ser una sorpresa para Mace. Dado lo que suponía que le había pasado a ella, esperaba que su lucha estuviera motivada por una venganza personal no muy diferente a la de Lesh y Besh. Todo lo contrario. Antes de unirse al FLM, ella y algunos miembros de su ghôsh habían ido tras los hombres que la habían agredido —una brigada de cinco hombres de la milicia regular y su oficial al mando— y les habían administrado el castigo korun tradicional para ese crimen. Se llamaba "tan pel'trokal", que se traducía más o menos como "justicia de la selva". Los culpables fueron secuestrados, transportados a cien kilómetros de la aldea más cercana v. sin equipo, ropa y comida, desprovistos de todo, fueron liberados.

Desnudos. En la selva.

Muy, muy pocos hombres sobreviven alguna vez al tan pel'trokal. Éstos no lo consiguieron.

Así que Chalk no luchaba por venganza. En sus propias palabras:

—Chica dura, yo. Grande. Fuerte. Buena luchadora. No quería serlo. Tuve que serlo. Sobreviví a lo que me hicieron, yo. Luché, yo. Nunca paré de luchar. Y sobrevivía ello. Ahora lucho para que otras chicas no tengan que luchar. Que puedan ser chicas, ellas.

¿Me entendiste? Sólo dos formas de parar: matarme, o enseñarme que ninguna chica tiene por qué pelear.

Mace lo comprendía. Nadie debería tener que ser tan agresivo.

—Me impresiona cómo te mueves por la selva —le dijo Mace una vez, en uno de esos campamentos fríos—. No resulta fácil verte ni cuando sé que estás allí. Hasta tu herboso resulta difícil de seguir.

Ella lanzó un gruñido, masticando corteza. Su encogimiento de hombros fue tan casual corno la pregunta de Mace. Es decir, no mucho.

—Esa es una forma interesante de emplear... —Mace dragó de las profundidades de sus viejos recuerdos de treinta y cinco años la palabra koruun para la Fuerza: "el pelekotan". Aproximadamente: "poder del mundo"— ...el pelekotan. ¿Siempre has podido hacer eso?

Lo que de verdad preguntaba Mace, lo que tenía miedo de preguntar a las claras era: "¿Te ha enseñado Depa eso?".

Si ella estaba enseñando habilidades Jedi a personas que eran demasiado mayores para aprender disciplina Jedi..., personas sin defensa contra el Lado Oscuro...

—Tú no usas el pelekotan —dijo Chalk—. El pelekotan te usa a ti.

No era una respuesta reconfortante.

Mace recordó que la traducción estricta y literal de la palabra era: "mente-jungla".

Descubrió que en realidad no quería pensar en ello. En su mente, seguía oyendo...

"*Me he convertido en la oscuridad de la selva*."

***

El paso tambaleante de los herbosos era suave y tranquilizador. Para ganar tiempo, se desplazaban tanto con las piernas traseras como con las medianas. Eso les hacía levantar la espalda en un ángulo que forzaba a Mace a inclinarse un poco en la silla invertida, posando los hombros en el ancho y liso lomo del herboso, mientras Nick permanecía en la silla de los hombros anteriores, mirando por encima de la cabeza del animal.

Esos largos y accidentados viajes por la selva provocaban cierto desasosiego en Mace. Como sólo miraba hacia atrás, nunca podía ver lo que había delante, sólo lo que dejaban atrás, y hasta eso tenía significados que no podía entender. No sabía si buena parte de lo que veía era animal o vegetal, venenoso, depredador, inofensivo o beneficioso. Ni siquiera si era lo bastante inteligente como para tener un carácter moral propio, bueno o malo...

Tenía la nauseabunda sensación de que ese viaje era un símbolo de la guerra en sí. Para él, estaba entrando de espaldas en ella. Ni siquiera a plena luz del día tenía la menor idea de lo que se le avecinaba, ni un verdadero conocimiento de lo que pasaba ante él. Estaba completamente perdido. La oscuridad sólo podía empeorar las cosas.

Esperaba estar equivocado. Los símbolos nunca son de fiar.

Son inseguros...

Por el día, y de forma ocasional, veía a los perros akk en la jungla, a medida que recorrían cl irregular terreno de los alrededores. Se movían adelante y atrás, patrullando para proteger a los demás de los depredadores de la selva, que ocultaba a muchos lo bastante grandes como para matar a un herboso. Los tres akk estaban unidos a Besh, Lesh y Chalk. Nick no tenía ninguno.

—¿Qué habría hecho yo con un akk cuando crecía en las calles de Pelek Baw? ¿Con qué iba a alimentarlo? ¿Con gente? Je, bueno, la verdad es que, ahora que lo pienso...

—Podrías buscarte uno ahora —dijo Mace—. Tienes el poder; lo he sentido. Podrías tener un compañero en la Fuerza, como tus amigos.

—¿Estás de broma? Soy demasiado joven para ese tipo de compromiso.
—¿De verdad?
—Puaj. Es peor que estar casado.
—No sabría decirlo —dijo Mace, distante.
Mace sentía muy a menudo somnolencia por el calor y el suave contoneo del herboso. Lo poco que conseguía dormir por las noches estaba plagado de sueños febriles, indistintamente amenazadores y violentos. La primera mañana que conectó el autoplegado de su tienda portátil y la devolvió al bolsillo, grande como una mano, de su mochila, Nick le había oído suspirar y le vio frotarse los cansados ojos.
—Aquí nadie duerme bien —le dijo con una risita seca—. Ya te acostumbrarás a ello.
Viajar de día era un fluir adormilado entre la penumbra de la selva, el brillo del sol y vuelta a empezar. A medida que atravesaban los caminos de herbosos, esas serpenteantes tiras de prado despejado que dejaban las manadas de herbosos cuando se abrían paso, comiendo, por la jungla. Muy a menudo eran las únicas ocasiones en que veía a Chalk, Besh y Lesh, a sus herbosos y a sus akk. Tras emplear a los perros akk para mantenerse en contacto, se separaban para mayor seguridad.
El espacio abierto era el único alivio que conseguían de los insectos, ya que era territorio de docenas de especies de aves insectívoras que se movían con relampagueante velocidad. Las perromoscas, los escarabajos de pinzas y todas las variedades de avispas, abejas y tábanos solían quedarse en la relativa seguridad de la sombra, la piel de Mace era una masa de mordeduras y picaduras que requería un empleo considerable de la disciplina Jedi para no rascarse.
Los korunnai solían emplear jugos de varias clases de hojas machacadas para curar picaduras especialmente desagradables o peligrosas, pero por lo general parecían no notarlas, al igual que una persona rara vez nota cómo constriñen las botas de forma antinatural los dedos de los pies. Habían tenido toda una vida para acostumbrarse a ellas.
Aunque siguiendo los caminos de herbosos podían haber ido más deprisa, resultaba demasiado arriesgado, en vista de la frecuencia con la que sobrevolaban las fragatas de la milicia. Nick le informó de que disparaban contra todo lo que veían montando herbosos. Los akk avisaban cada una o dos horas de la proximidad de las fragatas: sus agudos oídos podían captar el zumbido de los repulsores a más de un kilómetro de distancia, pese al constante rumor y zumbar, vibrar y chirriar, e incluso el distante retumbar de alguna erupción volcánica menor y ocasional.
Mace tuvo suficientes atisbos de esas fragatas como para hacerse una idea de sus capacidades. Parecían versiones modificadas de antiguos Turbotruenos Sienar: cañoneras retromodificadas para descenso atmosférico. Eran relativamente lentas, pero fuertemente blindadas, erizadas de cañones y lanzamisiles, y lo bastante grandes como para transportar un pelotón de infantería pesada. Parecían viajar en tríos. La capacidad de la milicia para mantener las patrullas aéreas, pese a los hongos y musgos devorametales, quedaba explicada por el resplandor color pajizo que las envolvía al volar; cada fragata era lo bastante grande como para transportar su propio generador de campos asépticos.
A juzgar por la altura de los arbustos y de los árboles jóvenes de los caminos de herbosos, los más recientes que encontraban sólo parecían tener un mínimo de dos o tres años estándar. Mace se lo mencionó a Nick.
—Sí —dijo con un hosco gruñido—. No sólo disparan contra nosotros, ¿sabes? Cuando los artilleros balawai se aburren disparan contra las manadas de herbosos. Sólo por diversión. Hace varios años que no somos tan estúpidos como para reunir más de

cuatro o cinco herbosos en un único lugar. Así que hay que emplear los akk para mantenerlos lo bastante separados para que no se conviertan en blancos fáciles.

Mace frunció el ceño. Sin el contacto y la interacción constante con otros animales de su especie, los herbosos podían deprimirse, enfermar, y a veces hasta volverse psicóticos.

—¿Así es como cuidáis de vuestros rebaños?

Aunque no podía ver la cara de Nick, pudo oír su mirada.

—¿Tienes una idea mejor?

Mace tuvo que admitir que no la tenía, aparte de ganar la guerra.

Le preocupaba algo más. Nick había dicho varios años, pero sólo hacía meses que había empezado la guerra. Cuando se lo mencionó, Nick replicó con un bufido burlón.

—Tu guerra empezó hace unos meses. La nuestra se libra desde antes de que yo naciera.

Así supo Mace lo que era la Guerra del Verano.

***

Nick no estaba seguro de cómo había empezado. Creía que surgió de un choque inevitable entre diferentes estilos de vida. Los korunnai seguían a las manadas. Las manadas destruían la jungla hostil. La destrucción de la jungla hacía posible la supervivencia de los korun, reduciendo la cantidad de taladromitas, zumbogusanos, trepahojas y felinos de las lianas, así como el otro millón de maneras que tiene la jungla de matar a un ser vivo.

Los balawai, en cambio, cosechaban la jungla y la necesitaban intacta. Necesitaban promover el crecimiento de todas las especies, maderas y extractos de plantas exóticas que integraban la base de toda la economía civilizada de Haruun Kal. Y los herbosos eran especialmente aficionados a la corteza de thyssel y a la hoja de portaak.

Los guerrilleros korun llevaban casi treinta años luchando en la jungla contra unidades de la milicia balawai.

Nick creía que, probablemente, todo habría empezado con algunos exploradores selváticos perdedores y con mala suerte, que decidieron culpar de ello a los korunnai y sus herbosos. Suponía que esos jups se llenaron de licor y decidieron salir a cazar herbosos. Y suponía que tras acabar con la manada de algún desafortunado ghôsh, los hombres de ese ghôsh descubrieron que a las autoridades balawai no les interesaba investigar la muerte de simples animales. Así que los miembros del ghôsh decidieron que ellos también podían salir de cacería: una cacería de balawai.

—¿Por qué no iban a hacerlo? No tenían nada que perder —dijo Nick—. Después de todo, con la manada masacrada, su ghôsh estaba acabado.

Ambos bandos llevaban décadas sufriendo ataques esporádicos. Las Montañas Korunnai eran un lugar muy grande. El derramamiento de sangre podía desaparecer durante algunos años, pero entonces surgía una serie de provocaciones en uno u otro bando que volvía a desatar la chispa del conflicto. Los niños korun eran criados para odiar a los balawai: los niños balawai de las laderas aprendían a disparar contra los korunnai nada más verlos.

En el bando korun la guerra se libraba muy a la antigua. Los hongos comemetales les obligaban a usar armas muy sencillas, normalmente basadas en explosivos químicos de una u otra clase, y a usar monturas vivas en vez de vehículos. No podían ni emplear unidades de comunicación porque el Gobierno balawai tenía en órbita satélites detectores geosincrónicos que podían localizar al instante cualquier transmisión. Debían

coordinar sus actividades mediante un sistema de comunicación a través de la Fuerza, que apenas era más sofisticado que las señales de humo.

Cuando Nick fue lo bastante mayor para luchar, la Guerra del Verano se había convertido en una tradición, casi en un deporte. Al final de la primavera, cuando ya había pasado el tiempo suficiente desde las lluvias invernales como para que las colinas volvieran a ser transitables, los hombres y mujeres jóvenes más aventureros de los korunnai se reunían en bandas y montaban sus herbosos pan iniciar su escaramuza anual contra los balawai. Estos, a su vez, subían a sus rondadores de vapor y salían a enfrentarse a ellos. Cada verano era un sueño febril de emboscadas y contraemboscadas, de sabotajes a rondadores de vapor y disparos contra herbosos. Más o menos un mes antes de que el otoño volviera a traer las lluvias, todo el mundo se retiraba a casa.

A prepararse para el año siguiente.

Mace se dio cuenta de que eso explicaba buena parte del deslumbrante éxito de llapa: no había tenido que crear un ejército de guerrilleros. Se había encontrado con uno ya creado.

Sanguinario y ansioso.

—¿Esas Guerras Clon tuyas? ¿A quién le importan? ¿Crees que a alguien de Haruun Kal le importa un puñado de mocos quién manda en Coruscant? Matamos a los *sepas* porque proporcionan armas y suministros a los balawai. Los balawai apoyan a los *sepas* porque les consiguen cosas como esas fragatas. Y gratis. Antes tenían que comprarlas y traerlas desde Opari. ¿Me sigues? Esta es nuestra guerra. Maestro Windu —Nick agitó la cabeza con divertido desdén—. Vosotros sólo estáis de paso.

—Lo dices casi como si fuera una diversión.

—¿Casi? —Nick le sonrió desde lo alto—. Es la mayor diversión que se puede conseguir estando sobrio. Y ni siquiera tienes que estar sobrio. Fíjate en Lesh.

—Admito que no sé gran cosa de la guerra. Pero sé que no es un juego.

—Sí que lo es. Y uno marca el tanteo con cadáveres.

—Eso es repugnante.

Nick se encogió de hombros.

—Oye, he perdido muchos amigos. Gente que era tan familia mía como podría serlo cualquiera. Pero si dejas que la rabia te roa por dentro acabas por hacer alguna estupidez y consigues que te maten. Puede que junto a otras personas que te importan. Y el miedo es igual de malo; un exceso de precaución mata tanta gente como un exceso de valor.

—¿Y tu solución es simular que es divertido?

La sonrisa de Nick se volvió siniestra.

—No hay que simular nada. Tienes que dejar que sea divertido. Tienes que buscar la parte de tu ser que disfruta con ello.

—Los Jedi tenemos un nombre para eso.

—¿Sí?

Mace asintió.

—Se llama el Lado Oscuro.

***

Noche.

Mace estaba sentado con las piernas cruzadas ante su tienda portátil, cosiendo un desgarrón en los pantalones que le había provocado un encuentro con un latonbejuco.

Tenía su falso datapad apoyado en el muslo. Su pantalla proporcionaba luz suficiente para que pudiera coser sin hacerse sangre. Su estuche de duracero mostraba manchas

negras y el inicio de una corrosión por hongos, pero estaba modificado para las junglas de Haruun Kal, y todavía funcionaba bastante bien.

Habían acabado de comer el queso y la carne ahumada. Los korunnai desmontaban las armas al tacto, y volvían a aplicar el ámbar de portaak a las superficies vulnerables. Hablaban entre sí en voz baja, compartiendo principalmente opiniones sobre el clima y el viaje del día siguiente, y si alcanzarían a la banda del FLM de Depa antes de ser interceptados por una patrulla aérea.

Cuando Mace terminó de parchear los pantalones, apartó el cosedor y contempló en silencio a los korunnai, escuchando su conversación. Al cabo de un rato cogió la varilla grabadora del datapad y lo conectó, toqueteándolo un momento para ajustar el protocolo de codificación. Cuando lo tuvo graduado como quería, se acercó la varilla a la boca y hablo en voz muy baja.

***

De los diarios privados de Mace Windu.

He leído en los archivos del Templo narraciones bélicas pertenecientes a los primeros años de la República o antes. Según esas historias, se supone que los soldados que acampan hablan incesantemente de sus padres o de sus novias, o de la comida que les gustaría comer, o del vino que querrían estar bebiendo. Y de sus planes para después de la guerra. Los korunnai no mencionan ninguna de esas cosas.

Para los korunnai no existe el "después de la guerra".

La guerra es todo lo que existe. Ninguno de ellos es lo bastante mayor como para recordar otra cosa.

No se conceden ni la fantasía de la paz.

Como el hueco de muerte ante el que pasamos hoy...

En lo profundo de la jungla. Nick apartó a nuestro herboso de su camino para esquivar un profundo pliegue del suelo cubierto por un derroche de follaje increíblemente exuberante. No tuve que preguntar por qué. Un hueco de muerte es un punto bajo del terreno donde pueden depositarse los gases tóxicos más pesados que el aire que bajan por las laderas desde los volcanes.

El cadáver de un colmilludo de cien kilos yacía en su borde. Su trompa sólo estaba un metro por debajo del aire limpio que lo hubiera salvado. Otros cadáveres cubrían el suelo de los alrededores: cuervos de podredumbre, jacunas y otros carroñeros que no reconocí, atraídos a su muerte por la falsa promesa de comida fácil que les habla hecho la jungla.

Dije a Nick algo en ese sentido. Se rió y me llamó idiota balawai.

—No hay ninguna promesa falsa —dijo—. No hay ninguna promesa de nada. La jungla no promete. Existe. Nada más. Lo que mató a esos pequeños ruskakk no fue una trampa. Sólo que es así.

Nick dice que hablar de la jungla como si fuera una persona, darle el aspecto metafórico de una criatura, cualquier criatura, es propio de balawai. Eso es parte de lo que los mata cuando entran aquí.

Es una metáfora que oscurece tu forma de pensar. Si hablas de la jungla como si fuera una criatura, empezarás a tratarla corno a una criatura. Empezarás a pensar que puedes ser más listo que ella, confiar en ella, vencerla, hacerte su amigo, engañarla o negociar con ella.

Y entonces mueres.

—No porque la jungla te mate, ¿comprendes? Sólo porque es así —éstas son las palabras de Nick—. La jungla no hace nada. Sólo es un lugar. Un lugar donde viven muchas, muchas cosas... Y todas ellas mueren. Fantasear sobre ello, simular que es algo que no es, resulta fatal. Esta es tu lección gratis de hoy. No lo olvides.

No lo haré.

Tengo la sensación de que esa lección también es aplicable a esta guerra. Pero ¿cómo puedo dejar de simular que esta guerra es algo que no es? Aún no sé qué es una guerra de verdad.

De momento, sólo tengo impresiones...

Es vasta. Desconocida e incognoscible. Oscuridad viviente. Letal como esta jungla.

Y no puedo confiar en mi guía.

***

Día.

Mace se paró en un universo de lluvia.

La lluvia golpeaba a través de hojas y ramas con un rugido que sólo permitía la conversación a gritos, como si los árboles, helechos y flores de la jungla hubieran crecido a los pies de una enorme catarata. Ningún atuendo impermeable podía soportar aquello. Las ropas de Mace quedaron empapadas en menos de un minuto. Se enfrentó a ello al estilo korun: ignorándolo. Su ropa se secaría, y él también. Le preocupaban más sus ojos; tenía que protegérselos con ambas manos para poder mirar a través del torrente. La visibilidad era de sólo un puñado de metros.

Apenas suficiente para poder ver los cadáveres.

Colgaban bocabajo, con los codos doblados en un extraño ángulo porque aún tenían las manos atadas a la espalda. Estaban suspendidos a seis metros del suelo mediante trepadores de hojas vivos enrollados alrededor de sus tobillos, y lo bastante bajos como para que sus cabezas quedaran al alcance del salto de un felino de las lianas como el que había acechado a un akk cuando Mace y Nick se acercaron.

Mace contó siete cuerpos.

Pájaros e insectos habían hecho presa en ellos, además de los felinos de las lianas. Llevaban un tiempo colgados en esa húmeda penumbra que se alternaba con atronadores chaparrones. El metal no era el único alimento de los hongos y mohos de la zuna. A través de los descoloridos harapos que quedaban de sus ropas, resultaba imposible decir si fueron hombres o mujeres. Mace sólo estaba razonablemente seguro de que habían sido humanos.

Se paró bajo ellos, mirando las cuencas vacías de los ojos de los dos que aún tenían cabeza.

—¿Lo sientes? —le gritó Nick desde la silla.

Su herboso buscó los trepahojas que sujetaban los cuerpos, y Nick le pinchó la pata con la aguijada de latonbejuco. El herboso optó por unos vidriohelechos cercanos. En ningún momento paró de masticar.

Mace asintió. El eco de esas muertes aullaba en la Fuerza que le rodeaba. Había podido sentirlos a cientos de metros de distancia.

Ese lugar apestaba al Lado Oscuro.

—Bueno, ya lo has visto. No tenemos nada que hacer aquí. ¡Vamos, monta ya!

Los cadáveres sin ojos miraron a Mace.

"*¿Qué harás por nosotros?*", le preguntaban.

—¿Son...? —Mace tenía la voz ronca. Tuvo que toser para aclarársela, y en su boca entró tanta agua que se pasó unos segundos tosiendo de verdad—. ¿Son balawai?

—¿Cómo voy a saberlo?

Mace se apartó de debajo de los cuerpos y miró de reojo a Nick. Un relámpago sobre las copas de los árboles orló de oro el cabello negro del joven korun.

—¿Quieres decir que pudieron ser korunnai?

—¡Claro! ¿Qué te pasa? —parecía desconcertarle que a Mace le importara una cosa u otra.

Mace tampoco estaba seguro de por qué le importaba. Ni siquiera si le importaba. Las personas son personas. Los muertos son muertos.

Nada podría hacer que eso estuviera bien, ni siquiera que resultaran ser del enemigo.

—Debemos enterrarlos.

—¡Debemos irnos de aquí!

—¿Qué?

—¡Que montes! ¡Nos vamos!

—Si no podemos enterrarlos, al menos podemos bajarlos. Incinerarlos. Algo.

Mace cogió la cuerda de montar como si su simple fuerza de humano pudiera retener al herboso de dos toneladas.

—Claro. Incinerarlos —Nick escupió una bocanada de abrumadora lluvia por el flanco del herboso—. Otra vez ese sentido del humor Jedi...

—¡No podemos dejarlos aquí, a merced de los carroñeros!

—Claro que podemos. Y lo haremos.

Nick se inclinó hacia él, y en su rostro había algo que podía haber sido compasión. Por Mace, claro. No parecía sentir nada por los muertos.

—Si son korunnai —gritó Nick, no sin amabilidad—, darles algún tipo de entierro decente seria como encender una publipantalla gigante de *estamos-aquí* dirigida a la siguiente tropa de civiles o patrulla de milicianos, y darles una buena idea del momento en que pasamos. Si son balawai...

Alzó la mirada hacia ellos. En su rostro no había nada humano.

Bajó la voz, pero Mace pudo leerle los labios.

—Si son balawai —murmuró—, eso ya es menos de lo que se merecen.

***

Noche.

Mace despertó de los malos sueños sin abrir los ojos.

No estaba solo.

No necesitaba que la Fuerza se lo dijera. Podía olerlo. Sudor rancio. Babas y thyssel crudo.

Lesh.

—¿Por qué aquí, Windu? ¿Por qué vienes aquí?

Su voz apenas era un murmullo.

La tienda portátil estaba oscura como la pez. Lesh no debía de saber ni que Mace estaba despierto.

—¿Qué quieres aquí, tú? ¿Vienes a quitárnosla, tú? Dijo que lo harías, ella.

Debido a la droga, hablaba con torpeza y con un desconcierto infantil y lloroso, como si sospechara que Mace podía romperle su juguete favorito.

—Lesh —dijo Mace con voz profunda. Calmada. Segura como la de un padre—. Tienes que salir de mi tienda. Lesh. Hablaremos de esto por la mañana.

—¿Crees que puedes? ¿Eh? ¿Crees que puedes? —su voz se perdió. Fue un grito estrangulado que se tomó un suspiro. Ahora Mace olía a aceite de máquinas y ámbar de portaak.

Estaba armado.

—No lo entiendes todavía, tú. Pero lo sabrás, tú...

Mace buscó en la Fuerza. Pudo sentirlo: agazapado junto a su tobillo. Sujetando el lecho con sus botas.

Era una posición de combate menos que ideal.

—Lesh —dijo Mace, añadiendo la Fuerza a su voz—. ¿Quieres irte ya? Hablaremos por la mañana.

—¿Qué mañana? ¿Mañana tuya? ¿Mañana mía?

Mace no supo si decía "mañana" o "patraña".

En la mente de Lesh, alterada por el thyssel, aún había algo lo bastante fuerte como para poder resistirse a la orden de Mace apoyada por la Fuerza.

—No sabes nada, tú —su voz era espesa, torpe, como si no respirase bien—. Pero te enseñará Kar. Lo que haces, él sabe. Con akk, te enseñará. Espera, tú. Espera y verás.

¿Kar? En los numerosos informes de Depa se mencionaba un Kar Vastor. Su nombre había salido a la luz como el de un jefe especialmente capaz al mando de un comando independiente o semi-independiente. Mace no estaba muy seguro de la estructura de mando del FLM, pero Lesh exhalaba el nombre con una especie de temor supersticioso...

¿Y había dicho "akk"? ¿O "hacha'?

—Lesh. Tienes que irte. Ya.

Por muchas dudas que tuviera, Mace no era tan estúpido como para entablar una conversación con un hombre borracho de corteza.

—Crees que la conoces. Crees que es tuya. Aprenderás que no. Puede. ¿Vivirás lo bastante para aprender, tu? Puede que no.

Eso era amenaza suficiente como para emplear la Fuerza y traer el sable láser hasta su mano. El siseante resplandor de su hoja proyectó sombras de bordes púrpuras. Pero Lesh no le atacó.

No se había movido. Tenía el rifle cruzado sobre el regazo.

Las lágrimas surcaban su rostro.

A eso se debía la torpeza en su voz. La tos ronca.

Estaba llorando. En silencio.

—Lesh —empezó a decir Mace, asombrado—, ¿qué...? —Calló porque Lesh seguía ebrio por la corteza, y Mace seguía sin ser estúpido. En vez de eso le ofreció una toallita de mano que sacó de la mochila—. Toma. Sécate la cara.

Lesh la cogió y se restregó los regueros bajo los ojos. Miró la toalla y la retorció entre los puños.

—Windu...

—No —Mace extendió la mano para recoger la toallita—. Hablaremos por la mañana. Cuando estés sobrio.

Lesh asintió y sorbió contra el dorso de su puño. Tras dirigir a Mace una última mirada suplicante, se fue.

La noche siguió su curso, lenta e insomne. La meditación ofrecía menos descanso que el dormir, pero ningún sueño.

No era un mal cambio.

Por la mañana, cuando le preguntó a Lesh si aún quería hablar. Lesh simuló no saber a lo que se refería. Mace contempló su espalda mientras se alejaba, y un fogonazo de intuición de la Fuerza lo invadió y lo estremeció, y entonces lo supo:

Lesh estaría muerto al anochecer.

***

Día.

El bramido en la Fuerza de los akk era casi doloroso. Habían hecho esa llamada lo bastante a menudo como para que Mace la reconociera.

Fragatas. Más de una.

Mace podía notar preocupado a Nick. Emitía una tensión helada y seca en la Fuerza. Eso empezaba a afectar a Mace. Respirar lo que emitía Nick le producía nudos de tensión en el estómago.

Las patrullas aéreas les habían seguido durante todo el día. Con rutas en espiral y acortando cuadrantes: pautas de búsqueda. No era seguro suponer que buscaban a otros que no fueran los cuatro korunnai y Mace.

La tensión retorció los nudos del estómago de Mace. ¿Cómo podía vivir la gente bajo este tipo de tensión?

—Es mala suerte —murmuró Nick entre dientes—. Muy mala, mala suerte.

Estaban expuestos en una zona rocosa, en un desfiladero estrecho entre montañas que había sido creado mucho tiempo antes por un terremoto. Una amplia extensión pedregosa llena de matojos componía la cuesta por la que ascendían para llegar al desfiladero. Se habían desplazado en línea recta por un revoltijo de peñascos de doce metros de ancho, con los akk delante y detrás. Los lados del desfiladero eran altos riscos de los cuales descendían floreadas lianas y plantas aéreas que se aferraban a la roca con engarfadas raíces. La parte superior de los riscos estaba amortajada en nubes bajas. Dos o tres metros más adelante, la ladera descendía hacia la oscura jungla que había más allá. Igual conseguían llegar a los árboles antes de que la patrulla aérea los sobrevolara...

Pero Nick contuvo a su herboso.

—Lesh tiene problemas.

Mace no tuvo que preguntarle cómo lo sabía. Ambos jóvenes compartían un lazo casi tan profundo como el que tenían con sus akk.

Mace pensó en el fogonazo de la Fuerza que había sentido por mañana.

—Vamos —dijo.

Nick hizo girar al herboso, que galopó de vuelta por la depresión. Desde su posición en la silla invertida, Mace vio que Chalk los alcanzaba, retrocediendo desde la posición de vanguardia. Su herboso era el más rápido de los cuatro, y sólo llevaba la mitad de carga que el de Nick.

Cuando dejaron atrás el desfiladero. Mace empleó la Fuerza para elevarse y poder pararse en la silla, posando las manos en la espalda de Nick e inclinándose para mirar hacia delante, más allá de los hombros de éste.

Había alguien caído en la curva descendente del desfiladero. Un perro akk lo olisqueaba nervioso. Lesh. Su herboso estaba parado plácidamente a una docena de metros de distancia, arrancando pequeñas plantas de la pared del barranco para llenar sus fauces, que masticaban eternamente. Besh fue el primero en llegar. Saltó de su montura y corrió en ayuda de su hermano.

—¡Déjalo! —gritó Nick—. ¡Sube a la montura y corre!

Nick hizo un gesto, y Mace sintió un tirón en la Fuerza semejante al de una mano invisible apoderándose de su mirada y dirigiéndola hacia la jungla de abajo. Un par de motas de metal mate rozaban la copa de los árboles, arrastrando una onda de choque de rodantes hojas.

Fragatas. E iban directas al lugar donde estaban.

—Puede que todavía no nos hayan visto —murmuró Nick para sí—. Puede que sólo estén comprobando el desfiladero...

—Nos han visto.

Nick miró a Mace por encima del hombro.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque viajan en grupos de tres.

La última palabra se vio tragada por el aullido de los repulsores y el rugido de los turbomotores de una fragata que se acercaba a ellos desde el otro lado del desfiladero. Mace esperaba que los disparase desde las alturas; pero, en vez de eso, se paró sobre ellos, haciendo girar sus turbomotores.

—¿Qué hacen?

Nick miró a la fragata con el ceño fruncido.

—¿Has oído la expresión: "Estamos fritos"?

—Sí...

Compuertas ventrales se abrieron en la parte inferior de la fragata, y bocas de cañón con aspecto de cámaras de reacción química de un cohete se desplegaron en un amplio abanico. De ellas brotaron chorros ardientes que tocaron el suelo, salpicaron y corrieron como ríos de fuego, cubriendo rocas y rellenando grietas. En poco más de un segundo, todo ese extremo del desfiladero se había convertido en un infierno tan intenso que Mace tuvo que protegerse la cara con el brazo. La fragata descendió hacia ellos, enterrando la garganta rocosa en fuego.

—En este caso —dijo Nick con hosquedad—, no es sólo una expresión.

CAPÍTULO 5

SED DE SANGRE

La fragata descendió hacia ellos cabalgando sobre un gran abanico de llamas.

El herboso profirió un bocinazo ensordecedor y se lanzó en una cabalgada impresionantemente rápida, saltando de roca en roca, cabrioleando y retorciéndose en el aire. Nick profirió un torrente de insultos, igualmente ensordecedor, mientras se agarraba a su cuello. La parte anterior del cuerpo del animal latigueaba adelante y atrás, y sus cuatro patas delanteras se agitaban presas del pánico.

Mace se retrajo a su interior, sintiendo el fluir de la Fuerza, dejando que su mente conectara el recorrido del herboso encabritado con las toberas de los lanzallamas de la fragata. Cuando la fragata les sobrevoló, Mace tensó la mano y golpeó al herboso en el plexo nervioso situado bajo la paletilla media.

El herboso bramó con un gañido semejante a la bocina de un aerotaxi en medio de un atasco de tráfico, y saltó cinco metros a un lado, justo en el hueco existente entre dos chorros de llamas. Estos rugieron alrededor de Nick y Mace, y sólo prendieron fuego unos pocos parches del pellejo de las patas del animal. Mace hizo un gesto, y la Fuerza alejó el aire de la piel que se quemaba, sofocándola con una burbuja de vacío.

La fragata pasó de largo, atronadora, goteando fuego en dirección a Chalk, que se deslizó hasta el pecho de herboso. Este la acunó en sus patas anteriores mientras corría, protegiéndola con su cuerpo. Las maldiciones de Nick se estrangularon en una tos provocada por el espeso y negro humo petroquímico.

El humo quemaba los ojos a Mace como si fuera ácido, cegándolo con lágrimas. El Jedi empleó la Fuerza para mantenerse en la silla. Luego abrió mediante el tacto el botiquín robado, que colgaba del cinto de Nick, y dejó que la Fuerza le dictara el nebulizador hipodérmico que debía usar. Lo hundió en la espalda de Nick, bajo la columna vertebral, y luego lo disparó contra su propio pecho.

Nick se retorció ante el pinchazo.

—¿Qué diablos...?

—Antigás —dijo Mace. El antigás, que se utilizaba para emergencias cuando había incendios a bordo de una nave, limpiaba selectivamente la corriente sanguínea de una gran variedad de toxinas, desde monóxido de carbono a cianuro hidrogenado—. No es tan bueno como una máscara respiratoria, pero nos mantendrá conscientes unos cuantos minutos...

—¿Es que tenemos que estar despiertos mientras morimos quemados? ¡Estupendo! ¡No sé cómo agradecértelo!

La fragata giró, trazando una curva que la situó en posición para dar otra pasada. Las llamas arañaron las caderas del herboso de Chalk, y su flanco prendió fuego. El animal chilló y alzó las patas al precipitarse hacia delante, se revolvió contra las rocas cubiertas de llamas y lanzó con fuerza a Chalk contra un peñasco. Calibra, su akk enlazado en la Fuerza, saltaba de peña en peña, aullando furioso y dando zarpazos al aire como si quisiera alcanzar a la fragata y derribarla. Mace no sintió ningún miedo en él; los akk se criaban en las laderas de volcanes activos, y su piel acorazada era lo bastante resistente como para parar un sable láser.

La fragata concluyó su giro y se precipitó hacia Mace y Nick.

Mace ahondó en la Fuerza, abriéndose a ella, buscando un punto de ruptura. La situación fluida del desfiladero se congeló, y luego se tomó cristal: herbosos, akk, personas y fragatas pasaron a ser nódulos de tensión, vectores de energía interseccionados en defectos y puntos débiles. La boca de Mace dibujó una hosca rendija.

Vio una oportunidad escasa.

La fragata podía pasarse todo el día sobrevolándolos y haciendo llover fuego. Ningún sable láser podría desviar un chorro de llamas de combustible. Pero si los milicianos de la fragata querían acabar también con los akk...

Los lanzacohetes de proa tosieron, y misiles de impacto descendieron por el desfiladero en dirección a Besh y Lesh. El impacto de las explosiones hizo que el infierno que rodeaba a Mace y a Nick se agitase, saltase, escupiese y respondiera en todas partes con pequeñas detonaciones, a medida que estallaban las piedras sometidas a la tensión del calor. Esquirlas al rojo de piedra medio fundida atravesaban las llamas y se quedaban pegadas con un siseo allí donde daban. El chaleco de Mace empezó a humear, Nick estaba demasiado ocupado apagando las llamas de su túnica y sus pantalones como para acordarse de maldecir.

Mace empleó la Fuerza para soltar el paquete de granadas que Nick había quitado a los mercenarios de Pelek Bawl. A continuación, sacó de la funda en el arnés del herboso el lanzaproyectiles robado.

Nick volvió a retorcerse para mirar hacia atrás con ojos furiosos, aguantándose apenas.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Saltar.

—¿Cómo...?

Mace se impulsó con la Fuerza y saltó de la silla un instante antes de que un misil acertara al herboso de lleno en el pecho. La explosión arrojó al animal por el aire, en una nube de carne y hueso vaporizados.

Mediante la Fuerza, notó que la consciencia de Nick estaba borrosa por la onda de choque, y convirtió su caída en un giro en el aire que le permitió aterrizar de pie entre las rocas. La Fuerza deslizó el lanzaproyectiles por la correa, hasta su hombro, luego le dejó las manas libres. A continuación alzó el cuerpo flojo de Nick del suelo y lo depositó suavemente en sus brazos.

Nick le miró con ojos que no enfocaban bien.

—¿Qué...? ¿Qué ha pasado...?

—Quédate aquí —dijo Mace, y dejó a Nick en una grieta entre dos peñascos del tamaño de casas, cuya masa necesitaría mucho tiempo para calentarse incluso en ese furioso infierno. Mientras tanto, ofrecían refugio del fuego.

—¿Estás loco? —preguntó torpemente Nick—. ¿Sabes la potencia de fuego que tienen esos ruskakk?

—Dos torretas dobles KX-Cuatro Taim y Bak a babor y a estribor —dijo Mace con aire ausente, mientras se agazapaba tras la piedra, cargando el lanzaproyectiles con una granada de nytinita, y mientras esperaba a que la fragata acabase su barrido—, dos lanzaminimisiles fijos Krupx MC-Tres a proa y a popa, un lanzallamas Merr-Sonn Fuego Solar Mil montado en el vientre...

—¡Y el blindaje! —dijo Nick. Sus ojos empezaban a aclararse—. ¿Qué tenemos que pueda atravesar ese blindaje?

—Nada.

—Y entonces ¿qué crees que puedes hacer exactamente?

—Ganar.

La fragata pasó sobre ellos. En el escaso segundo que estuvo en la zona ciega del artillero. Mace se levantó y lanzó la granada de nytinita en un gran arco. Sintió su recorrido en la Fuerza. Cuando estuvo sobre la fragata, sólo necesitó el más sutil de los tirones para desviarla hacia la toma de aire del turbocohete de estribor, que la absorbió enseguida, como un pez chasquido a un insecto botellero.

El metal chirrió. Las granadas de nytinita no explotan, son contenedores que liberan chorros de gas. Lo pertinente no era que fuera una granada, sino que los ventiladores del turbocohete absorbieran medio kilo de duracero cuando rotaban a cosa de una millonada de r.p.m.

En números redondos.

Un remolino púrpura brotó de la tobera, seguido por los pedazos de los ventiladores internos del turbocohete. El motor entero reventó en pedazos, escorando peligrosamente la fragata a un lado, hasta hacerla rebotar contra la pared del risco.

Mace bajó los ojos para mirar a Nick.

—¿Alguna pregunta?

Nick parecía correr peligro de ahogarse con su propia lengua.

—Disculpa —dijo Mace, y desapareció.

La Fuerza le hizo moverse sobre las rocas como un torpedo. Se mantuvo agachado, cruzando las llamas demasiado deprisa como para quemarse, rozando la escoria de roca fundida bajo sus pies, impulsándose de un peñasco al otro, y rebotando por todo el desfiladero en dirección a Chalk y a su akk, Galthra.

Las dos fragatas que se acercaban desde la selva ascendieron hacia el desfiladero del risco. El herboso de Besh estaba caído, pataleando, preso de las llamas y gritando. Lesh sólo era un montón de carne desgarrada. Un misil había acertado a uno de los akk en el flanco. Aunque la piel de akk es casi impenetrable, el impacto hidráulico de la detonación había convertido sus órganos internos en un picadillo sanguinolento. El akk se tambaleó hasta las rocas antes de desplomarse. Besh arrastró a su hermano entre las llamas para ponerlo a cubierto tras el enorme cuerpo acorazado del animal. El cuerpo del akk se estremecía y movía cada vez que lo golpeaba una salva de cañonazos tras otra, haciendo que se agitara como si estuviera vivo.

Detrás de Mace, el piloto de la primera fragata recuperó por fin el control de la nave, apagando el turbocohete de babor y haciéndola girar empleando sólo los repulsores. Mace pudo sentir que Chalk recuperaba la consciencia entre las ardientes rocas, pero en ese momento no tenía tiempo para hacer algo por ella. En vez de eso, cuando despertó, siguió la corriente de su mente hasta el lazo con la Fuerza que ella compartía con Galthra. Un segundo fue suficiente para que Mace sondeara las profundidades de ese lazo. Lo calibró en su justa medida.

Y se apoderó de él.

El lazo que unía a Galthra con Chalk era profundo y fuerte, pero era parte de la Fuerza, y Mace era un Maestro Jedi. Mientras no soltara al akk. Galthra estaría enlazado con él.

Mace se arrojó por el aire mientras Galthra saltaba para encontrarse con él. El animal tocó el suelo, dispuesto a dar el siguiente salto, y Mace acabó su voltereta aterrizando de pie sobre su lomo. El akk no estaba entrenado para cargar con un jinete al combate; pero, mediante su lazo, el flujo de la Fuerza les convirtió en una única criatura. Mace encajó el pie izquierdo tras las espinas de su cabeza, y el animal se dirigió hacia el desfiladero, desplazándose a un lado y a otro entre el infierno de llamas y piedras estallando.

Agachándose para obtener algo de refugio tras el enorme cráneo de Galthra, Mace metió una granada del paquete en el lanzaproyectiles y cargó el arma sin dispararla. Sintió que detrás de él se abrían los lanzamisiles delanteros de la fragata averiada.

—Justo a tiempo —murmuró Mace.

Galthra y él llegaron a la parte más elevada del desfiladero. Las dos fragatas que tenía delante rugieron, ascendiendo por la ladera del risco. La que tenía detrás lanzó un misil de impacto contra Galthra.

En el escaso semisegundo siguiente al lanzamiento, en ese parpadeo durante el cual el misil pareció pender en el aire, como si se preparara pan la ignición completa de sus motores principales y para las múltiples docenas de gravedades estándar de aceleración que lo empujarían en su relampagueante vuelo, el lazo con la Fuerza que existía entre Mace y Galthra latió, y el enorme akk dio un salto repentino a la izquierda.

El misil pasó tan cerca de él que su tubo de escape chamuscó el cuero cabelludo de Mace.

Y un pequeño empujoncito de la Fuerza, poco más que un golpecito afectuoso bajo la barbilla, desvió uno o dos centímetros su cabeza bélica en forma de diamante, alterando el ángulo de su ataque lo bastante como para hacerle rozar la cresta del desfiladero, en vez de impactar contra el ardiente suelo. El misil continuó volando, absorbiendo el humo negro en los remolinos de turbulencia que dejaban atrás sus aletas de cola, hasta que imputó contra el morro de la segunda fragata, que asomó al otro lado del desfiladero.

Una enorme bola de fuego blanco la golpeó, haciéndole retroceder como un herboso sobresaltado, y del retorcido boquete que se había abierto en el blindaje del morro brotó humo negro. Sus turbocohetes rugieron, y, mientras el piloto luchaba para recuperar el control, todavía más humo surgió de sus chirriantes repulsores. La tercera fragata se paró en seco y retrocedió bruscamente al invertir los cohetes, apartándose para no embestir la parte posterior de la otra.

Mace y Galthra corrieron directos hacia ellas.

Cuando pasaron ante la estremecida masa del herboso de Chalk, Mace buscó el Trueno. El arma se elevó hasta sus brazos, con la fuente energética descansando entre sus pies. Apoyó el enorme arma en la cadera, apuntó con el cañón a la tercera fragata y apretó el gatillo.

Mace se desplazó sobre el lomo de tres cuartos de tonelada de depredador acorazado, entre las llamas y el pegajoso humo negro, sobre la escoria de piedra fundida y entre el tronar y el chirrido de la metralla de las piedras al estallar. Disparaba desde su cadera, escupiendo un chorreo de paquetes de energía que se abría paso en el cielo y desgarraba el costado de la fragata. El Trueno no tenía potencia suficiente para traspasar el blindaje reforzado de la fragata, pero eso no importaba: el rugiente repetidor sólo era la tarjeta de visita de Mace.

Galthra bajó la ladera a toda velocidad, a la sombra de las fragatas. Mace se volvió para tenerlas delante. Cabalgó de espaldas y salpicó el aire con disparos hasta que el Trueno se recalentó y escupió chispas, y Mace prescindió de él. La tercera fragata disparó un par de misiles, pero Mace pudo sentir adónde apuntaban antes de que se apretara el gatillo, y Galthra era tan rápido respondiendo a sus órdenes en la Fuerza que ninguno de ellos se acercó lo bastante como para que su detonación pudiera hacer algo más que alborotarle el cabello.

Si lo tuviera.

Las torretas láser instaladas en los costados de la fragata rotaron, buscándolos; y Mace sintió en la Fuerza que el ordenador de objetivos fijaba el blanco. Lis dos naves dañadas se situaron en posición de disparo, fijando a la vez el blanco en su mira.

Estaban coordinando su fuego. No podía aspirar a esquivarlos. Así que no se molestó en hacerlo. Hizo que Galthra se detuviera.

Permaneció inmóvil, con las manos vacías, esperando a que abrieran fuego.

Esperando a darles una breve clase sobre el arte del vaapad.

Sus cañones eructaron energía, y Mace se dejó llevar por la Fuerza, liberándose de todo salvo de su intención. Ya no actuaba Mace Windu: la Fuerza actuaba a través de él. El sable láser de Depa saltó a su mano izquierda mientras el suyo lo hacía a la derecha. La cascada verde era un eco selvático de la hoja púrpura cuando ambas entrechocaron, arrancándose chispazos rojos.

El vaapad de Sarapin es un depredador terriblemente peligroso, fuerte y rapaz. Ataca con sus tentáculos cegadoramente rápidos. La mayoría tienen un mínimo de siete, y no es raro que tengan hasta doce. El más grande que se había matado tenía veintiuno. Lo que pasa con los vaapad es que nunca sabes cuántos tentáculos tienen hasta que están muertos; se mueven demasiado rápido como para contarlos. Casi demasiado rápido para verlos.

Y eso hizo Mace.

La energía se atomizó a su alrededor, pero sólo unas pocas salpicaduras le rozaron aquí y allí, el resto fue directo a la fragata. Si bien el Trueno no tenía la potencia necesaria para atravesar su blindaje, un cañón láser Taim y Bak era un caso muy diferente.

Diez disparos llegaron hasta los sables láser. Mace devolvió dos de cada contra las naves averiadas, traspasando su blindaje y haciéndolas temblar lo suficiente como para desviar su puntería. Los otros seis golpearon la carlinga de la tercera fragata, abriendo un agujero en el transpariacero de la cabina.

Mace bajó los sables láser y desplazó hacia delante el lanzaproyectiles, para dispararlo apoyado en la cadera. Eructó una única granada que la Fuerza guió hasta el agujero de la carlinga. La granada emitió un golpe húmedo y apagado dentro de la fragata, y un chorro de viscoso blanco brotó del agujero.

Mace gruñó para sus adentros; creía haber cargado nytinita.

Y entonces se encogió de hombros: "*Eh, el resultado es el mismo*."

Uno de los turbocohetes delanteros chupó tiras de la pasta endurecida por la toma de aire, chirrió y se desintegró en una lluvia de metralla. La fragata se encabritó salvajemente, con la tripulación atrapada en la pasta de la granada, sin poder hacer nada salvo observar horrorizados cómo su nave escoraba hacia la cara del risco y explotaba en una impresionante llamarada que salpicó fuego hasta trescientos metros ladera abajo.

Y ahora, para mi siguiente número..., pensó Mace.

Soltó el lanzaproyectiles y extendió las manos. Los dos sables láser volaron de vuelta a ellas.

Pero las dos fragatas dañadas se retiraban, alejándose traqueteantes por el cielo manchado de humo.

Con el ceño fruncido, observó cómo se alejaban.

Se sentía extrañamente inquieto.

Descontento.

Esto había sido... extraño. Incómodo.

Su estricta honestidad consigo mismo no le permitía negar la palabra que describía lo que sentía.

Había sido insatisfactorio.

***

DE LOS DIARIOS PRIVADOS DE MACE WINDU.

No sé cuánto tiempo estuve allí parado, mirando el cielo con el ceño fruncido. Finalmente recuperé la ecuanimidad suficiente como para bajarme del lomo de Galthra y liberar mi control sobre su conexión con la Fuerza. Se alejó ladera arriba, dando saltos entre las ardientes rocas y buscando a Chalk.

Nick se acercó tambaleándose, rodeando las moribundas llamas y evitando las rocas semiderretidas que todavía brillaban con un rojo apagado. Parecía muy impresionado por el combate. Parecía delirantemente feliz, borracho de adrenalina, con una alegría infantil y con un tembloroso entusiasmo que lo estremecía. No recuerdo gran cosa de lo que dijo, más allá de alguna absurdez sobre que yo era una "máquina de guerra ambulante".

O algo así. No estoy seguro de si empleó la palabra "ambulante".

La mayor parte de lo que dijo se perdió en el rugido que resonaba en mi mente: el viento huracanado del tronar de mi corazón, los ecos de las explosiones de la batalla y el maremoto de la misma Fuerza.

Cuando llegó hasta mí, vi que estaba herido; la sangre corría por su rostro y su cuello desde un profundo corte en un lado de la cabeza, probablemente un arañazo provocado por alguna esquirla de roca. Pero él siguió diciendo que nunca había visto nada parecido a mí, hasta que lo detuve, posando una mano en su brazo.

—Estás sangrando —le dije, pero el oscuro destello de sus luminosos ojos azules permaneció inmutable.

—Solo contra tres fragatas. Tres. Solo —siguió diciendo.

Le dije que no había estado solo. Le cité a Yoda.

—"Mi aliado es la Fuerza" —no pareció entenderlo, así que le expliqué—: Estaban en inferioridad de condiciones.

Por mucho que desee borrarlo de mi mente, recuerdo intensamente lo que pasó a continuación. Yo no podía apartar los ojos de las dos fragatas averiadas, que para entonces sólo eran motas de duracero cruzando el cielo sin límites.

—Sí, sé cómo te sientes —dijo Nick, siguiendo mi mirada—. Lástima que no pudieras acabar con las tres, ¿verdad?

—¿Cómo me siento? —repuse, volviéndome hacia él—. ¿Cómo me siento yo?

Tuve un deseo repentino de golpearlo, un deseo tan poderoso que el esfuerzo de contenerme me dejó jadeante. Quería, necesitaba, golpearlo. Golpearlo en la cara. Sentir mi puño destrozándole la mandíbula.

Hacerle callar.

Hacer que no me mirara.

La comprensión en su voz, la sabiduría en sus fríos ojos azules... Quería golpearlo porque tenía razón. Sabia cómo me sentía yo. Fue una sensación muy fea.

Como había dicho él, yo también quería destruir a las otras. Quería arrancarlas del cielo y contemplar cómo ardían. No dediqué ni un solo pensamiento a las vidas que ya había tomado en la primera fragata. Ningún pensamiento para las vidas que tomaría en las otras dos. Busqué con la Fuerza en los restos ardientes de la ladera del risco, buscando entre las llamas, no sabría decir para qué.

Me gustaría pensar que buscaba supervivientes, comprobar si había alguna persona que sólo estuviera herida y a la que poder rescatar de entre los restos. Pero no puedo decir con honestidad que eso sea cierto.

Igual sólo quería sentir cómo se quemaban.

Tampoco puedo decir con honestidad que lamentase cómo había acabado la pelea.

Aunque les había quitado la vida en defensa propia, y en defensa de otros, no éramos inocentes ni yo ni aquellos a los que defendía. No puedo afirmar con honestidad que mis compañeros korun se merezcan más vivir que los tripulantes de la fragata. No puedo considerar mi deber como Jedi lo que hice en el desfiladero.

Lo que hice allí no tenía nada que ver con la paz.

Alguien podría considerarlo un accidente de guerra. Resultó que esa pequeña banda de guerrilleros asesinos acompañaba a un Maestro Jedi, motivo por el cual las esposas e hijos de los tripulantes de la fragata sufrieron una horrible pérdida. Se le podría llamar accidente de guerra... Y hasta yo podría llamarlo así...

De haber sido algo que se asemejase a un accidente.

Si no hubiera intentado derribar esa nave. Si no hubiera sentido la sed, la sed de sangre.

El ansia de la victoria. El ganar a cualquier precio.

Sed de sangre.

La siento incluso ahora.

No es abrumadora; no he caído tan bajo. Todavía. Es más bien una preferencia. Una expectativa. Una premonición que se ha visto frustrada.

Esto es malo. No todo lo malo que podría ser, pero sí lo suficiente.

Hace mucho que sé que aquí corro peligro. Pero sólo ahora empiezo a comprender lo oscuro y cercano al peligro que me encuentro. Nunca supuse lo cerca que ya me habla colocado Haruun Kal de ese borde fatal.

Es un efecto colateral de la inmersión en la Fuerza del vaapad. Mi estilo me proporciona un gran poder, pero a un riesgo terrible. La sed de sangre es una enfermedad que puede matar todo lo que toca. Para emplear el vaapad debes disfrutar con el combate. Entregarte a la emoción de la batalla. La excitación de ganar. Por eso son muy pocos los estudiantes que intentan dominar el estilo.

El vaapad es un sendero que conduce por la penumbra hasta el Lado Oscuro.

Aquí, en la selva, esa sombra fronteriza es inesperadamente delgada. La noche cerrada está a solo un paso de distancia. Aquí debo tener mucho, mucho cuidado.

O puede que llegue a comprender demasiado bien lo que le ha ocurrido a Depa.

***

Mace bajó la cabeza. La electricidad del combate abandonó sus extremidades, dejándole cansado y dolorido. Tenía varias quemaduras superficiales debido a las salpicaduras de plasma y a las esquirlas de roca fundida.

Se obligó a mirar ladera arriba, hacia el desfiladero, a través de las moribundas llamas y los retorcidos hilos negros del humo que ya clareaba. En la garganta rocosa había akk muertos, herbosos heridos o muertos, y estaban Chalk, Besh y Lesh.

Recordó el fogonazo en la Fuerza que sintió esa mañana.

—Vamos a acampar —dijo a Nick. Era asombroso lo cansado que se encontraba de repente—. Creo que tenemos bajas.

Ascendieron hasta la rampa de matojos. Arriba, Chalk cojeaba hacia su herboso herido y negaba con la cabeza, estaba terriblemente quemado. Uno de los costados del animal era una masa de carbón. Recorrió los seis metros de su cuerpo, se dejó caer sobre una rodilla y le acarició la cabeza. El akk lanzó un débil bocinazo de dolor y preocupación, y frotó el morro contra la mano de Chalk. Mientras, ésta sacó la pistola de cartuchos y le disparó justo debajo del ojo superior.

El chasquido de la pistola resonó en las paredes del risco que bordeaban el desfiladero. A Mace le pareció un signo de exclamación, un punto y aparte para el final de la batalla. El eco lo convertía en un aplauso sardónico.

Besh y Lesh seguían arrebujados a la sombra del akk muerto. Mace supuso que se habían salvado gracias a la protección que les ofrecía el akk, por un lado, y una enorme peña, por el otro.

Chalk llegó allí antes que Nick y Mace. Recorrió el camino desde el cadáver de su herboso y mantuvo los ojos fijos donde debían estar los hermanos. Mace supo, por su expresión, que lo que veía era malo. Miró a Nick mientras éste y Mace se acercaban, y le dirigió el mismo meneo inexpresivo de la cabeza.

Besh estaba sentado en el suelo, al lado de la cabeza del akk. Abrazándose las rodillas. Meciéndose adelante y atrás. El contenido de un botiquín estándar estaba disperso a su alrededor: Escáner portátil, nebulizadores hipodérmicos y de vendas, estabilizadores óseos. No parecía herido, pero estaba pálido como un cadáver y tenía los ojos en blanco y muy abiertos.

Lesh era presa de convulsiones.

Su rostro estaba contorsionado en una máscara rígida, con la ciega mirada fija en el despejado cielo de la tarde. Se encorvaba y encogía, con las manos engarfiadas y sufriendo espasmos, y los tacones golpeando las rocas. El primer pensamiento de Mace fue una herida en la cabeza; la metralla o una esquirla de roca en el cráneo podía provocar semejante ataque. Por eso no comprendía que Nick, Chalk y su hermano se quedasen quietos, como si fueran impotentes, sin hacer nada aparte de verlo sufrir. Mace posó una rodilla en el suelo y buscó el escáner del botiquín.

—Déjalo —dijo Chalk.

De todos modos, Mace cogió el escáner y deslizó la tapa para activar la pantalla. La lectura advertía que Lesh no estaba herido.

Estaba infectado.

Parásitos sanguíneos sin identificar se habían agrupado en su sistema nervioso central. Ahora estaban pasando a una nueva etapa de su ciclo vital.

Se estaban comiendo su cerebro.

Lo ocurrido la noche anterior en la tienda portátil cobraba sentido para Mace: Lesh ya debía de estar infectado por esos parásitos. Y Mace lo había achacado al estrés y a una intoxicación de thyssel.

—Avispas de la fiebre —dijo Nick, roncamente. Estaba casi tan pálido como Besh. Podía enfrentarse a una muerte violenta con un guiño, y a un comentario sarcástico; pero esto hacía que la cabeza le brillara con sudor pálido. Apestaba a miedo—. No hay forma de saber cuándo le habrán picado. Los mascadores de thyssel ceden antes. A las larvas les gusta la corteza. Cuando ponen los huevos...

Tragó saliva y sus ojos se estrecharon. Tuvo que apartar la mirada.

—Se incuban en el cráneo. Salen a través del cráneo. Como si fuera una, una, una cáscara de huevo...

El horror puro y sin complicaciones de su rostro dijo a Mace que no era la primera vez que lo veía.

Mace depositó el botiquín en un lugar fresco junto al akk muerto.

—Aquí dice que todavía se le puede salvar. Sólo se necesita un segundo para cargar un nebulizador hipodérmico con thanatizina. Podemos ponerlo en animación suspendida. Ralentizar... las larvas de avispa... hasta que podamos llevarlo a un hospital equipado de Pelek Baw. Incluso si lo identifican...

Besh alzó la mirada hacia él y negó con la cabeza en un mudo "no".

Mace pasó por su lado y se arrodilló junto a Lesh.

—Podemos salvarlo, Besh. Puede que eso signifique entregarlo a la milicia, pero al menos estará vivo.

Besh cogió a Mace por el brazo. Tenía los ojos llorosos e inyectados en sangre. Volvió a negar con la cabeza.

—Maestro Windu —Nick cogió el estuche del botiquín y examinó el gráfico—. Su estado es mucho más grave de lo que indica esta cosa.

—El escáner del botiquín es extremadamente fiable. No me lo imagino equivocándose.

—No se equivoca —dijo Nick con voz queda, y giró el estuche para que Mace pudiera ver la pantalla—. Éstas no son las lecturas de Lesh.

—¿Qué?

Besh se tocó el pecho con las yemas de los dedos, mirando al suelo, y a continuación se desplomó. Pareció derrumbarse sobre sí mismo. El aliento, junto al miedo y la esperanza, le abandonaron. Su aura en la Fuerza se tiñó de negra desesperación.

Mace miro a Besh y a Nick, y otra vez a Besh, antes de fijar los ojos en Lesh, que se estremecía espasmódicamente. Luego miró el nebulizador hipodérmico, que todavía aferraba nerviosamente con la mano. "*No porque la jungla te mate*", le había dicho Nick, "*sólo porque es así*".

Nick recogió el escáner del botiquín y lo pasó por la cabeza de Mace.

—Tú estás bien —dijo débilmente, lamiéndose el pálido sudor del labio superior—. No muestras señales de infección.

Se volvió hacia Chalk, frunciendo el ceño ante la lectura del botiquín.

Se le hundieron los hombros, y la mano empezó a temblarle.

No tenía palabras, pero no las necesitaba. Ella leyó en sus ojos el destino que le esperaba, se tensó y su boca fue una línea delgada. Entonces dio media vuelta y marchó ladera abajo.

—Chalk... —llamó Nick, impotente, tras ella—. Chalk, espera...

—Cogeré el Trueno, yo —hablaba de forma átona, con tan poca emoción como el vocalizador de un ordenador de navegación—. Buen arma. La necesitarás, tú.

Nick volvió su dolorida mirada hacia Mace.

—Maestro Windu... —le entregó el escáner del botiquín con gesto de súplica—. No me obligues a hacer mi propia lectura, ¿quieres?

Mace escaneó rápidamente la columna vertebral y el cráneo de Nick. Las lecturas eran claramente negativas, pero Nick no pareció muy aliviado.

—Ya, claro —dijo con disimulada amargura—. Si fuera a morirme dentro de un par de días, al menos no tendría por qué pensar en ocuparme de ellos.

—¿Ocuparte de ellos? —dijo Mace—. ¿Es que hay un tratamiento?

—Sí —Nick sacó la pistola—. Aquí tengo su tratamiento.

—¿Esa es tu solución? —Mace se paró delante de él—. ¿Matar a tus amigos?

—Sólo a Lesh —dijo con voz dura y triste, aunque algo temblorosa, como su mano. No tenía la solidez mental de Chalk. Los ojos se le pusieron llorosos y su rostro se contorsionó. Apenas conseguía forzarse a mirar a sus amigos—. Ya habrá tiempo de ocuparse de Besh y de Chalk cuando empiecen los temblores.

Mace seguía sin poder creer que Nick hablara en serio.

—¿Quieres limitarte a pegarles un tiro? ¿Como al herboso de Chalk? —Como al herboso, no —dijo Nick. Su rostro tenía un color ceniciento—. En la cabeza, no. Eso dispersa las larvas. Algunas ya estarán lo bastante desarrolladas y serían peligrosas —tosió— para nosotros.

—Así que no hasta con que muera.

Mace respiró y, utilizando la disciplina Jedi, alzó un muro alrededor de su corazón que aislara su horror empático ante el rictus ceniciento del rostro de Lesh. Espuma teñida de rosa burbujeaba en los labios de éste.

—Las... zonas infestadas... deben ser destruidas. El cerebro y la médula espinal.

Nick asintió, mostrándose aún más mareado.

—Con las avispas de la fiebre solemos quemar el cuerpo, pero... Mace lo comprendió. Las fragatas que huyeron podían haber transmitido su posición. No había forma de saber lo que ya podía estar de camino. No podía creer lo que estaba a punto de hacer. No podía ni creer lo que iba a decir. Pero era un Jedi. El objetivo de su vida era hacer lo que debía hacerse. Hacer lo que los demás no querían o no podían hacer. Fuera lo que fuese.

Separó los sables láser del cinturón. El de Depa y el suyo.

Las hojas verde y púrpura sisearon juntas en el aire lleno de humo.

Besh alzó la mirada desde el suelo. Chalk se quedó inmóvil en la ladera, acunando el Trueno en sus brazos. Nick abrió la boca como si quisiera decir algo pero no supiera el qué.

Todos se quedaron mirando a Mace como si no le hubieran visto nunca antes.

—Es vuestro amigo. Tu hermano —Mace respiró hondo, aplacando su miedo, su repugnancia y su oscuro, oscuro desprecio por lo que debía hacer—. Igual queréis despediros de él.

Besh negó con la cabeza, en silencio. Se puso en pie con un sollozo desarticulado compuesto de pesar y de terror, y se tambaleó ladera abajo.

Chalk sólo sostuvo la mirada de Mace durante un segundo, antes de asentir lentamente. Entonces siguió a Besh, le rodeó los hombros con el brazo, y éste se derrumbó contra ella, sollozando.

Nick fue el último. Sus ojos sólo mostraban dolor. Por fin, meneó la cabeza, y las lágrimas se derramaron por sus mejillas.

—Ya casi no existe —tocó a Mace en el hombro—. Maestro Windu, no tienes por qué hacer esto...

—Sí que tengo —dijo Mace—. O tendrías que hacerlo tú.

Nick asintió reticente, comprensivo.

—Gracias. Windu, esto, Maestro, yo... sólo... Gracias —se volvió y caminó tras los demás—. No lo olvidaré.

Tampoco lo haría Mace.

Miró a Lesh entre las dos resplandecientes hojas. Buscó en la Fuerza, queriendo tocar lo que pudiera quedar del joven, ofrecerle el poco consuelo que le fuera posible, pero era tal y como Nick había dicho: Lesh ya casi no existía. Transcurrió un largo momento mientras Mace se tranquilizaba, componiendo una actitud de calmada reverencia. Luego consignó a la Fuerza lo que pudiera quedar de la consciencia o el espíritu de Lesh.

Entonces respiró hondo, alzó las hojas y empezó.

***

La cordillera de riscos eclipsó tras ellos el cielo del sur. La cúpula de jungla que les cubría brillaba con el cercano atardecer. En el suelo ya vivían el crepúsculo. Los compañeros caminaban por un ancho camino abierto por el reiterado paso de los rondadores de vapor. Los árboles se cerraban sobre el camión, uniéndose en las alturas, y les permitían desplazarse a lo largo de un túnel forrado de selva que serpenteaba, subía y descendía por los accidentes del suelo que partían de la cara norte del risco.

Mace llevaba parches de bacta recortados cubriendo sus peores quemaduras. La frente de Nick brillaba por el vendaje nebulizado. Chalk llevaba un cabestrillo que le sujetaba el hombro que se le había desencajado al caer entre las rocas, y un vendaje de compresión en la rodilla herida. Besh caminaba en un silencio inexpresivo, quizás en estado de *shock*.

Lo que quedó de Lesh había sido enterrado en la línea del bosque.

Las mochilas, con los suministros rescatados de los herbosos muertos, pesaban. Pocas cosas del equipo de Mace habían sobrevivido. Con el herboso de Nick se habían desintegrado la tienda portátil, las mudas de ropa, el botiquín y su identificación. La guerra en Haruun Kal estaba eliminando toda conexión de Mace con su vida fuera de la jungla. Las únicas pruebas físicas que le quedaban de que alguna vez había sido algo más que un korun eran los dos sables láser.

Hasta el datapad falso con el que había cargado todo el camino había resultado afectado. Sus circuitos subespaciales debieron de quedar dañados con la descarga. Pensó en llamar al *Halleck* para evacuar a Besh y a Chalk, y para que recibieran atención médica, pese a que eso habría puesto en peligro su misión. La aparición repentina de un crucero de la República en el sistema Al'Har habría llamado, con toda seguridad, la atención de los separatistas. Pero el holocomunicador del datapad no había sido capaz de emitir ni una sola onda fuera del planeta. Su última conexión con lo que Depa llamaba la Galaxia de la Paz estaba tan muerta como los milicianos balawai que Mace había hecho estrellarse contra la pared del risco.

Irónicamente, la función grabadora del datapad falso seguía funcionando. Su disfraz se había convertido en realidad. El datapad había dejado de ser falso. Mace tuvo la supersticiosa sensación de que eso era algo simbólico.

Galthra caminaba con ellos al lado de Chalk, en vez de rodeándolos. Era el último de los akk. Con algo de suerte, su presencia bastaría para mantener a los grandes depredadores a una distancia respetable.

Todavía no habían aparecido nuevas fragatas para perseguidos. Mace lo encontraba inexplicable y preocupante. De vez en cuando, Galthra daba un tirón en la Fuerza que podía significar que oía motores en la distancia, pero era difícil asegurarlo. Sobre todo, lloraba a sus compañeros de manada. Su presencia en la Fuerza era un largo gemido de dolor y pérdida.

Siguieron avanzando. Nick había establecido un paso matador. No había hablado desde que enterraron los restos de Lesh.

Mace supuso que Nick estaba pensando en Besh y Chalk; desde luego, él si lo hacía. Pensaba en las larvas de avispas de la fiebre que se amontonaban en el cerebro y en los tejidos de su médula espinal. Debían de quedarles uno o dos días antes de que empezase la demencia. Un día o dos después vendrían las convulsiones y una muerte desagradable. Besh caminaba con la cabeza gacha, tiritando, como si no pudiera pensar en otra cosa. Chalk desfilaba como un androide bélico, como si el sufrimiento y la

muerte fueran demasiado ajenas a ella para poder comprenderlas, y mucho menos temerlas.

Mace se puso a la altura de Nick, colocándose a su lado.

—Háblame.

Los ojos de Nick permanecieron fijos en la selva que tenía delante.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque quiero saber qué pasa por tu cabeza.

—¿Qué te hace creer que algo pasa por mi cabeza? ¿Qué te hace creer que, sea lo que sea, podría marcar alguna diferencia? —su voz sonaba amargada y furiosa—. Tenemos a dos personas que están a punto de entrar en la segunda etapa de la infección de la avispa de la fiebre. Ningún herboso. Un akk. Un puñado de armas. La milicia pisándonos los talones. Y tú y yo.

Su mirada se deslizó lateralmente para encontrarse con la de Mace. Tenía los ojos rojos e irritados.

—Estamos muertos, ¿sabes? Como ese colmilludo en el hueco de la muerte, a pocos metros de distancia de donde teníamos que estar. No lo conseguiremos. Estamos muertos.

—Para estar muertos —observó Mace—, nos movemos muy deprisa.

Por un instante pensó que Nick sonreiría. En vez de eso, negó con la cabeza.

—Hay un lor pelek viajando con la banda de Depa. Es... muy poderoso. Más que poderoso. Si podemos llevar a Besh y a Chalk hasta él antes de que empiecen las convulsiones, podría salvarlos.

"Lor pelek" significa "maestro de la jungla". Chamán. Médico brujo. Hechicero. En las leyendas korun, el lor pelek es una persona de gran poder, y gran peligro. Tan impredecible como la jungla. Daba la vida o la muerte; un regalo o una herida. En algunas historias, un lor pelek no era en absoluto un ser, sino el pelekotan encarnado: el avatar de la mente jungla.

Mace estableció la conexión.

—Kar Vastor.

Nick le miró con ojos abiertos.

—¿Cómo sabes eso? ¿Cómo conoces su nombre?

—¿Cuánto falta para que los alcancemos?

Nick dio un par de pasos antes de contestar.

—Si todavía tuviéramos a los herbosos y a los akk para protegernos... Puede que dos días. Quizá menos. ¿A pie? ¿Con sólo un akk?

Su encogimiento de hombros era muy expresivo.

—¿Por qué, entonces, nos haces ir a este ritmo?

—Porque sí que me pasa algo por la cabeza —miró de soslayo a Mace—. Pero no te va a gustar.

—¿Me gustará menos que tener que hacer a Besh y a Chalk lo que tuve que hacer a Lesh?

—Eso no me corresponde decirlo a mí —la mirada de Nick se tornó remota, clavándose en el túnel lleno de penumbra por el que se movían—. Hay un pequeño campamento fronterizo a una hora al oeste de aquí. Suelen establecerse más o menos cada cien kilómetros a lo largo de estos caminos de rondadores de vapor. Tienen un búnker seguro y una unidad de comunicaciones. Aunque nosotros, el FLM, no empleamos los comunicadores, sí que controlamos las frecuencias. Si llegamos allí podremos enviar una señal codificada con nuestra posición. Entonces pondremos a Chalk y a Besh en suspensión por thanatizina. Podremos sentarnos y esperar lo mejor.

—¿Un campamento balawai?

Él asintió.

—Nosotros no tenemos campamentos. Los ACOA se ocupan de eso.

—Esos balawai... ¿nos acogerán?

—Claro —los dientes de Nick resplandecieron en el crepúsculo selvático, y ese brillo de locura centelleó en sus ojos—. Sólo hay que saber cómo pedírselo.

El rostro de Mace se ensombreció.

—No permitiré que hagas daño a civiles. Ni siquiera para salvar a tus amigos.

—No tienes por qué quemarte el cuero cabelludo pensando en eso —dijo Nick, acelerando el paso—. Aquí, los civiles son un mito.

Mace no quiso preguntarle lo que quería decir con eso. Se detuvo sobre las accidentadas huellas que conformaban el camino. Volvió a ver la carnicería holoproyectada sobre el escritorio del Canciller Supremo. Volvió a ver las imágenes de chozas derribadas y quemadas, y los diecinueve cadáveres en la selva.

—Tenías razón —dijo—. No me gusta. No me gusta nada.

Nick siguió caminando. Ni siquiera miró por encima del hombro mientras dejaba atrás a Mace.

—Ya, bueno, en cuanto se te ocurra una idea mejor —dijo en la oscuridad que había delante—, procura hacérmela saber, ¿vale?

CAPÍTULO 6

CIVILES

DE LOS DIARIOS PRIVADOS DE MACE WINDU.

En este búnker, el aire es lo más parecido a fresco que he sentido desde la sala de interrogatorios en el Ministerio de Justicia. Esta construido en la piedra ígnea de la ladera de la montaña, y es sólo una puerta de duracero instalada en la boca de una burbuja formada en el granito mediante alguna bolsa de gas o de piedra más blanda. Aunque está por encima de los restos del campamento que hay más abajo, es evidente que nunca se pensó en utilizarlo como posición de combate, ya que carece de troneras para cañones. Tal y como está construido —excavado—, creo que más bien es un lugar seguro en el que refugiarse en caso de ataque. Un lugar seguro en el que esperar a que llegue la ayuda de la milicia.

De ser así, no funcionó.

El aire nocturno se enrosca suavemente en las retorcidas astillas de la puerta que quedan, su susurrante paso refleja siniestramente la violencia que todavía vibra en la Fuerza, a mi alrededor.

No me atrevo a meditar. La oscuridad es demasiado profunda aquí. Tiene el tirón del abismo, es un agujero negro. Yo me he instalado en una órbita demasiado cercana a él y me está desgarrando en dos. La gravedad tira de la mitad de mi ser en dirección a un horizonte del suceso que tengo miedo hasta de atisbar.

Detrás de mí, perdidos en las sombras de la noche, Besh y Chalk yacen inmóviles en la roca, casi tan fríos como la piedra sobre la que reposan, sumidos en la suspensión de la thanatizina. Sólo la Fuerza me permite ver que siguen con vida, sus corazones laten menos de una vez por minuto, y apenas tienen más de diez o doce respiraciones leves cada hora. Las larvas de la avispa de la fiebre que invaden sus cuerpos pasan por una animación suspendida similar. Besh y Chalk pueden sobrevivir así una semana o más.

Siempre que nada se los coma antes.

Mi trabajo consiste en asegurarme de que están a salvo. En este momento es mi único trabajo. Por eso me siento entre los restos de esta puerta y miro hacia la noche infinita.

El Trueno reposa en su bípode junto a la puerta, con el cañón inclinado hacia el cielo. Chalk mantenía bien cuidada su querida arma. Insistió en desmontarla una última vez antes de permitir que le pusiera la inyección. He hecho varios disparos de prueba a intervalos y sigue funcionando bien. Aunque estoy intentando aprender a sentir en la Fuerza la aparición de los hongos comemetales, tal y como hacen los korunnai, prefiero depender de la experiencia práctica.

Ahora tengo poco que hacer. Paso el tiempo grabando esto y pensando en mi discusión con Nick.

En el camino, Nick dijo que los civiles son un mito. He descubierto que quería decir que aquí no hay civiles, que estar en la jungla es estar en la guerra. El Gobierno balawai ha difundido un mito de exploradores selváticos

inocentes masacrados por salvajes partisanos korun. No es más que propaganda, dice Nick.

Esa idea resulta extrañamente consoladora aquí, en las ruinas de este campamento balawai, pero en ese momento la rechacé de forma instintiva. Me pareció una simple racionalización. Una excusa. Un consuelo para las conciencias atormentadas por las atrocidades cometidas. Nick y yo lo discutimos un poco durante el paseo por el camino creado por las orugas de los rondadores de vapor que nos condujo hasta aquí.

Según Nick, los civiles se quedan en las ciudades, y los únicos civiles auténticos de Haruun Kal son los camareros, los conserjes, los tenderos y los porteadores de taxicarros. Dijo que había una razón para que los exploradores selváticos cargaran con un armamento tan pesado, y que tenia más que ver con los perros akk que con los felinos de las lianas. Los balawai no entran en la selva a no ser que vayan preparados, dispuestos y capacitados para matar korunnai. Ninguno de los dos bandos espera a que el otro ataque. En la jungla, si no se ataca primero es porque eres la presa.

Entonces le pregunté por los niños muertos.

Es la única vez que he visto a Nick furioso. Se volvió hacia mí como si quisiera darme un puñetazo.

—¿Qué niños? —dijo—. ¿Qué edad hay que tener para apretar un gatillo? Los niños son grandes soldados. Apenas saben lo que es el miedo.

Está mal hacer una guerra contra niños —o con ellos—, y así se lo dije. Sea cual sea el caso. No son lo bastante mayores para comprender las consecuencias de sus actos. Me replicó en términos abrumadoramente obscenos que debía decir eso a los balawai.

—¿Y qué pasa con nuestros niños? —se estremeció con furia apenas contenida—. Los jups pueden dejar a sus niños en casa, en la ciudad. ¿Dónde dejamos nosotros a los nuestros? Tú has visto Pelek Baw. Ya sabes lo que le pasa a un niño korun en esas calles. Yo sé lo que les pasa. Fui uno de ellos. Es preferible que te revienten aquí de un tiro a tener que sobrevivir como hice yo. ¿Cómo se le dice a los artilleros de esas naves que los korunnai cuyos brazos y piernas revientan alegremente son sólo niños?

—¿Acaso eso justifica lo que les pase a los niños balawai? ¿A los que no se quedan en las ciudades? Los korunnai no disparan al azar desde lo alto de una fragata. ¿Cuál es vuestra excusa?

—No necesitamos ninguna excusa —dijo—. Nosotros no asesinamos niños. Somos los buenos.

—Los buenos —repetí. No pude ocultar un toque de amargura en la voz. Las imágenes holográficas que nos mostraron a Yoda y a mí en el despacho de Palpatine no estaban profundamente enterradas en mi mente—. He visto lo que queda cuando tus buenos acaban con un campamento de exploradores selváticos. Por eso estoy aquí

—Sí, claro. Ja. Deja que te informe de algo, ¿vale? —la ira de Nick, voluble como una tormenta de verano, había desparecido entre un parpadeo y el siguiente. Me clavó una mirada de divertida compasión—. Llevo días esperando a que saques ese tema.

—¿Qué?

—Vosotros, los Jedi, vuestros secretos y toda esa mierda de colmilludo. ¿Creéis que nadie más puede mantener ocultas sus cartas chip? —puso los ojos en blanco y agitó los dedos cerca de su cara—. ¡Oooh cuidado, soy un

Jedi! ¡Sé cosas demasiado peligrosas para los simples mortales! ¡Cuidado! ¡Si no retrocedes, podría enseñarte algo que no deben saber los seres humanos!

Reflexionando, me ha dado por pensar que Nick Rostu podría considerarse como una prueba para mis convicciones morales. Un Jedi bien podría precipitarse al Lado Oscuro sólo con el sencillo deseo de darle un rapapolvos.

En su momento me las arreglé para contenerme, y hasta para mantener un tono educado, mientras Nick me explicaba que lo sabía todo sobre la masacre de la selva y el óvalo de datos.

No me resultó fácil.

Me dijo que él no sólo había estado allí, en el mismo escenario que Yoda y yo habíamos presenciado en el despacho de Palpatine, sino que había estado en compañía de Depa y Kar Vastor cuando concibieron todo el plan. Había ayudado a decorar la escena, y luego, él mismo había informado al Servicio de Inteligencia de la República.

Incluso ahora, horas más tarde, me cuesta expresar con palabras cómo me sentí entonces. Desorientado, desde luego: casi mareado. Incrédulo.

Traicionado.

He llevado esas imágenes conmigo como si fueran una herida. Se han ensañado en mi mente de forma tan ardiente y dolorosa que tuve que envolverlas en capas de negación. Un dolor así hace preciosa una herida; cuando el menor toque supone una agonía, uno debe mantener la herida tan protegida, tan secuestrada, que se convierte en objeto de reverencia. Algo sagrado.

Pero Nick me contó la historia como si hubiera sido sólo una especie de broma pesada.

Hmm. Ahora se me ocurre otra palabra para definir cómo me sentí. Cómo me siento.

Furioso.

Eso también hace más difícil la meditación. Y arriesgada.

Menos mal que hace algunas horas que Nick se fue sobre Galthra. Quizás antes de que él vuelva, si vuelve, yo haya encontrado un lugar en mi mente donde poder colocar todas las cosas que me contó, donde dejen de susurrarme violencia al corazón.

Toda la masacre era un montaje.

No era falsa. Los cadáveres eran reales, la muerte era real, pero era un montaje. Era una broma pesada. A mi costa.

Depa quería que yo viniera.

En eso había consistido todo. Desde el principio.

Ese óvalo de datos no era una trampa, ni una confesión: era un cebo. Quería sacarme de Coruscant, traerme a Haruun Kal y arrojarme a esta selva de pesadilla.

Muchos de los cadáveres pertenecían en realidad a exploradores selváticos, me dijo Nick. Los jups, cuando no cosechan la jungla, trabajan como tropas de civiles para la milicia balawai. Son mucho más peligrosos que las fragatas, los satélites detectores, todos los ACOA, los cazas droides y los ejércitos de separatistas juntos. Conocen la jungla. Viven en ella. La usan.

Son más implacables que el FLM.

Los demás cadáveres de esa escenita montada eran prisioneros korun. Capturados por los jups. Capturados, torturados y maltratados más allá de mi capacidad de descripción. Cuando atacó el FLM, lo primero que hicieron los

balawai fue ejecutar a los pocos prisioneros que seguían con vida. Nick me dijo que no escapó ninguno. Ninguno de los prisioneros. Y ninguno de los jups.

Los niños...

Los niños eran korunnai.

Ese Kas Vastor... ¿Qué clase de hombre será? Nick me dijo que fue Kar Vastor quien metió el óvalo de datos en la boca de la mujer muerta y la cerró con espinas de latonbejuco. Nick me dijo que fue Kar Vastor quien convenció al FLM para dejar los cadáveres en la selva. Y el que dijo que hacer la escena tan espantosa aseguraría que yo viniese a investigar, y que dejar a niños muertos —a sus propios hijos muertos— a merced de los jacunas, los gusanos taladradores y de las apestosas moscas negras carroñeras, tan llenas de sangre que sólo podrían arrastrarse por la carne podrida...

Alto. Tengo que dejarlo. Tengo que dejar de hablar de esto. Dejar de pensar en ello.

No puedo... Esto no es...

Nada es de fiar en este planeta. Lo que se ve no tiene relación con lo que se obtiene. Parezco incapaz de comprender nada de él.

Pero estoy aprendiendo. Y al aprender, cambio; y cuanto más cambio, más comprendo. Eso es lo que me aterra. Me estremezco al pensar en lo que pasará cuando por fin empiece a comprender este lugar.

¿Quién seré cuando por fin lo entienda?

Temo que el hombre que fui despreciaría al hombre en que me estoy convirtiendo. Siento el espantosa temor de que lo que pretendía Depa al atraerme hasta aquí fuera que pasara por esta transformación. Dijo que no había nada más peligroso que un Jedi que por fin ha encontrado la cordura.

Creo que Depa es peligrosa.

Y temo que quiera que yo también me vuelva peligroso.

Debería —necesito cambiar de tema— pensar en otra cosa que no sea...

Porque pregunté a Nick por ella.

No pude evitarlo. La esperanza floreció codo con codo con mi ira. Si el holograma era un montaje, puede que lo que dijo sólo fuera... parte de la ambientación. Color local. Algo.

Pese a mi decisión de mantenerme imparcial hasta que pudiera verla, hablar con ella, sentir su esencia en la Fuerza; pese a mi decisión de no preguntar nada, de no oír nada; pese a todos mis años de disciplina y autocontrol...

El corazón tiene fuerzas que ninguna disciplina puede controlar.

Así que le pregunté. Le comenté las palabras que Depa grabó en el óvalo de datos, que se llamó a sí misma la oscuridad de la jungla, y que dijo que por fin se había vuelto cuerda.

Que temía que hubiera cedido ante la oscuridad, y que estuviera irremediablemente loca.

Y Nick...

Y Nick...

—¿Loca? —dijo con una carcajada—. Tú eres el loco. Si ella estuviera loca, no la seguiría nadie, ¿no crees?

Pero cuando le pregunté si quería decir que estaba bien, él me dijo:

—Eso depende de lo que quieras decir con bien.

—Necesito saber si la has visto actuar movida por la ira, o por el miedo. Necesito saber si emplea la Fuerza para su gratificación personal: en beneficio

propio o por venganza. Necesito saber hasta qué punto está en poder del Lado Oscuro.

—No tienes que preocuparte por eso —me dijo—. Nunca he visto a nadie más amable o cariñoso que la Maestra Billaba. No es mala. No creo que pueda serlo nunca.

—No se trata del bien y el mal —le dije—. Sino de la naturaleza fundamental de la misma Fuerza. Los Jedi no somos moralistas. Ése es un error común. Somos básicamente pragmáticos. Los Jedi son altruistas no porque serlo sea bueno, sino más bien porque serlo es seguro. Emplear la Fuerza con fines personales es peligroso. Ésa es la trampa en la que puede caer hasta el más bueno, generoso y amable de los Jedi, y conduce a lo que llamamos el Lado Oscuro. El poder de hacer el bien acaba siendo sólo poder. Poder desnudo. Un fin en sí mismo. Es una forma de locura a la que los Jedi son especialmente susceptibles.

Nick respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Quién sabe cuáles son los verdaderos motivos por los que alguien hace algo?

No era una respuesta consoladora, y el resto de lo que me contó era peor aún.

Dice que las palabras del cristal reflejan cómo habla Depa ahora: dice que tiene pesadillas, que los gritos que brotan de su tienda se oyen por todo el campamento; dice que nadie la ve comer, que se está consumiendo como si algo la devorara por dentro...; dice que tiene dolores que los calmantes no pueden atenuar, que a veces no sale de su tienda en días, y que cuando sale a la luz del día se venda los ojos porque no soporta la luz del sol.

Lamento haber preguntado. Lamento lo que me dijo Nick.

Lamento que no me mintiera.

Es impropio de un Jedi temer la verdad.

Continuaré con la historia. Convertir la experiencia en palabras es una forma de ganar perspectiva. Cosa que necesito. Y es una forma de pasar las horas de la noche, cosa que también necesito. Incluso un Maestro Jedi, acostumbrado a la meditación y la reflexión —entrenado para ello—, no debe pasar demasiado tiempo a solas con sus propios pensamientos.

Sobre todo aquí.

Este campamento se construyó en la cima de una colina perteneciente al mismo grupo de montañas de antes. Desde aquí no parecen una cordillera, sino una pared inclinada de montículos volcánicos. El campamento se alza en un saliente salpicado de verde. A ambos lados de ese puño de piedra ahogado por la selva hay sendas explanadas ennegrecidas por donde fluye ocasionalmente la lava desde un cráter situado a unos seiscientos metros de donde yo estoy grabando esto. Si se escucha atentamente, puede oírse su rugido. Puede que este micrófono no sea lo bastante sensible. Ahí está..., ¿lo oyes? Se prepara para otra erupción.

Las erupciones son lo bastante regulares como para que la jungla no tenga tiempo de reclamar la explanada formada por la lava. Árboles chamuscados por el calor se alinean en el borde de esa explanada, con las hojas cocidas por el lado de la lava. Las erupciones no deben de ser muy importantes por esta zona. ¿Por qué, si no, levantar aquí un campamento?

Bueno...

Supongo que igual fue por la vista.

El búnker en sí está ligeramente más elevado que el resto del campamento. Desde donde estoy sentado, en medio de los restos de la puerta, puedo ver abajo la mezcolanza quemada de chozas prefabricadas, rotas y derribadas, y la destrozada valla del perímetro. La pálida luz de las lumilianas revela el gris del camino trazado por las orugas de los rondadores, que serpentea bordeando las montañas.

Y que atraviesa la jungla...

Puedo ver a kilómetros de distancia. Ante mí veo agitarse de forma fantasmal la cúpula de árboles, plateada y negra, con venas de lumilianas y picada por parpadeantes ojos escarlata, carmesí y de apagado rojo. Son los cráteres abiertos, activos y burbujeantes de esta volátil región. Quita el aliento.

O puede que sólo sea el olor.

Es otra de las ironías que han acabado por acumularse en mi vida. Toda mi preocupación por los civiles, por las batallas y las masacres; por tener que luchar y quizá matar a hombres y mujeres que quizá sólo fueran civiles, inocentes testigos; todas mis discusiones con Nick y todo lo que me dijo...

Todo ello para nada. No tenía por qué haberme preocupado. Cuando llegamos aquí no quedaba nadie con quien luchar.

El FLM ya había pasado por aquí. No había ningún superviviente.

No describiré el estado de los cuerpos. Ya fue bastante malo ver lo que se había hecho aquí, no siento la necesidad de compartirlo, ni siquiera con los Archivos.

Concedo a Nick que los balawai de este campamento no eran civiles inocentes. Los korunnai dejaron los cuerpos envueltos en lo que debían de ser las piezas más preciadas de la joyería jup: collares de orejas humanas.

Orejas korunnai.

A juzgar por la escasa descomposición y el daño limitado que habían hecho los carroñeros, Nick conjeturó que la banda del FLM responsable de aquello había pasado por allí poco más de dos o tres días antes. Y había ciertas, mmm, señales —cosas hechas a los cuerpos— y ecos en la Fuerza que no parecían desvanecerse, una oleada permanente de poder que sugería que había sido obra del propio Kar Vator.

Los guerrilleros del FLM habían saqueado ese lugar a fondo. No habían dejado en ninguna parte ni una migaja de comida, sólo objetos y piezas inútiles de equipo y tecnología. Los restos de dos rondadores de vapor yacían ladera abajo. El equipo de comunicaciones también había desaparecido, claro, y por eso soy el único aquí en velar a Besh y Chalk.

Nick se hundió cuando descubrimos que el equipo de comunicaciones había desaparecido. Parecía alternar la desesperación con esa alegría maniaca suya, y no siempre resulta fácil adivinar cuál de las dos cosas acabará provocándole uno u otro estado. Se derrumbó en el suelo manchado de sangre y nos dio por muertos. Volvió a su mantra del pasado:

—Mala suerte —murmuró entre dientes—. Sólo mala suerte.

La desesperación es el heraldo del Lado Oscuro. Le toqué el hombro.

—La suerte no existe —le dije en voz baja—. La suerte sólo es una palabra que empleamos para describir nuestra ceguera ante las sutiles corrientes de la Fuerza.

Su respuesta fue amarga.

—¿Sí? ¿Qué corriente sutil mató a Lesh? ¿Es eso lo que planea tu Fuerza para ti? ¿Para Besh? ¿Para Chalk?

—Los Jedi dicen que hay preguntas para las que nunca tenemos respuestas; sólo podemos ser respuestas.

Me preguntó furioso qué se suponía que significaba eso.

—Yo no soy científico ni filósofo. Soy Jedi. No tengo por qué explicar la realidad, sólo enfrentarme a ella.

—Eso es lo que yo hago.

—Eso es lo que evitas hacer.

—¿Tienes un poder Jedi que pueda llevarnos a todos junto a Depa y Kar en un solo día? ¿O en tres? Se están alejando de nosotros. No podremos alcanzarlos. Ésa es la realidad. La única que existe.

—¿Lo es? —dejé que una mirada pensativa se posara en el ancho lomo de Galthra—. Se mueve bien por entre la jungla. Ya sé que los akk no son bestias de carga, pero sí que podría llevar a un hombre solo a gran velocidad.

—Bueno, sí. Si no tuviera que preocuparme por vosotros... —se detuvo. Sus ojos se estrecharon—. Ni de lejos. ¡Ni de lejos, Windu! Olvídalo.

—Yo cuidaré de ellos hasta que vuelvas.

—¡He dicho que lo olvides! ¡No voy a dejarte aquí!

—Eso no depende de ti —di un paso hacia él. Nick tuvo que torcer el cuello para mirarme a los ojos—. No voy a discutirlo contigo, Nick. Y no te lo estoy pidiendo. Esto no es una discusión. Es un informe de la situación.

Nick es un joven testarudo, pero no es estúpido. No necesitó mucho para darse cuenta de que hasta conocerme a mí no había sabido lo que era realmente la testarudez.

Nos las arreglamos para improvisar una silla para Gakthra. Nick, Chalk y yo convencimos a Galthra mediante la Fuerza para que llevase a Nick sobre su lomo, tal y corno me había llevado a mí, y que lo transportara con rapidez por la jungla, tras las huellas de los korunnai. Los tres observarnos cómo desaparecían en la noche viviente. Entonces, Besh y Chalk se colocaron lo más cómodamente posible en el suelo del búnker, y yo les inyecté la thanatizina.

Esperarnos aquí, juntos, con la esperanza de que Nick atraviese la jungla; con la esperanza de que pueda encontrar y traer a ese Kar Vastor —ese peligroso lor pelek, ese terror de los vivos y mutilador de los muertos—, y con la esperanza de que ese hombre sin conciencia ni sentimientos humanos pueda emplear su poder para salvar dos vidas.

Me pregunto lo que pensará Kar Vastor cuando llegue y descubra lo que he hecho con el escenario de su victoria.

He dedicado varias horas, todas las transcurridas desde que Nick se fue hasta que me senté aquí a grabar esta entrada, a dar un entierro decente a los muertos. Sin duda Nick se reiría y baria algún comentario burlón sobre lo poco que comprendo, lo ingenuo y poco preparado que estoy para tomar parte en esta guerra. Probablemente me preguntaría si enterrar a esta gente los hace estar menos muertos. Sólo pudo replicar a esa burla imaginaria con un encogimiento de hombros.

No lo hice por ellos. Lo hice por mí. Lo hice por que es la única forma que tengo de expresar mi reverencia por la vida que se les quitó, fueran o no enemigos.

Lo hice porque no quiero ser la clase de hombre que dejaría a alguien... así...

A cualquiera.

Y ahora estoy aquí sentado, sabiendo que Depa pasó a unos pocos kilómetros de distancia, que quizá se paró en este mismo lugar. En las últimas cuarenta y ocho horas estándar. Por muy profundamente que busque en la Fuerza, por muy profundamente que busque en la piedra que tengo bajo mí y en la jungla que nos rodea, no consigo sentir nada de ella. No he sentido nada de ella en este planeta.

Lo único que siento es la jungla, y la oscuridad.

Pienso mucho en Lesh. No dejo de ver cómo se agitaba en el suelo, estremecido por las convulsiones, con los dientes apretados y los ojos en blanco. Todo su cuerpo se retorcía con furiosa vida, pero la vida que lo retorcía no era la suya. Era algo que lo devoraba por dentro. Cuando entré en la Fuerza, buscándolo, lo único que sentí fue la jungla. Y la oscuridad.

Y entonces vuelvo a pensar en Depa.

Quizá deba escuchar más y pensar menos.

La erupción parece ir en aumento. El ruido es tan fuerte como el de una avenida de Pelek Baw, y los temblores empiezan a hacer vibrar el suelo de piedra. Mmm. Y ahora, tal y como suele suceder en estos casos, empieza a llover debido a las partículas suspendidas en la columna de humo del cráter.

Hablando de humo...

Entre el equipo saqueado por el FLM debía de haber, sin duda, máscaras respiratorias. Las echaré de menos más que cualquier otra cosa. Debo tener cuidado con mis pulmones. En este saliente corro poco peligro frente a la lava, pero los gases que descienden ladera abajo en estas erupciones suelen ser cáusticos, además de asfixiantes. Besh y Chal estarán más a salvo que yo. Igual debería arriesgarme a pasar por un trance de hibernación. Ningún depredador llegaría hasta aquí con la erupción. Los depredadores también necesitan respirar.

Y no...

Es...

Un momento, eso parecen...

Qué siniestro. Hay depredadores en las selvas de Haruun Kal que pueden imitar los gritos en celo o de alarma de sus presas para atraerlas o alejarlas. Me pregunto qué clase de depredador era ése, seguramente uno que caza humanos. Ese grito casi me engaña. Sonaba igual que el grito de terror de un niño.

Pero igual.

Como este otro...

Oh.

Oh, no.

Eso es idioma básico. Eso son gritos.

Ahí abajo hay niños.

***

Mace corrió ladera abajo moviéndose medio a ciegas por entre la lluvia, el humo y el vapor, y navegando, guiado por el oído, en dirección a los gritos.

El humo del cráter de arriba había apagado el brillo de las lumilianas, y la única luz de que disponía era la del infernal fulgor escarlata que se filtraba por entre las grietas de las costras negras que flotaban en los ríos de lava. La lluvia se convertía en vapor a un

metro sobre las explanadas. Una remolineante nube iluminada de rojo convertía la noche en sangre.

Mace se entregó a la Fuerza, dejando que lo llevara saltando de roca en rama yen roca, dando volteretas sobre grietas, pasando junto a troncos de árboles ennegrecidos por las sombras y debajo de las ramas bajas con apenas milímetros de margen. Las voces se oían de forma intermitente. Entre un grito y otro, y a través del chaparrón de la erupción y del martilleo de su propio corazón, Mace escuchaba un rechinar de acero contra piedra y el tamborileo mecánico de un motor forzado al límite de su potencia.

Era un rondador de vapor.

Estaba ladeado en peligroso ángulo sobre un precipicio, y sólo una cornisa de ruca impedía que cayera a la oscuridad sin fondo. Una oruga giraba en el aire, la otra estaba enterrada en la lava endurecida. La lava no se comporta como un líquido, sino como un plástico blando. Se enfría a medida que se desliza ladera abajo, y su transición parcial a roca sólida puede producir cambios impredecibles en su dirección. Forma diques y obstáculos, y excava canales que pueden alterar su serpenteante curso a lo largo de varios kilómetros, e incluso obligarle a retirarse e inundar alguna depresión, ladera arriba. El inmenso vehículo debía de dirigirse al campamento cuando uno de los ríos de lava alcanzó al camino trazado por las orugas. El ardiente flujo creó un dique en él y se desvió, arrastrando al rondador fuera del camino y empujándolo a ese barranco azotado por la lluvia, con la fortuna de que la cornisa de roca había detenido su caída. El fluir y serpentear de la lava se abría paso por los parches negros de piedra solidificada, precipitándose barranco abajo; y el flujo escarlata ascendía lentamente, al acumularse en la parte inferior del vehículo.

Aunque los rondadores de vapor eran de baja tecnología —para reducir su vulnerabilidad a los hongos comemetales—, estaban lejos de ser primitivos. El río de lava, a un kilómetro de distancia del cráter, no alcanzaba el punto de fusión de las aleaciones avanzadas que componían las orugas y el blindaje del rondador, pero estaba llenando el hueco que separaba el suelo de su plana superficie inferior, y la única duda consistía en si la lava, al ascender, acabaría por empujar el rondador de vapor más allá de la cornisa, antes de que el calor que se transmitía por su fuselaje asara a quien fuera que estuviera dentro.

Pero no todo el mundo estaba dentro.

Mace se deslizó y se paró en la ladera, a un metro de donde la lava había barrido el camino. Esta se había abierto paso por la arena del suelo hasta llegar al lecho de roca, convirtiendo el lugar donde estaba parado Mace en el borde de un risco inestable situado a ocho metros de altura de un lento río de piedra fundida. El rondador de vapor estaba a su derecha, diez metros más abajo. Sus faros arrojaban una luz blanca hacia el vapor y la lluvia. Mace apenas distinguía las dos pequeñas formas que se abrazaban agazapadas en el punto más alto de la cabina: la esquina trasera del techo fuertemente inclinado. Otra más se arrastró entre la oblonga luz amarilla procedente de una escotilla lateral abierta y se unió a ellos.

Tres niños aterrados sollozaban en el techo de la cabina. Mace pudo sentir en la Fuerza que dentro había dos más. Uno herido, con un dolor que le dejaba casi sin conocimiento: y otro inconsciente. Mace pudo sentir la desesperada determinación del niño herido para sacar al oto por la escotilla abierta antes de que se volcara el rondador. El niño herido no podía saber que a ninguno de los dos le serviría de nada salir por la escotilla. Seguían enfrentándose a una simple elección entre dos finales: el precipicio o la lava.

Muertos en ambos casos.

Si, como argumentan algunos filósofos, los Jedi tienen una finalidad más profunda en el universo al que sirven, más allá de su aparente función social de preservar la paz de la República; si de verdad había una razón cósmica para la existencia de los Jedi, un motivo por el que se les otorgó poderes fuera del alcance de otros mortales, debía de tener algo que ver con situaciones como ésta.

Mace se abrió a la Fuerza. Podía oír la voz de Yoda: "*el tamaño no importa*". Algo que Mace siempre había pensado que era más aplicable a Yoda que a cualquiera de sus estudiantes. Probablemente, Yoda se habría limitado a alargar la mano, levantar al rondador de vapor del barranco y hacerlo flotar montaña arriba hasta el campamento, mientras emitía alguna máxima enigmática sobre que "*Ni siquiera un volcán puede compararse al poder de la Fuerza...*". Mace tenía mucha menos confianza en su propio poder.

Pero tenía otras habilidades.

Un nuevo temblor provocado por la erupción hizo temblar el suelo del risco sobre el que estaba. Sintió que la roca se hundía. Los temblores estaban destruyendo rápidamente la integridad estructural del risco socavado por el río de lava. Se colapsaría en cualquier momento, arrojando a Mace al río, a no ser que él hiciera algo antes.

Lo que hizo fue ahondar aún más en la Fuerza hasta percibir una estructura de roca diez metros más abajo y a cinco metros de él. *¿Por qué esperar?,* pensó, y saltó.

La tierra del risco tembló, se levantó y se desplomó.

Cientos de toneladas de tierra y roca se derramaron en el río de lava con un rugido subterráneo que ahogó hasta el tronar de la erupción y el clamor del motor del rondador. Los elementos orgánicos estallaban en llamas que la creciente avalancha apagaba instantáneamente, al convertirse en un enorme montículo móvil en forma de cuña que se precipitaba sobre el barranco. A medida que la lava se amontonaba y ascendía lentamente por la ladera de la colina, el risco que había formado continuaba derrumbándose, amontonándose sobre la lava más fría que se endurecía bajo él, y empujando la lava más caliente y líquida en una ola que bañaba el costado del rodador de vapor, y que se acumulaba en la cornisa del precipicio, antes de precipitarse en una lluvia de fuego sobre la negra selva de más abajo.

La avalancha se convirtió en una ola que se derramaba en el barranco a medida que se escurría hacia el rondador de vapor y los niños que gritaban y lloraban. Y en la cresta de esa ola de tierra y rocas, retrocediendo a cortos pasos para no ser tragado por el movimiento de la avalancha, estaba Mace Windu.

Mace cabalgó en esa cresta mientras la ola se hundía, se alisaba y finalmente se detenía al borde del barranco, dejando resbalar sus últimos restos por un risco que unía la posición de Mace con la esquina de la cabina del rondador de vapor. Casi toda su concentración permanecía sumida en la Fuerza, dispersada por la avalancha. Estaba empleando un enfoque amplio para mantener los escombros estables mientras él se dirigía hacia el techo del vehículo.

Allí encontró a dos niños, ambos de unos seis años, y a una niña de quizá ocho años estándar. Se agarraban unos a otros, llorando, con ojos aterrorizados que miraban a través de las lágrimas.

Mace se agachó junto a ellos y tocó a la niña en el brazo.

—Me llamo Mace Windu. Necesito tu ayuda.

La niña sorbió sorprendida.

—Tú... Tú... ¿Mi ayuda?

Mace asintió con gravedad.

—Necesito que me ayudes a poner a salvo a estos niños. ¿Podrás hacerlo? ¿Puedes llevarlos por donde yo he venido? Sube por ese talud hasta la cresta de esa colina. No está muy inclinado.

—N, n, no puedo... Tengo miedo...

Mace se inclinó hacia ella y le habló al oído, sólo un poco más fuerte que el rumor de la lluvia.

—Yo también, pero tienes que actuar como una valiente. Simularlo. Para no asustar a los niños pequeños, ¿vale?

La niña se frotó con el dorso de la mano la nariz que le moqueaba, conteniendo las lágrimas con un parpadeo.

—Yo, yo... ¿Tú también tienes miedo?

—Shh. Es un secreto. Que quede entre nosotros. Venga, sube.

—Vale... —dijo ella dubitativa, pero se secó los ojos y respiró hondo, y cuando se volvió hacia los otros dos niños su voz tenía ese tono mandón que parece arma exclusiva de todas las niñas de ocho años—. ¡Urno, Nykl, vamos! ¡Dejad de llorar como bebés! ¡Voy a salvar a todos!

Mientas la chica empujaba a los dos niños hacia los escombros de la avalancha, Mace se dirigió a la escotilla. Pese a ser una escotilla lateral, el ángulo del rondador de vapor la hacía mirar al cielo. Dentro, el suelo del rondador estaba fuertemente inclinado, y la lluvia que azotaba la escotilla abierta In volvía tan resbaladizo que resultaba imposible escalarlo.

Abajo, en el rincón más inferior de la cabina rectangular, un chico que apenas parecía haber entrado en la adolescencia luchaba para arrastrar por el suelo inclinado y con una sola mano a una niña no mucho más joven que él. Tenía un montón de espuma de nebulizador de vendas manchada de sangre envolviéndole un hombro, e intentaba empujar a la chica inconsciente delante de él, empleando como escalera las patas de duracero de los asientos claveteados del rondador. Pero su brazo herido no aguantaba el peso, y las lágrimas corrían por su rostro mientras suplicaba a la niña que despertase, *¡despierta!*, para que le echara una mano porque, aunque no pensaba dejarla allí, no podía sacarla. Pero si ella despertara...

La cabeza de la niña estaba ladeada. Mace vio que tardaría en despertar. Tenía una herida muy fea sobre la línea del cabello, y el bonito pelo dorado estaba negro y pegajoso por la sangre.

Mace se inclinó por la escotilla y alargó una mano.

—Vamos, hijo. Coge mi mano. En cuanto te saque de aquí, podré...

Cuando el niño alzó la vista, la llorosa súplica de su rostro se tornó instantáneamente en una ira salvaje, y su súplica en un feroz chillido. Mace no había visto el rifle láser que colgaba de su hombro sano. El primer atisbo que tuvo de su existencia fue una descarga de plasma caliente pasando junto a su rostro. El Jedi se echó hacia atrás, aplanándose contra la pared de la cabina mientas la escotilla vomitaba disparos.

El rondador de vapor se inclinó, y la escotilla quedó todavía más alta. Su repentino movimiento había bastado para alterar el precario equilibrio del vehículo, inclinándolo más hacia el precipicio.

Mace enseñó los dientes a la noche. Asió el rondador con la Fuerza y tiró de él para devolverlo a su sitio, pero un chillido en las alturas llamó su atención. Al centrarse en el rondador había perdido el control en la Fuerza con el que sujetaba los escombros de la avalancha, y el inestable montón de tierra y rocas había empezado a moverse bajo la niña y los dos niños, haciéndolos resbalar hacia la lava.

Mace aplacó su martilleante corazón y extendió una mano. Tuvo que cerrar los ojos por un momento para reafirmar su control de la avalancha y estabilizarla, pero esa

alteración la había dejado menos sólida que antes. Podría mantener los escombros como estaban el minuto o dos que necesitarían la chica y los chicos para alcanzar la relativa seguridad de la cresta de esa colina, pero no más. Y ahora sentía que el rondador se escoraba peligrosamente bajo él, inclinándose más y más hacia el punto sin retorno.

Pudo oír dentro de la cabina las aterradas maldiciones del niño, y sus chillidos de "os mataré a todos, malditos *kornos*". Los ojos de Mace se cerraron.

Esta sucia guerra...

Los chicos del rondador de vapor iban a convenirse en bajas de la Guerra del Verano... porque el niño, al alzar la vista, no había podido ver a un Maestro Jedi acudiendo a su rescate.

Sólo podía ver a un korun.

Emplear la Fuerza para desarmar o persuadir al chico podía alterar el control que mantenía sobre la avalancha, lo cual podía costarle la vida a los tres niños que subían por ella. Razonar con el niño parecía imposible, ya que debía de saber demasiado sobre lo que podía esperar un balawai en manos de los korunnai, y, desde luego, eso requeriría más tiempo del que tenían. Abandonarlos no era una opción.

Si conseguía que el chico subiera por la superficie de la avalancha para unirse a los demás, él podía encargarse de sacar a la chica. Pero ¿cómo sacar al chico?

Mace dio vueltas a la situación en su mente. La enfocó como si fuera una pelea por la vida de esos cinco niños. Todos ellos. Un principio fundamental del combate es: "*Usar lo que se tenga a mano*." La forma de pelear depende de contra quién peleas. Su primer contrincante había sido el propio volcán. Había empleado el poder del arma del volcán —la lava, allí donde había socavado la ladera— para mantener a raya ese poder.

Su actual contrincante no era el chico, sino la experiencia adquirida por el chico en la Guerra del Verano.

"*Usar lo que se tenga a mano*."

—¿Niño? —llamó Mace, endureciendo la voz, haciéndola sonar como el chico esperaría que sonara un korun, y adoptando un fuerte acento de la meseta, como el de Chalk—. Niño, cinco segundos para tirar ese láser por la escotilla y salir tras él, tienes.

—¡Nunca! —gritó el chico desde dentro—. ¡Nunca!

—No salgas, tú, y lo siguiente que verás, lo último que verás, nunca, es una granada al caer. ¿Me oyes, tú?

—¡Adelante! ¡Sé lo que pasará si nos cogéis vivos!

—Niño, ya tengo a los otros, ¿no? A la niña. A Urno y a Nykl. ¿Vas a dejarlos solos, tú? ¿Conmigo?

Hubo una pausa.

—Vale, quédate y muere —dijo Mace al silencio—. Cualquier cobarde puede hacer eso. ¿Agallas para vivir algo más, tienes?

Estaba moderadamente seguro de que un chico de trece años que había cargado con cuatro niños y conducido un rondador de vapor de noche por la Tierras Altas de Korunnal, un chico que prefiere morir antes que dejar atrás a tina niña inconsciente, tenía las agallas necesarias para casi todo.

Un segundo después, el niño le daba la razón.

***

De los diarios privados de Mace Windu.

Desde este umbral puedo ver un despliegue de brillantes bengalas azules —faros de tres... No, espera, cuatro rondadores de vapor— que ascienden

por la cordillera en dirección al camino trazado por las orugas de otros rondadores de vapor.

Se dirigen hacia nosotros.

El alba llegará dentro de una hora. Espero que vivamos hasta entonces.

Las erupciones han remitido, y la lluvia se ha reducido a un goteo intermitente. Hemos movido algunas cosas en el búnker. Los tres niños más pequeños están al fondo, arrebujados en mantas rescatadas, dormidos. Besh y Chalk yacen ahora cerca del Trueno, donde yo pueda vigilarlos. No estoy muy seguro de que alguno de los niños no quiera hacerles algún daño. Terrel, un chico de trece años que parece ser su jefe natural, es notablemente agresivo, y sigue sin creerse del todo que yo no planee torturar a los cinco hasta la muerte. Pero los niños son niños hasta en Haruun Kal; cada vez que deja de preocuparse por su muerte por tortura, empieza a incordiarme para que le deje disparar el Trueno.

Me pregunto qué diría Nick de estos civiles. ¿También son un mito? Ahora el trabajo que me llevó limpiar este campamento no parece inútil. Los niños ya han sufrido bastante esta noche sin tener que ver lo que se le hizo a las personas que vivían aquí. Sin tener que ver el tipo de cosas que probablemente habrán hecho a las personas que ellos conocían, en su propio campamento.

Puede que hasta a sus padres.

No puedo pararme ahora a pensar en esas cuestiones. En este momento, lo único que parezco capaz de hacer es mirar más allá de los retorcidos retazos de duracero que una vez fueron la puerta de este búnker, para observar el ascenso de los rondadores de vapor.

No necesito la Fuerza para que eso me provoque un mal presentimiento.

En el dejarik hay una maniobra clásica llamada la bifurcación, donde un jugador mueve un único holomonstruo hasta una posición desde la que puede atacar a dos o más oponentes, de forma que, sea cual sea el monstruo que el contrincante mueva para ponerlo a salvo, el otro acabará siendo devorado. Cuando uno se ve bifurcado, lo único que te queda por decidir es la pieza que perderás. La palabra ha acabado simbolizando esas situaciones donde sólo se puede elegir entre dos desastres.

Estamos de lo más bifurcados.

Sé quienes viajan en esos rondadores: exploradores selváticos del mismo campamento de los niños, que huyen de los mismos guerrilleros del FLM cuyo ataque hizo huir a los niños, probablemente la misma banda que destruyó este otro campamento. Terrel me contó la historia mientras yo atendía su brazo roto y curaba la herida de la cabeza de la chica.

Su campamento era el siguiente del camino, a unos setenta kilómetros al Norte y al Este. Fueron atacados por el FLM al atardecer. El padre de Terrel le había encomendado la tarea de reunir a los demás niños y ponerlos a salvo.

No tenían forma de saber que el FLM ya había pasado por este campamento.

Una bala o un fragmento de granada le había roto el brazo a Terrel. No estaba seguro de cuál de las dos cosas. Me contó orgulloso cómo había manejado con una sola mano los controles dobles del rondador, cómo había atropellado a los herbosos al romper las líneas korun, y cómo estaba bastante seguro de haber conseguido atropellar a "cinco o seis malditos kornos por lo menos".

Dice esas cosas con gesto desafiante, corno retándome a hacerle daño por ello.

Como si yo fuera a hacérselo.

La niña mayor, Keela, es la que está peor. Fue arrancada de su asiento cuando el rondador cayó por el barranco. Tenía una fractura de cráneo y varias contusiones graves. Conseguí salvar un botiquín de sobra del rondador antes de que cayera por el precipicio. Ya no corría un peligro grave, mientras permaneciera en reposo y descansara varios días. El botiquín tenía un estabilizador óseo nuevo, así que el brazo de Terrel se curaría bien. Los niños más pequeños —Urno, Nykl y la valiente niña Pell— apenas tenían unos pocos moratones, y las manos y las rodillas arañadas por trepar avalancha arriba.

Por ahora.

No me he molestado en mantener mi pretensión de pertenecer a los guerrilleros, aunque he evitado explicar quién soy de verdad. Los niños parecen haber decidido que soy un cazarrecompensas, ya que no me "comporto como un korno"; es decir, que no los he torturado y matado, como casi esperaban por las historias que han oído contar a sus padres. Como todavía casi esperan, pese a que ahora están con vida sólo porque yo los he salvado. Basándose en su vasta experiencia en cazarrecompensas —cortesía de incontables holodramas de medio crédito—, han decidido que Besh y Chalk son mis prisioneros, y que quiero llevarlos hasta Pelek Baw para que me den una gran recompensa.

No he desmentido esa historia. Es más fácil de creer que la verdad.

Pero lo que debería haber sido una fantasía infantil se ha vuelto inesperadamente complicada y dolorosa. Hasta la más bondadosa de las ilusiones puede llegar a ser más cortante que cualquier verdad. Uno de los niños más pequeños decidió, bastante arbitrariamente, que yo debía de ser "el cazarrecompensas más grande que existe". Supongo que es la reacción instintiva de un niño de seis años. Pronto se enzarzó en una acalorada discusión con su hermano, que insistía en que "todo el mundo" sabe que Jango Fett es el cazarrecompensas más grande que ha habido nunca. Lo cual hizo que el primer niño me preguntara si yo era Jango Fett.

No pude dejar de preguntarme ¿quién habría supuesto este niño que era yo, si les hubiera dicho que era un Jedi?

La desdeñosa declaración de Terrel me salvó de responder.

—No es Jango Fett, estúpido. Jango Fett ha muerto. ¡Todo el mundo lo sabe!

—¡Jango Fett no está muerto! ¡No lo está! —las lágrimas empezaron a amontonarse en los ojos del niño, que recurrió a mí—. Jango Fett no está muerto, ¿verdad? Díselo. Dile que no está muerto.

Al principio, lo único que se me ocurrió decir fue:

—Lo siento —y así era. Lo siento. Pero la verdad es la verdad—. Lo siento, pero sí. Jango Fett está muerto.

—¿Lo ves? —dijo Terrel con el terrible desdén de los trece años—. Claro que está muerto, estúpido. Un apestoso Jedi se le acercó por detrás y le apuñaló por la espalda con uno de esos sables láser.

De algún modo esto hizo todavía más daño.

—No fue así. Fett murió... en combate.

—Y una mierda de colmilludo —declaró Terrel—. ¡Ningún apestoso Jedi habría podido vencer a Jango Fett cara a cara! Era el mejor.

No podía discutir eso, sólo asegurar que a Fett no le habían matado por la espalda.

—¿Y tú qué sabes? ¿Es que estabas allí?

No pude, y sigo sin poder, animarme a contarle de qué modo había estado allí.

Y no puedo describir de forma adecuada la herida que ha abierto en mi interior el tono de Terrel. La forma en que dice "apestoso Jedi" me dice más de lo que quiero saber sobre lo que Depa ha hecho en este planeta en nombre de nuestra Orden. No hace mucho tiempo que todos los niños o niñas aventureros soñaban con ser un Jedi.

Ahora sus héroes son cazarrecompensas.

La hilera de rondadores de vapor se detuvo a medio kilómetro debajo de nosotros, allí donde la riada de lava había desplomado el camino. Eso no les detuvo mucho tiempo. La avalancha del risco, al desplomarse, había formado un puente natural sobre la grieta abierta. Es de suponer que la lava había penetrado hasta las rocas y la tierra, enfriándose lo bastante en las horas transcurridas desde la erupción como para estabilizar el derrumbe. Inteligentemente cautos, estaban comprobando su integridad antes de intentar cruzarlo.

Pero sé que lo conseguirán.

¿Qué haré entonces?

Parece que no me quedan muchas opciones. Rendirse no es una opción. Para salvar a Besh y a Chalk, por no hablar de mí mismo, tendré que tomar como rehenes a los niños.

Incluso yo, un Maestro Jedi, he caído así de bajo. A esto me han conducido unos pocos días en esta guerra, a amenazar la vida de niños a los que salvaría entregando la mía.

¿Y si esos balawai no aceptaban mi farol?

La mejor conclusión que puedo prever es que entonces esos niños tendrán que presenciar cómo sus padres, o los amigos de sus padres, mueren a manos de un Jedi.

"La mejor conclusión". La frase en sí misma resulta una burla. Parece que en Haruun Kal no hay nada semejante.

Bifurcado.

Pero, en el dejarik, uno no suele quedar bifurcado por casualidad. Es consecuencia de un error en el juego. Pero ¿qué error he cometido para verte así?

Barras luminosas. Han bajado de los rondadores de vapor y continúan a pie. Nadie ha llamado a voz en grito. Habrán intentado comunicarse por radio con el campamento, y, al no obtener respuesta, se acercan con precaución. No me sorprendería que esas barras luminosas fueran sujetas a largas varas, para ver si atraen el fuego de los francotiradores.

Son muchos.

Ahora, sumido en la desesperación, sólo puedo hacer lo que siempre hago cuando me enfrento a una situación imposible: recurrir a las enseñanzas de Yoda, buscando consejo e inspiración en ellas. Invocar en mi mente sus sabios ojos verdes e imaginar la inclinación de su arrugada cabeza. Ya oigo su voz:

"Si ningún error has cometido, pero perdiendo estás... diferente juego deberás jugar"

Sí. Un juego diferente. Necesito un juego diferente. Reglas nuevas. Objetivos nuevos. Y los necesito en treinta segundos.

¿Terrel? Ven aquí, Terrel. Todos vosotros. Pell, despierta a los niños. Vamos a jugar a algo.

[La voz de un niño, débilmente]: "¿Qué clase de juego?"

Un nuevo juego. Acabo de inventármelo. Se llama "Hoy no muere nadie más".

[La voz de otro niño, débilmente]: "Estaba dormido. ¿Va a ser un juego divertido?"

Sólo si ganamos.

CAPÍTULO 7

JUEGOS EN LA OSCURIDAD

Esos balawai serian topas de civiles, pero eran tan disciplinados como experimentados. Su brigada de reconocimiento entró en las ruinas del campamento en tres grupos de dos, separados en un arco de 120 grados para tener ángulos de tiro superpuestos. Los seis entraron en completo silencio y sumidos en una profunda oscuridad, mientras las barras luminosas seguían agitándose ladera abajo. Debían de tener algún tipo de equipo de visión nocturna. Mace no se habría percatado de su presencia si la Fuerza no le hubiera hecho sentir la amenaza desnuda de los puntos de mira de sus armas.

Se mantuvo en una sombra impenetrable, mirando entre los retorcidos pedazos de duracero que formaban los restos de la puerta del búnker. Podía sentir una oscuridad más profunda que la noche congregándose en el campamento, como la niebla al alzarse del terreno húmedo. La oscuridad se filtraba por sus poros y le golpeaba dentro de su cabeza como una negra migraña.

No había luz lo bastante luminosa como para despejar una oscuridad semejante. Sólo le quedaba aspirar a convertirse él en una luz lo bastante luminosa como para poder traspasarla.

Yo soy el arma, se dijo en silencio. *Tengo que serlo. No hay otra.*

—Terrel —dijo en voz queda—. Ya están aquí. Adelante, hijo.

—¿Estás seguro? Yo no puedo ver nada —dijo Terrel a su lado. Se restregó la nariz y cerró los puños como si se agarrara a su valor con ambas manos—. No puedo ver nada de nada.

—Ellos podrán verte a ti —dijo Mace—. Llámalos.

—Vale —dijo. Permaneció entre las sombras y lo repitió, pero esta vez a voz en grito —. ¡Vale!, eh, no disparéis, ¿vale? ¡No disparéis! ¡Soy yo!

La noche se tornó silenciosa. Mace sintió seis armas apuntando a la puerta del búnker.

—Diles quién eres —murmuró.

—Sí, ah, escuchad, soy Terrel, ¿eh? Terrel Nakay. ¿Está mi padre ahí?

Una voz de mujer, aguda por la esperanza, surgió de la oscuridad, a la izquierda de Mace.

—¿Terrel? ¡Oh, Terrel! ¿Está Keela contigo...?

La chica con la herida en la cabeza mantenía a Pell y a los dos niños lejos de la puerta, pero cuando oyó la voz de la mujer se puso torpemente en pie.

—No te muevas de ahí —dijo Mace—. Y sujeta a los niños pequeños. No queremos que disparen a nadie por accidente.

Ella asintió y volvió a dejarse caer de rodillas.

—¡Mamá, estoy aquí! —gritó—. ¡Estoy bien!

—¡Keela! Keela... Keela, ¿está Pell contigo?

—¡Silencio! —gritó un hombre desde el centro.

—¡Son Terrel y Keela, Rankin! ¿Es que no los oyes? Keela, ¿está Pell...?

—¡Mantén tu posición, estúpida nerf! ¡Y cállate! —ladró el hombre. Tenía la voz ronca. Estaba furioso, agotado y desesperado—. ¡No sabemos quién más hay aquí! ¡Este lugar está completamente arrasado!

—Rankin...

—Pueden ser un cebo. Cállate antes de que yo mismo te pegue un tiro. Mace asintió para sus adentros. Él habría sospechado lo mismo.

—¿Terrel? —gritó el hombre en un tono más bajo, de precavida calma—. Terrel, soy Pek Rankin. Sal donde podamos verte.

Terrel miró a Mace.

—¿Lo conoces? —preguntó el Jedi.

El chico asintió.

—Es... un amigo de mi padre. O algo parecido.

—Entonces, ve —dijo Mace en voz baja—. Muévete despacio. Mantén las manos a la vista, lejos del cuerpo.

Terrel lo hizo así. Cruzó la puerta del búnker y bajó a tientas hacia las chozas derribadas.

—¿Puede alguien enfocar una luz? No puedo ver.

—En un momento —replicó la voz de Rankin desde la oscuridad—. Sigue andando hacia aquí, Terrel. Estarás bien. ¿Qué le pasó a vuestro rondador? ¿Por qué no respondéis a las llamadas? ¿Dónde están los otros chicos?

—Tuvimos un accidente, pero estamos bien. Estamos todos bien, ¿vale? —el pie de Terrel chocó con una piedra y se tambaleó—. ¡Ouch! Enfocad esa luz, ¿eh? Ya tengo un brazo roto.

—Tú sigue andando hacia mi voz. ¿Estás solo? ¿Dónde están los demás niños?

—En el búnker. Pero no pueden salir —dijo Terrel—. Y vosotros no podéis entrar.

—¿Y eso por qué?

—Porque yo estoy aquí —dijo Mace.

Mace sintió en la Fuerza cómo repentinamente aumentaba la tensión de todos, como una respiración ahogada.

—¿Y quién eres tú? —dijo un momento después la voz de Rankin desde la oscuridad.

—No necesitas saberlo.

—¿De verdad? ¿Por qué no sales donde podamos verte?

—Porque la tentación de dispararme podría resultar abrumadora —dijo Mace—. Cualquier tiro que fallase rebotaría en el interior de este búnker, en el cual hay cuatro niños inocentes más.

Una nueva voz de hombre resonó a su derecha, ahogada por el miedo y la rabia.

—Dos de esos niños son mis hijos... Como les hagas daño...

—Lo único que he hecho ha sido curarles las heridas y mantenerlos a salvo —dijo Mace—. Lo que les ocurra ahora depende de vosotros.

—¡Está diciendo la verdad! —gritó Terrel—. No nos ha hecho daño... Nos ha salvado. Es de fiar. De verdad. ¡Sólo teme que le disparéis por ser *korno*!

A la derecha se oyó un estallido, un insulto medio estrangulado.

—Pero no es un *korno* de verdad —dijo apresuradamente Terrel—. Sólo lo parece. Habla casi como una persona normal... Y es como, como un, como un cazarrecompensas o algo así...

Su voz se difuminó poco a poco, dejando un silencio vacío y ominoso. Mace sintió en la Fuerza corrientes de intención cambiando y alterándose. Los balawai debían de estar consultando en susurros mediante el comunicador.

Por fin, Rankin volvió a gritar:

—Bueno. ¿Qué quieres?

—Quiero que cojáis a estos niños y que os vayáis de aquí.

—¿Ah? ¿Y qué más?

—Eso es todo. Coged a los niños y marchaos.

—Vaya, si que eres generoso —dijo Rankin con sequedad. Con amargura—. Mira, voy a encender una luz. Que nadie se ponga nervioso. No quiero que nadie me vuele en pedazos, ¿vale?

—La luz será bienvenida —dijo Mace.

Un brillo blanco amarillento refulgió tras un trozo de pared derribada, y una barra luminosa giró en el aire y aterrizó no lejos de los pies de Terrel. Rebotó y rodó hasta detenerse. Su medio orbe de luz proyectada hacia arriba estiró las sombras circundantes en dirección al cielo, pintándolas todavía más oscuras.

Terrel se llevó una mano a la barbilla para protegerse los ojos.

—Eh, no me obliguéis a quedarme aquí solo, ¿vale?

—Ven aquí, chico. —Un hombre salió a la vista, entrando despacio en la luz. Sostenía un rifle láser en una mano, con el cañón inclinado y apuntando cuidadosamente al suelo, a su lado. Tenía la otra mano levantada y con la palma hacia delante. Sus ropas estaban chamuscadas y manchadas, y llevaba un lado de la cabeza envuelto en una masa apelotonada de vendaje nebulizado. La espuma le cubría un ojo. A juzgar por su voz, era Rankin—. Ponte a cubierto.

Terrel miró en dirección al búnker.

—Adelante, hijo —repuso Mace.

La voz del hombre que afirmó ser el padre de los niños ladró desde la oscuridad.

—¡No le llames hijo, *korno*! ¡Tú no eres su padre! Tu apestosa especie mató a su padre...

—¡Guárdate esa mierda! —rugió Rankin, pero ya era tarde. El rostro de Terrel se arrugó en trágica incredulidad.

—¿Papá? —dijo, mostrándose aturdido y perdido—. ¿Mi padre?

Si los ojos pudieran disparar láseres, los de Rankin habrían matado a ese hombre.

—Llévatelo de aquí —dijo.

Otro hombre, también herido, entró en la luz lo suficiente como para coger a Terrel en brazos y llevárselo al anillo de oscuridad.

—Mira —dijo Rankin, mirando a la mellada boca negra del búnker—. Supongo que no quieres que les pase nada a los niños. Nosotros tampoco. Pero tenemos un problema grave. Esta noche nos han dado una paliza. Han destruido nuestros hogares. La mitad de las personas que conozco en este planeta han muelo. Llevamos los rondadores de vapor llenos de heridos, y hay un montón de *kornos* pisándonos los talones. No podemos seguir, ¿entiendes? No podemos. Necesitamos un sitio donde hacernos fuertes hasta el alba.

—No podéis quedaros aquí —dijo Mace—. Los guerrilleros del FLM vienen en esta dirección. Mira dónde estáis. Este lugar no pudo resistir su ataque cuando estaba intacto.

—No hace falta. Las fragatas salen al amanecer. Podremos aguantar hasta entonces.

—No lo entiendes...

—Puede que no. ¿Y qué? Tampoco es tu problema.

—Lo he convertido en mi problema —dijo Mace hoscamente—. No tienes ni idea de lo que es este sitio. De en lo que se ha convertido.

—¿Tú sabes lo que ha pasado aquí? —Rankin agitó el rifle hacia las chozas derribadas—. ¿Dónde están todos?

—Muertos. Asesinados por el FLM. Todos ellos.

—No me lo creo. ¿Dónde están los cuerpos? ¿Crees que no he visto nunca un ataque del FLM? Sé lo que hacen a los muertos.

—Olvídate de los cuerpos —Mace intentó quitarse el dolor de las sienes masajeándose con la palma de una mano. ¿Cómo podía volverse contra él un simple acto de decencia como enterrar a los muertos?—. Si seguís aquí cuando lleguen los guerrilleros, también os matarán a vosotros. ¿Te importa la vida de vuestros hijos? Llévatelos de aquí.

—Eh, no ha dicho nosotros —dijo la voz del padre desde la oscuridad—. ¿Te has dado cuenta, Pek? Dijo: "os matarán a vosotros". ¿Te has dado cuenta de eso?

—Cállate. —Rankin ni siquiera miró en dirección al padre—. Entonces, ¿por qué no has enviado ya a los demás niños?

—Porque no sé cuándo llegará el FLM —dijo Mace impaciente—. Este es el único lugar en el que puedo defenderlos. Y si ya os los hubiera enviado, no tendrías motivos para escucharme, ¿verdad? Yo sólo sería un *korno* más. Uno contra el que habrías disparado haciendo que muriera gente. Eso es lo que intento evitar. ¿Es que no lo entiendes? No tenemos tiempo para discutir. Montados en sus herbosos se mueven tan deprisa como los rondadores de vapor. Más deprisa aún. Podrían estar ahora mismo aquí, vigilándoos desde la selva.

Rankin negó con la cabeza.

—Por eso necesitamos ese búnker, ¿entiendes? Tenemos que meter a nuestros heridos donde podamos protegerlos...

—¡No podéis protegerlos! —Los puños de Mace se cerraron hasta que las tubas le arrancaron sangre de la palma de las manos. ¿Por qué no lo entendían? Podía sentir la oscuridad cerrándose sobre ellos como la cuerda de un estrangulador—. Escúchame de una vez. Este búnker no sirvió de nada a los que vivían aquí, y tampoco os servirá a vosotros. Vuestra única esperanza es coger a vuestros hijos y vuestros heridos y huir. Todos vosotros. Huir.

—Pero qué apestoso *korno* más raro —dijo entre las sombras la voz del padre—. ¿Por qué se preocupa tanto por nosotros?

—Eso no es asunto vuestro —dijo Mace—. Pero sí lo es que todos, con vuestra gente y con esos cinco niños, os vayáis fuera de este sitio sin que muera nadie.

—Igual sólo intenta mantenernos aquí, donde puedan cogernos los apestosos *kornos*...

—¿No te he dicho que te calles? —Rankin alzó el ojo bueno en dirección al búnker —. Nos estás pidiendo que creamos en un tipo al que ni siquiera podemos ver.

—No necesitáis verme. Sólo necesitáis ver esto. —Mace apretó el gatillo del 'Trueno empleando la Fuerza. Una única descarga de energía chilló en el cielo y estalló en un esférico fogonazo escarlata al entrar en una nube baja—. Eso podría haber sido tu cabeza. Sé muy bien dónde estáis. Los seis.

Hizo una pausa de un segundo para dejar que sus palabras calaran.

—Si quisiera haceros daño, ahora mismo no estaríamos hablando. Ya estaríais muertos.

La verdad de esa declaración dejó el rostro de Rankin sin expresión. Macee notó que él se daba cuenta, y tuvo el tiempo justo para pensar que igual podía funcionar...

Y entonces, descargas láser iluminaron más abajo la ladera.

La jungla retumbó con explosiones escarlatas, con múltiples descargas que brotaban a fogonazos desde detrás de los rondadores, rompiendo ramas y desmenuzando rocas. Los estallidos tuvieron instantánea respuesta en unos fogonazos más pequeños y blancos bajo los árboles, que chisporroteaban como una hoguera de leña verde. Fogonazos amortiguados.

Lanzacartuchos.

Los gritos y aullidos de las gargantas humanas subrayaron el zumbido de los láseres y el chillido de los cartuchos al rebotar en el blindaje de los rondadores.

—¿Qué te dije? —gritó el padre desde la oscuridad—. ¿Qué te dije? Nos ha entretenido hablando y ahora nos están matando ahí abajo...

—¡No hagas ninguna estupidez! —gritó Rankin. Se encorvó en la luz que derramaba la barra luminosa. Su expresión era desesperada y asustada—. Mira, que nadie haga nada...

—¡Rankin! —la Fuerza proporcionó a la voz de Mace el tronar de un cañón de señales—. Haz que tu gente retroceda. Una retirada en combate. Que retrocedan hasta el campamento.

Abajo, la torreta de un rondador de vapor escupió un chorro de fuego que trazó un arco hasta la jungla. Luz del color de la sangre lamió el techo del búnker.

—Dijiste que subir hasta aquí no nos ayudaría...

—Y no os ayudará. Pero yo sí puedo ayudaros. Hacedlo. Es vuestra única oportunidad.

Uno de los niños había empezado a llorar detrás de Mace, y ahora, el otro se unía a él.

—¿Señor? —dijo Pell—. Ésa de fuera es mi mamá. —El labio inferior le tembló, y las lágrimas asomaron—. No deje que le hagan daño, ¿vale? No deje que nadie le haga daño.

Keela cogió a Pell en brazos.

—Estará bien. No te preocupes. Estará bien.

Sus ojos suplicaban a Mace que hiciera eso realidad.

Mace se les quedó mirando, pensando que, si fuera por él, nadie haría daño a nadie. En ninguna parte. Nunca.

—Aguantad. Sed valientes —se limitó a decir.

Pell sorbió y asintió solemne.

Fuera, Rankin gritaba a su comunicador.

—¡...No, maldición! Subid aquí. Bengalas y lanzallamas. Iluminadlos y mantenedlos a raya... ¡Y poned los rondadores en marcha!

—¡Rankin, no! —gritó el padre—. ¿No te das cuenta? ¡En cuanto estemos arriba podrá dispararnos en fuego cruzado desde el búnker!

—No seas estúpido...

—¡Deja de llamarme estúpido! ¿Sabes lo que es una estupidez? ¡Hablar con ese *korno* como si fuera un ser humano! ¡Una estupidez es creer una puñetera palabra de lo que dice! ¿Quieres hablar con los *kornos*? Hazlo con un arma.

Una estrella cobró vida abajo y saltó en el aire. Era una bengala. Pendió detrás de las nubes, iluminando de intenso blanco actínico los rondadores de vapor, la jungla y el campamento en ruinas. Mace tuvo que protegerse los ojos contra el brillo repentino. Cuando oyó el crudo grito de triunfo del padre, la Fuerza le colocó el sable láser en la mano e hizo que la hoja cobrara vida. Mientras, un rifle láser canturreaba a un ritmo tan rápido como el que podía alcanzar una mano apretando un gatillo.

El padre no era ningún tirador de élite, así que, aunque ningún disparo se habría acercado a un brazo de distancia de Mace, habrían rebotado en el búnker; pero una luz amatista refulgió para recibir a la roja, y todos los disparos gritaron, alejándose por el cielo.

Mace se paró en el umbral, mirando a la pasmada cara de Rankin, al otro lado de la guarda de su sable láser. La boca de Rankin se movió en silencio, sin aliento: "Jedi...".

Parece que vamos a perder, pensó Mace.

—Keela —dijo Mace sin volverse, con voz tensa pero átona—. Lleva a los niños al fondo. Tumbaros detrás de los cuerpos de los korunnai. Son vuestra mejor protección.

—¿Qué? —Keela se le quedó mirando boquiabierta—. ¿Qué? ¿Quién eres?

—¡Es un Jedi! —rugió fuera la voz del padre.

Un instante después se le unía otra voz, más aguda, medio rota y ronca por el dolor, la traición y una ira salvaje.

—¡Un apestoso Jedi! ¡Es un apestoso Jedi! ¡Matadlo! ¡Matadlo!

Era la voz de Terrel.

La Fuerza movió las manos de Mace más deprisa que el pensamiento. El sable láser de Depa voló a su mano izquierda, reflejo del suyo en la derecha, y juntos tejieron una pared en la boca del búnker, capturando y dispersando una lluvia de disparos láser.

Los disparos se astillaban en todas direcciones. El errático martilleo de los disparos mal apuntados requería toda su concentración y habilidad para ser interceptado. Mace se sumió cada vez más hondamente en la Fuerza, entregando más y más su pensamiento consciente al torbellino instintivo del vaapad, y, aun así, algunos rayos pasaron y rebotaron azarosamente por el interior del búnker.

Estaba demasiado sumido en el vaapad para formular un plan. demasiado dentro para pensar siquiera, pero era un Maestro Jedi; no tenía que pensar.

Él sabía.

Si se quedaba en el umbral, los niños morirían.

Paso a paso, Mace fue inclinándose hacia la galerna de disparos para dar a los tiradores tiempo de ajustar la puntería, y empezó a bajar la descubierta ladera situada bajo la puerta. Sus hojas se movían en cegadores giros de verde jungla y púrpura atardecer, dispersando un abanico de rayos interceptados hacia las estrellas amortajadas por el humo, atrayendo los disparos y alejándolos de la puerta del búnker. Lejos de sus propios hijos.

Un paso, luego otro.

Era consciente, de una forma abstracta y desconectada, del dolor de sus brazos y del sabor salado del sudor que goteaba en sus ojos. Era consciente de la quemadura caliente de los disparos que le habían rozado los flancos, y del pedazo de muslo que le había arrancado otro. Pero todo significaba para él menos que las nuevas trayectorias de los disparos, mientras continuaba su marcha incesante y los *jups* se ponían a cubierto. También era consciente de que no todos los *jups* le disparaban. Oía las órdenes desesperadas de Rankin para que cesara el fuego, y sintió en la Fuerza una sed de sangre irracional que hacia que los demás siguieran apretando el gatillo hasta que las armas empezaron a humear.

Una sed de sangre alimentada por la oscuridad.

No. No era una sed de sangre.

Era una fiebre de sangre.

Sentía personas moviéndose a su alrededor, personas nuevas, disparando, gritando y cayendo por entre las chozas derribadas. Sintió su pánico y su rabia feroz, y la desesperación sin aliento de su retirada. Enormes sombras acechaban en la Fuerza, tambaleantes gigantes que rugían con voz de fuego. Eran rondadores de vapor que retrocedían hasta el destrozado campamento. Sus orugas aplastaban pedazos de paredes prefabricadas, apelmazando la tierra sobre las tumbas que Mace había cavado apenas horas antes.

El campamento se inundó de humo y fuego, del fogonazo de los disparos y del ladrido de los cartuchos hipersónicos. Mace caminó a través de todo ello con una calma incesante, con un ligero fruncir de ceño provocado por la concentración como única expresión, tejiendo con sus armas una red impenetrable de relámpagos. Se entregaba

más y más a la Fuerza, dejando que ésta moviera sus manos y sus pies, y permitiendo que le guiara en la batalla.

El poder oscuro que había sentido congregarse en la Fuerza se alzaba ahora a su alrededor y se tragaba las estrellas, rompiéndose sobre él en una oleada que lo derribó y lo levantó. Cuando sintió que una presencia hostil se lanzaba hacia su espalda, giró velozmente, sin esfuerzo, y una luz amatista salpicó fuego por la larga hoja de duracero de un cuchillo sostenido por una pequeña mano. Un pedazo cortado rebotó en el suelo, y energía verde cayó como un hacha para matar...

Y se detuvo, temblorosa...

A un centímetro de una cabeza de cabellos castaños.

Los cabellos castaños se encogieron, se chamuscaron y ennegrecieron ante el fuego verde. El tocón de un cuchillo, cuyo filo recién cortado brillaba al rojo, cayó de una mano sin nervios. Aturdidos ojos castaños con lágrimas que centelleaban con brillos verdes le miraban a ambos lados del sable láser de Depa.

—Apestoso Jedi —sollozó Terrel—. Mátame ya. Mátanos a todos...

—Aquí no estás a salvo —dijo Mace.

Saltó hacia atrás y, con un empujón de la Fuerza, envió a Terrel resbalando hacia la puerta del búnker. Un chorro de fuego aulló, atravesando el espacio donde habían estado un instante antes.

Mace rodó hasta ponerse en pie, con las hojas situadas en ángulo defensivo y mirando hacia la torreta de un rondador que se dirigía hacia él. Alguien en el interior del vehículo había decidido que valía la pena sacrificar a Terrel para acabar con Mace. A éste no le preocupaba mucho ese tipo de matemáticas. Tenía una ecuación diferente en mente.

Cuatro rondadores de vapor divididos por un Jedi es igual a un humeante montón de chatarra.

Los puntos de ruptura de los rondadores eran evidentes. Ni las orugas ni los engranajes transversales que hacían girar las torretas soportarían un único golpe de sable láser. En menos de un segundo podía convertir a cada uno de esos gigantes blindados en poco más que huecas piedras metal..., pero no lo hizo.

Porque eso no les dolería lo bastante.

Quería hacerles más daño del que le producía a él su negra migraña.

Esa gente le habían atacado cuando sólo quería ayudarlas, cuando intentaba salvarlos. Le habían atacado sin pararse a pensar en sus propias vidas, o en las vidas de sus hijos. Casi le habían hecho matar a uno de sus hijos.

Eran estúpidos. Eran malvados. Merecían ser castigados.

Merecían morir.

Vio todo eso en un único estallido de imágenes: un recuerdo de algo que todavía no había pasado. Se vio lanzándose de cabeza bajo el rondador de vapor y rodando hasta ponerse de espaldas, hundiendo las hojas gemelas en la escasamente blindada parte inferior del vehículo. Entraría en el compartimento de pasajeros, donde habría, a lo sumo, uno o dos hombres armados cuidando de los heridos, y emplearía sus propios disparos para derribarlos. Después se abriría paso, cortando, hasta la cabina, y acabaría con el conductor. Luego bañaría el campamento con las llamas proyectadas por el cañón de la torreta. Los *jups* que iban a pie correrían y chillarían mientras se quemaban. Entonces emplearía la Fuerza para hacer girar los sables láser en el aire y abriría agujeros en el blindaje del otro rondador de vapor, por los que poder verter el fuego de su torreta, quemando a conductores, pasajeros y heridos. El espeso humo con olor a carne saldría a bocanadas...

Morirían todos. Hasta el último.

No le llevaría más de un minuto.

Y disfrutaría con ello.

Ya corría hacia el rondador de vapor, preparándose para saltar de cabeza, cuando por fin pensó: *¿qué estoy haciendo?*

Apenas pudo convertir su zambullida en un salto hacia arriba. Giró en el aire y aterrizó en la cubierta externa del vehículo, junto a la torreta lanzallamas. Se dejó caer agazapado, empleando la masa del rondador para cubrirse contra los disparos de los balawai del suelo. Y, cuando intentó alejar su mente de la Fuerza, todo su cuerpo se desplomó.

Todo estaba demasiado oscuro. La oscuridad estaba por todas partes; espesa, cegadora y asfixiante como el penacho de humo negro que se alzaba del volcán situado más arriba. No conseguía encontrar ninguna luz aparte de la flama roja que ardía en su corazón. La cabeza le latía como si fuera él quien tenía a las avispas de la fiebre incubando en su cerebro. Como si se le fuera a abrir el cráneo.

La fatiga y el dolor acudieron a él, precipitándolo hacia la inconsciencia. Recurrió a la Fuerza para mantenerse en pie, despertando con ella su ira. Se aferró a la cubierta del rondador, apretando el rostro contra su blindaje abollado por las balas. Cada segundo que pudiera mantenerse inmóvil era un segundo de vida para algunos de esos hombres y mujeres.

Un aullido se acumuló en su interior, un rugido de oscura furia elevada a la exaltación. Apretó los dientes para combatirlo; pero, aun así, resonó en sus oídos, reverberando en las montañas como la llamada de los akk presos de la fiebre de sangre...

Mace contuvo la respiración en la garganta. Una voz en su interior... ¿podía ser un eco?

Alzó la cabeza.

Al final, los aullidos resultaron ser voces de akk.

Salieron de la jungla, con enormes ganas que excavaban surcos en la piedra y subiendo por las empinadas laderas de lava del saliente. Cinco, ocho, una docena; gigantescos, acorazados, con las espinas de la cresta erizadas en completa amenaza, con espumosas cuerdas de babas colgando de las comisuras de sus bocas repletas de dientes como navajas.

Balawai fuertemente armados caían ante ellos. Los akk se movían con la velocidad deliberada de criaturas que no tenían nada que temen Las torretas de los rondadores de vapor los ducharon con fuego, pero los animales las ignoraron. Como ignoraron los picotazos de los disparos láser. Cuando llegaron a lo alto del saliente empezaron a moverse por el perímetro del campamento, caminando en círculo por las chozas derribadas, convirtiendo su paso en un trote y después en un galope, formando un círculo de depredadores acorazados que se cerraba gradualmente.

Mace reconoció la conducta del rebaño de akk. Empleando la intimidación, estaba obligando a los balawai a agruparse en la parte central del campamento como si fueran herbosos indisciplinados conducidos a un corral. Cualquier balawai que intentara escapar del cerco era empujado de vuelta a él con el empellón de un enorme flanco o el barrido de una cola acorazada. Ningún akk clavó los dientes en carne humana, ni siquiera en un *jup* que disparó inútilmente el rifle a bocajarro contra la garganta de uno de ellos. Por toda reacción recibió el empellón de unas mandíbulas que podrían fácilmente haberlo partido en dos de un bocado.

Mace sintió que el oscuro tronar aumentaba en la Fuerza, y lo supo: el campamento no se había convertido en un corral. Se había convertido en un matadero.

En un campo de muerte.

Y entonces sintió la sombra del carnicero.

Mace miró ladera arriba. Allí estaba, parado en la roca, sobre la puerta del búnker.

Un korun.

Ardía de poder en la Fuerza.

Era enorme. El pecho, desnudo y reluciente por el sudor, podría estar formado con bloques de granito. Su cráneo afeitado relucía a más de dos metros por encima de sus pies desnudos. Sus pantalones se habían cosido a partir de la piel de un felino de las lianas. Alzaba sobre su cabeza brazos que eran como los contrafuertes de una torre espacial.

Llevaba algo parecido a unos escudos sujetos a cada antebrazo, asemejando lágrimas alargadas de metal pulido como un espejo. Los extremos de achatada curva se extendían sobre sus enormes puños y se estrechaban hasta formar una punta de aguja a un palmo debajo de los codos.

Las venas se retorcieron en sus antebrazos cuando cerró los puños. Los bordes de los escudos se tornaron borrosos, y un chirrido maligno resonó en los dientes de Mace.

Los perros akk se volvieron hacia el hombre como si eso fuera una especie de señal. Los perros y el hombre alzaron las cabezas a la vez hacia las apagadas estrellas, y liberaron otro oscuro aullido de fiebre de sangre que retumbó en el pecho de Mace, arrancando ecos de su propia rabia, haciéndole comprender al fin.

La rabia no era toda suya.

Su fiebre de sangre era la forma que tenía su corazón de responder a la llamada de la selva. Al aullido de los akk.

Al poder de ese hombre.

Los balawai no habían huido en esa dirección por propia voluntad: habían sido conducidos hasta aquí. Conducidos hasta un terreno que sólo unos días antes había quedado empapado en violencia, maldad y salvaje fiebre de sangre. Lo que se había hecho en ese lugar era deliberado, el oscuro reflejo en un espejo de una santificación religiosa. La masacre que había ocurrido allí sólo había sido un preludio, una forma de preparar a la jungla para este oscuro rito.

Mace lo supo entonces. Debía de ser el lor pelek.

Era Kar Vastor.

El hombre alzó los brazos, y seis korunnai entraron al cerco, saltando tanto como un Jedi, pero carentes de la gracia Jedi. Los empujones de la Fuerza que los propulsaban eran como un gemido de dolor. Agitaban los brazos como si se abrieran paso a zarpazos en el aire, pero aterrizaron agazapados, equilibrados y dispuestos a atacar. Los seis iban vestidos de forma idéntica a Vastor, y todos llevaban esos escudos en forma de lágrima que zumbaban como altavoces de comunicador sobrecargados.

Los balawai los recibieron con una tormenta de disparos. Los rayos refulgían, salpicaban y se astillaban hacia las nubes cuando los escudos gemelos que llevaba cada hombre se movían más veloces que el pensamiento.

Los balawai dejaron de disparar.

No había caído ni un solo korun. Sus refulgentes escudos habían bloqueado todos los disparos.

Sólo podían haber aprendido eso de un Jedi.

De un Jedi concreto.

Oh, no, pensó Mace.

Oh, Depa, no...

En la roca, el lor pelek extendió los nudosos brazos, inclinándose hacia delante, dejándose caer como si creyera que podía volar, antes de saltar en el último instante hacia delante, en una zambullida que le llevó hasta el centro de la multitud de balawai, donde se amontonaban alrededor de los rondadores de vapor.

Empezó la matanza.

CAPÍTULO 8

LOR PELEK

Los korunnai empezaron a moverse sin esperar a que Vastor aterrizara. Se metieron entre la masa de balawai moviendo los escudos como lágrimas en arcos conos y salvajes. angulándolos para cortar con el filo...

Y cortaban.

Sus siseantes bordes cortaban las armas láser con chillidos que producían rechinar de dientes, cortaban la carne con un chapoteo carnoso, y la sangre que los salpicaba era como una neblina. Nubes escarlatas surgían a su paso como si fueran humo. Mace vio a un hombre cortado por la mitad, con el escudo saliendo por la espalda y todavía resplandeciente, como un espejo de ultracromo.

Resplandeciente como un vibrohacha.

Vastor aterrizó en medio del campamento y rodó para romper su caída sin reducir la velocidad. Saltó como un relámpago en una carrera inhumanamente rápida hacia el mismo rondador de vapor sobre el que estaba Mace. Su carrera se convirtió en una zambullida que le hizo resbalar hasta debajo del vehículo.

El blindaje del rondador vibró bajo las manos de Mace, y un chillido agudo se unió al coro de rugientes escudos. Tuvo que contener una obscenidad aprendida de Nick.

Vastor estaba cortando la parte inferior del rondador.

¿Acaso había robado de la mente de Mace su siniestra ensoñación?

Mace se puso en pie de un salto y sus dos sables láser zumbaron a la vida. Sintió a Vastor en la Fuerza: una antorcha que deslumbraba con oscuridad. Ya estaba casi debajo del vehículo. Una vez dentro atacaría a los heridos. La Fuerza le mostró a los hombres y mujeres heridos que ya se amontonaban dentro del rondador para apartarse de las resplandecientes hojas que se abrían paso hacia el interior.

Mace decidió que iba siendo hora de presentarse a ese lor pelek.

Saltó en el aire, dando una voltereta sobre la torreta del rondador de vapor, y aterrizó en el centro de la cubierta acorazada, justo encima de Vastor. Con un toque de la Fuerza invirtió los sables láser para que las hojas se proyectaran hacia abajo desde sus puños. Entonces se dejó caer de rodillas, retorciéndose para trazar con las hojas un círculo a su alrededor.

Un vibroescudo no es lo único que puede traspasar el blindaje de un rondador de vapor.

Un disco circular de ese blindaje, con los bordes todavía brillando por el corte del sable láser y con Mace todavía arrodillado en su centro, cayó directo como un turboascensor en caída libre.

Mace oyó una obscenidad explosiva procedente de abajo antes de que el disco de blindaje, con él encima, cayera sobre Kar Vastor como un martillo pilón movido con energía de fusión.

El interior del rondador estaba abarrotado de hombres y mujeres heridos. Uno de ellos enarbolaba un pesado láser. Mace cortó el arma en dos con un arco de su sable.

—Nada de disparos —dijo, y la Fuerza convirtió sus palabras en una orden que hizo que otras pistolas láser rebotaran por el suelo.

Vastor estaba atrapado, con el rostro pegado al suelo y medio aturdido.

Mace se acercó a su oído.

—Kar Vastor, soy Mace Windu. Atrás. Es una orden.

Un tirón de la Fuerza fue el único aviso que tuvo, pero fue más de lo que necesitaba. Saltó hacia atrás un cuarto de segundo antes de que el disco de blindaje se alzara hacia arriba, golpeando contra el techo con un estruendo metálico ensordecedor. Antes de que el disco empezara a caer, Vastor ya estaba en pie. Una llama de ultracromo lamió el disco en su descenso, partiéndolo en dos.

Los pedazos cayeron por el agujero abierto en la parte inferior del vehículo.

Vastor se enfrentó a Mace desde el otro lado del agujero. La oscuridad latía a través de la Fuerza en dirección a Mace, pero en el rostro del lor pelek no había ira alguna, sólo una concentración inhumana. Una ferocidad primaria como la que muestra un dragón krayt sorprendido sobre el cadáver de un bantha.

La manera que había utilizado para quitarse a Mace de encima y el corte del disco de blindaje eran sólo la exhibición de poder de un depredador.

Vastor alzó sus escudadas manos en un saludo y rugió algo en un idioma que Mace no reconoció. Ni siquiera parecía un idioma, más bien los gruñidos y ladridos de las bestias de la selva.

Pero cuando Vastor habló, el poder del lor pelek desplegó su significado en el interior de la mente de Mace.

Mace Windu, le dijo. *Es un honor. ¿Por qué te interpones en el camino de mi presa?*

—No hay presas —dijo Mace—. ¿Me entiendes? Nada de matar. Se acabó la matanza.

La sonrisa de Vastor era incrédula.

¿No? ¿Qué propones entonces? ¿Que depongamos nuestras armas? Le hizo una seña de invitación con un siseante escudo. *Tú primero.*

Los silbidos de los disparos láser al rebotar y el rugir de los cañones de la torreta se oían con claridad por los agujeros abiertos en el blindaje del rondador.

—Nada de muertes innecesarias —se corrigió Mace—. No más masacres.

La respuesta de Vastor tuvo la cualidad de la franqueza animal, clara y sin complicaciones. *Las masacres son necesarias, dôshalo*.

—Tú y yo no somos dôshallai —Mace inclinó los sables láser formando una X defensiva—. Tú no eres mi hermano de clan.

Vastor se encogió de hombros. *¿Dónde están Besh y Chalk?*

—En el búnker —respondió Mace sin pensar, dando aún vueltas en la mente al concepto de masacre necesaria.

Vastor barrió con una mirada de desdén a los hombres y mujeres heridos de la cabina del vehículo.

Éstos se quedarán, dôshalo. No pueden escapar. Sígueme.

Saltó hacia arriba con un empujón de la Fuerza y salió por el agujero abierto por Mace.

Ese mismo empujón de la Fuerza tiró de la voluntad de Mace, forzándolo a seguirlo sin pensar, pero permitiéndole comprender el poder de este lugar y el del propio Vastor.

—Tendrás que hacer algo mejor que eso —murmuró Mace.

Dedicó su atención a los aterrados balawai que lo rodeaban. Hizo un gesto, y todas las pistolas láser arrojadas al suelo se alzaron y se pararon en el aire. Con un único floreado del sable láser, Mace cortó todas en dos, luego arrojó los pedazos por el agujero.

—Escuchadme todos. Debéis rendiros. Es vuestra única esperanza.

—¿Esperanza de qué? —dijo amargamente un hombre. Tenía el rostro ceniciento, llevaba un parche de bacta en una herida del pecho y se sujetaba el muñón de la muñeca justo encima de un pegote de vendaje nebulizado que le servía de torniquete—. Sabemos lo que pasará si nos capturan.

—Esta vez no —dijo Mace—. Si peleáis, os matarán. Si os rendís, yo puedo manteneros con vida. Y lo haré.

—¿Y se supone que debemos aceptar tu palabra?

—Soy un Maestro Jedi.

El hombre escupió sangre en el suelo.

—Sabemos lo que vale eso.

—Es evidente que no.

Mace sintió en la Fuerza la llama oscura del lor pelek abriéndose paso, luchando ladera arriba, en dirección al búnker. Por un momento se sintió casi agradecido —estaba encantado de dejar la defensa de Chalk y Besh en manos de Vastor—, pero entonces se acordó de los niños. Los niños seguían dentro.

Allí donde iba Vastor.

Las masacres son necesarias.

—No pienso discutirlo —Mace se acercó hasta el borde que había abierto Vastor y miró a través del que él mismo había cortado, calibrando lo despejado del camino—. O lucháis para tener una muerte segura, u os rendís para tener una esperanza de vida. La decisión es vuestra —dijo, y se arrojó hacia las alturas en la ardiente noche.

***

Todo el campamento estaba en llamas. Un asfixiante humo negro se alzaba sobre ardientes lagos de combustible de lanzallamas. Los rayos láser restallaban en todos los rincones, y sus descargas provocaban un tamborileo arrítmico bajo el aullante coro de las armas escudo de los korun. Vastor saltaba ladera arriba, en dirección al búnker, con erráticos saltos zigzagueantes y con refulgentes escudos, bloqueando rayos perdidos, cortando metal y rasgando carne.

Mace saltó desde lo alto del rondador de vapor, dio una voltereta en el aire, tocó el suelo y empezó a correr. Sus hojas tejieron una corona de energía verde y púrpura que astillaba los disparos láser, desviándolos al cielo.

Un grupo de balawai se amontonaba de rodillas unos metros a la izquierda del camino de Mace, entrelazando los dedos con las manos en la nuca. Gritaban con ojos cerrados contra el horror que los rodeaba, suplicando piedad a un korun empapado en sangre cuyo rostro no tenía nada humano. El korun alzó los chirriantes escudos gemelos sobre su cabeza y lanzó un rugido de oscura exultación al bajarlos contra sus indefensos cuellos...

Pero antes de que el golpe pudiera alcanzar su blanco, la suela de una bota le golpeó el espinazo con tanta fuerza que le hizo caer hacia delante y aterrizar de cabeza.

El korun se puso en pie de un salto, ileso y furioso.

—¿Me das una patada? ¡Vas a morir, tú! Vas a morir...

Se detuvo. Moverse un centímetro más habría puesto su nariz en contacto con el sable láser púrpura que, firme como una roca, estaba parado ante su cara. En el otro extremo de esa hoja se encontraba Mace Windu.

—Sí, moriré —dijo—. Pero no hoy.

La expresión del korun se cortó como leche de herboso agriada.

—Debes de ser el Jedi Windu, tú —dijo en koruun—. El sire de Depa.

La palabra provocó un escalofrío en Mace; en koruun, "sire" podía significar tanto "maestro" como "padre". O ambas cosas. Habló en su oxidado koruun.

—No mates a los no combatientes, tú. Mata a los no combatientes y tú morirás.

—Hablas como un balawai, tú —escupió el korun en balawai y con un bufido—. No acepto órdenes tuyas, yo.

Mace agitó el sable láser. Los ojos del korun pestañearon. Mace también volvió al idioma básico.

—Si quieres vivir, cree en lo que te digo: lo que les pase a ellos te pasará a ti.

—Díselo a Kar Vastor —repuso el korun burlón.

—Eso pretendo.

Antes de que el korun pudiera replicar, Mace ya había girado sobre los talones y corría hacia la puerta del búnker.

No se preocupó por las distracciones que habían hecho el camino de Vastor tan quebrado como el recorrido de un rayo, fue directo a la destrozada abertura de la puerta como lanzado por un cañón. Lo alcanzó sólo unos pasos después que el hombre más alto.

Y se quedó inmóvil.

Inmóvil pese al escalofriante zumbido de esos escudos de lágrima; pese al rugido grave de Vastor, semejante a la tos cazadora de un felino de las lianas hambriento; pese a un sonido que Mace podía ignorar tanto como invertir la rotación del planeta: el chillido de niños que gritan de terror.

***

El campamento en llamas de abajo iluminaba el techo del búnker con una cambiante luz color sangre, proyectando en él la enorme y vacilante sombra de Mace, indefinida pero completamente negra. Una sombra que amortajaba todo el interior. La única luz que caía en el núcleo de su sombra era el antinatural brillo verde y púrpura mezclado de sus sables láser.

Vastor estaba parado dentro, encogido como un gundark, con el brazo derecho echado hacia atrás para golpear. De su puño izquierdo colgaba Terrel, sujeto por el pelo, dando patadas en el aire y sollozando incontrolablemente que "todos los apestosos *kornos* tienen que morir".

—¡Detente, Vastor! —Mace se abrió al completo embate de la Fuerza y lo empleó para golpear la voluntad del lor pelek—. No lo hagas. Kar. Baja al chico.

No habría tenido por qué molestarse. El ladrido de respuesta de Vastor se tradujo en la mente de Mace como "*En cuanto acabe con él*". El escudo sujeto al brazo izquierdo de Vastor trazó un halo espejado sobre la cabeza de Terrel, pero el otro se inclinaba hacia donde estaban Besh y Chalk.

Mira ahí y sabrás qué clase de criatura tengo en las manos.

—No es una criatura —respondió Mace con el reflejo de la certeza—. Es un niño. Se llama... Se llama... —la voz se le ahogó cuando sus ojos comprendieron por fin lo que le señalaba Vastor— ...Terrel...

Besh y Chalk yacían en el suelo de piedra, entre el lugar donde Vastor sujetaba a Terrel y en el que permanecían encogidos Keela, Pell y los dos niños más pequeños. La vestimenta de los korunnai presos de la thanatizina estaba inexplicablemente arrugada, rasgada incluso, y en sus torsos relucía una humedad negra y oleosa. Transcurrió todo un segundo antes de que Mace se diera cuenta de que la luz de sus sables le robaba color al brillo húmedo de sus ropas. Lo adivinó por el olor, lo bastante fuerte incluso a través de la peste que ascendía del campamento en llamas.

Era el olor de la sangre.

Alguien había estado apuñalando, de forma inexperta pero con entusiasmo considerable, a los dos indefensos korunnai.

Apuñalando a dos seres humanos que Mace había jurado proteger. Apuñalando al triste Besh, que no podía hablar. Que sólo ayer había perdido a su hermano.

Apuñalando a la feroz Chalk, la chica que se había hecho lo bastante fuerte para sobrevivir a lo que fuera. A lo que fuera menos a eso.

Se tumbaron en el frío suelo de ese búnker y se inyectaron la droga que les sumió en una falsa muerte, confiando en que un Maestro Jedi velaría por ellos para impedir una muerte real.

En el suelo, bajo los colgados pies de Terrel, se hallaba el muñón de un cuchillo manchado de la misma sangre oscura. La hoja sólo tenía medio decímetro de largo, su punta era una aguda melladura recta.

El cuchillo de Terrel. El que Mace había partido en dos afuera, en la ladera.

Las fuerzas abandonaron a Mace por las rodillas.

—Oh, Terrel —dijo, permitiendo que sus sables láser se tragaran las hojas—. Terrel, ¿qué has hecho?

No te preocupes, fue el significado del hondo gruñido de Vastor. *No volverá a hacerlo*.

Mace saltó con la Fuerza, haciendo que sus dos hojas volvieran a brillar mientas surcaba la oscuridad hacia la espalda de Vastor. Y en ese instante volvió a verse discutiendo con Nick en el camino trazado por los rondadores; volvió a oír las órdenes que dio dentro de este búnker derruido; vio de nuevo el rondador de vapor al borde del precipicio con los niños tambaleándose; vio a Rankin entrando en el círculo de luz; se enfrentó a Vastor dentro de un rondador atiborrado de heridos. No conseguía ver de qué otra forma podría haber actuado —de qué otra forma podría haber actuado siendo el Jedi que era— para que todo hubiera acabado en un momento diferente a éste. Diferente a este momento, en el que ya sabía que llegaría demasiado tarde, que sería demasiado lento, demasiado viejo y cansado, demasiado castigado por las inexplicables crueldades de la guerra en la selva...

Demasiado inútil para salvar la vida a un único niño.

Mace sólo pudo rugir una inútil negación cuando Vastor golpeó. El vibroescudo se hundió profundamente en el cuerpo de Terrel. Y cuando el lor pelek le arrancó la vida al niño, la fiebre de sangre dijo a Mace de qué otra forma debería haber actuado.

Debía haber matado a Kar Vastor.

Había llegado demasiado tarde para salvar a Terrel, pero en el búnker había otros cuatro niños balawai, hasta los que Vastor podía llegar con una sola zancada.

Todavía en el aire, Mace echó hacia atrás los dos sables láser, antes de moverlos hacia delante y abajo con la completa intención de hacer a Vastor pedazos tan pequeños que se necesitaría un bioescáner para saber que alguna vez habían sido humanos.

El lor pelek tiró a un lado el cadáver del chico con un gesto de su enorme muñeca y giró sobre sí mismo. Los escudos relampagueaban al alzarse ante el brillo de los sables láser para parar los mandobles del Maestro Jedi. Mace empleaba la Fuerza para bajar las hojas. Pretendía cortar con ellas a través de los escudos, a través de los dos brazos de Vastor, y hundirlas profundamente en su pecho para apagar su fuego en el humeante corazón...

Pero los escudos no se cortaron, y no cedieron.

Su chirrido cantarín zumbó en las manos de Mace, ascendiendo por sus brazos, haciendo que el pecho le tiritara y los dientes le vibraran.

Y entonces se vio arrojado por el aire, por encima de la cabeza de Vastor. Keela. Pell y los dos niños chillaron y se agarraron unos a otros de rodillas, apartándose asustados de su camino. Aterrizó y giró para enfrentarse al lor pelek, con las hojas cruzadas en la X defensiva.

Vastor miró a Mace desde su inmóvil postura de combate. Le ardían los ojos.

Nos hemos tomado unas molestias considerables para traerte aquí, dôshalo, dijo su gruñido. *¿Debo matarte?*

—Ya te he dicho antes —el gruñido de Mace se equiparaba al de Vastor— que no soy tu dôshalo.

A Depa le dolería encontrarte muerto. Apártate.

Todo el cuerpo de Mace latía con su necesidad de atacar, su necesidad de sumirse en el vaapad y permitir que su oscura tormenta moviera sus hojas. Sus venas cantaban con fiebre de sangre, y la migraña negra le martilleaba el cráneo. Necesitaba golpear a Vastor, hacerle daño. Castigarlo.

Pero toda una vida de disciplina Jedi le mantuvo donde estaba. Los Jedi no se vengan. Los Jedi no castigan.

Los Jedi defienden.

Mace rechinó los dientes, jadeando roncamente.

—Sal de aquí, Kar Vastor. No permitiré que hagas daño a esos niños.

Vastor alzó los escudos, que aún brillaban luminosos como espejos. Los sables láser de Mace no habían ni arañado su superficie. La fiebre de sangre brotó en el corazón de Mace. Vastor se dirigió hacia él con la atronadora amenaza de un rancor hambriento.

Veo llamas en tus ojos, Jedi Mate Windu. Verde de la jungla y púrpura de tormenta. Oigo ecos del tronar de la sangre en tus oídos.

Vastor unió las superficies curvadas de sus escudos vibratorios para emitir un chillido ensordecedor que provocó escalofríos en el espinazo de Mace. Su sonrisa combativa reveló dientes afilados como los de un felino de las lianas.

Has decidido tomar mi vida.

—No permitiré que hagas daño a esos niños —repitió.

Vastor meneó la cabeza en una lenta y sonriente negación.

No tengo ningún interés en ellos. Yo no hago la guerra con niños.

La respuesta de Mace fue una hosca mirada en silencio al cadáver de Terrel.

Era lo bastante hombre como para matar, fue el significado del gruñido indiferente de Vastor. *Era lo bastante hombre para morir. Lo que hizo no fue la guerra, sino un asesinato. ¿Qué debería haber hecho? Mira a tu alrededor, dôshalo. ¿Has visto alguna cárcel en esta selva?*

—Si la hubiera visto, te metería en ella —dijo Mace entre dientes.

Pero en vez de eso te quedas ahí, jadeando con esperanza y miedo.

—Los Jedi no tienen miedo. Y dejé la esperanza en Coruscant.

Tienes la esperanza de que amenace a los niños. Tienes miedo de que no lo haga. Tienes la esperanza de que te dé una excusa para matarme. Tienes miedo de actuar.

Mace le miró fijamente.

Miró su reflejo en los zumbantes escudos de Vastor como si viera en él un punto de ruptura de su propia naturaleza.

Lo que Vastor había dicho... era cierto.

Era todo cierto.

Ardía con fiebre de sangre, ansiaba matar al lor pelek igual que Vastor había matado a Terrel. Y por el mismo motivo. Al interponerse ente Vastor y los niños, no lo había hecho buscando defender vidas inocentes.

Había buscado un homicidio justificado.

Un asesinato perfecto Jedi.

Eso fue como meter la cabeza en agua helada y le hizo salir de su ensoñación: el búnker iluminado por las llamas le pareció real por primera vez. Vastor era ahora humano, sólo era un hombre, un hombre con poder, desde luego, pero no la encarnación

de la oscuridad de la jungla. Terrel había sido un chico, casi un niño, sí, pero un chico cuyos brazos muertos seguían húmedos hasta el codo con la sangre de Chalk y Besh.

Hasta ese momento, Mace lo había mirado todo —todo ese mundo, y todo lo que había visto dentro de él— con ojos de Jedi, viendo pautas abstractas de poder en el enredado torbellino claroscuro de la Fuerza, un marcado ritmo que se alternaba entre el bien y mal. Sus ojos de Jedi sólo habían visto lo que ya buscaban.

Había estado buscando un enemigo sin saberlo. Alguien a quien combatir. Alguien a quien defender en esta guerra.

Alguien a quien poder culpar.

Alguien a quien poder matar.

Pero ahora...

Miró a Vastor con sus propios ojos, abiertos de verdad por primera vez.

Vastor le devolvió la mirada con fijeza. Un momento después, el lor pelek se relajó con un suspiro, bajando los brazos.

Has decidido dejarme vivir, fue el significado de su gruñido inarticulado. *De momento*.

—Lo siento —dijo Mace.

¿Por qué? Vastor parecía desconcertado de verdad. Se encogió de hombros cuando Mace no contestó. *Ahora que puedo darte la espalda con seguridad, me iré. La lucha ha acabado. Debo ocuparme de nuestros cautivos*.

Se volvió hacia la puerta del búnker. Mace le habló a su espalda.

—No permitiré que mates a los prisioneros.

Vastor se detuvo y le miró por encima del hombro.

¿Quién ha dicho nada de matar prisioneros? ¿Uno de mis hombres? Sus ojos adquirieron un brillo feral a la luz de los sables láser de Mace. *No importa. Sé quien fue. Déjamelo a mí*.

Sin decir otra palabra, Vastor salió a la noche iluminada por las llamas.

Mace se paró en la titilante oscuridad, con el fulgor de sus armas por única luz. Al cabo de un tiempo notó las manos entumecidas en las placas activadoras de los pomos, y las hojas se encogieron.

Ahora, la única luz era el brillo sanguinolento del techo del búnker, que proyectaban los incendios del exterior.

Notó de forma ausente que Besh y Chalk no habían sangrado mucho por sus heridas. La thanatizina, supuso.

Un gemido detrás de él le recordó los niños. Se volvió y los miró. Temblaban en un abrazo de grupo tan apretado que no podía ver dónde acababa uno y empezaba el otro. Ninguno de ellos le devolvía la mirada. Podía sentir su terror en la Fuerza. Les aterraba encontrar su mirada.

Quiso decirles que no tenían nada que temer, pero eso sería una mentira. Quiso decirles que no permitiría que nadie les hiciera daño. Era otra mentira. Ya lo había permitido. Ninguno de ellos olvidaría nunca haber visto a su amigo asesinado por un korun.

Ninguno de ellos olvidaría nunca haber visto a un Jedi dejar que ese korun saliera bien librado.

Había tantas cosas que debía decir que sólo pudo guardar silencio. Había tantas cosas que debía hacer que sólo pudo quedarse allí, aferrado a sus sables láser apagados.

"*Cuando todas las elecciones parecen malas, elige la contención*."

Así que permaneció inmóvil.

—¿Maestro Windu? —la voz le resultaba familiar, pero parecía proceder de muy, muy lejos, o quizá sólo era un eco de la memoria—. ¡Maestro Windu!

Se quedó inmóvil, mirando a una distancia invisible, hasta que una mano fuerte le cogió del brazo.

—¡Oye, Mace!

—Nick. ¿Qué quieres? —suspiró.

—Ya casi amanece. Las fragatas salen con la luz. No tardarán mucho en llegar aquí. Es hora de ensillar los... —la voz de Nick se paró en seco, como si se ahogara con algo —. Que me revienten. ¿Qué has...? Digo, ¿qué han...? ¿Quién ha...? ¿Cómo...?

Su voz se apagó. Mace se volvió por fin para mirar al joven korun. Nick miraba sin habla a la ensangrentada masa que eran Besh y Chalk.

—La thanatizina ha retrasado su hemorragia —dijo en voz baja—.

Todavía puede salvarles la vida alguien que sea bueno con las grapas de tejido de un botiquín.

—¿Y..., y..., y... esos niños son...?

—Parece que, después de todo, hay balawai que no los dejan en las ciudades.

—¿Qué hacen aquí esos niños? ¿Qué les ha pasado?

Mace apartó la mirada.

—Les salvé la vida —alzó los hombros con un suspiro antes de dejarlos caer—. Temporalmente.

—Ah. Siempre es así —dijo Nick con un gruñido.

Mace se le quedó mirando.

—Cuando salvas la vida a alguien... —Nick inclinó la cabeza en un encogimiento de hombros korun—. Siempre es de modo temporal, ¿sabes? Mace se desplazó hacia la destrozada puerta del búnker.

—Supongo que sí. Nunca lo había visto de ese modo.

—Oye, espera. ¿Adónde te crees que vas?

—Los padres de estos niños están ahí fuera. Puede que aún sigan con vida.

—Pero Besh y Chalk —insistió Nick—. ¿Qué pasa con Besh y con Chalk? No puedes irte y dejarlos así...

—Ahora están a tu cuidado. Yo no puedo protegerlos —Mace bajó la cabeza al alejarse, y también bajó la voz—. Ni siquiera puedo protegerme a mí mismo.

—Pero Mace... Maestro Windu... —llamó Nick tras él—. ¡Mace!

Mace se detuvo y miró atrás. Nick se recortaba contra la oscura boca del búnker. Sus retorcidos restos de duracero le rodeaban como dientes.

—¿Qué pasa con los niños? ¿Qué se supone que debo hacer con ellos?

—Simula que son tuyos —dijo Mace, y se alejó.

El campamento estaba lleno de korunnai armados que saqueaban los cadáveres con la misma rapidez y eficiencia que Mace había visto en Nick, Chalk, Besh y Lesh en aquel callejón de Pelek Baw. Esos korunnai llevaban ropas que parecían completamente remendadas. La mayoría de ellos ostentaban heridas de un tipo u otro, y muchos mostraban señales de desnutrición. Sólo sus armas estaban cuidadas.

Era evidente que cuidaban mejor de sus pistolas láser que de sí mismos.

Mientras Mace se movía por el campamento, la nueva realidad con que veía el mundo se intensificó y se fragmentó. Era una dispersión de detalles hiperreales que no conseguía encajar en una imagen completa.

Tan nítida como una pesadilla.

Una mano cortada unida a un antebrazo que yacía en el suelo, al borde de un charco de ardiente combustible de lanzallamas, y con dedos que se cerraban lentamente en un puño a medida que se cocía.

Un charco negro de líquido que no ardía y debía de ser agua. O sangre.

Un cartucho de gas de pistola medio fundido que había reventado y se arrastraba de forma aleatoria y enloquecida por el suelo, proyectando un chorro de brillantes llamas verdes.

Una pareja de adolescentes korun bailando como monolagartos kowakianos dementes, esquivando charcos llameantes mientras intentaban coger los paquetes de raciones de comida que les arrojaban desde la escotilla de un humeante rondador de vapor.

El cielo ardía con el alba como si las nubes se hubieran prendido fuego.

Los doce akk permanecían ahora parados, formando un anillo alrededor de un par de docenas de temblorosos balawai. Los cautivos se amontonaban, abrazándose unos a otros, observando a los guerrilleros con ojos vacíos de esperanza y blanqueados por el tenor.

El korun al que Mace había pateado se sentaba junto al círculo de akk en el inclinado blindaje de un rondador, mirando fijamente a Mace mientras éste se acercaba tímidamente a él. Tenía los escudos korun subidos sobre los antebrazos, manteniendo libres las manos, que empleaba para masajearse un enorme moratón en el ojo derecho. La piel se había roto, y tenía media cara pintada con la sangre que había brotado de la herida y se había unido a otro reguero que brotaba de una hinchazón similar en el mismo lado de la boca.

Un fogonazo de intuición relacionó la mirada del korun, los bultos en su rostro y lo que había dicho el lor pelek a Mace al dejar el búnker.

Vastor debía de tener un gancho de izquierda devastador.

—¿Qué quieres tú? —gruñó el korun. Se levantó y bajó los escudos hasta los puños, donde zumbaron cobrando vida—. ¿Qué quieres?

—Apártate —dijo Mace sin expresión. Pasó junto al hombre más alto—. Me parece que ando buscando alguien a quien matar. No hagas que seas tú.

No necesitó presentarse a los perros akk que vigilaban a los cautivos. La manada se apartó al acercarse él, como si le reconocieran instintivamente. Una simple pregunta al cautivo más cercano le condujo hasta el padre de los dos niños. Cuando Mace le dijo que Urno y Nykl seguían con vida y tan a salvo como podía estarlo allí cualquier balawai, el hombre rompió a llorar.

De alivio o de terror. Mace no supo decirlo.

Las lágrimas son lágrimas.

Mace no consiguió sentir compasión por él. No podía olvidar que ése había sido el hombre que hizo el primer disparo contra el búnker. Tampoco podía juzgarlo. No podía saber si, de haber contenido ese hombre el fuego, los muertos estarían ahora con vida.

Rankin no estaba entre los cautivos. Ni la madre de la chica.

Mace sabía que no se había salvado ninguno de ellos.

Rankin... Aunque Mace y él no habían confiado el uno en el otro, sí habían estado en el mismo bando, aunque sólo por breves instantes. Los dos habían intentado sacar a todo el mundo de allí sin que muriese nadie.

Rankin había pagado el precio de ese fracaso.

Puede que Mace también estuviera empezando a pagarlo.

Otra pregunta a otro cautivo, y los akk se apartaron de nuevo para dejarlo pasar.

Vastor estaba cerca de allí, gruñendo, ladrando y rugiendo a los korunnai. Organizándolos en grupos para la retirada. En su estado de desconexión, Mace no sintió ninguna sorpresa al descubrir que ya no podía comprender al lor pelek. La voz de Vastor se había convertido en ruido de la jungla, cargada de significado pero indescifrable. Inhumana. Impersonal.

Letal.

"*...No porque la jungla te mate, le había dicho Nick. Sólo porque es así.*"

Mace alzó una mano para parar a Vastor cuando pasó por su lado.

—¿Qué vas a hacer con los cautivos?

Vastor murmuró sin palabras en su garganta, y una vez más su significado se desplegó en la mente de Mace.

Vendrán con nosotros.

—¿Puedes ocuparte de los prisioneros?

No nos ocupamos de ellos. Se los entregamos a la jungla.

—El tan pel'trokal —murmuró Mace—. La justicia de la jungla.

De algún modo, eso tenía todo el sentido del mundo. Aunque no podía aprobarlo, no podía dejar de comprenderlo.

Vastor asintió, volviéndose para seguir andando.

Es nuestra costumbre.

—¿En qué se diferencia eso del asesinato? —aunque Mace miraba a Vastor, parecía estar hablando consigo mismo—. ¿Acaso podría sobrevivir alguno? Solo, sin provisiones, sin armas...

El lor pelek dedicó a Mace una sonrisa de depredador por encima del hombro, mostrando sus dientes afilados como agujas.

Yo sobreviví, gruñó, y se alejó.

—¿Y los niños?

Pero Mace hablaba con la espalda del lor pelek que se alejaba. Vastor ya estaba gritando a tres o cuatro andrajosos jóvenes korunnai. No supo decir qué podía estar ordenándoles hacer. El significado de sus palabras se había ido con su atención.

Mace se movió en la dirección que le había indicado el último cautivo con el que había hablado, y se detuvo al borde del humeante charco de combustible de lanzallamas. Ya casi se había consumido del todo. Negros hilillos de humo ascendían retorciéndose desde tinos pocos parches de llamas empalidecidos por el alba.

Dentro del charco, a uno o dos pasos del borde, había un cuerpo.

Yacía de costado, encogido en la característica posición fetal de las víctimas de quemaduras. Uno de sus brazos parecía haber escapado a la contracción generalizada, y señalaba al cercano límite de la marca que había dejado el borde del charco al quemarse, con la palma hacia abajo, como si el individuo hubiera muerto intentando arrastrarse sobre una mano fuera de las llamas.

Mace no supo decir si había sido un hombre o una mujer.

Se sentó sobre los talones, cerca del quemado, mirándolo fijamente. Entonces se rodeó las rodillas con los brazos y se limitó a seguir allí sentado. No parecía haber nada más por hacer.

Había preguntado al último cautivo dónde vio por última vez a la madre de la chica.

No pudo decidir si ese cadáver había sido una vez de la mujer que dio a luz a Pell y a Keela, si esa humeante masa de carbonizada carne muerta las había levantado alguna vez en sus brazos y calmado con besos sus lágrimas infantiles.

¿Acaso importaba?

Había sido el padre, el hermano o la hermana de alguien. El hijo de alguien. El amigo de alguien.

Que había muerto de forma anónima en la jungla.

Ni siquiera podía decir si el cadáver había muerto por una bala korun, por un vibroescudo o por el disparo de un balawai. O si sólo había tenido la mala suerte de ponerse en el camino de un chorro de fuego de la torreta de un rondador de vapor.

Quizá fuera capaz de sentir alguna respuesta en la Fuerza, pero no podía decidir si saberlo seria mejor que no saberlo. Y volver a tocar la Fuerza en este lugar oscuro era un riesgo que no estaba preparado para asumir.

Así que se quedó allí sentado, y pensó en la oscuridad.

Permaneció sentado mientras los guerrilleros se dividían en bandas que se fundían con la ladera de la montaña; mientras los prisioneros eran conducidos en grupo, rodeados por perros akk; mientras el sol pasaba sesgado ante un par de cumbres del noroeste, y una oleada de luz rodaba ladera abajo en su dirección.

Vastor se acercó a él, murmurando algo sobre dejar el lugar antes de que llegasen las fragatas. Mace ni siquiera alzó la mirada.

Estaba pensando en la luz del sol, y en cómo no tocaba la oscuridad de la jungla.

Nick se detuvo en su camino al salir del campamento. En un brazo llevaba a limo. Nykl dormía recostado contra su otro hombro, con los bracitos cerrándose alrededor de su cuello. Keela se tambaleaba detrás, apretándose el vendaje nebulizado de la cabeza con una mano mientras empleaba la otra para tirar de la pequeña Pell. Nick debió de hacerle una pregunta a Mace, porque se detuvo junto a él como si esperase una respuesta.

Pero Mace no tenía respuestas que dar.

Pensaba en la oscuridad. La metáfora Jedi del Lado Oscuro de la Fuerza nunca le había parecido más apropiada, pero se asemejaba menos a la oscuridad del mal que a la oscuridad de una noche sin estrellas, donde lo que crees que es un felino de las lianas es sólo un arbusto, y lo que parece un árbol podría ser un asesino que permanece inmóvil, esperando a que apartes la mirada.

Mace había leído en el Archivo del Templo relatos escritos por los Jedi que habían rozado la oscuridad y se habían recobrado de ella. Esos relatos solían mencionar cómo el Lado Oscuro parecía dejarlo todo claro. Mace sabía que eso sólo era una ilusión. Una mentira.

La verdad era exactamente lo contrario.

Allí había tanta oscuridad que bien podía estar ciego.

El sol de la mañana tocó el campamento, y con él llegaron las fragatas: seis de ellas, volando de dos en dos, rugiendo desde el ardiente brillo de Al'har al asomarse desde detrás de las montañas. Su formación floreció en una roseta cuando se separaron para iniciar un descenso cruzado con el que barrer el suelo.

Mace siguió sin moverse.

Bien podría estar ciego, pensó, y puede que también lo dijera en voz alta...

Pues la voz que habló detrás de él parecía estar respondiéndole.

—El hombre más sabio que he conocido me dijo una vez: "En la noche más oscura es donde brilla con más fuerza la luz que somos."

Una voz de mujer, rota por el cansancio y ronca por un dolor antiguo. Y puede que sólo esa voz hubiera podido encender una antorcha en la vasta oscuridad de Mace, sólo esa voz podía haberlo puesto en pie, hacer que se girara con la esperanza floreciendo en su cabeza, casi feliz...

Incluso casi sonriendo...

Se volvió con los brazos abiertos, conteniendo la respiración, y lo único que pudo decir fue:

—Depa...

Pero ella no acudió a su abrazo, y la esperanza de su interior chisporroteó y se apagó. Dejó caer los brazos a los costados. No estaba ni remotamente preparado para esto, ni siquiera advertido por lo que le había dicho Nick.

La Maestra Jedi Depa Billaba estaba ante él, vistiendo los restos andrajosos de la túnica Jedi, manchados con barro, sangre y savia de la selva. Sus cabellos, que una vez formaron una brillante y lustrosa cabellera negra como el espacio, que mantenía controlada en trenzas matemáticamente precisas, estaban enredados, salpicados de tierra y grasa, y reducidos a cortos jirones, como si se lo hubiera cortado con un cuchillo. Tenía el rostro pálido y marcado por la fatiga, y tan flaco que los pómulos le sobresalían como cuchillos. La boca, rígida, parecía carecer de labios, y de una comisura partía una reciente cicatriz de quemadura que le llegaba hasta la punta de la barbilla. Pero eso no era lo peor.

Nada de todo eso habría mantenido a Mace inmóvil, como clavado al suelo, mientras las fragatas pasaban sobre sus cabezas y hacían llover fuego sobre el campamento que los rodeaba.

En medio del infierno de explosiones, del chirrido de las esquirlas de roca y de la martilleante rejilla de plasma, Mace no podía apartar la mirada de la frente de Depa, donde una vez había llevado la resplandeciente cuenta dorada de la Marca Mayor de la Iluminación, símbolo de los discípulos del Chalactan. Los ancianos de esa antigua religión fijaban la Marca de la Iluminación al hueso frontal del cráneo del discípulo como símbolo del Ojo Que No Se Cierra, máxima expresión del Aprendizaje Chalactan. Depa había llevado la suya con orgullo durante veinte años.

Ahora, en lugar de la marca sólo se veía la fea arruga de una cicatriz queloide, como si el mismo cuchillo que le había cortado el pelo hubiera arrancado bruscamente del hueso del cráneo el símbolo de su religión ancestral.

Y sobre los ojos llevaba una tira de tela atada como una venda. Un andrajo tan gastado, manchado y raído como sus mismas ropas. Pero ella estaba ante él como si pudiera verle demasiado bien.

—Depa...

Mace tuvo que alzar la voz para poder oírse a sí mismo por encima del rugir de los repulsores y los cañones láser, y de la tierra y la roca explotando a su alrededor.

—Depa, ¿qué ha pasado? ¿Qué te ha pasado?

—Hola, Mace —dijo ella con tristeza—. No debías haber venido.

SEGUNDA PARTE

CONDICIONES DE VICTORIA

CAPÍTULO 9

INSTINTO

DE LOS DIARIOS PRIVADOS DE MACE WINDU.

Por fin comprendo lo que hago aquí. Por qué he venido. Me doy cuenta de lo hipócrita que era la lista de motivos que di hace tantas semanas a Yoda y a Palpatine en el despacho del Canciller.

Les estaba mintiendo.

Y me mentía a mí mismo.

Debí darme cuenta del verdadero motivo de mi venida en cuanto me volví hacia ella en el campamento. Debí verlo en las arrugas de dolor bajo sus pómulos, en la cicatriz donde había estado la Marca de la Iluminación.

Sí, en realidad no era ella. Era una visión de la Fuerza. Una alucinación. Una mentira. Pero hasta una mentira de la Fuerza es más cierta que cualquier realidad que puedan comprender nuestras limitadas mentes.

Debí verlo en el andrajo que le cubría los ojos, pero que no la cegaba a la verdad de mi ser...

He encontrado mis condiciones para una victoria.

No he venido aquí para saber lo que le pasó a Depa, ni para proteger la reputación de la Orden. No me importa lo que le ha pasado a ella, y la reputación de la Orden carece de importancia.

No he venido para luchar en esta guerra. No me importa quién la gane. Porque nadie gana. No en una guerra de verdad. Sólo importa cuánto está dispuesto a perder cada bando.

No vine a apresar o a matar a un Jedi rebelde, ni a juzgarlo. Yo no puedo juzgarla. Llevo apenas dos puñados de días en las periferias de esta guerra, y mira en lo que estoy a punto de convertirme. Ella está dentro desde hace meses.

Ahogándose en oscuridad.

Enterrada en la jungla.

No vine aquí a detener a Depa. Vine a salvarla.

Y la salvaré.

Y que la Fuerza tenga compasión de quien intente detenerme, porque yo no tendré ninguna.

***

DE LOS DIARIOS PRIVADOS DE MACE WINDU.

No recuerdo cuándo dejé el campamento. Supongo que debía de estar bajo los efectos de algún trauma. Pero no un trauma físico; mis heridas son menores, por mucho que la quemadura láser del muslo me arda y esté hinchada por la infección, ya que los parches de bacta de los botiquines capturados se han reservado para los heridos más graves. Pero la palabra es "trauma". Quizá sea un trauma mental.

Un trauma moral.

Un velo cubre el tiempo transcurrido entre el instante en que Depa acudió a mí en el campamento y el momento en que volví en mí en la ladera, y deja en mi mente una neblina borrosa. En esa neblina borrosa encuentro dos recuerdos contradictorios de nuestro encuentro...

Y los dos, parece ser, son falsos.

Sueños. Reinterpretaciones imaginativas de los acontecimientos.

Alucinaciones.

En un recuerdo, ella extiende una mano hacia mí y yo alargo la mía para cogérsela; pero, en vez de eso, noto un tirón en el chaleco. Entonces, su sable láser salta del bolsillo interior, gira en el aire y golpea contra la palma de su mano. Los disparos de los cañones láser de las fragatas abren cráteres en el campamento, haciendo que tierra y rocas exploten como granadas. El aire que nos rodea se llena de plasma rojo y llamas anaranjadas, y esa vieja semisonrisa suya que me resulta tan familiar tira de una comisura de sus labios. Y ella dice: "¿Por arriba o por abajo?", y yo respondo que por arriba. Ella salta en un giro aéreo sobre mi cabeza, y yo doy un solo paso adelante para que ella aterrice con su espalda pegada a la mía...

Y sentir su espalda contra la mía, ese tacto fuerte, cálido y vivo que he sentido tantas veces, en tantos lugares, vacía mi corazón de temor y mis ojos de oscuridad. Y nuestras hojas se enfrentan en sincronía perfecta al fuego que llueve de las alturas. devolviéndolo al cielo iluminado por el alba...

Como ya he dicho, era un sueño.

El otro recuerdo es una imagen silenciosa en la que camino en paz al lado de Depa por entre la lluvia de disparos, conversando con calmada despreocupación, tan ajenos a las fragatas como a la selva y a la luz del sol derramada por el alba. En este sueño o recuerdo Depa vuelve hacia mí sus ojos vendados, inclinando la cabeza como si pudiera ver en mi corazón. ¿Por qué has venido, Mace? ¿Lo sabes acaso?

No oigo esas palabras. Es como en un sueño, donde parece bastar con insinuar lo que queremos decir para hacernos comprender de algún modo.

¿Por qué me hiciste venir? Es mi respuesta.

Eso no es lo mismo, me recuerda ella con suavidad. Tienes que definir las condiciones de tu victoria. Si no sabes lo que quieres hacer aquí, ¿cómo podrás saber cuándo lo has hecho? ¿Por qué has venido? ¿Ha sido para detenerme? ¿Puedes hacer eso con un mandoble de sable láser?

Supongo, me las arreglo para replicar, que intento descubrir lo que ha pasado aquí. Lo que está pasando. Con estas personas y contigo. Una vez sepa lo que pasa, sabré lo que debo hacer al respecto.

Lo único que no comprendes, dijo esa ensoñación ciega de mi amada padawan, es que ya has comprendido todo lo que había que comprender. Sólo que no quieres creerlo.

Entonces, el velo se espesa y se funde en la noche, y no recuerdo nada más hasta algo después —no mucho después—, cuando corro buscando refugio en la selva, completamente solo.

Al bajar una larga, larga ladera cubierta de lava vieja, saltando allí donde no estaba quemada con nueva, pude sentir que los guerrilleros iban delante de mí gracias al palio oscuro como el humo que arrastraban en la Fuerza, y pude seguirlos por el rastro de sangre que dejaban en suelo, rocas y hojas sus muchos heridos.

Y me recuerdo resbalando por el borde de un río seco, y encontrándome con Kar Vastor, que me esperaba abajo.

Kar Vastor...

Hay mucho que decir de este lor pelek. De los poderes que le he visto manifestar, desde sacar las avispas de la fiebre de Besh y Chalk hasta cómo la misma jungla parece apartarse para dejarlo pasar, y espesarse luego tras él; de sus seguidores, esos seis korunnai que él llama guardias akk, hombres que él ha convertido en ecos menores de su persona; de cómo los ha entrenado en las armas que son su marca —esos terribles "vibroescudos"— y que él mismo ha diseñado y construido; y hasta de los detalles menores, como la ferocidad primaria de su mirada, el ruido de la jungla que es el gruñido de su voz sin palabras, y de cómo oyes su significado como si fuera tu propia voz susurrando dentro de tu cabeza... Todo ello merece un comentario más profundo que el que puedo dar aquí.

No estoy seguro de por qué tardé tanto en comprender que él y yo somos enemigos naturales.

***

El lor pelek estaba parado en la ladera, más abajo que Mace, sujetando las riendas de un herboso ensillado. El animal mantenía uno de sus tres ojos temerosamente fijo en Vastor, y cuando éste habló, el herboso tembló como si quisiera alejarse y no pudiera hacerlo por estar sujeto en ese lugar por una fuerza invisible que controlaba sus instintos.

Jedi Windu. Han enviado a por ti, dôshalo.

Mace no necesitaba preguntar quién.

—¿Dónde está ella?

A una hora de viaje. Descansando en su howdah. Ella ya no camina.

Mace se sintió aturdido. El mundo se desenfocó como si mirara su reflejo en un estanque agitado.

—A una hora... ¿Ya no camina...? —eso no tenía sentido, pero sintió en la Fuerza que era verdad—. Ella estuvo aquí... Aquí mismo...

No.

—Pero lo estuvo... Me saludó y... —Mace se pasó la mano por el cráneo, buscando sangre o alguna hinchazón, buscando alguna herida en la cabeza—. Yo le devolví su sable láser... Luchamos... Luchamos con las fragatas...

Tú luchaste solo.

—Ella estaba conmigo...

Envié dos hombres a buscarte cuando no te uniste a la marcha. Te observaron desde abajo, ocultos de las naves balawai. Te vieron solo en el campamento, con tus hojas restallando contra los disparos. Mis hombres dicen que las alejaste tú solo, aunque no parecían estar dañadas. Puede que hagas enseñado a los balawai a temer el arma Jedi. Mostró a Mace los afilados dientes. *Nick Rostu habla mucho de tu victoria en el desfiladero. Puede que ni yo consiguiera igualar esa hazaña.*

—Ella estaba conmigo —se miró los rastros de ámbar de portaak que manchaban la palma de sus manos—. Luchamos... o hablamos... No consigo recordarlo...

Lo que recuerdas es el pelekotan.

—¿La Fuerza...? ¿Estás diciendo que fue una especie de visión de la Fuerza?

El pelekotan nos trae sueños de nuestros deseos y miedos cuando estamos despiertos. El tono de Vastor era serio, pero no hostil. *Cuando deseamos lo que tememos y tememos lo que deseamos, el pelekotan siempre responde. ¿Han olvidado eso los Jedi?*

—Parecía tan real. Parecía más real que tú.

Vastor se encogió de hombros.

Lo era. Sólo el pelekotan es real. Todo la demás es sólo formas y sombras; menos que una nube, o un recuerdo. Somos el sueño del pelekotan. ¿También han olvidado eso los Jedi?

Mace no contestó. Sólo entonces fue consciente del peso equilibrado de su chaleco. Se llevó una mano a las costillas del costado derecho y sintió a través del manchado cuero de pantera la forma de un sable láser, semejante al que llevaba a la izquierda.

El sable láser de Depa.

¿Y qué importaba si lo que había visto en el campamento había sido una visión en la Fuerza? ¿Cambiaba eso la verdad de lo que había visto? ¿Cambiaba eso la verdad que ella había visto en él?

Con la Fuerza, esas verdades se volvían aún más reales, no menos.

—Un sueño —se oyó murmurar a sí mismo—. Un sueño... Vastor le hizo una seña para que montase el herboso.

Quizá fuera un sueño, pero si lo rechazas aprenderás con cuánta rapidez se conviene el sueño en pesadilla.

Mace subió a la silla sin decir al lor pelek que ya sabía eso.

Algún oscuro impulso le impelió a preguntar a su vez.

—¿Y a ti, Kar Vastor, qué visiones te entrega el pelekotan? Su respuesta fue una mirada sin límites, inhumana, tan llena de peligros imprecisos como la misma selva.

¿Por qué debería mostrarme nada el pelekotan? Yo no tengo miedos.

—¿Ni deseos?

Pero ya había dado media vuelta y guiaba al herboso, sin dar indicios de haberle oído.

***

DE LOS DIARIOS PRIVADOS DE MACE WINDU.

Kar Vastor guió mi herboso a pie. Era capaz de encontrar tan sin esfuerzo un camino en la espesura más densa e infranqueable que pudimos movemos a un trote continuado. Al cabo de un tiempo empecé a creer, como creo ahora, que su habilidad para moverse por la jungla sólo era percepción a medias; la otra mitad era poder desnudo. No sólo podía sentir un camino donde nadie podía verlo, sino que creo que podía crear a voluntad un camino donde antes no existía.

Puede que "crear" no sea el verbo adecuado.

Nunca vi su poder en acción, nunca vi los árboles moverse, ni las lianas desenredarse. Sólo sentí una corriente continuada en la Fuerza, un ciclo continuado que era como el respirar de alguna vasta criatura que se movía sola en la oscuridad. El poder fluía hasta dentro de él y volvía a salir, pero no le sentí usándolo, como no siento a mis músculos utilizando los azúcares con los que se alimentan.

Y era exactamente eso lo que parecía: que éramos transportados sin esfuerzo por entre la jungla, como glóbulos blancos por las venas. O como pensamientos por una mente infinita.

Como si fuéramos el sueño del pelekotan.

En ese viaje desde la retaguardia a la vanguardia de la hilera de guerrilleros en marcha obtuve mi primera visión del mítico Frente de Liberación Mesetario.

El FLM. El terror de la jungla. El enemigo mortal de la milicia. Guerreros implacables e imparables que habían expulsado de ese planeta a la Confederación de Sistemas Independientes.

A duras penas se mantenían con vida.

Su marcha era una columna deshilachada de heridos desfilando que podían seguirse unos a otros por entre la jungla gracias a las salpicaduras de sangre y a la fuerte peste a infección. En los días posteriores a esa marcha infernal descubriría que esa última operación era parte de una serie de ataques a los campamentos de exploradores selváticos. No habían salido a matar balawai, sino a conseguir botiquines, comida, ropa, armas, munición... Suministros que nuestra República no podía o no quería proporcionarles.

Se dirigían a su base en las montañas, donde se había congregado casi todo lo que quedaba del pueblo korun: todos sus ancianos e inválidos, sus hijos y lo que quedaba de sus rebaños. Vivir en espacios cerrados y atestados era antinatural para los korunnai. No tenían ninguna experiencia viviendo en esas condiciones, y eso enseguida se había cobrado un precio. Enfermedades desconocidas en la galaxia civilizada asolaron sus filas. En los meses posteriores a la llegada de Depa, la disentería y la neumonía habían matado más korunnai que las fragatas de la milicia.

Mientras marchábamos, esas fragatas volaban como buitres en círculos sobre la jungla. Los árboles zumbaban continuamente con el sonido de los pesados repulsores y los turboventiladores. Los zumbidos aumentaban de volumen, se transformaban en gritos y luego disminuían, convirtiéndose en el silbido de un insecto que se reúne con otros para formar enjambres que se dispersaban en individuos solitarios, moviéndose por el cielo invisible. Aquí y allí llovía fuego desde las alturas, iluminando con cortante luz anaranjada la penumbra bajo la cúpula de árboles, y proyectando negras sombras entre el verdor.

No creo que esperasen acabar con nadie.

Nos atosigaban constantemente, a veces disparando al azar por entre la cúpula de árboles, o haciendo pasadas para prender fuego a vastas extensiones con sus lanzallamas Fuego Solar. Devolver el fuego sólo habría conseguido delatar nuestra posición a sus artilleros, y lo único que podíamos hacer era escabullimos bajo los árboles y aspirar a no ser vistos.

Los guerrilleros apenas parecían darse cuenta. Los que podían andar caminaban cansinamente con la cabeza baja, como si tuvieran asumido que tarde o temprano caería sobre ellos una de esas alfombras de fuego. Korun hasta el tuétano, nunca pronunciaron una sola palabra de queja, y casi todos podían sacar energías de la Fuerza —del pelekotan— para mantenerse en pie.

Los que no podían andar iban atados como fardos al lomo de sus herbosos. La mayoría de los animales sólo llevaban heridos. Los víveres y equipos saqueados a los balawai eran arrastrados en primitivas pero sólidas angarillas de las que tiraban los herbosos.

A lo largo de esa marcha, el FLM también soportaría una nueva táctica de la milicia: el inicio de incursiones nocturnas. No parecían hacerlo con la esperanza de llegar a cogernos; ése no era su objetivo. Las fragatas se limitaban a volar a gran altura sobre sus cabezas y a disparar sus cañones láser al azar. Era puro hostigamiento. Para estropearnos el sueño. Para mantenernos despiertos y tensos.

Los hombres y mujeres heridos necesitan descanso para curarse. Ninguno de ellos lo obtendría. Cada mañana, siempre había unos pocos más inmóviles y fríos en sus lechos, mientras los demás nos levantábamos. Cada día, unos pocos más se tambaleaban, ciegos por el agotamiento, y se alejaban torpemente de la columna de marcha para perderse entre los árboles.

Normalmente de modo permanente.

Hay muchos grandes depredadores en Haruun Kal: media docena de diferentes especies de felinos de las lianas, dos variantes pequeñas de perros akk, además de los gigantescos lobos akk salvajes, y muchos carroñeros oportunistas como el jacuna, criatura avícola que no vuela y se desplaza en bandadas, o las varias docenas de diferentes lagartos mono del tamaño de pájaros, tan capaces de trepar y saltar de rama en rama como de correr por superficies planas, y ninguna es nada exquisita sobre si lo que come está muerto de verdad. La mayoría de los depredadores del planeta son lo bastante inteligentes como para recordar la buena comida que se obtiene siguiendo una columna de korunnai heridos. Por eso rara vez vuelve a verse a los rezagados.

Como diría Nick, éramos un bufé ambulante de *come-todo-lo-que-puedas*.

Por eso el FLM no necesitaba poner muchos guardias a los prisioneros.

***

Eran veintiocho, todos incluidos: dos docenas de exploradores selváticos y los cuatro niños supervivientes. Se dejaba que los *jups* se las arreglaran solos, apoyándose unos a otros lo mejor que podían, arrastrando a los que no podían andar en versiones pequeñas de las angarillas que arrastraban los herbosos.

Sólo estaban vigilados por una pareja de guardias akk de Vastor y por seis de sus feroces perros akk. Cuando Vastor pasó ante ellos con Mace, le explicó que los guardias y los perros sólo estaban allí para asegurarse de que los balawai no robasen armas o suministros a los korunnai heridos, o que no atacasen a sus captores. Los guardias no necesitaban armas láser. Cualquier prisionero que descara escapar por la jungla era bienvenido a hacerlo.

De todos modos, eso era lo que acabaría pasándoles: serían liberados en la jungla desprovistos de todo salvo de sus ropas y botas, abandonados para que buscaran cualquier forma de salvarse que fueran capaces de encontrar.

Tan pel'trokal. Justicia de la jungla.

Mace se inclinó sobre el cuello del herboso para hablar en voz baja al oído de Vastor.

—¿Cómo sabes que no retrocederían siguiendo la hilera de hombres? Algunos de vuestros heridos apenas pueden andar. Esos balawai pueden pensar que valdría la pena arriesgarse a robarles armas o suministros.

Vastor le dedicó una sonrisa con una boca llena de agujas.

¿No los sientes? Están en la jungla, no son de la jungla. No pueden sorprendernos.

—¿Por qué están aquí entonces?

Hay luz, retumbó Vastor, haciendo un gesto con la muñeca en dirección a las hojas iluminadas de verde de las alturas. *El día pertenece a las fragatas. Los prisioneros se entregan al tan pel'trokal después del anochecer*.

—En la oscuridad —murmuró Mace.

Sí. La noche nos pertenece.

Mace recordó la grabación de los susurros de Depa...: "*Utilizo la noche, y la noche me utiliza a mí*...". Eso le despertó un dolor agudo en el pecho. Su respiración era trabajosa y lenta.

Nick estaba con los prisioneros. Llevaba de las riendas a un herboso sarnoso y mal alimentado. El animal llevaba un conjunto de sillas dobles como el que se había hecho astillas en el lomo del herboso de Nick en el desfiladero. Cada silla era lo bastante grande como para llevar dos niños. Unto y Nykl iban en la silla de arriba, que miraba al frente, aferrados al grueso pelleja del cuello del herboso y mirando desde debajo de sus orejas. Keela y Pell iban en la silla inferior, mirando hacia atrás y abrazándose la una a la otra en muda desesperación.

Ver a esos cuatro niños le recordó al chico que no estaba con ellos, y tuvo que apartar la mirada de Kar Vastor. En su mente veía al lor pelea sosteniendo el cadáver de un chico. Veía el brillo del escudo a través del húmedo lustre de la sangre de Terrel.

No podía mirar a los ojos de Vastor sin odiarlo.

—¿También los niños? —las palabras parecieron amontonarse en la garganta de Mace y abrirse paso por sí solas hacia el otro hombre—. ¿Los entregarás a la jungla?

Es nuestra costumbre. El gruñido de Vastor se suavizó con la comprensión. *Estás pensando en el chico. El del búnker.*

Mace seguía sin poder mirarle a los ojos.

—Estaba capturado. Desarmado.

Era un asesino, no un soldado. Atacó a los indefensos.

—Tú también.

Sí. Y si el enemigo me captura, me darán una muerte peor que la que yo doy. ¿Crees que los balawai me ofrecerán una muerte limpia y rápida?

—No estamos hablando de ellos. Estamos hablando de ti.

Vastor se limitó a encogerse de hombros.

Nick los vio v les hizo una seña sardónica.

—La verdad es que no soy un cuidador de niños —gritó—. Sólo interpreté a uno en la HoloRed.

Su tono era alegre, pero el Maestro Jedi pudo leer en su rostro que sabía con claridad lo que les pasaría a esos niños al anochecer. Mace sintió dolor en su propio rostro, y se tocó la frente para descubrir que tenía el ceño fruncido.

—¿Qué hace él ahí?

Vastor miró más allá de Nick, como si mirarlo fuera un cumplido que el joven korun no se mereciese.

No se le puede confiar un trabajo de verdad.

—¿Porque me dejó atrás para salvar a sus amigos? Chalk y Besh eran combatientes veteranos. ¿Acaso no valían el esfuerzo?

Son prescindibles. Igual que él.

—No para mí —le dijo Mace—. Nadie lo es.

El lor pelek pareció meditar eso un largo rato mientras caminaba, conduciendo al herboso de Mace.

No sé por qué te quiere Depa aquí, dijo por fin. *Pero no tengo por qué saberlo. Ella desea tu presencia: basta con eso. Si eres importante para ella, eres importante para nuestra guerra. Mucho más importante que un mal soldado como Nick Rostu*.

—No es un mal soldado...

Es débil. Cobarde. Teme al sacrificio.

—Arriesgar su misión, su vida, para salvar a sus amigos quizá convierta a Nick en un mal soldado, pero lo convierte en un buen hombre —y como no consiguió resistirse a ello, añadió—: Mejor que tú.

Vastor miró al Maestro Jedi con ojos llenos de jungla.

¿Mejor en qué?

***

De los diarios privados de Mace Windu.

No considero a Vastor malvado. No es un hombre malo de verdad. Irradia oscuridad, sí, pero también lo hacen todos los korunnai. Y los balawai. Su oscuridad es la de la jungla, no la de los Sith. No vive para obtener poder, para causar daño y dominar todo o que contempla. Se limita a vivir. Con ferocidad. Con naturalidad. Desprovisto de las ataduras de la civilización.

Es más un avatar de la misma jungla que un hombre. El poder oscuro entra y sale de él una y otra vez, pero no parece afectarle. Tiene una pureza salvaje que yo, de no ser un Jedi y haberme comprometido con la luz, podría llegar a envidiar.

El negro es la presencia de todos los colores.

No crea la oscuridad, sólo la utiliza. Su oscuridad interior es un reflejo de la oscuridad de su mundo. Y eso oscurece a su vez el mundo que lo rodea. Las oscuridades internas y externas se crean la una a la otra, tal y como lo hacen la luz interna y externa. Ésa es la unidad subyacente en la Fuerza.

Como diría Depa, él no empezó esta guerra. Sólo intenta ganarla.

Y en eso consistía todo. Mis instintos de Jedi habían hecho una conexión por debajo del umbral de mi consciencia. Vastor. La jungla. Los perros akk y los humanos que se habían convertido en la manada de Vastor. Depa. Una oscuridad tan profunda que era como estar ciego. Las palabras de Nick: "La jungla no promete. Existe. No porque la jungla te mate. Sólo porque es así."

La misma guerra.

Hasta mucho más tarde no comprendería adónde me estaban llevando mis instintos, cuando pasara todo un día junto al howdah de Depa en la concha dorsal de su inmenso ankkox, inclinado hacia las cortinas de gasa para oír sus palabras medio susurradas.

Había momentos en que su voz era fuerte y clara, y sus argumentaciones, lúcidas. Y yo cerraba los ojos e ignoraba el balanceo del paso del ankkox, las picaduras de los insectos y la rica podredumbre floral de la jungla: y podía imaginarnos charlando ante dos tazas de té rek en mi cámara de meditación del Templo Jedi.

En esos momentos, ella razonaba con una lógica aterradora.

—Sigues pensando como un juez —me diría luego—. Ése es tu error fundamental. Sigues pensando en términos de imponer la ley. De defender las normas. Fuiste un gran oficial de paz, Mace, pero eres un general terrible. Eso es lo que nos costó tantas vidas en Geonosis, que fuimos allí como jueces. Intentando rescatar rehenes sin que se perdieran vidas. Intentando mantener la paz. Los geonosianos ya sabían que estábamos en guerra..., por eso sobrevivimos sólo unos cuantos...

—¿Y qué debería haber hecho si hubiera pensado como un general? —le pregunté—. ¿Dejar morir a Obi-Wan y Anakin?

—Un general habría soltado una bomba de baradio sobre ese circo —murmuró la sombra al otro lado de los cortinajes.

—No puedes hablar en serio, Depa —empecé a decir, pero ya había dejado de escucharme.

—Ganar la guerra —continuó diciendo—. Ganarla al precio de dos Jedi, una Senadora y varios miles de enemigos.

—Al precio de todo lo que hace que los Jedi seamos lo que somos.

—En vez de eso murieron más de cien Jedi, y tenemos una galaxia en guerra. Millones de seres morirán, y millones más acabarán como ese chico que mató Kar: engañados, furiosos y malévolos. Reúne a un millón de cadáveres y diles que tu ética era más importante que sus vidas...

Para eso no tenía ninguna respuesta sencilla, ni siquiera la tengo ahora.

Pero, como dice Yoda, "hay preguntas para las que respuesta nunca se puede tener. Sólo la respuesta podemos ser".

Eso es lo que debo intentar ser, porque ahora sé lo que significa ser un guardián de la paz en la Galaxia de la Guerra.

Es decir, no significa nada.

La paz no existe. Lo que creímos la Gran Paz de la República no era más que un sueño del que acaba de despertar nuestra galaxia. Dudo que alguna vez volvamos a sumirnos en un sueño como ése.

Nadie duerme así de bien en la Galaxia de la Guerra.

Esta comprensión me llegaría más tarde. En ese momento, en la silla del herboso y mirando a Kar Vastor, con los prisioneros detrás y el ankkox de Depa todavía invisible, muy delante de mí, sólo tenía una insinuación de la misma, una corazonada, un amasijo de sentimientos sin procesar e ideas sin aclarar.

Un instinto.

Pero, de algún modo, mis instintos parecían estar volviendo a funcionar... Motivo por el que hice que Vastor siguiera adelante sin mí. Como le había preguntado mil veces a Depa, cuando era mi padawan...

¿Cuál es la verdadera lección: la que enseña el Maestro o la que aprende el discípulo?

***

Unos pocos pasos por delante de donde los prisioneros balawai se tambaleaban por la jungla, Mace Windu alargó la mano más allá del morro del herboso y cogió las riendas.

—Ya hemos llegado bastante lejos. Déjame aquí.

Vastor se detuvo, mirando hacia atrás por encima de su robusto hombro.

Depa espera.

—Lleva semanas esperando. Esperará unas pocas horas más —por primera vez desde la batalla en el desfiladero, Mace se sentía calmado... Seguro. Pisando suelo firme—. Sigue sin mí. La veré cuando yo lo decida.

Ha enviado a por ti. No se la debe desafiar.

Vastor se volvió y tiró de las riendas, pero Mace las sujetaba con el puño. Era como si las hubieran atornillado a la pared de un barranco.

Los ojos de Vastor brillaron con peligro distante. Relámpagos de una tormenta por debajo del horizonte.

Lamentarás esto.

—Soy un Maestro Jedi, y Miembro del Consejo Jedi —dijo Mace, paciente—. Soy un general del Gran Ejército de la República. No se envía a por mí. Si quiere verme, me encontrará antes del atardecer en el camino de los rondadores de vapor.

Los relámpagos en los ojos del lor pelek se acercaron.

He dicho que te llevaré.

Mace enfrentó su mirada con exactitud.

—Tiene gracia; eso es casi lo mismo que dijo Nick. Tampoco él tuvo mucha suerte en convencerme.

Mis órdenes...

—Son problema tuyo —dejó caer las riendas y separó las manos abiertas. Se quedó completamente inmóvil, completamente relajado, completamente calmado, salvo por el siseo de la Fuerza que formaba un arco como de electricidad estática que unía los pomos de los dos sables láser con sus manos vacías—. A no ser que elijas convertirlo en nuestro problema. Puedes hacerlo ahora mismo, si lo prefieres.

Vastor soltó también las riendas. Se apartó del herboso y se volvió para mirar de frente al Maestro Jedi. Sus inmensos hombros se hincharon y los músculos del pecho se le tensaron, definiendo su musculatura como en un grabado al ácido. El aire se rieló a su alrededor como en un espejismo. Su ira golpeó a Mace en la Fuerza como un viento caliente.

Vendrás conmigo.

—No.

Un poder oscuro se aferró a la voluntad de Mace.

Vendrás conmigo.

Mace resbaló fuera de la silla lentamente, reticente, hasta tocar el suelo. Dio dos pasos hacia Vastor.

Y se detuvo.

—Ya no disfruto de tu compañía —dijo el Maestro Jedi—. Vete. No vuelvas a mi lado sin Depa.

A Vastor se le desorbitaron los ojos. Su boca se movió sin emitir sonidos.

—Tú y yo no deberíamos estar juntos a solas. Podría tener lugar una pelea.

Los tendones sobresalieron en el cuello de Vastor, inclinándole la cabeza hacia abajo y apartándole los labios de sus afilados clientes.

No deseo luchar contigo, dôshalo. Su voz seguía siendo tranquila, pese a la rabia que humeaba de él en la Fuerza. *Depa se enfadará si te encuentra muerto*.

—Entonces será mejor que te vayas —replicó Mace, razonable—. No querrás que Depa se enfade, ¿verdad?

Parecía ser que no. El gruñido de Vastor se afinó hasta ser un ladrido de frustración.

¿Y qué debo decirle que estás haciendo aquí?

—Nada que quiera molestarme en explicarte —Mace se giró hacia su herboso y volvió a cogerlo por las riendas—. Cualquier pregunta que pueda tener Depa, deberá hacérmela ella misma.

Aunque simuló afanarse en ajustar el correaje del herboso, Mace prestaba completa atención a la ardiente mirada que Vastor le clavaba entre los omoplatos. Se mantuvo relajado y equilibrado, dispuesto a saltar en cualquier dirección, si le atacaba el lor pelek.

En vez de eso, sólo oyó un ladrido, un rugido y varios gañidos cortos y profundos. Vastor había dicho algo a uno de los guardias akk que vigilaban a los prisioneros. Tras clavar una última mirada en Mace, que éste notó en la piel como la luz del sol enfocada

a través de una lente, Vastor dio media vuelta y desapareció en la jungla, adelantándose a la hilera de hombres.

Mace le miró partir, con vacía satisfacción en el rostro.

Así se da la bienvenida a un invitado, pensó.

***

El guardia akk con el que había hablado Vastor clavó en Mace una mirada grave que tuvo su eco en los tres perros akk cercanos. Mace los ignoró a todos y, segundos después, el guardia akk se alejó para reunirse con su compañero y los demás akk. Mace captó la mirada de Nick Rostu y le hizo señas para que se acercara. Este entregó a un balawai las riendas del herboso que transportaba a los niños y trotó hasta el Maestro Jedi, manteniendo un ojo fijo en el guardia akk que se alejaba.

—Caray. Esos tíos me dan escalofríos. Esto parecía estar un poco tenso, Maestro Windu. ¿Qué te ha dicho el grandullón?

—Toma, sujétalo —Mace le entregó las riendas de su herboso—. ¿Cuánto has oído?

—Algo de lo que tú dijiste. Menudas agallas tienes. —Nick se estiró hacia arriba para rascar al herboso en el cuello—. Pero Vastor... Igual lo has notado. Sólo se le puede comprender cuando te habla directamente a ti. Cuando habla con otro, siempre suena como si estuviera gruñendo, silbando o haciendo cualquier otro ruido de animal o algo así.

—Sí, he notado algo parecido —dijo Mace despacio, asintiendo—. Pero pensaba que sólo era cosa mía. En el campamento... las cosas eran confusas.

—Por eso parecía como si estuvieras hablando solo, ¿entiendes? En mi cabeza yo lo oigo como una buscona de Pelek Baw. ¿Qué te dijo?

—Intentaba impresionarme con su sentido del deber —dijo Mace secamente.

—Bueno, ¿y ahora qué? No has echado al hombre más peligroso de la Meseta Korunnal sólo para tener una conversación con el presidente de Niñeras de la Jungla Rostu S.A. Debes de tener algo a la vista.

Mace asintió.

—Tenemos algo a la vista. Monta el herboso. Vas a guiar a esos prisioneros hasta el camino de rondadores de vapor para que la milicia pueda encontrarlos y recogerlos.

Nick se quedó con la boca abierta.

—Tenemos... ¿Yo? ¿Por qué iba a querer yo hacer algo así?

—Porque les di mi palabra de Maestro Jedi de que no les pasaría nada si se rendían. No quiero que me conviertan en mentiroso.

—¿Y qué tiene que ver tu palabra conmigo?

—Nada en absoluto. Estoy seguro de que disfrutas imaginándote a Keela destripada por un felino de las lianas. Que cuando piensas en Pell la ves muriéndose de hambre, atrapada en un nido de lianas pegajosas o con los jacunas sacándole los ojos.

Nick parecía incómodo.

—Oye, vale ya de mierda de colmilludo, ¿quieres?

—¿Piensas en los niños destrozados por los colmilludos o arañados por los latonbejucos? Igual tienen suerte y caen en un hueco de la muerte. Al menos eso es relativamente rápido, mientras los gases cáusticos les consumen los pulmones y sus propias lágrimas les abrasan el rostro como si fueran de ácido...

El joven korun apartó la mirada.

—¿Tienes alguna idea de lo que Kar y Depa me harán a mí?

—Tú conoces esta región. Si los guiara yo, acabaríamos perdiéndonos en la jungla. Monta de una vez.

Nick lanzó un bufido.

—Caray, sigues siendo de lo más liberal dando órdenes, ¿eh? ¿Y si no quiero hacerlo? ¿Y si realmente disfruto pensando en todas esas cosas? ¿Y si deseo ver muertas a esas personas? ¿Qué pasaría entonces?

Mace se quedó inmóvil. Miró fijamente a la jungla, y los ojos se le llenaron de oscuridad.

—Entonces te dejaré inconsciente de un golpe —dijo despacio—, y se lo pediré a otro.

Se quedó mirando a Nick.

Nick tragó saliva.

—No volveré a decírtelo —añadió Mace.

Nick subió al herboso.

—Kar Vastor no es el hombre más peligroso de la Meseta Korunnal —dijo el Maestro Jedi, volviendo a mirar a la jungla, esta vez por donde había desaparecido el lor pelek.

Nick negó con la cabeza.

—Sólo dices eso porque no lo conoces bien.

—Lo digo porque él no me conoce a mí —replicó Mace Windu.

CAPÍTULO 10

LA PALABRA DE UN JEDI

Los prisioneros renqueaban en deshilachados grupos, apoyándose unos en otros y mirando nerviosamente a los perros akk que daban vueltas a su alrededor. Mace caminó trabajosamente hacia ellos entre la enredada vegetación, seguido de cerca por Nick montado en su herboso.

—¿Me he perdido algo? —Nick se inclinó hacia delante para hablar en voz baja, rodeando con un brazo el grueso cuello del herboso—. Anoche esos ruskakk querían un pedazo de Windu a la brasa.

—Ese tan pel'trokal —la voz de Mace era igualmente baja y mucho más hosca—. ¿Lo apruebas?

—Claro —Nick miró al herboso que llevaba a los niños y apartó rápidamente la mirada—. Bueno, al menos en principio... —sus ojos vivos se tornaron estrechos y cínicos—. No hace mucho tiempo que Kar acostumbraba a matarlos directamente. No podemos alimentarlos. ¿Qué otra cosa podríamos hacer? Entregarlos a la justicia fue idea de Depa.

—¿Ah?

—Tiene sentido, ¿no? ¿Para qué van a rendirse los balawai si creen que vamos a matarlos de todos modos? Hasta el último de ellos lucharía hasta la muerte. Y eso cuesta caro, ¿sabes? Así que los entregamos a la jungla. Al menos así tienen una posibilidad.

—¿Cuántos sobreviven?

—Algunos.

—¿La mitad? ¿La cuarta parte? ¿Uno de cada cien?

—¿Cómo voy a saberlo yo? —Nick se encogió de hombros—. ¿Acaso importa?

—No para mí —dijo Mace Windu.

Nick cerró los ojos y posó la cabeza en la oreja del herboso, como si estuviera agotado o dolorido.

—Estás chiflado, ¿verdad? Te has vuelto completamente loco.

Mace se detuvo. Un fruncido vertical entre sus cejas se dibujó en su frente.

—No. De hecho, todo lo contrario.

—¿Qué se supone que significa eso?

Pero Mace ya se alejaba andando.

Nick masculló una maldición sobre todos los puñeteros Jedi que tenían nueces de nikkle por sesos, y después condujo al herboso tras él.

—Es el Jedi... No, el otro. El Jedi de verdad —dijo una voz de hombre cuando los prisioneros le vieron llegar.

A Mace le pareció que la voz podía pertenecer al hombre del rondador de vapor, el manco de rostro ceniciento y con una herida en el pecho que no creía en la palabra de un Jedi.

Mace decidió no preguntar lo que quería decir con "el Jedi de verdad".

Algunos de los prisioneros se agolparon en su dirección, alisándose las ropas y forzando una expresión esperanzada. La mayoría se quedaron donde estaban, meciéndose con agotamiento o tropezando con los grandes árboles grises. Algunos se agarraban a las lianas para sentarse lentamente en el suelo.

Varias decenas de metros ladera abajo, los dos guardias akk miraron a Mace con clara hostilidad. Dos de los seis perros akk que vigilaban a los prisioneros se encorvaron malhumorados.

El herboso de los niños estaba guiado por un hombre al que Mace identificó como el padre de Urno y Nykl. Los únicos lugares limpios de su rostro manchado de sangre y suciedad eran dos surcos blanquecinos que unían ojos con barbilla y que habían sido provocados por las lágrimas. El hombre soltó las riendas y se arrojó al suelo, a los pies de Mace.

—Por favor... Por favor, Su Señoría... Su Alteza... —sollozó con el rostro en el suelo de la jungla—. Por favor, no deje que maten a mis niños. llaga conmigo lo que quiera... Me lo merezco, lo sé, siento lo que he hecho, pero mis niños... no tienen la culpa, no han hecho nada... Por favor, yo no... Nunca he visto a un Jedi... Ni siquiera sé cómo debo llamarlo...

—Levántate —dijo Mace con dureza—. Nadie debe arrodillarse ante los Jedi. No somos vuestros señores, sino vuestros sirvientes. Levántate.

El asombrado hombre se puso en pie lentamente. El dorso de su mano dejó un surco de barro bajo su nariz.

—Bueno —dijo—. De acuerdo. Lo que me pase a mí..., podré encajarlo como un hombre..., pero mis niños...

—Lo que te va a pasar es tu vida, y posiblemente también tu libertad. El hombre pestañeó, sin comprender.

—¿Su Señoría...?

—Llámame Maestro Windu —Mace pasó por su lado y abrió los brazos, haciendo señas a todos los prisioneros—. Poneros a mi alrededor. Necesito que os mantengáis muy juntos. No seremos bastantes para buscar a los rezagados.

—¿Señor? —dijo Keela cuando el herboso de los niños llegó hasta él. Se había echado a un lado en la silla inferior para mirar a Mace con ojos húmedos e inyectados en sangre—. Señor, ¿qué van a hacer con nosotros? ¿Dónde está mamá? ¿Va a dejar que nos abandonen en la jungla?

Mace la miró de frente. Su mirada estaba borrosa por las lágrimas.

—No, voy a enviaros de vuelta a la ciudad. Os vais a ir a casa. Todos.

—No hagas promesas que no puedes cumplir —murmuró Nick.

—Nunca lo hago.

—¿No crees que Kar y esos guardias akk de ahí abajo tendrán algo que decir al respecto?

—Soy consciente de su opinión. Yo tengo la mía.

—El tan pel'trokal...

—No significa nada para mí —dijo Mace—. La justicia de la jungla no me importa. Sólo me importa la justicia Jedi. Y me ocuparé de administrarla.

—Justicia Jedi, ¡por las purulentas llagas de mi trasero! Sigues sin entenderlo, ¿verdad? Nada Jedi significa aquí una mierda...

—Ahora comprendo las reglas. Tú mismo te encargaste de leérmelas. Y después Kar Vastor me enseñó lo que significaban. Ahora puedo empezar a jugar.

—Es precisamente eso —insistió Nick—. Ahora estás en la jungla. Aquí no hay reglas.

—Claro que las hay. No seas idiota.

Nick pestañeó.

—Estás de broma, ¿verdad? Estás haciendo un chiste.

—Quédate aquí y mira —le dijo Mace, dirigiéndose hacia los guardias—. Y después dime lo que piensas de mi sentido del humor.

***

El mismo guardia akk al que Mace había pateado se movió para bloquearle el paso. La hinchazón que había dejado el puño de Vastor en la cara del hombre se había vuelto del mismo color púrpura oscuro que las nubes que se espesaban en lo alto. Los músculos se abultaron como bloques de durocemento bajo la piel de su pecho desnudo.

—¿Adónde vas, Windu?

Mace tuvo que echar atrás la cabeza para enfrentarse a la mirada del korun.

—No conozco tu nombre...

—Puedes llamarme...

—No te he preguntado cómo te llamas —le interrumpió Mace—. Sólo digo que no lo sé. No necesito saberlo. Deberías apartarte de mi camino.

Los ojos del guardia parecían irritados, y algo más que ligeramente enloquecidos.

—¿Apartarme de tu camino, pequeño Jedi?

—Voy a llevar a los prisioneros hasta el camino de rondadores de vapor —repuso Mace, moviendo la cabeza en esa dirección—. Puedo pasar por tu lado o pasar por encima de ti. . Tú eliges.

—¿Por encima de mí? ¿Puedes volar, tú? —los vibroescudos sujetos a sus antebrazos ladraron al cobrar vida. Los alzó a ambos lados del rostro de Mace—. Saca tu arma de juguete, pequeño Jedi. Adelante. Sácala.

—¿Mi sable láser? ¿Para qué? —Mace alzó un dedo para darse un golpecito en su propia frente—. Esta es la única arma que necesito.

—¿Sí? —repuso con una sonrisa burlona—. ¿Vas a matarme a pensamientos, tú?

—Me entiendes mal.

A modo de explicación, aplastó la nariz del korun con un brusco cabezazo.

El korun se tambaleó hacia atrás. Mace se movió con él en perfecta sincronización, como si estuvieran bailando, sujetando con la mano los desarrollados bíceps del hombre. Cuando el korun empezó a recuperar el equilibrio, Mace impulsó de nuevo la cabeza hacia delante, de forma natural, y le tiró de los brazos para darle otro cabezazo que unió la frente del Jedi con la punta de la barbilla del korun y provocó un chasquido tan agudo como una roca al partirse.

Mace retrocedió para dejar que el hombre semiconsciente se derrumbara. El otro guardia profirió un ladrido y saltó contra la espalda del Jedi, sólo para encontrarse con el extremo encendido de un siseante sable láser color púrpura.

—Está vivo —dijo Mace con calma—. Igual que tú. De momento. El siguiente de vosotros, patéticos nerfs, que alce una mano contra mí morirá por ello. ¿Entendido?

El korun se limitó a mirarle con el asesinato pintado en el rostro.

—¡Responde! —rugió Mace.

Arrojó el sable láser al suelo, a los pies del korun, profiriendo un rugido convulso. Luego movió la mano más deprisa de lo que podían seguirla los ojos, y clavó un pulgar en la mejilla del korun mientras los demás dedos se hundían detrás de la articulación de la mandíbula. Tiró hacia abajo de la cara del korun hasta tenerla a un centímetro de la suya. Había locura rabiosa en sus ojos.

—¿ME HAS ENTENDIDO?

El sorprendido korun movió la boca sin decir nada. Mace aulló en su rostro.

—¿QUIERES MORIR? ¿QUIERES MORIR AHORA MISMO? ¡HAZ UN GESTO! ¡HAZLO! ¡HAZLO Y MORIRÁS!

El pasmado korun sólo podía pestañear, farfullar e intentar menear la cabeza. Mace soltó la cara del hombre con un empujón desdeñoso que le hizo tambalearse hacia atrás. El Jedi abrió la mano vacía, y el sable láser saltó del suelo para pegarse a la palma. Lo devolvió a la cartuchera que tenía dentro del chaleco.

—No te pongas nunca en mi camino —su voz volvía a ser gélidamente calmada—. Nunca.

Se volvió para mirar a los dos perros akk, que se habían incorporado y gruñían como nubes de tormenta, con las espinas de sus acorazados hombros erizadas.

Mace los miró.

Primero uno y después otro bajaron la cabeza y relajaron las espinas. Luego retrocedieron con el rabo entre las piernas.

Mace miró ladera arriba, donde Nick estaba boquiabierto y maravillado. Los cautivos se amontonaron aún más, sin atreverse a mirarlo a los ojos. Mace les hizo una seña para que se acercaran.

Cuando Nick y el herboso con los niños llegaron junto al guardia derribado, éste ya se removía, pero cuando abrió los ojos y descubrió que Mace seguía parado sobre él, prefirió seguir en el suelo.

—Vale, lo admito —dijo Nick cuando pasaron ante los guardias y los perros—. Eso ha sido muy divertido. Y algo atemorizador. No te había visto nunca furioso.

—Y sigues sin verme —dijo Mace con voz queda—. ¿Recuerdas esas reglas de la jungla que te mencioné antes? Acabas de ver una en acción.

—¿Qué regla era ésa?

—Cuando llega el perro grande, los perros pequeños se echan a un lado —dijo el Maestro Jedi Mace Windu.

***

La lluvia helada caía a través de la cúpula de árboles y los truenos resonaban como turbocohetes de fragatas sobrevolándolos. Aunque apenas era media tarde, la tormenta sumía la selva en la penumbra posterior al crepúsculo. Mace caminaba a pocos pasos detrás del empapado herboso de Nick. Las gotas de lluvia le golpeaban el cráneo y un helado goterón le bajaba por el espinazo. El barro tiraba de sus botas a cada paso, allí donde el moho de las hojas dejaba sitio al suelo desnudo. A veces se hundía tanto que el barro se colaba por la parte superior de las botas. Si podía seguir moviéndose era porque extraía energías de la Fuerza.

No podía imaginar lo que suponía la marcha para los prisioneros heridos.

De vez en cuando, algunos de los pedruscos de granizo que vertía la tormenta en su chaparrón rebotaban a través de las capas de hojas, ramas y lianas, y daban un susto a alguien. La mayor parte se había derretido cuando llegaba al suelo, y los pedruscos se habían reducido al tamaño del puño de Mace; demasiado pequeños para ser peligrosos, pero lo bastante grandes como para hacer crecer irritantes chichones en la cabeza. Los prisioneros balawai recogían los que caían cerca de ellos y los chupaban para derretirlos en su boca. Una vez se limpiaba un poco, ese granizo era la fuente más limpia de agua que podían encontrar, ya que apenas contenían algún resto sulfuroso del humo y los gases volcánicos.

Mace sintió en la Fuerza el feroz y ardiente picotazo de un perro akk que se les acercaba. Un momento después sintió un tirón de la Fuerza en el omoplato derecho. Alargó el brazo para tironear del tobillo de Nick.

—Haz que siga la marcha —dijo, alzando la voz por encima del siseo de la lluvia—. Volveré enseguida.

La sombra de un hombre tomaba forma a pocos pasos de la fila, a través de la penumbra borrosa por la lluvia. Mace caminó hacia ella, rodeando árboles y apartando lianas con un gesto, y descubrió que el dolorido guardia akk se dirigía hacia él cargando con uno de los balawai. El gran akk que había sentido Mace formaba una silueta gris tras el guardia.

—Se cayó éste. Creo que tiene fiebre, yo —el guardia puso al balawai sobre sus pies. Era el hombre herido al que le faltaba la mano—. Mejor que pongas a alguien con él, tú.

Mace asintió mientras pasaba el brazo sano del hombre por encima de sus propios hombros.

—Gracias. Yo cuidaré de él.

El balawai le miró sin reconocerlo.

El guardia les frunció el ceño a los dos.

—Te matará por esto, Kar. ¿Sabes eso, tú?

—Aprecio tu preocupación.

—No es preocupación. Sólo decirlo. Nada más.

—Gracias.

El guardia continuó un instante más con el ceño fruncido, encogiéndose luego de hombros de una forma muy elaborada, antes de volverse y perderse nuevamente en la penumbra.

Mace miró pensativo cómo se alejaba. No le había resultado nada difícil hacer que los dos guardias akk le siguieran. Mientras Nick organizaba a los balawai en algo que se asemejara a un orden de marcha. Mace había subido ladera arriba hasta donde uno de ellos lo miraba en pie, mientras el que había derribado seguía sentado en el suelo, masajeándose la nariz rota.

Mace se acuclilló a su lado.

—¿Cómo tienes la cara? —preguntó con seriedad.

La voz del guardia estaba medio amortiguada por sus manos.

—¿Por qué te preocupas, tú?

—No es ningún deshonor perder ante un Jedi —le había dicho Mace—. Vamos, déjame ver.

Cuando el asombrado guardia akk se apartó las manos del rostro, Mace puso las suyas a ambos lados de la nariz del hombre y le enderezó los huesos con un apretón brusco. El repentino dolor agudo hizo jadear al korun, pero se le pasó tan rápido que no tuvo tiempo ni de gritar.

Después sólo pudo pestañear maravillado.

—Eh... Eh, está mejor, esto. ¿Cómo has...?

—Siento haber perdido el control —dijo Mace, levantándose para incluir al otro guardia akk—. Pero no podía retroceder ante un desafío, ¿lo comprendéis?

Los dos korunnai intercambiaron una mirada, y ambos asintieron con reticencia, como Mace había sabido que harían. Vastor los había entrenado como a perros, y, al igual que los perros, su única forma de reaccionar ante una palmada en la cabeza que sigue a una patada era agitar la cola y esperar que no hubiera más problemas.

—Creo que sois buenos —siguió diciendo Mace—. Fuertes luchadores. Por eso me enfrenté a vosotros con energía. Por respeto. Sois demasiado peligrosos como para que yo juegue con vosotros.

—Tu cabeza es como una piedra cuando golpeas, tú —le dijo el korun de la nariz rota, como si hiciera una concesión generosa. Lanzó una risita, cruzando los ojos para mirar a la sangrante hinchazón que había entre ellos—. La mejor que me he comido.

El otro guardia akk no pudo resistirse a intervenir.

—Y esa forma de cogerme la cara... ¿Era algo Jedi, eso? Nunca lo había visto antes, yo. ¿Puedes enseñarme, tú?

Mace no tenía más tiempo para cumplidos.

—Mirad, sé que coger a los prisioneros me causará problemas con Kar. Y sé que os meteréis en líos por permitir que se vayan conmigo. ¿Por qué no os quedáis con nosotros? Traed a vuestros perros. Mantened a los balawai en la fila y no dejéis que se pierda ninguno. Tampoco es que Kar no sepa adónde vamos. Yo mismo se lo dije. Y si nos acompañáis, él no tendrá ninguna dificultad para encontrarnos. Podéis sentiros unos a otros en el pelekotan. ¿Verdad?

Una vez más intercambiaron miradas, y otra vez asintieron.

—Así, si Kar quiere esos prisioneros, podrá quitármelos él mismo. No podrá culparos de haberlos perdido si él mismo teme enfrentarse conmigo.

Eso resultaba de una lógica irreprochable para un korun empapado en la oscuridad.

—Es verdad —dijo el guardia lesionado—. Es verdad. ¿Se cree que eres un cachorro indefenso con piel de felino de las lianas, él? Que te tire de la cola, él. Lo que eres lo descubriremos enseguida, creo.

Y así fue como Mace Windu adquirió un par de pastores korun para su rebaño de balawai.

Mace había cimentado la ayuda de Nick empleando una técnica similar. Cuando iban a separarse de la columna del FLM, Mace se detuvo pensativo junto al herboso de Nick.

—Nick —empezó a decir—, voy a necesitar un ayudante.

El joven korun le miró de reojo y con sospecha desde lo alto de la silla.

—¿Un ayudante? ¿Para qué?

—Como dijiste al recogerme en Pelek Baw, yo no soy de por aquí. Necesito a alguien que pueda cuidar de mí, darme consejo, ese tipo de cosas...

—¿Quieres consejo? Deshazte de los puñeteros balawai y arrastra tu culo de Jedi de vuelta a la columna. Muéstrate dispuesto a besar a Kar y Depa antes de que ellos te troceen para hacer salchichas. Tienes libertad para pedir cualquier otro consejo.

—Eso es lo que hago.

—¿Eh?

—Necesito a alguien que sepa moverse por aquí. Alguien de confianza.

—Qué puñetera buena suerte —bufó Nick—. Yo no confiaría en nadie de por aquí...

—Yo tampoco. Sólo en ti.

—¿En mi? —Nick negó con la cabeza—. Has perdido del todo la cabeza. ¿No te has enterado? Soy el tío menos de fiar de todo el FLM. Soy el débil cobarde, ¿sabes? Soy el inútil cerebro de mantequilla que no pudo ni traerte desde Pelek Baw sin joderla, y ahora la estoy volviendo a joder siguiéndote en este demencial plan *liberar-a-los-balawai*...

—Eres el único hombre de fiar que he conocido en Haruun Kal —dijo Mace con firmeza—. Eres el único hombre en el que puedo confiar que hará lo correcto.

—Hurra y puñetera hurra. Mira lo que he conseguido con eso.

—Te ha conseguido la oportunidad de unirte al personal de un general del Gran Ejército de la República.

—¿Ah, sí? —Nick parecía interesado—. ¿Cuánto se cobra?

—Nada —admitió Mace, y Nick se quedó boquiabierto; pero el Maestro Jedi siguió hablando—. Pero cuando salga de este planeta me llevaré a mi personal conmigo.

Los ojos de Nick recobraron algo de brillo.

—Con un rango por comisión de, digamos, ¿mayor? Y en cuanto volvamos a Coruscant necesitaré instructores que entrenen a los oficiales en tácticas de guerrilla. Unos meses como asesor de guerrilla selvática y urbana afiliado al Templo Jedi te convertirán en alguien muy atractivo para cualquier capitán de mercenarios que se precie. Puede que hasta consigas tu propia compañía mercenaria. ¿No es eso lo que quieres? ¿O es que te confundo con otro korun cuyo sueño más querido es recorrer la galaxia como mercenario?

—Puedes aportar tu querido... Digo, no, señor. General. Mayor Rostu a las órdenes del general, señor. Ah... ¿No hay que hacer algún tipo de juramento o algo así?

—No lo había pensado, la verdad —admitió Mace—. Nunca antes había reclutado a nadie en el Gran Ejército de la República.

—Siento como si tuviera que alzar la mano derecha o algo así. Mace asintió pensativo.

—Pon la mano izquierda sobre tu corazón, alza la derecha y ponte recto.

Nick lo hizo.

—Esto es..., bueno, ¿sabes?, me siento raro con todo esto...

—No es algo que deba tomarse a la ligera. La Fuerza es testigo de estos juramentos.

—Sí, claro —Nick tragó saliva—. Vale, estoy listo.

—Juras solemnemente servir a la República en pensamiento, palabra u acto; defender a sus ciudadanos, resistir a sus enemigos y defender su justicia con todo tu corazón, tu fuerza y tu mente; renunciar a cualquier otra alianza, obedecer todas las leyes legales de tus oficiales superiores, mantener los más elevados ideales de la República y comportarte en todo momento honrando a la República como su representante, teniendo a la Fuerza como testigo, ayuda y fe.

No ha sonado nada mal, pensó Mace. *Debería anotarlo*.

Nick parpadeó en silencio. Sus ojos parecían vidriosos, y se humedeció los labios.

Mace se inclinó hacia él.

—Di "sí juro", Nick.

—Cre... creo que sí juro —dijo con un tono de maravillada revelación, como si acabara de descubrir algo asombroso sobre sí mismo—. Digo. Sí. Lo juro.

—Ponte recto y saluda.

Nick lo hizo de una forma muy creíble, aunque seguía un tanto aturdido.

—Oye... Oye, siento algo. En la Fuerza... —su aturdimiento fue sustituido por una clara sorpresa—. Eres tú.

—Un soldado en posición de firmes no habla salvo para responder preguntas directas, ¿está claro?

—Sí, señor.

—Lo que sientes es nuestra nueva relación. Tiene una resonancia en la Fuerza no muy diferente al lazo que mantiene un akk con su humano.

—Entonces ¿ahora soy tu perro?

—Nick.

—Vale, vale, me callo. Lo sé. Esto..., señor.

—Descanse, mayor —le había dicho Mace cuando por fin devolvió el saludo del joven korun—. Ponlos en marcha.

Y ahora, mientras el guardia akk desaparecía en la lluvia, Mace llevó al balawai herido hasta el grupo de prisioneros exhaustos. No pudo encontrar a nadie entre ellos que pareciera lo bastante fuerte como para soportar el peso de ese hombre al caminar entre las entrelazadas raíces de árboles y por el lodo que llegaba a la pantorrilla, así que

se limitó a encogerse de hombros y unirse a la marcha, sosteniendo el brazo del balawai alrededor de su cuello.

Continuaron la marcha chapoteando, con la cabeza gacha y encorvando los hombros contra el helado chaparrón.

***

Salieron de entre los árboles en un pequeño promontorio que acababa en un barranco vertical. La jungla hormigueaba en su base, cien metros más abajo. Habían ido descendiendo en un largo zigzag en dirección al suelo de ese cañón. Medio kilómetro más atrás, la cinta de una cascada descendía en una caída de mil metros. La pared más lejana del cañón era una mezcla de verdes, púrpuras y brillantes rojos que eclipsaba medio cielo. La tormenta se aproximaba desde detrás mientras Mace y Nick se apartaban de los árboles, y la ancha curva desprovista de tierra del camino de rondadores de vapor se veía al otro lado de la boca del cañón, a sólo un kilómetro de distancia, brillando a la luz del sol de la tarde, que refulgía con sesgados rayos rojos desde un cielo de cristal.

Mace y Nick iban a pie. Los febriles balawai iban atados a la silla del herboso.

—Ahí está —dijo Nick. Su voz era grave y hosca—. Bonito, ¿verdad?

—Sí. Muy bonito —Mace caminó alrededor del herboso—. Lástima que no lo consiguiéramos.

Cualquier persona sensible a la Fuerza habría podido sentir la amenaza que se abría ante ellos. A Mace le pareció como si un fuego forestal se abriera paso por entre los árboles. No podía sentir con exactitud lo que había allí abajo, pero sabía que era Vastor. Fueran cuales fuesen las fuerzas que había enviado tras él, ahora bloqueaban la boca del cañón.

Nick asintió. Cogió el rifle que colgaba del hombro, comprobó el cargador y lo amartilló.

—No podíamos movernos lo bastante deprisa —miró hacia atrás, adonde los balawai forcejeaban para salir del borde de la espesura. Negó con la cabeza—. Sólo necesitábamos una hora. Nada más. Una hora más y habríamos llegado.

—¿Qué ocurre? —el padre de los niños se unió a ellos cerca del borde del barranco —. ¿Ese es el camino? ¿Por qué hemos parado?

El guardia akk de la cara magullada salió de entre los árboles. Los seis perros akk y el otro guardia estaban dispersos detrás de los prisioneros. Hizo un gesto con la cabeza hacia el espeso arco de peligro que sentían todos ellos menos los herbosos y los balawai.

—Mala suerte, ¿eh? Te dije que Kar vendría, yo.

—Sí —Mace cruzó los brazos—. Era demasiado esperar que nos dejara partir —se volvió hacia el guardia akk—. Puedes ir con él si quieres.

—Puede que lo hagamos, nosotros. —El korun había recuperado parte de su anterior arrogancia. Tenía el pecho henchido y miraba a Mace con un aire de desdén que podría haber resultado convincente de no haber tenido mucho cuidado y mantenerse lejos de su alcance—. No vais a ir a ninguna parte tú, ¿eh?

Mace miró a Nick, que se encogió de hombros compungido.

—Parece que no —dijo Mace.

Nudos de balawai agotados se desanudaron por sí solos y se deshilacharon en pedazos para dejar pasar al guardia akk que se marchaba. Se unió al otro, y ambos se desvanecieron con los perros entre los árboles, fuera del alcance del sol de la tarde.

Nick señaló su propio rifle.

—¿De verdad crees que se unirán a Kar?

—En absoluto —dijo Mace con viveza—. Subirán por la ladera para cortarnos la retirada.

—No me gusta cómo suena eso. ¿Qué vamos a hacer nosotros?

—Dímelo tú, mayor.

Nick pestañeó.

—Estás de broma.

—En absoluto. ¿Qué podemos hacer, dadas nuestras condiciones para una victoria, que son salvar todas las vidas que podamos de estas personas?

—No puedo creer que me lo preguntes a mí.

—No te pregunto qué vamos a hacer —dijo Mace—, sino qué debemos hacer. Deja que lo exprese de otro modo: ¿qué cree Kar que haremos?

—Bueno... —Nick miró hacia el camino que habían seguido hasta allí, y después hacia abajo, en dirección a la boca del cañón y el camino de rondadores—. Deberíamos dividirnos. Si seguimos todos juntos estaremos atrapados y cogidos, ya sea por lo que Kar tenga abajo, o por los guardias del FLM que tenemos detrás. Si los prisioneros se dispersan, alguno podría escapar mientras Kar los va reuniendo.

—Exacto —Mace señaló al padre de los niños—. Tú. Haz que los demás salgan de entre los árboles. Os quiero a todos en estas rocas. De rodillas, con las manos detrás de la cabeza.

El balawai le miró con la boca abierta.

—¿Estás loco?

—¿Sabes algo? —dijo Nick con un suspiro—. Yo se lo pregunto todo el tiempo. Pero nunca obtengo una respuesta clara.

Mace cruzó los brazos sobre el pecho.

—Todos los que no quieran hacer lo que yo digo son bienvenidos a arriesgarse con la jungla y el FLM.

El hombre se volvió, meneando la cabeza.

—¿Qué vamos a hacer nosotros? —preguntó Nick.

—Otra cosa.

—Si no hubieras dicho a Kar que iríamos al camino de los rondadores de vapor, ahora mismo no estaría ahí abajo.

—Sí, nos habría alcanzado en la jungla y no habríamos tenido ninguna oportunidad.

—Espera... Espera, ya lo entiendo... —la comprensión asomó en el rostro de Nick.

Mace asintió.

—En la jungla, los prisioneros se habrían dispersado. Puede que, como dices, algunos hubieran escapado. El espera que nos dispersemos, como tú dijiste. Es el movimiento más evidente desde su punto de vista. Dejar que algunos mueran para salvar al resto. Por eso esperaba que Kar intentara hacer esto, que buscara un lugar donde poder cogemos a todos. Porque Kar y yo tenemos eso en común: con esta gente es todo o nada. Quiere entregar a todos a la jungla. Yo quiero enviar a todos a casa —los músculos se tensaron en su mandíbula—. No estoy dispuesto a obtener vida con la muerte, a no ser que esa muerte sea la mía.

Nick parecía impresionado.

—Kar no es hombre al que sea fácil mentir. Está tan conectado con el pelekotan que resulta arriesgado mentirle. Una vez vi cómo arrancaba la lengua a un tío...

Mace le miró de soslayo.

—¿Quién le ha mentido? Le dije que Depa y él podrían encontrarme esta tarde en el camino de rondadores de vapor. La mentira está en lo que él creyó que yo quería decir, no en lo que dije.

—E hiciste que yo os guiara porque supusiste que él adivinaría el camino que yo tomaría... Y trajiste a los guardias akk con nosotros para que él pudiera rastrearnos...

Mace asintió.

—Pero ¿por qué?

—Para que pudiéramos llegar a un sitio como éste. Estoy seguro de que cree que nos tiene aquí encajonados.

—Y así es.

—Así que no tiene prisa en venir a recogernos. Ahora bien, ¿de qué nos sirve ese camino de rondadores en función de nuestros objetivos? Es una zona despejada y abierta, donde cualquier fragata que pase podría ver a esta gente, y lo bastante amplia como para aterrizar en ella.

—Sí...

—¿De qué le sirve entonces impedir que lleguemos a una zona despejada... —Mace buscó dentro del chaleco y sacó los sables láser. Tiró el de Depa a Nick, que lo cogió con un gesto reflejo— ...cuando lo único que necesitamos es algo de tiempo para que podamos fabricarnos una propia?

Nick se quedó mirando el sable láser de su mano.

—Podría funcionar —admitió—. ¿Y tú quieres que yo enseñe a la gente a guerrear?

Mace se encogió de hombros.

—Esto no es guerrear, es dejarik.

—Sí, claro. Y cuando aparezca Kar serás tú quien vacíe el tablero de piezas. Sigamos adelante —agachó la cabeza siniestramente—. Nos va a matar a los dos, ¿sabes?

El sable láser de Mace dio con la palma de su mano, y una fuente de energía de un metro de largo creció desde el emisor.

—Eso queda por ver.

***

DE LOS DIARIOS PRIVADOS DE MACE WINDU.

Sólo nos llevó unos minutos despejar una zona de aterrizaje. Yo había apilado algunos de los árboles más pequeños con la intención de encender su madera húmeda con mi hoja y crear una enorme hoguera humeante, pero no hizo falta; tres escuadrillas de fragatas pasaron sobre nosotros antes de que termináramos de despejar la zona. No tuvieron muchos problemas en comprender la situación. Veintiocho balawai arrodillados con los dedos entrelazados en la nuca debieron de dejarles las cosas muy claras.

—Parece que lo hemos conseguido —dijo Nick, pero parecía obtener poca satisfacción del éxito—. Los hemos salvado. Ojalá pudieran devolvernos el favor.

Apenas habíamos empezado a cortar cuando ambos sentimos las fuerzas de Vastor cerrándose a nuestro alrededor, como un nudo viviente. Nick comentó entonces que mi pequeño engaño no había funcionado mucho tiempo.

Yo no respondí. Tenía la sensación de que mi verdadero contrincante en esta partida concreta de dejarik no era Kar.

Una de las fragatas giró en circulo sobre nosotros, ofreciéndose como cebo para ver si algún arma oculta abría fuego al ponerse a tiro. Y pude sentir en la Fuerza a los artilleros de su interior, apuntándonos a Nick y a mí con sus cañones láser. Sólo les contuvo nuestra proximidad a los balawai.

Como diría Nick, iba siendo hora de largarse.

Pero antes de irnos me agaché ante el padre de limo y Nykl.

—Quiero que des un mensaje al coronel Geptun.

Parecía desconcertado, y sus palabras se atropellaban con el cansancio.

—¿Geptun? ¿El jefe de seguridad de Pelek Baw? ¿Cómo se supone que voy a conseguir que me vea?

—Te interrogará él en persona.

—¿De verdad?

—Dile que el Maestro Jedi se ha ocupado de su problema Jedi. Dile que esta guerra habrá acabado si desarma a sus tropas civiles y retira a la milicia de la Tierras Altas de Korunnal. Tiene mi palabra de ello.

El hombre me miró con ojos muy abiertos, como si me hubieran salido antenas de la frente, y su asombro no era mayor que el de Nick.

—Una cosa más. Recuérdale que en menos de una semana he resuelto un problema que él no pudo arreglar en cuatro meses.

Me levanté y me paré junto a él para que mi sombra le cubriera el rostro.

—Dile que si no hace lo que le sugiero, él será el problema. Y que tendré que resolverlo a él.

Conduje a Nick hasta el interior de la jungla sin esperar una réplica.

Pero me paré un momento entre los árboles y miré atrás, adonde el padre abrazaba a los niños mientras esperaba a la fragata que descendía.

Adonde Keela abrazaba a Pell, los dos con la cabeza gacha ante el remolino de hojas que levantaban los turbocohetes de la nave.

No espero que me perdonen. Ni siquiera tengo esperanzas de ello. Sólo de que algún día esos niños puedan mirar a un Jedi sin odio en el corazón.

Es la única recompensa que deseo.

***

La noche caía y el sol estaba bajo en la boca del cañón. Tenían claro hacia dónde debían navegar y bajaron a zancadas en el crepúsculo que se espesaba, dirigiéndose al lugar donde la Fuerza indicaba a Mace la máxima amenaza.

—Así que has resuelto el problema Jedi que tiene la milicia, ¿eh? —murmuró Nick mientras coman bajo los árboles—. Creo que eso será una sorpresa para Kar y Depa.

—Kar no me interesa —dijo Mace—. Sólo me interesa Depa. ¿Dónde está el comunicador subespacial más próximo?

—En las cavernas del paso de Lorshan —repuso Nick, encogiéndose de hombros—. Es nuestra base, a sólo unos días de viaje, si alguna vez perdemos de vista a esas puñeteras fragatas. Ahí nos dirigíamos antes, ¿por qué?

—Depa y yo dejaremos este planeta menos de un día después de que me consigas ese comunicador subespacial. No deseo perder más tiempo. Necesito el comunicador para solicitar nuestra extracción.

—Y conmigo, ¿no? No irás a dejar atrás a todo tu personal, ¿verdad?

—Ya has visto lo que vale mi palabra.

—¿No crees que podrías enviarme a mí primero? Porque no quiero estar en ninguna parte de este sector cuando Kar descubra que ella se marcha.

—Déjame a Vastor a mí.

—Y, esto, Maestro General, señor. ¿Has pensado en lo que harás si ella no quiere irse?

—Tengo un rehén.

—¿Un qué? ¿Te permiten hacer eso? Quiero decir, ¿los Jedi cogen rehenes?

—Hay un rehén que sí puede coger un Jedi de forma legal. Espero no tener que llegar a eso.

—¿Has pensado que igual a ella le importa un cubo de mierda de colmilludo ese rehén?

—Lo he pensado —dijo Mace. Su voz era fría, pero el pensamiento se retorció en su vientre como un cuchillo al rojo.

Nick se paró en seco.

—¿Has pensado que igual ninguno de nosotros dos llega a vivir tanto?

Dijo esto por los doce rugientes perros akk que se habían materializado alrededor de ellos, como si la jungla los hubiera dado a luz con la llegada del crepúsculo.

***

La furia resoplaba en la Fuerza como el vapor de sus narices.

Los seis guardias akk salieron de entre la penumbra de los fantasmales árboles. Llevaban los vibroescudos sobre los bíceps, con las manos libres para sostener los rifles de asalto y los lanzagranadas.

Armas para cazadores que acechan presas humanas.

Los seis llevaban el equivalente humano del rictus del akk.

Ninguno de ellos habló.

Era posible que, en ese momento, ninguno de ellos recordara cómo hacerlo.

La Fuerza vibraba con ira, como si todos ellos resonaran con una sola nota armónica. Mace sintió entonces el poder del lazo que los unía en la Fuerza, pero que no los unía unos con otros. Ninguno de los guardias akk tenía un enlace con un perro como el que Chalk había tenido con Galthra.

Los dieciocho, hombres y perros por igual, estaban enlazados no unos con otros, sino con un único otro, como si fueran los radios de una rueda en la que él era el centro.

La furia que percibía Mace era la de Kar.

Reconoció su sabor distintivo.

—Después de todo, puede que Kar esté algo molesto por lo de los prisioneros.

Nick estaba parado espalda contra espalda con Mace, allí donde una vez habría estado Depa.

Donde debería estar Depa.

Donde estaría en ese momento en cualquier universo cuerdo.

Mace oyó el chasquido familiar de una hoja al extenderse, y se volvió hacia Nick.

—Dame eso.

Los ojos del joven korun refulgieron verdes con el brillo de la hoja.

—¿Con qué se supone que voy a pelear entonces? ¿Con mi afilado ingenio?

Lo cual le habría servido contra doce perros akk tanto como un sable láser, pero Mace no se lo dijo.

—No vas a luchar.

—Eso dices tú.

En vez de discutir, Mace alargó la mano más allá de la hoja y dio un golpecito en la nariz de Nick, como si apartara una mosca.

Nick pestañeó, se encogió, profirió una obscenidad por reflejo, y cuando recordó que tenía un sable láser en la mano, éste ya estaba en las de Mace.

—Vastor es un depredador, no un villano de HoloRed. No nos retiene aquí para vanagloriarse de ello. Si planeara matarnos, ya estaríamos muertos.

—Entonces ¿por qué nos retiene aquí?

Una enorme sombra se acercaba entre los árboles, baja y grande, con patas dobladas a los lados e inmensos pies de extendidas garras.

—Oh, ya entiendo —respiró Nick—. Va a traer a Depa.

CAPÍTULO 11

REHÉN

La inmensa sombra se acercó con estrépito. Su caminar era una sinfonía de árboles astillándose.

Era un ankkox.

Un enorme saurio acorazado, el mayor animal terrestre de Haruun Kal. Los ankkox son el doble de grandes que los herbosos, tienen más de la masa y media de un bantha adulto, pero son de constitución baja y ancha, con una ancha concha dorsal, como un plato de sopa ovalado bocabajo. La de éste tenía casi tres metros de ancho y bastante más de cuatro metros de largo. En la concha de la cabeza, un disco convexo acorazado que cubría esa parte de la bestia, llevaba atornillada una silla de pastoreo. Cuando un ankkox retraía patas y cabeza, la concha de ésta y las de sus seis rodillas encajaban en las aberturas de su caparazón con el hermetismo de una escotilla, permitiendo al animal sobrevivir a las emisiones de gas volcánico que pidieran llegar hasta él.

Su conductor no se sentaba en la silla, sino que estaba parado tras ella, con las piernas abiertas sobre la coraza de la cabeza, y enarbolando una larga pértiga que terminaba en un gancho de aspecto afilado, y que empleaba para dirigir el paso del ankkox. Dos escudos de ultracromo con forma de lágrima estaban alzados hasta sus bíceps.

Era Kar Vastor.

Sólo se movía para dirigir al ankkox. Su rostro carecía de expresión. Ni siquiera miró a Mace y a Nick.

El aire que lo rodeaba vibraba con su furia.

El ankkox doblaba los árboles pequeños al pasar, limitándose a aplastar los arbustos bajo sus pies del tamaño de deslizadores. Para permitir el paso del ankkox entre los árboles, cuya separación era demasiado estrecha para dar cabida a su enorme concha, y que eran demasiado grandes para apartarlos, Vastor empleaba el aguijón, con el que indicaba puntos concretos en sus troncos que eran golpeados por un objeto sibilante, invisiblemente rápido, que impactaba con potencia suficiente como para destrozarlos y así permitirle pasar. Era la cola de maza de la criatura.

La única parte del cuerpo del ankkox que no estaba acorazada cm su cola extensible, musculosa y sorprendentemente flexible. La punta de la misma acababa en una gruesa bola redonda acorazada. Un ankkox adulto podía agitar la cola más deprisa de lo que podía ver el ojo humano, y emplear esa maza para golpear con precisión objetivos situados hasta a ocho metros de distancia, y con potencia suficiente como para aturdir a un perro akk o derribar un pequeño árbol.

Hubo un tiempo, anterior a la reapertura de Harun Kal a la galaxia civilizada, en que el arma tradicional de los pastores korun era una maza arrancada a un ankkox joven. Algo peligroso de adquirir, difícil de usar y de consecuencias letales.

En el bulto central de la concha dorsal del ankkox se había levantado una howdah, una pequeña cabina acortinada de dos metros por tres, apenas más grande que el alargado diván de su interior, con paredes de madera de lamma. El baldaquín acortinado era ligeramente más alto que Mace y estaba rodeado por una barandilla pulida situada a cosa de un metro de alto sobre la concha. Las cortinas, por no mencionar la madera, finamente trabajada, debían de ser parte del botín saqueado a alguna casa balawai. Las cortinas, con sus múltiples capas de encajes de gasa, eran translúcidas como el humo.

Mace podía ver la silueta, con la puesta de sol detrás de ella.

El ankkox se paró con un crujido atronador, descansó sobre su concha ventral y emitió un largo siseo entre dientes semejante al que hace el gas al escapar de las bolas neumáticas de un tren de aterrizaje. Vastor metió el aguijón en la cartuchera atornillada a la concha de la cabeza del ankkox, dio un paso por encima de la silla de pastoreo y cruzó los brazos de gruesos músculos.

Miró a los ojos del Maestro Jedi.

Los perros akk empezaron a gruñir en tono grave, con un sonido que se sentía más que oía, como el temblor subterráneo de un inminente terremoto.

El viento dejó de soplar. Hasta el rumor de las hojas enmudeció.

En el silencio del día que desaparecía, la Fuerza mostró a Mace un punto de ruptura.

"*La oscuridad de la jungla, no la de los Sith*."

Vida sin los obstáculos de la civilización.

—Estamos acabados —dijo Nick—. Te das cuenta, ¿verdad? Tan acabados como la comida de hace una semana. ¿Cómo llaman a esto en el ejército? ¿Ayudar y apoyar al enemigo?

—Guarda silencio. No llames la atención sobre tu persona.

—Una gran idea. Igual se le olvida que estoy aquí.

—No se trata de ayudar y apoyar al enemigo. Si esto fuera un asunto militar, ya nos habrían arrestado. Nos llevarían para tener alguna clase de juicio espectáculo que pudiera presenciar el resto del FLM. En vez de eso, estamos en la jungla, y los únicos testigos son Kar, Depa y esos akk, tanto humanos como saurios.

—Así que se limitarán a matamos.

—Con algo de suerte, esto será una pelea entre perros.

—¿Una pelea entre perros? ¿Si tenemos suerte? Ya, vale. No voy ni a intentar entender eso. Tú limítate a decirme lo que se supone que debo hacer.

—Se supone que debes recordar que eres un oficial del Gran Ejército de la República.

—He hecho el puñetero juramento hace tres horas...

—Tres horas o treinta años. Eso da igual. Has jurado comportarte de forma digna, como un oficial de la República.

—Y supongo que eso descarta el hacérmelo en los pantalones o llorar como un bebé, ¿verdad?

—Manténte calmado. No muestres debilidad. Considera a Vastor un akk salvaje, no hagas nada que despierte su ansia de presa. Y cállate.

—Oh, claro. ¿Es eso una orden, general?

— ¿Que sea una orden contribuirá a que lo hagas?

Arriba, en la concha del ankkox, Vastor los miraba en silencio mientras en el aire que lo rodeaba se formaba una aurora de furia. Sólo entonces se enfrentó Mace a la mirada del lor pelek.

El Jedi permitió que sus labios dibujaran una insinuación de desdén.

—¿Qué estás haciendo? —susurró Nick.

La mirada de Mace no se alteró.

—Nada de lo que necesites preocuparte.

—Esto, igual debería habértelo dicho —murmuró el joven korun con nerviosismo—. A Kar no le gusta que le miren fijamente.

—Lo sé.

—Se enfadará.

—Ya está enfadado.

—Sí. Y lo vas a enfadar más aún.

—Esa es mi intención.

—¿Sabes? Voy a renunciar a preguntarte si estás loco. Considerémoslo una pregunta permanente, ¿vale? Cada vez que abras la boca considera que me estoy preguntando si se te están saliendo las nueces de nikkle por las orejas. "Buenos días, Nick" ¿Estás loco? "Bonito día, ¿verdad?". ¿Estás loco?

—¿Te vas a callar? —siseó Mace por la comisura de la boca.

—¿Estás loco? —Nick agachó la cabeza—. Perdón. Ha sido un reflejo. La mandíbula de Vastor se movió, y un gruñido sin palabras escapó de sus apretados labios.

Se envió a por ti.

Mace suspiró con aire aburrido.

El gruñido de Vastor se espesó.

El desafío tiene un precio.

Nick inclinó la cabeza, frunciendo el ceño.

—¿Esto no es por los prisioneros?

Mace le miró de reojo. Nick le había entendido. Por tanto, Vastor se dirigía a los dos... O más bien a Mace, pero, al menos en parte, de cara a Nick. Alzó la mirada hacia la howdah.

Probablemente también de cara a Depa.

—Claro que es por los prisioneros —dijo Mace en voz baja—. Sólo se está calentando. Síguele la corriente.

Mace enganchó los pulgares en el cinturón y caminó de forma casual hacia delante.

—Ya te lo dije: no se envía a por mí. La veré ahora, dado que la has traído hasta mí como ordené.

La aureola que rodeaba a Vastor se acentuó, pero él se mantuvo completamente inmóvil. Su gruñido se afinó hasta ser la tos cazadora de un felino de las lianas.

Yo no acepto órdenes. Depa está aquí a petición propia.

—¿Ah?

Vino a despedirse de ti.

—Yo no voy a ninguna parte.

La respuesta de Vastor fue un silencioso y sonriente bostezo que mostró todos sus dientes inhumanamente afilados. Hizo un gesto y el círculo de akk y humanos se abrió ante él.

—¡Te dije que iba a matarnos! —siseó Nick—. ¡Te lo dije! ¡Vaya, cómo odio tener razón!

—Ya te dije antes que vieras a Vastor como un akk salvaje. No nos matará a no ser que no haya otra forma de obtener lo que quiere.

—¿Ah, sí? ¿Y qué quiere?

—Lo mismo que cualquier perro akk: dejar clara su posición de poder. Defender su territorio. Y su manada.

—¿Y crees que no nos matará por quitarle esos prisioneros? Mace se encogió de hombros.

—Al menos no a ti. Tú eres un subordinado, no cuentas de verdad.

—Ah, ya. Muchas gracias... —Nick se calló a medio sarcasmo y se mostró pensativo —. ¿Sabes una cosa? Creo que de verdad yo quería decir eso.

—Te lo agradezco.

Vastor giró el aguijón con gancho, y el ankkox se tambaleó hacia Mace y Nick, trazando amenazadores arcos con su cola de maza.

—Bueno, ¿qué? —repuso Nick, todavía entre dientes—. ¿Crees que va a echarte de aquí? ¿"Tienes hasta la puesta de sol para salir de mi planeta'?

—Algo así.

—¿Y qué hay de ese rehén que mencionaste?

—Habrá que ver si lo necesitamos.

—Esto, no seré yo, ¿verdad? Porque, verás, a decir verdad, no creo que Depa me aprecie tanto... Ni nadie, ¿sabes? Pero nada.

—Calla.

El ankkox se detuvo. La curva en pico de la concha de su cabeza, del tamaño de un deslizador, descendió hasta el suelo ante los pies de Mace. Los ojos de la bestia eran anaranjados y dorados, y grandes como la cabeza de Mace, y miraba hacia arriba desde debajo de la curva de la concha con melancólica paciencia sauna.

Vastor saltó al suelo.

Ve a despedirte. Te irás a continuación.

—Buen perrito... —dijo Nick con una sonrisa forzada. Lanzó una débil risita—. Buen...

La inmensa mano izquierda de Vastor se dirigió contra Nick en una bofetada cegadora que le habría arrancado la cabeza antes de que pudiera pestañear..., pero el enorme brazo fue interceptado por el giro de la mano abierta de Mace.

Los dedos de Mace se cerraron momentáneamente alrededor de la muñeca de Vastor.

—Está conmigo —dijo, y, antes de que el lor pelek pudiera reaccionar, soltó a Vastor y propinó un revés a Nick que lo arrojó al suelo.

Nick cayó al suelo cubierto de moho, encogido, aturdido y mirando a Mace con sorpresa. Mace le envió una pulsación tranquilizadora mediante su conexión en la Fuerza: un disimulado guiño invisible.

Nick le siguió la corriente.

—¿A qué ha venido eso?

El Maestro Jedi le hundió un dedo en el rostro.

—Eres un oficial del Gran Ejército de la República. Compórtate como tal.

—¿Y cómo se comporta uno?

Mace se volvió hacia Vastor.

—Me disculpo por él.

Vastor gruñó.

Su madre es quien debería disculparse.

—Cualquier problema que tengas con él, háblalo conmigo —Mace tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirar al lor pelek a los ojos—. Antes golpeé a uno de tus hombres. También me disculpo por eso —se enfrentó con cansancio a la mirada tija de Vastor—. Debería haberte golpeado a ti.

Eres el Maestro de Depa y mi dôshalo, y no te deseo ningún daño. El rumor de Vastor se tornó grave y aterciopelado. *No vuelvas a tocarme.*

Mace suspiró, mostrándose todavía aburrido.

—No te levantes —dijo a Nick. Luego miró a Vastor—. Disculpa.

Y rodeó al lor pelek para saltar a la concha dorsal del ankkox.

Tuvo tiempo de preguntarse si su aparente confianza había engañado a alguien.

***

Mace miró a la howdah, a sólo uno o dos pasos de distancia. La boca se le había secado por completo.

Seguía sin poder sentirla.

Incluso tan cerca, por fin, tras todo este tiempo, cualquier presencia que ella pudiera tener en la Fuerza se fundía de modo invisible en la noche selvática que los rodeaba.

Volvió a notar un peso en su corazón, el que había nacido varias semanas antes en el despacho de Palpatine. El que se había acrecentado en Pelek Baw y casi le había aplastado anoche, en el búnker del campamento. Se había aligerado de algún modo en el transcurso de esa larga tarde, quizá porque había estado seguro de hacer lo correcto.

Lo único correcto.

Y ahora estaba a un metro de verse cara a cara con ella, con su padawan, con su protegida. La mujer por la que había dejado atrás Coruscant, el Templo Jedi y las simples abstracciones de la guerra estratégica; por la que se había internado en esa jungla; por la que se había sometido a la cruda, complicada e intratable realidad que había tras unas estrategias que le habían parecido muy limpias y sencillas cuando estaba en las higiénicas cámaras del Consejo.

Para descubrir que, una vez más, no sabía lo que debía hacer.

El mero hecho de ver su sombra tras las cortinas hacía tambalear su idea sobre lo que era correcto o incorrecto.

Las palabras de Palpatine se repitieron en su mente.

"Depa Billaba fue vuestro padawan. Y quizá sea también su amia más íntima, ¿no es así?"

¿Lo es?, pensó Mace. *Ojalá lo supiera*.

"¿Está usted seguro de que podrá matarla si surge la necesidad?"

En este momento no estaba seguro ni de si podría mirarla.

"...me he convertido en la oscuridad de la jungla..."

Una esbelta mano morena cuya palma tenía esa forma, esa suave textura de venas, tendones y huesos que conocía tan bien como la suya, agarró el borde las cortinas con dedos largos pero fuertes, de uñas rotas y negras por la suciedad. La cortina estaba sucia, manchada de moho y recosida a mano con hilos negros que parecían cicatrices contra el encaje. Se envolvía en la mano a medida que ésta la apartaba lentamente. El corazón de Mace le martilleó con fuerza, y el Jedi estuvo a punto de darse la vuelta. Debió suponer que nunca la vería al alba, al principio de un día, ni siquiera entre una lluvia de fuego escupida por los cañones de una fragata: debió suponer que eso sólo era un deseo anhelado, un consuelo de la Fuerza: debió saber que sólo podrían volver a verse a la sombra del crepúsculo...

Pero el miedo también conduce a la oscuridad.

Ya me he enfrentado a esta oscuridad en la jungla, pensó. *La he sentido en mi corazón. La he combatido mano a mano y mente a mente ¿Por qué debería temer verla en su rostro?*

El nudo de su estómago se aflojó.

Toda la ansiedad le abandonó. Toda la oscuridad resbaló de él. Estaba vacío de todo salvo del cansancio, los dolores de su castigada carne y una reposada expectación Jedi. Estaba dispuesto a aceptar el vuelco de la Fuerza, conllevara lo que conllevara.

Ella apartó la cortina.

Estaba sentada al borde de un largo diván acolchado. Llevaba los andrajos de la túnica Jedi sobre el áspero tejido casero de un korun de la jungla. Tenía el pelo tal y como lo había visto en el campamento: desigual, grasiento y mal cortado, como si hubiera empleado un cuchillo para cortárselo sin la ayuda de un espejo. Tenía el rostro tan demacrado como lo había visto, con pómulos afilados y mandíbula progresivamente prominente. a cicatriz estaba allí, desde una comisura de su boca, afilada por el esfuerzo, a la punta de la mandíbula...

Pero en vez de una venda llevaba una sucia tira de tela atada sobre la frente, ocultando la Marca Mayor de la Iluminación.

O la cicatriz que había dejado...

La Marca Menor aún brillaba, dorada, en el puente de su nariz; y pese a tener los ojos doloridos e inyectados en sangre, su mirada era clara y franca, y, al final, era Depa Billaba.

Al margen de todo lo que pudiera haberle pasado, visto o hecho. Seguía siendo Depa.

Ella curvó la boca en una sonrisa, haciendo un esfuerzo que casi le parte el corazón a Mace. Extendió una mano que tembló ligeramente cuando Mace la cogió. La notó frágil en la suya, como si tuviera huesos huecos como los de un pájaro, pero le agarraba con fuerza y calidez.

—Mace —dijo despacio. Una única lágrima, como una joya, asomó en un ojo—. Mace. Maestro Windu.

—Hola. Depa —Mace se abrió el chaleco y sacó el sable láser de ella—. He guardado esto para ti.

Su mano tembló más aún cuando la alargó para cogerlo.

—Gracias, Maestro —dijo despacio, con agotada formalidad—. Me siento honrada al recibirlo de tu mano.

Su sonrisa se tomó más auténtica. Ella miró su sable láser, dándole vueltas en la mano como si no consiguiera recordar para qué servía. Bajó la cabeza hasta que él no pudo verle los ojos.

—Oh, Mace... ¿Cómo has podido?

—¿Depa?

—¿Cómo puedes ser tan arrogante? ¿Tan estúpido? ¿Tan ciego? —aunque sus palabras eran furiosas, su voz sólo sonaba cansada—. Quisiera... Debiste venir hasta mí, Mace. Directamente hasta mí. Esas personas... no valían todo esto. No me sirve que no lo supieras. Debiste preguntarme a mí... Yo te lo habría dicho...

—¿Por qué debían morir niños inocentes?

Ella agachó aún más la cabeza.

—Todos tenemos que morir, Mace.

—No he venido a discutir contigo, Depa. He venido para llevarte a casa.

—A casa... —repitió ella, y volvió a alzar la cabeza. Sus ojos eran horizontes insondables: infinitamente profundos e infinitamente oscuros—. Empleas esa palabra como si tuviese algún significado.

—Para mí lo tiene.

—Pero no significa nada. Ya no. Ni siquiera para ti. Sólo que aún no te has dado cuenta —suspiró con una risa hueca, amarga y tan oscura como sus ojos, y agitó la temblorosa mano en dirección a la jungla que los rodeaba—. Esto es mi casa. Tanto como puede serlo cualquier otro lugar. Para cualquiera de nosotros. Para todos nosotros. Te he traído para que lo aprendas, Mace, pero lo has estropeado todo. Todo se desmorona y se dispersa en todas direcciones. Todo ha salido mal y ya es demasiado tarde, y debía haber imaginado que acabaría pasando así, debería haberlo imaginado ¡porque eres demasiado arrogante para ocuparte de tus propios asuntos!

Su voz se había ido elevando hasta convenirse en un chirrido, y una gota de sangre asomó en una grieta de su labio inferior.

—Tú eres mi asunto aquí.

—Exacto. ¡Exacto! —ella le cogió de la muñeca y lo atrajo hacia sí con sorprendente fuerza—. Yo era tu asunto aquí. Esas personas no tenían nada que ver contigo. Ni tú con ellas. Pero no puedes dejar de ser un Jedi —dijo con amargura—. Pase lo que pase. Si está en juego la existencia de toda la Orden Jedi tienes que jugar al héroe de la

HoloRed. Ahora lo que te traía aquí se ha ido a paseo. Está destruido. Todo se ha perdido. Es demasiado tarde. Demasiado tarde para todos. Tendrás que marcharte, Mace. Tendrás que marcharte ahora mismo, o Kar te matará.

—Pienso hacerlo. Y tú te vendrás conmigo.

—Oh —dijo ella. El fuego de su interior se apaciguó, y su fuerza con él. Su mano se volvió floja en el brazo de Mace—. Oh... Tú crees... Tú crees que podré irme...

—Debes irte, Depa. No sé qué crees que te retiene aquí...

—Tú no lo entiendes. ¿Cómo podrías...? No lo has visto... No te lo he enseñado... No puedes comprenderlo...

Mace pensó en su alucinación en el campamento.

—Lo comprendo —dijo despacio—. Comprendo todo lo que hay que comprender. Y ahora lo creo.

—¿Comprendes que yo no estoy al mando aquí?

—¿Lo está alguien? —repuso, encogiéndose de hombros.

—Exacto —dijo ella—. Exacto. El Maestro Yoda... El Maestro Yoda habría dicho: "Ves, pero no ves".

—Depa...

—Si estás vivo ahora es porque Kar no quiere molestarme. Es el único motivo. No porque yo pueda ordenarle lo que tiene que hacer, sino porque yo se lo pedí. Le pedí que te diera la oportunidad de irte... Porque a Kar..., porque a Kar le gusto...

Mace se volvió y miró a las personas y a los akk que había en la jungla. El crepúsculo se estaba recrudeciendo, y las lumilianas empezaban a latir con vida. Los akk se removieron, incómodos, murmurando rugidos entrecortados y graves en sus enormes pechos. Nick se sentaba en el suelo, con las rodillas levantadas y rodeadas por sus brazos. Mantenía la cabeza gacha, evitando cuidadosamente mirar a Vastor. El lor pelek se movía de un lado a otro ante la cabeza del ankkox, acechando como un felino de las lianas hambriento, lanzando furtivas miradas a Mace y Depa, y apartando a continuación la mirada, como si no quisiera que le sorprendieran mirando.

—¿Vastor manda el FLM...?

—¡El FLM no existe! —siseó Depa—. El FLM es sólo un nombre, nada más. ¡Yo me lo inventé! El Frente de Liberación Mesetario no es más que algo inventado a lo que echar la culpa de todos los ataques, emboscadas, robos, pequeños sabotajes y no sé qué más. La milicia se está volviendo loca buscando una pauta a nuestros ataques, intentando adivinar cuál es nuestra estrategia. Porque no hay ninguna pauta. Ni una estrategia. No hay ningún FLM. Sólo este clan, y esa familia, y esa banda aquí y esa otra allí. Eso es todo. Sólo bandidos y asesinos korun harapientos.

—Tus informes...

—Mis informes —parecía como si ella quisiera agarrarlo y sacudirlo, pero estuviera demasiado cansada para hacerlo—. ¿Qué debería haber contado? Ya has visto un poco de Haruun Kal. ¿Qué podría haber dicho para hacerte comprender?

—No tienes que hacerme comprender nada. Sólo tienes que venir conmigo.

—Mace, escúchame: No puedo —se derrumbó y bajó el rostro hasta sus manos—. Kar esta dispuesto a dejarte marchar sólo porque yo me quedo. Para mantenerte lejos de mí. Si me voy contigo... ¿Irnos por la jungla, Mace? Piénsalo. A pie, sobre herbosos. Incluso en un rondador de vapor. ¿Todo el camino hasta Pelek Baw? ¿Es que no has visto ya lo suficiente de Vastor como para saber que no estarías a salvo en ningún lugar de la jungla?

El peso en el pecho de Mace se aligeró, sólo una pizca. Tragó saliva y descubrió que respiraba con más facilidad.

Ella tenía miedo por él. No había caído tanto como para que dejara de importarle.

Ahí estaba su victoria.

—No vamos a cruzar la jungla —dijo—. Tengo una nave estacionada con un batallón de soldados. Tengo el comunicador averiado, o ya estaríamos de camino. Nick dice que tenéis comunicadores subespaciales en las cavernas del paso de Lorshan. Podremos abandonar este sistema al día siguiente de llegar allí.

Ella volvió a alzar la cabeza. Seguía sin haber esperanza en sus ojos.

—Necesitaremos dos días para llegar hasta allí. Y Kar te matará si sigues aquí dentro de dos horas. Dentro de dos minutos.

—Déjame a Vastor a mí —Mace se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en la pulida barandilla de la howdah—. No voy a irme sin ti.

—Tienes que hacerlo.

—Deja que te lo diga de otro modo.

Mace respiró hondo.

—Maestra Depa Billaba, en nombre de mi autoridad como miembro del Consejo Jedi, y general del Gran Ejército de la República, queda relevada del mando de las fuerzas de la República en Haruun Kal, tanto militares como civiles. Queda relevada de todos los deberes y responsabilidades en la acción de este planeta. Queda suspendida del Consejo Jedi y pendiente de una investigación sobre sus actos en Haruun Kal, y se le ordena que proceda con la premura debida a desplazarse a Coruscant, donde se presentará ante el Consejo para ser juzgada...

Depa negó con la cabeza.

—No puedes... No puedes...

—Depa —dijo Mace con tristeza—, quedas arrestada.

—Esto es ridículo...

—Sí. Y lo digo completamente en serio. Me conoces, Depa. ¿Cuántos arrestos hicimos en todos esos años? Sabes que entregaré a mi prisionero o moriré en el intento.

Ella asintió despacio y volvió a encontrar la sonrisa, una sonrisa triste y tranquila marcada por la amargura del conocimiento.

—¿Aceptas mi palabra? ¿Si te doy mi palabra de no... intentar escaparme?

—Siempre confiaré en ti, Depa.

Unas lágrimas repentinas chispearon nuevamente en sus ojos, y ella apartó la cara.

—¿Cuántas veces más vas a obligarme a salvarte la vida?

—Sólo esta vez más. Puedes venir conmigo o puedes verme morir. Tú decides.

Los hombros de ella se estremecieron y empezaron a temblar. Mace pensó por un momento que estaría llorando, pero entonces la suave risa llegó a sus oídos.

—Te he echado de menos, Mace —sus ojos brillaban con lágrimas—. No puedo decirte cómo te he echado de menos. Por supuesto, sabías el lugar exacto donde se desmoronarían mis defensas. Pero yo no soy tu verdadero problema —dijo ella cansinamente—. ¿Qué vas a hacer con Kar?

—Tú eres mi único problema —le dijo Mace—. Encontré tu punto de ruptura, ¿crees que no veré el suyo?

—No creo que tenga uno.

—Eso queda por ver.

—Tú y tus puntos de ruptura —su triste sonrisa resultaba deslumbrante en ese rostro manchado por las lágrimas—. ¿Quién sino Mace Windu habría pensado en tomarse como rehén a sí mismo?

Mace inclinó la cabeza a la derecha, en un encogimiento de hombros korun.

—Yo era el único disponible.

***

Mace saltó ligero del ankkox.

—Kar Vastor. Tenemos que hablar.

No tenemos. Vastor no le miró a los ojos. *Como dijiste, la próxima vez que nos viéramos podría haber una pelea*.

—Lo que dije fue que la próxima vez que estuviéramos solos podría haber una pelea —repuso Mace perezosamente—. Pero te concedí demasiado crédito. Porque por eso has traído a todos tus cachorros, ¿verdad? Desde luego, no parecías interesado en verte conmigo sin ellos.

La cabeza de Vastor giró como la torreta de un rondador de vapor.

¿Qué?

—¿Tienes algún problema conmigo? —Mace abrió las manos—. Aquí me tienes.

Los tendones del cuello de Vastor inclinaron su cabeza centímetro a centímetro.

Ella no te quiere herido.

—¿Depa? ¿Piensas esconderte siempre tras ella? —Mace cruzó los brazos—. Siempre tienes una razón para echarte atrás, ¿verdad? Admiro tu... creatividad.

Los guardias akk miraban fijamente.

Los doce perros akk se encogieron y tensaron las ancas, azotando las colas hacia delante, más allá de las espinas de los hombros, dispuestos a saltar. Vastor ladró y se lanzó compulsivamente más allá de Mace. Cogió a Nick por el brazo y puso en pie al joven korun, sujetándolo en dirección a Mace.

—Eh, oye, auch, ¿eh?

Tengo herbosos ensillados y con suministros. Cógelos a ellos y al chico, y vete.

Sus dientes afilados parecieron brillar en la penumbra de las lumilianas.

Cógelos y vive.

—Verás, no me impresiona tu tono —dijo Mace.

Vastor abrió mucho los ojos. Su boca se movió en silencio.

—Y quita las manos de encima a mi ayudante. Ahora.

Vastor encontró la voz: un rugido de negra rabia. Un violento empujón envió a Nick tambaleándose hacia delante. Sólo le mantuvo en pie agarrarse a los hombros de Mace. Miró a los ojos del Maestro Jedi y le dirigió una sonrisa pesarosa.

—¿Sabes esa pregunta que no iba a hacerte más?

VETE. El rugido de Vastor tenía potencia tectónica. *Vete antes de que olvide mi promesa de perdonarte.*

Mace se volvió hacia uno de los guardias akk.

—¿Siempre ladra de este modo? Se callaría si lo hacéis capar.

El guardia empalideció. Negó con la cabeza con urgencia.

—De verdad, de verdad, no quieres hablarle así a Kar, tú. De verdad, de verdad, de verdad.

—Oh, no. Cierto. No habla nada bien el básico —repuso, enganchando los pulgares en el interior del chaleco.

Tendones como cables resaltaron en el cuello del lor pelek. El aura de su ira se tornó escarlata, brillando en la penumbra crepuscular como si su piel fuera lava brotando de la boca de un volcán.

Desplazó lenta y deliberadamente la mano hasta la parte trasera del escudo de su mano derecha, y lo bajó hasta la posición de combate, evitando con cuidado sus afilados bordes. Hizo lo mismo con el otro, de forma igualmente lenta y deliberada.

Los músculos ondearon en sus brazos cuando aferró las asas, y los escudos cobraron vida con un zumbido. Los juntó, dorso con dorso, generando un chillido ensordecedor que hizo encogerse hasta a los perros akk.

—¿Seguro que no se me permite que me lo haga encima? —susurró Nick desde detrás del hombro de Mace.

Mace caminó pausadamente, saliendo del centro del anillo, directo hacia Vastor y con los pulgares todavía enganchados en el chaleco.

—Haces mucho eso. No me extraña que tus cachorritos lo encuentren atemorizador.

Mace se abrió el chaleco, mirando fijamente a los ojos de Vastor, y mostró el mango del sable láser.

Entonces se quitó el chaleco, lo dobló una vez y lo arrojó por encima del hombro, con puntería casual, justo en las manos del asombrado Nick Rostu. El sable láser todavía dentro.

—Esto es todo el miedo que me das.

Los escudos de Vastor se separaron y la jungla quedó en silencio.

—Aquí todos sabemos que esto no tiene nada que ver con Depa —dijo Mace—. Tiene que ver con esos balawai a quienes fuiste demasiado débil y estúpido para retener.

Las piernas se le tensaron como las caderas a los akk.

¡Eran míos! ¡MÍOS! Míos para matarlos. Míos para perdonarlos. Eran MÍOS para entregarlos a la justicia de la jungla...

—Hasta que te encontraste conmigo. Y entonces fueron míos —dijo Mace—. Míos para dejarlos marchar.

Yo te enseñaré lo débil y estúpido...

—Eso ya lo has hecho.

Vastor desplazó su peso para lanzarse en un salto, pero entonces se congeló como si un lazo invisible se hubiera cerrado en su cuello. Miró un momento hacia atrás, a la sombra tras las cortinas de la howdah. Cuando se volvió para mirar tina vez más a Mace, sus labios se habían contraído en una sonrisa depredadora y sus ojos ardían como cráteres gemelos.

Depa te prefiere ron vida. Pero no le importa si sufres algún daño.

Mace se encogió de hombros.

—Siempre que a ella no le importe que tú sufras algún daño.

Vastor empezó a soltarse los escudos. Mace dio desdeñosamente la espalda al lor pelek y se dirigió al centro del anillo de akk y personas.

No había nada lento ni deliberado en la forma en que Vastor se quitó los escudos de los brazos: un latigazo de la muñeca que los arrojó contra el borde de la concha del ankkox, donde chocaron con estruendo.

Nick sostenía inseguro el bulto del chaleco y el arma de Mace.

—Esto, creo que debería habértelo dicho: lo del perro grande no funciona con Kar.

—Todo lo contrario —replicó en voz baja el Maestro Jedi—. Está funcionando a la perfección.

Nick pestañeó.

—En cuanto a ti... —dijo Mace.

—No te preocupes por mí. Sé muy bien lo que debo hacer —se puso el chaleco bajo un brazo y trotó hasta el guardia akk más cercano—. ¡Cien créditos a que el Jedi hace que Kar llore como un bebé! ¿Quién entra?

El lor pelea se agazapó y posó una mano en el suelo, hundiéndola en el moho de las hojas. Su pecho se agitaba reluciente de sudor, respirando oscuridad que entraba y salía de él. Acumulando ira. Acumulando poder.

El aura que lo rodeaba había pasado del rojo al negro.
Mace agitó los brazos para soltarlos.
—¿Reglas?
La réplica de Vastor fue el resoplido de un akk de caza.
Las reglas de la jungla.
Un estallido de poder lanzó al lor pelek como un misil humano, abriéndose paso en el crepúsculo hacia el Maestro Jedi.
Que sean las reglas de la jungla, pensó Mace, y saltó para encontrarlo en el aire.

CAPÍTULO 12

LAS REGLAS DE LA JUNGLA

Chocaron con un estrépito que hizo temblar la jungla que los rodeaba. La colisión no era sólo entre dos cuerpos humanos, sino entre dos nódulos canalizadores de la Fuerza. Energía invisible chisporroteó en el aire e intensas chispas azules saltaron de hoja a hoja en las copas de los árboles que los cubrían. Pendieron en el aire por un momento, sostenidos por esa energía, agarrándose, atacándose el uno al otro. Los perros akk saltaron, giraron y cortaron el aire con sus colas. Los guardias entrechocaron los escudos, rugiendo con feroz exhuberancia animal.

Vastor parecía ser todo dientes, garras y feroces rugidos de ataque. Brazos como vigas de duracero se cerraron sobre Mace en un abrazo irrompible, clavando los codos del Jedi contra sus crujientes costillas. Mace reacciono más veloz que el pensamiento con un golpe instintivo que rompió la piel de una de las mejillas de Vastor. El lor pelek bajó la cabeza hasta el hombro de Mace, como acurrucándose con un amante, y hundió profundamente los afilados dientes en el cuello del Jedi, mordiendo en busca de la arteria carótida.

Mace alzó una rodilla para golpear la parte interna del muslo de Vastor. El lor pelek se limitó a gruñir y a morder con más fuerza, moviendo la cabeza de un lado a otro como un akk tirando de la pata de un colmilludo. La presión de la mandíbula en la arteria bloqueaba la circulación de la sangre a Mace. Crecientes nubes de tinieblas se acumularon en su cerebro, pero cuando volvió a disparar la rodilla, Vastor apartó las piernas de golpe.

La rodilla le acertó un decímetro bajo el ombligo.

Eso provocó en él un gruñido agudo y un ladrido que vibró en el cuello de Mace, que en vez de apartar la rodilla para volver a golpear, la hundió aún más, forzando a Vastor a apartar el cuerpo. De ese modo se creó espacio suficiente para que el Jedi pudiera deslizar un brazo entre ambos torsos y hundir los rígidos dedos en el hueco del esternón de Vastor.

Y apretar.

El lor pelek soltó el cuello de Mace con un repentino sobresalto. Mace siguió apretando, hundiendo los dedos en la tráquea. Vastor se quedó sin aire y aflojó los terribles brazos.

Cayeron juntos, girando, y Mace se las arregló para quitarse a su contrincante de encima, colándole una patada rápida y repentina en la punta de la barbilla que le hizo girar como una pelota peonza.

Mace recuperó su contacto con la Fuerza justo a tiempo de dar una voltereta hacia arriba y aterrizar agazapado y equilibrado. Vastor aterrizó a cuatro patas, absorbiendo el impacto con tan poco esfuerzo como un felino de las lianas.

Se miraron el uno al otro.

La sangre brotaba de la mordedura del cuello de Mace, pintando de escarlata el hombro y parte del pecho, pero sólo era un reguero, no un chorro. La arteria debía de seguir intacta. Un reguero similar descendía de la mejilla abierta de Vastor y goteaba desde su mandíbula.

Ninguno de los dos pareció notarlo.

El gruñido de Vastor resonó en el pecho de Mace.

No hay muchos hombres que puedan romper mi abrazo. No lo harás dos veces.

Mace no respondió. Probablemente. Vastor tenía razón.

De pronto fue consciente de que no había dormido desde la noche anterior a la batalla en el desfiladero; desde la noche en que Lesh, ebrio de corteza, había acudido a él sumido en lágrimas para decirle que, si Mace vivía lo suficiente, Kar y los guardias akk le enseñarían ciertas cosas.

Tenía la impresión de que eso había pasado muchos años antes.

Se preguntó por un momento si, pese a lo que Depa afirmaba haberle dicho, el lor pelek habría continuado mordiendo hasta desgarrarle la garganta, o si se habría conformado con estrangularlo.

Decidió que podía vivir sin conocer la respuesta.

Si conseguía vivir, claro está.

Vastor se acercó a él a cuatro patas.

¿Así pelean los Jedi? ¿Pellizcando y apretando? ¿Dando pequeños golpes para detener al perro grande? No me impresiona.

Mace permaneció inmóvil, a excepción de su pecho agitado. Sabía que no podía igualar a Vastor en poder crudo. Con cada respiración. Mace se despojaba de una capa de contención e inhibición. De una capa de serenidad. Tenía que deshacerse de su paz interior para poder sumirse en el placer, en la emoción, en la pura sensación del *por-qué-no-dejarse-llevar-por la-PELEA*. Porque el vaapad era mucho más que una forma de lucha con sable láser.

Era un estado mental.

La noche se había cernido sobre la jungla, y las lumilianas empezaban a latir débilmente a su alrededor. Emplear el vaapad en ese momento, en ese lugar, resultaba increíblemente peligroso, casi tan peligroso como no emplearlo.

La solución definitiva para vencer la fuerza bruta es la habilidad.

—¿Quieres quedar impresionado? —dijo Mace—. Veamos la impresión que deja mi bota en tu cara.

Sin previo aviso, el acercamiento de Vastor se tornó un relampagueante salto. El lor pelek engarfió los dedos como si fueran garras y abrió mucho los brazos para volver a cerrarlos sobre Mace. Pero Mace ya no estaba allí. Un ligero paso a la derecha y un movimiento de cabeza le situó a un lado del salto de Vastor, y cuando éste pasó junto a él, Mace le propinó un revés con el puño en la base del cráneo. Un golpe demoledor.

Pero Vastor debió de sentirlo venir, y saltó hacia delante, rodó con el golpe y dio un salto mortal. Aterrizó perfectamente equilibrado y volvió a saltar hacia arriba. La patada que Mace dirigió a sus riñones sólo le rozó el músculo de la pantorrilla. Vastor empleó ese impacto para girar en el aire y caer sobre el Maestro Jedi como un leopardo arbóreo sobre un colmilludo.

Pero cayó sobre el puño de Mace, que se alzaba hacia su plexo solar con la potencia combinada de la Fuerza y casi cincuenta años de entrenamiento Jedi en combate.

La mano de Mace se hundió hasta la muñeca, y el combativo rugido de Vastor se tornó un agónico forcejeó para respirar. Mace empleó la Fuerza para hacerlo girar en el aire hasta que chocó contra el flanco de un agitado perro akk. El lor pelek se deslizó inerte por las acorazadas costillas del akk, medio aturdido, con ojos vidriosos, y tambaleándose cuando sus pies resbalaron sobre unas raíces retorcidas.

Tuvo a Mace encima antes incluso de poder recuperar el equilibrio.

—¿Sigues sin estar impresionado?

En pie, uno junto al otro, la coronilla de la cabeza de Mace apenas llegaba a la barbilla de Vastor. Todo el musculado torso del Jedi podría meterse dentro del pecho de Vastor, y aún quedaría sitio de sobra. Vastor, incluso estando dolorido y tambaleándose

como un borracho, fue capaz de mover los brazos en sendas palmadas, cegadoramente rápidas, contra la cabeza y el cuello herido de Mace.

Pero si la velocidad de Vastor era cegadora, la de Mace era invisible. Ninguna de las palmadas dio en el blanco.

Antes de que Vastor pudiera enfocar la vista, Mace ya le había golpeado seis veces: dos ganchos atronadores en las costillas flotantes, un fuerte rodillazo en el mismo muslo que había golpeado antes, un codazo en la punta de la barbilla y dos devastadores golpes con el canto de la mano en las articulaciones de la mandíbula.

Un hombre normal habría quedado inconsciente Vastor pareció hacerse más fuerte.

Propinó otra de esas palmadas cegadoras. Y esta vez, Mace, en vez de agacharse, prefirió contrarrestarlas con un gancho que golpeó el brazo del lor pelek justo en el nervio del bíceps. Vastor movió el otro brazo con más potencia aún, lo cual sólo hizo que el contragancho de Mace golpease el interior del brazo con más dureza aún.

Los poderosos brazos de Vastor se movieron espasmódicamente y cayeron inermes a los costados.

—Esto se llama vaapad, Kar —una luz feroz ardía en los ojos de Mace—. ¿Cuántos brazos ves?

Entonces, Mace golpeó dos veces al lor pelek en la nariz, antes de que éste pudiera pestañear.

Vastor aulló de dolor y rabiosa incredulidad, y volvió a caer hacia atrás, contra el flanco del perro akk, retorciéndose y volviéndose para buscar un modo de evitar las relampagueantes manos del Jedi.

Mace se mantuvo firme, empujándolo contra el flanco del akk. Giraba los puños en los movimientos del vaapad, golpeando no para desarmar o matar, sino para hacer daño; pegando en el tejido blando, aplastando nariz y oídos, y hundiendo dedos bajo la barbilla.

El perro akk se apartó repentinamente de ellos, proporcionando a Vastor medio metro de respiro. El lor pelek se echó a un lado y se apartó de un salto.

Mace le dejó apartarse.

—Vete y huye, Kar. Esto ha acabado. Has perdido. Aquí yo soy el perro grande...

Vastor convirtió su salto en un rodar por el suelo y, parado sobre una rodilla, se volvió para enfrentarse al Maestro Jedi. Antes de que éste hubiera acabado de hablar, la Fuerza giró a su alrededor, lo arrancó del suelo y lo arrojó en el aire para que chocase de espaldas contra la lisa corteza gris de un lamma de un metro de grosor. El árbol entero tiritó ante el impacto, y una galaxia en espiral nació dentro de la cabeza de Mace.

Me preguntaba cuándo llegaríamos a esta parte, pensó Mace.

El rostro de Vastor se tensó. Sus brazos ya debían de haber recuperado la movilidad, ya que se las arregló para levantar uno de ellos en un gesto semejante al de arrojar una piedra. Mace se vio forzado a girar hacia delante, apartándose del árbol, y se estrelló contra el cráneo de un pasmado perro akk.

El impacto le dobló sobre la cabeza del perro y le dejó sin aire en los pulmones. Las espinas de la cabeza del animal le arañaron el abdomen, y cuando éste, agitando la cabeza como un buey acuático nymaliano, se quitó de encima a Mace, la sangre manchaba la negra coraza externa de los ojos del animal.

Cualquier padawan Jedi aprende a contrarrestar la Fuerza cuando se utiliza para mover objetos, antes incluso de empezar a entrenarse con el sable láser. Todavía en al aire, Mace sintió el flujo de poder que ejercía Vastor contra él. Lanzó un suspiro y permitió que el centro de ese flujo —el punto de contacto de Vastor con la Fuerza— se relajara y devolviera el poder de Vastor a la jungla que los rodeaba...

Y esa jungla cobró vida.

Los anillos de un trepahojas bajaron serpenteantes desde las alturas y rodearon uno de los tobillos de Mace con su abrazo irrompible. Su giro en el aire se convirtió en un amplio arco bocabajo.

Los anillos de un trepahojas sólo aumentan la fuerza de su abrazo cuando la víctima forcejea y sus fibras son casi tan sólidas como las de un cable de duracero. No hay fuerza mortal que pueda romperlas. El reptil se cerró sobre su tobillo, arrancando sangre con el borde de sus afiladas escamas. Otro trepahojas se deslizó hacia el otro tobillo, y, desde su posición, bocabajo, Mace pudo ver una gruesa espina de latonbejuco del tamaño de una espada curvándose hacia su cuello.

Estuvo a punto de buscar su sable láser con la Fuerza...

Pero eso sería admitir la derrota.

Era momento de usar la cabeza.

Empleó la Fuerza para desplazar los anillos del trepahojas de modo que el arco de su oscilar lo enviara más allá del círculo de perros y hombres. Uno de los guardias akk le sonrió cuando pasó sobre él.

—¿Perro grande? Más bien un pequeño cerdo colmilludo.

Cuando su oscilar le devolvió dentro del círculo. Mace alargó la mano, agarró al guardia akk por el brazo y lo elevó en el aire. Buscando energías en la Fuerza. Mace zarandeó hacia arriba al sorprendido guardia y empleó el borde de sus afilados escudos para cortar los anillos del trepahojas, antes de soltar al hombre, que se agitó indefenso en el aire hasta estrellarse en la oscuridad de la jungla.

Mace convirtió su propia caída en una voltereta que le hizo aterrizar sobre los hombros de un akk. Saltó en el aire...

Y la Fuerza de Vastor volvió a cogerlo.

Vastor ya estaba en pie, y no parecía tener los brazos doloridos. Su boca manchada de sangre se abría en un aullido de triunfo mientras arrastraba a Mace por la noche iluminada por lumilianas multicolores, tirando de él y abriendo los brazos para recibirlo en un abrazo letal.

Bueno, ya que insistes..., pensó Mace.

En vez de resistirse al poder del abrazo en la Fuerza de Vastor, le añadió su propio empuje. La velocidad de su vuelo se dobló bruscamente. Vastor sólo tuvo tiempo para abrir los ojos por la sorpresa cuando vio que Mace se dirigía en picado hacia él. La cabeza del Jedi se hundió como una lanza en las tripas del lor pelek, derribándolo en el suelo como si hubiera sido golpeado por un misil de impacto.

Por otra parte, el estómago de Vastor no era mucho más blando que el lamma contra el que había chocado Mace, y el choque tampoco le hizo mucho bien a su cabeza.

Otra galaxia en espiral floreció donde había estado la primera, mientras Mace rodaba para apartarse de su contrincante. Se quedó tumbado de espaldas, contemplando los racimos de estrellas que giraban en su cráneo. Vastor estaba tumbado a su lado, emitiendo débiles jadeos al intentar que el aire entrara en su espasmódico pecho.

Vastor empezaba a recuperar el aliento en grandes bocanadas, y Mace supo que se quedaba sin tiempo. Sacudió las estrellas de su cabeza y se llevó la mano al tobillo para soltarse los anillos del trepahojas cortado. El animal estaba inerte, muriéndose, y oponía tanta resistencia como una cuerda vulgar y corriente. Mace agarró cada extremo con un puño y rodeó el cuello de Vastor con él mientras éste rodaba para apoyarse sobre manos y rodillas.

Vastor se enderezó y se llevó las manos al cuello, luchando contra la improvisada presa de Mace, pero ni siquiera él era lo bastante fuerte como para romper con las manos desnudas los anillos de un trepahojas. Su rostro se oscureció, hinchándose por la sangre. La nuca se le abultó y las venas serpentearon en frente y sienes.

Diez segundos, pensó Mace, aguantando y hundiendo las rodillas en la espalda de Vastor. *Diez segundos y liquidado*.

Vastor puso un pie bajo él.

Mace tragó saliva, buscando aire, mientras procuraba apretar aún más los anillos alrededor de la garganta del lor pelek.

Vastor se puso en pie por pura fuerza de voluntad. Ni siquiera parecía notar el peso del robusto Maestro Jedi que tenía a su espalda.

Aquí va eso, pensó Mace.

En un abrir y cerrar de ojos, la gana de Vastor pasó de los anillos del trepahojas a las muñecas de Mace. El lor pelek se arrojó hacia delante, se dobló por la cintura y, en un arrebato de increíble fortaleza, arrojó al Maestro Jedi sobre su cabeza, estrellándolo contra el suelo.

El impacto sustituyó las estrellas de la cabeza de Mace por humeantes nebulosas negras. No había recuperado la respiración tras aterrizar sobre el peno akk, y ahora era incapaz de respirar. La jungla que se alzaba sobre él se fundía en una neblina negra. Entre las tinieblas que descendían dentro de su cráneo, apenas pudo captar un atisbo de Vastor saltando en el aire para rematarlo, aterrizando sobre él. Rodó hacia un lado con un jadeo, y Vastor aterrizó con fuerza junto a él.

Mace intentó incorporarse sobre manos y rodillas, mareado. Vastor seguía en el suelo, arañándole débilmente los costados con las manos. Mace se obligó a levantarse y consiguió ponerse de rodillas. Vastor rodó sobre un costado, encontró un tronco de árbol y se apoyó en él para incorporarse con movimientos ebrios.

Aunque Mace no podía respirar —apenas podía ver a través del velo negro y rojo de su cabeza—, sí que podía emplear la Fuerza para levantarse. Se lanzó girando hacia Vastor, y juntó ambas manos para, empleando hasta la última molécula de las energías a su disposición, propinar un último golpe demoledor que levantó a Vastor del suelo y lo hizo caer hacia atrás, derribándolo sobre la nuca.

Mace se volvió, casi cayéndose. La jungla se enfocaba y desenfocaba. Lo único que podía ver con claridad era al lor pelek poniéndose trabajosamente en pie.

Vastor estaba sonriendo.

¿Esto es lo mejor que puedes hacer?

—Sólo estoy... —Mace buscó aire. Alzó los brazos despacio; cada uno de ellos parecía estar hecho de collapsio—. Sólo estoy empezando...

Una de esas palmadas relampagueó desde la oscuridad, y lo siguiente que percibió Mace fue el timbre que resonaba en sus oídos y la enorme mano de Vastor, que le apretaba el cuello y lo alzaba del suelo de la jungla.

Los párpados de Mace se agitaron y abrieron. La sonrisa manchada de sangre de Vastor era lo único que existía en el mundo.

¿Cuántos brazos ves?, gruñó Vastor.

Mace no respondió.

Desde luego, no veía el que iba unido a la mano que apagó el mundo como si fuera una vela.

***

En la oscuridad sintió un olor a amoniaco y carne podrida: el aliento de un depredador.

Una lengua seca y áspera, del tamaño de su mochila perdida, le lamía, devolviéndole a la consciencia. Mace abrió los ojos.

Los guardias akk se amontonaban a su alrededor, inclinándose sobre él con sus rostros en sombras envueltos en el halo de pulsante luz de las lumilianas. Uno de ellos empujó el morro del perro akk que había estado lamiendo el cuerpo inconsciente de Mace para que la gran bestia se apartara.

Kar Vastor ocupó el hueco que dejó ésta y se agachó junto a Mace. Tenía el rostro hinchado y aún le brotaba sangre del corte en la mejilla, pero su sonrisa era más feroz que nunca.

Ladró algo y uno de los guardias akk se apartó un momento.

—Eh, corta ya —oyó Mace que decía Nick—. Oye, ouch, ¿eh? Vamos, suéltame el brazo. Ya sabes que voy a ir...

El guardia akk volvió, llevando a Nick a rastras.

Vastor gruñó.

—Oye, ¿por qué me lo dices a mí...? —dijo Nick.

El gruñido de Vastor se agudizó, y Nick se encogió, apartándose de él. Miraba inseguro al guardia akk que le sujetaba el brazo, de nuevo a Vastor y después a Mace.

—Él, bueno... —Nick tragó saliva con esfuerzo—, ...quiere que diga esto para que todo el mundo lo oiga: Puedes levantarte si quieres...

Mace cerró los ojos. No respondió.

Vastor emitió un retumbar.

—Dice: "Vamos. Querías ser el perro grande. Levántate y pelea" —Nick bajó la voz —. Porque puedes levantarte, ¿verdad? Si quieres... Verás, he hecho una apuesta de unos quinientos créditos, y la dividiré contigo si...

Mace abrió los ojos.

—No.

El retumbar de Vastor adquirió un tono de diversión, como si el lor pelek fuera un terremoto contando un chiste.

—Esto, quiere saber que "¿no a qué?" Ya sabes..., bueno, ¿no al dinero?

—No —dijo Mace. No podía encontrar un lugar de su cuerpo que no le doliera—. No más pelea. He tenido bastante. Tú ganas.

Vastor cogió el hombro de Mace con una mano enorme y se enderezó, incorporando al Maestro Jedi sin esfuerzo aparente. Nuevamente, su rugido se convirtió en palabras en la mente de Mace.

Díselo. Diles quién es aquí el perro grande.

Mace bajo la cabeza, procurando no mirar a Vastor a los ojos.

—Tú —tosió, y la sangre burbujeó en su boca aplastada—. Tú eres el perro grande.

Nick parecía afligido.

Diles que hiciste mal al coger mis prisioneros. Diles que hiciste mal al dejarlos marchar

Mace mantuvo la mirada en el suelo, en sus pies. Por sus piernas corría la sangre de las heridas que le habían causado en el vientre las anchas espinas de akk.

—Hice mal al coger tus prisioneros. Hice mal al dejarlos marchar.

Diles que lamentas haberme desafiado y que nunca volverás a hacerlo.

El único movimiento que hizo Mace fue mirar a la howdah en el lomo del ankkox. Ahora que había anochecido, las cortinas eran opacas. No podía saber si Depa seguía dentro.

Bajó la cabeza una vez más.

—Lamento haberte desafiado. No volveré a desafiarte.

Notó un movimiento en su visión periférica. Nick había dejado que el chaleco de Mace se desenrollara. Ahora lo sujetaba a lo largo de su pierna. Lo volvió a agitar, sugerente.

Mace podía sentir el sable láser guardado en él.

Captó la mirada de Nick, que miraba a otro lado de forma deliberada, como si silbara con despreocupación, mientras volvía a agitar el chaleco.

Un tirón en la Fuerza, apenas más esfuerzo del que hacía Nick para agitar el chaleco, y el sable láser estaría en sus manos.

—¿Kar? —dijo Mace despacio.

Vastor zumbó un "sí".

—Tengo mi arma en ese chaleco. ¿Puedo cogerla? —mantuvo la mirada resueltamente fija en el pecho del lor pelek—. Por favor.

Vastor le soltó el hombro con un empujón despreciativo y extendió una mano hacia el chaleco. Nick miró a Mace con abierta sorpresa, como si se sintiera inesperadamente traicionado.

Mace miró al suelo.

Vastor cogió el chaleco y sacó el sable láser de Mace del bolsillo.

¿Esto es tuyo?

—Si, Kar —dijo Mace en voz baja—. ¿Me lo puedes dar, por favor?

Vastor miró de reojo a un guardia akk y ronroneó algo. El guardia sonrió, asintiendo.

—Por favor —repitió Mace, humilde—. Es mi única arma. No seré de mucha utilidad a nadie sin ella.

No eres de mucha utilidad a nadie con ella, gruñó Vastor.

La alargó hacia Mace, pero cuando éste extendió una titubeante mano para cogerla. Vastor la arrojó despreocupadamente al aire, lejos de él. El guardia akk al que había ronroneado lo cogió al vuelo.

El guardia lo sostuvo en una mano. El vibroescudo de la otra mano gimió, cobrando vida.

—Oye, Kar, vamos, déjalo ya, ¿vale? —el rostro de Nick estaba desencajado en una mueca continua. Le resultaba doloroso compadecer a alguien a quien antes respetaba—. Has ganado, ¿no? ¿No te basta con eso? ¿Por qué tienes que ser tan...?

Vastor interrumpió al joven korun con un revés que In derribó al suelo. Ni siquiera llegó a mirarlo; seguía con la mirada fija en Mace Windu.

El Maestro Jedi no pareció ver a Nick tumbado en el suelo, acunándose la ensangrentada boca, maldiciendo de forma continuada en su mano.

—No —dijo Mace con voz rota—. No. Tú no lo entiendes... Un sable láser Jedi...

Puede destrozarse tan fácilmente como un Maestro Jedi.

Vastor agitó los dedos como espantando una mosca, pero antes de que el guardia akk pudiera poner el mango del sable láser contra el borde de su escudo...

—Kar...

La voz de Depa tenía un extraño poder a través de la opacidad de las gasas de la howdah acortinada, y parecía provenir de todas partes a la vez.

—Enviarlo a la jungla sin su arma sería un asesinato. Kar. No es el enemigo.

Tu enemigo, no. Quizá.

—Por favor, Kar. Mantenla a salvo para él, y devuélvesela cuando se vaya.

Se irá ahora.

—No puede viajar —dijo Depa—. ¿Es que no lo sientes? Lo has herido, Kar. Lo has herido de gravedad. Necesita descanso y tratamiento médico. Deja que lo llevemos a la

base. Puede viajar conmigo en el ankkox. Quédate su sable láser. Ya le has demostrado que no puede enfrentarse a ti sin él.

La mirada inhumana de Vastor examinó el blanco rostro de la howdah, pero la noche ya había caído por completo. La luz de las lumilianas arrancaba brillos a las cortinas y no podía verse nada del interior.

Por fin se encogió de hombros con irritación y extendió una mano. El guardia akk le tiró el sable láser de vuelta, y Vastor se lo guardó en la banda de cintura de sus pantalones de cuero de felino de las lianas.

Arrojó el chaleco de Mace al suelo, a los pies del Maestro Jedi.

¿Te ha dolido más sabiendo que ella miraba?

Ya no sonaba burlón; hablaba con un tono de simple curiosidad.

Mace se inclinó lenta y dolorosamente a recoger el chaleco, como un anciano protegiendo sus rodillas artríticas.

—No sé si habría podido dolerme mucho más.

Debes recordar que todo esto empezó porque tú te negaste a venir cuando te lo pedí.

Esto empezó, pensó Mace, *cuando me llamaron al despacho privado del canciller Palpatine*. Pero no dijo nada.

Porque te negaste a hacer lo que se te decía.

—Sí —dijo Mace—. Sí, lo recuerdo.

Cogió el chaleco y se lo puso. El aguijón de la tierra en las heridas abiertas le dijo que la corteza del lamma le había desgarrado la espalda.

Si hay una próxima vez, dôshalo, será tu última vez.

—Sí, Kar. Lo sé. —Miró a Nick, que estaba sentado en el suelo, mirando siniestramente a Vastor, y le habló despacio—: Vamos. Necesito que me ayudes a subir al ankkox.

***

DE LOS DIARIOS PRIVADOS DE MACE WINDU.

Vastor estaba dispuesto a dejar que Nick me ayudase y curase mis heridas más graves con los suministros de un botiquín requisado. Estaba dispuesto a creer que la paliza que me había propinado casi me había inutilizado.

No estaba lejos de la verdad.

Nick seguía en plena ebullición cuando me ayudó a ponerme en pie, murmurando entre dientes un chorreo continuado de improperios, y definiendo a Vastor como un "tragarranas cara de lagarto", un "tiratortugas mascacostras" y otra variedad de nombres que no me siento cómodo transcribiendo, ni siquiera en un diario privado.

—Basta ya —le dije—. Me he tomado considerables molestias para mantenernos a los dos con vida, Nick. Preferiría que siguiéramos de ese modo.

—Oh, claro. Has hecho un gran trabajo.

Su voz sonaba amargada, y no quería mirarme a los ojos.

Le dije que sentía lo de sus créditos y le indiqué amablemente que nadie le había dicho que apostara por mí.

Se volvió para mirarme, instantáneamente furioso, siseando con salvajismo para mantener la voz baja, como si los perros y los guardias akk siguieran cerca de nosotros.

—¡No estoy molesto por los créditos! No me importan los créditos... —se interrumpió un momento, pestañeando, y su habitual sonrisa asomó un

momento a sus labios—. Caray. ¿He dicho yo eso? Vaya. Bueno, estaba mintiendo, claro. Me importan los créditos. Me importan mucho. Pero no estoy enfadado por eso.

Asentí y le dije que lo comprendía. Estaba enfadado conmigo. Se sentía como si yo le hubiera fallado.

—A mí no —dijo—. Bueno, se supone que los Jedi defienden algo, ¿no? Se supone que lucháis para defender lo que está bien. Cueste lo que cueste.

Por enfadado que pudiera estar conmigo, seguía manteniendo la cabeza bajo uno de mis brazos, sosteniéndome a lo largo de sus hombros para ayudarme a caminar.

Se lo agradecía. Se me estaban pasando los efectos de la adrenalina y de la conmoción y empezaba a darme cuenta de la paliza que había recibido. Más tarde, cuando accediera al escáner del botiquín, descubriría que tenía dos costillas rotas, un severo esguince de tobillo debido a los anillos del trepahojas, una contusión mediana y varias hemorragias internas, sin mencionar la mordedura del cuello y una asombrosa variedad de arañazos y magulladuras.

Mientras Nick me ayudaba a subir al ankkox, descubrí lo que le tenia tan furioso conmigo: era, sobre todo, que hubiera declarado que hice mal al liberar a los prisioneros.

—Me da igual lo que digas murmuró siniestramente—. Me da igual lo que diga Kar. Había niños con ellos. Y heridos. Esos balawai no eran malvados, sólo eran personas. Como nosotros.

—Casi todos lo somos.

—Hicimos lo que debíamos, y lo sabes.

Entonces me di cuenta de que Nick estaba orgulloso de sí mismo. Orgulloso de lo que habíamos hecho. Quizá fuera un sentimiento inhabitual en él: ese orgullo especialmente delicioso que nace de haber corrido un riesgo terrible al hacer algo admirable de verdad; que nace de superar el instinto de conservación, de combatir a nuestros miedos y ganarles.

El orgullo de descubrir que una persona no es un simple manojo de reflejos y respuestas condicionadas; que en vez de eso puede ser capaz de pensar, de hacer lo correcto en lugar de lo fácil, y de elegir la justicia en vez de la seguridad. El orgullo que sentía Nick por esto hacía que yo también me sintiera orgulloso de él; aunque, por supuesto, no se lo dije. Sólo habría conseguido avergonzarlo y que se lamentase de haber hablado.

Espero no llegar a olvidar nunca la feroz determinación de su rostro mientras me ayudaba a trepar por la extendida pata del ankkox, y yo me tambaleaba por su concha dorsal.

—El hecho de que Kar te sacudiera como a un gong alquilado no quiere decir que tuviera razón. Que te ganara no quiere decir que hicieras mal en desafiado. No puedo creer que dijeras esas cosas.

Su respuesta surgió de la acortinada oscuridad de la howdah, en lo alto de la curvada concha.

—Si pasas mucho tiempo con nosotros. Nick, descubrirás... —la voz de Depa era fuerte, clara, cuerda y tan amable como siempre lo había sido en mi corazón—. Descubrirás que los Jedi no siempre decimos la verdad.

Nick se detuvo y, de repente, frunció el ceño como si se sumiera inesperadamente en una meditación.

—Que no siempre..., oye... —murmuró con sospecha—. Oye, espera un momento...

Ella volvió a apartar las cortinas y abrió la pequeña puerta de la barandilla.

—Venga, entra. Da la impresión de que quieres tumbarte.

—Es posible —admití—. Éstos no han sido los mejores días de mi vida. Ella me cogió la mano para que me apoyara mientras entraba en la howdah, y me hizo un sitio en el diván.

—Debo admitirlo, Mace —dijo con una sonrisa débilmente irónica—. Sigues encajando las palizas tan bien como cualquier otro hombre de la galaxia.

A Nick se le desorbitaron los ojos como si fuera a explotarle la cabeza.

—¡Lo sabía! —agitó un puño triunfante ante mi cara—. ¡Lo sabía! ¡Sabia que podrías con él!

Le dije que bajara la voz porque Vastor y los guardias akk seguían moviéndose entre los árboles cercanos, y no tenía ni idea de lo agudos que podían ser los oídos del lor pelek. No le dile que además se callara, porque no habría servido de nada.

—Te tengo calado. ¿Me oyes? ¡Tengo escaneado tu culo de Jedi hasta el duodécimo decimal! Debí saber lo que preparabas en cuanto empezaste a meterte así con Kar. Lo estabas provocando para hacer que el enfrentamiento fuera más personal. Cuanto más lo insultaras, menos se preocuparía de meterse conmigo. Y seguiste pinchándole ¡hasta hacer que disfrutara tanto sacudiendo tu cuerpo de Jedi que prácticamente acabaría perdonándote porque dejaras marchar a los balawai!

Le dije que se equivocaba a medias.

—¿En qué mitad?

Depa respondió por mí

—En la parte de dejarse ganar por Kar.

Me conoce demasiado bien.

—¿Quieres decir que te venció realmente? —Nick no parecía poder creérselo—. ¿De verdad te venció realmente?

—Ahora compartimos un lazo en la Fuerza. Nick. ¿Sientes que me dejase vencer?

Él negó con la cabeza.

—Te siento como si fueras la piel de un tambor de smazzo.

—Tú mismo lo dijiste antes: Vastor es un hombre al que es difícil mentir. Si me hubiera contenido, él lo habría notado. Entonces, la paliza habría sido mucho peor, y bien podría haberme matado. Lo que hice fue elegir una pelea que sabia que yo no podría ganar.

—¿No podrías?

—Vastor es... muy poderoso. Tiene la mitad de mi edad y el doble de mi tamaño. El entrenamiento y la experiencia pueden compensar eso sólo hasta cierto punto. Y es feroz por naturaleza de un modo que ningún Jedi puede duplicar.

—¿Me estás diciendo que le retorciste así la nariz, sabiendo que iba a darte tal paliza que sangraría hasta tu familia?

—Es el punto de ruptura de Kar —murmuró Depa—. Lo viste desde el principio.

Yo asentí. Nick no estaba familiarizado con el término, así que negó con la cabeza cuando le describí un "punto de ruptura" como una debilidad crítica.

—Yo no vi nada débil.

Tras mirar de reojo el ceño pensativo de Depa cité a Yoda: "Ves, pero no ves".

—La gran fortaleza de Kar reside en su conexión instintiva con el pelekotan. La jungla vive en él, tanto como él en ella. Y como no dejo de decirte: hay reglas hasta en la jungla.

Le expliqué que la pelea entre Kar y yo era inevitable. Éramos dos machos alfa en la misma manada. Pude olerlo en él durante la batalla del campamento, la primera vez que nos vimos. La única esperanza que me quedaba de obtener un buen resultado era convertir el enfrentamiento en algo personal e inmediato.

Y sin armas.

Si la pelea no hubiera tenido lugar, los guardias akk y él podrían habernos matado a Nick y a mí por liberar a los prisioneros. Si él y yo nos hubiéramos enfrentado sable contra escudo, ahora mismo yo estaría muerto —aunque yo hubiera podido matarlo, los guardias y los perros me habrían hecho trizas— y también a Depa, de haber intentado salvarme. Apenas conseguimos sobrevivir al ataque de tres akk en el Circus Horrificus.

Contra una docena...

Bueno. No acabó pasando eso porque, tal y como estaba, dominado por sus instintos de macho alfa, yo sabía lo que Kar quería.

Quería que me sometiera.

Y tal y como sucede con los cazadores de otras manadas, una vez sometido su rival, sus instintos le indujeron a consentir que ese rival olisqueara pacíficamente en los márgenes de la manada, siempre y cuando yo no renovase mi desafío.

—¿Por eso le entregaste el sable láser? ¿Para que no se sintiera amenazado?

Negué con la cabeza, y por un momento me sentí tentado a sonreír.

—No, habría dejado que lo cortara.

—¿Le habrías dejado?

—¿Si así se hubiera sentido más seguro y hubiera dejado que me quedara?, por supuesto. Un sable láser puede repararse o reconstruirse. Pero admito que la idea de Depa fue un golpe de genio.

—Estoy un tanto orgullosa de mí por eso —comentó Depa, sonriéndome.

Nick volvió a manifestar su confusión, y yo lo expliqué.

—No puedo distinguir a Kar de la jungla que nos rodea ni siquiera empleando la Fuerza. Es tan parte de ella, y ella de él, que es prácticamente invisible. En cambio, mi sable láser...

—¡Ya lo entiendo! —jadeó Nick—. Mientras él lo lleve...

—Exacto —puedo sentirlo incluso ahora, sé cuál es su situación precisa respecto a mí sin pararme a pensar siquiera—. Es un cascabel que Depa se las ha arreglado para colocar en el collar de un felino de las lianas especialmente feroz.

—Caray. Digo, caray. Todo el mundo dice lo terribles que son los Jedi, pero esas historias no cuentan ni la mitad. Vuestros verdaderos poderes no tienen nada que ver con sables láser o con coger cosas con la mente... —Nick meneó la cabeza sin comprender—. No es natural... No hablo de recibir la paliza, sino lo de inclinarse así... y después pensar cosas como lo de dar a Kar el sable láser...

—Eso requiere cierto distanciamiento mental. Las respuestas suelen ser muy obvias cuando no hay emociones de por medio.

—Sigue sin ser natural. ¿Puedo deciros que los dos me producís escalofríos?

—Cuando yo era estudiante de Mace —musitó Depa—, él solía recordarme que no hay nada natural en ser un Jedi.

—Yo pensaba que os dejabais llevar por la situación y que usabais vuestros instintos y esas cosas...

—La diferencia estriba en los instintos en sí —dije yo—. Es posible que un usuario de la Fuerza sin entrenamiento alguno tenga tanto poder como el más grande de los Jedi. Como Kar. Pero sin el entrenamiento, acaba recurriendo a los instintos que le ha otorgado la naturaleza. Es otra de las paradojas básicas de los Jedi: los "instintos" que utilizamos no son nada instintivos, son el resultado de un entrenamiento tan intenso que reemplazan a los instintos naturales. Por eso los Jedi deben entrenarse desde una edad tan temprana. Para reemplazar los instintos naturales de territorialidad, egoísmo, ira, miedo y demás, por los "instintos" Jedi de servicio, serenidad, generosidad y compasión. El niño de más edad que se ha aceptado para ser entrenado tenía nueve años, y se debatió mucho esa cuestión. Un debate que, añado, se ha prolongado durante más de diez años.

"Ser Jedi es una disciplina impuesta a la naturaleza, al igual que toda civilización es, en su raíz, una disciplina que se impone a los impulsos naturales de los seres inteligentes.

"Porque la paz es un estado antinatural.

"La paz es producto de la civilización. El mito del salvaje pacífico es precisamente eso, un mito. Sin civilización, toda existencia es jungla. Busca a tu salvaje pacífico y quémale la cosecha, mata sus rebaños o échale de sus territorios de caza. Entonces descubrirás que no seguirá siendo pacifico durante mucho tiempo. ¿No es justamente eso lo que ha pasado aquí, en Haruun Kal?

"Los Jedi no luchan por la paz. Eso es sólo un eslogan, y es tan engañoso como cualquier otro. Los Jedi luchan por la civilización porque sólo la civilización crea la paz. Luchamos por la justicia porque la justicia es la piedra angular de toda civilización; una civilización injusta está edificada sobre arena. No sobrevivirá mucho tiempo a la tormenta.

"El poder de Kar nace del instinto natural, pero también está gobernado por el instinto de una forma que nunca lo estará un Jedi. Un solo Jedi que sucumba a sus ansias naturales de poder, respeto, éxito o venganza podría hacer un daño literalmente inimaginable.

—Mace —le interrumpió Depa en voz baja—, ¿seguimos hablando de Kar? ¿O hablas de Dooku?

¿O, me pregunté en silencio, era sobre ella...?

Suspiré y bajé la cabeza, consciente de pronto de lo agotado que estaba. Pero, aun así, acabé mi discurso, más por Depa que por Nick.

Y por mí.

—Nuestra única esperanza contra los seres dominados por sus instintos es controlar los nuestros de una forma completa y absoluta.

CAPÍTULO 13

JEDI DEL FUTURO

Noche en la jungla.

Los lechos portátiles de los korun eran bultos dispersos. El sonido de las voces se había reducido hasta fundirse con el murmullo de fondo de la jungla. El olor de los nutripaquetes calientes se confundía con el humo de los improvisados cigarros de hojas verdes de rashallo.

Mace se sentaba en un lecho prestado, a unos pocos metros de donde estaba instalada la tienda portátil de Depa, sobre un nido de ruskakk abandonado bajo un arco de entramados arbustos de thyssel. Mientras Nick le curaba las heridas, él se fijaba en la vaga silueta que la luz de una barra luminosa proyectaba sobre la pared de la celda.

Cuando la luz se apagó con un guiño fue como si ella nunca hubiera estado allí.

El turbio latido pastel de la luz de las lumilianas obligaba a Nick a forzar la vista sobre el escáner del botiquín.

—Parece que ya hemos curado tus hemorragias internas —dijo—. Otra inyección de antiinflamatorio para mantener controlado el hematoma de tu cráneo...

Mace echó la cabeza a un lado mientras Nick aplicaba el nebulizador hipodérmico contra la arteria carótida. El Maestro Jedi miró sin ver hacia la noche, sin sentir siquiera el breve picotazo de la inyección.

Estaba rastreando su sable láser.

—No va a dormir —dijo Mace.

—¿Quién no va a qué?

—Vastor. Sigue moviéndose. En círculos. Como un rancor al que se le da caza en el desierto.

—¿Te sorprende?

—No debería sorprenderme. Debe de sentir que mi sometimiento era falso, por muy real que fuera la pelea. No está seguro de cómo tomárselo.

Nick devolvió el nebulizador hipodérmico a su receptáculo.

—Sugiero que no te pongas en su camino, a no ser que tu idea de calidad de vida sea pasar el tiempo conmigo y un botiquín —tocó el parche de bacta que cubría la mordedura en el trapecio de Mace—. Nunca te creerías la cantidad de diferentes bacterias letales que he encontrado ahí. No quiero saber lo que habrá estado comiendo.

—Me preocupa menos lo que come que lo que le carcome a él.

—Puedo hacer una conjetura sencilla —dijo Nick, señalando con la cabeza a la rienda de Depa—. ¿Cómo está ella?

—Como la has visto —repuso Mace, encogiéndose de hombros.

—No... Me refiero a todo ese rollo del Lado Oscuro. Eso de lo que hablábamos antes de dejarte en el campamento.

—Yo... no sabría decirlo —el habitual ceño de Mace se acentuó—. Me gustaría poder decir que está bien. Pero lo que me gustaría tiene poco que ver con lo que es. Parece... inestable.

—Bueno, verás, eso es algo que unos meses en guerra pueden hacerle a cualquiera.

—Eso me temo.

***

DE LOS DIARIOS PRIVADOS DE MACE WINDU.

No estoy seguro de qué hora es. Sospecho que es más de medianoche y que aún faltan varias horas para el alba. No puedo ser más preciso, ya que la función de cronómetro de este datapad ha tenido el mismo destino que la de su transmisor oculto. Hay un momento en la noche en el cual hasta las lumilianas apagan su luz, los depredadores al acecho se callan y el sueño parece ser la única actividad con sentido.

Pero yo estoy despierto, pese a lo poco que he dormido en los últimos tres días.

Me ha despertado el grito de Depa.

Un chillido descarnado de imposible angustia que me arrancó de mis propias pesadillas. Un grito que no era de miedo, sino de un sufrimiento tan atroz que no podía expresarse de otro modo.

Su grito también la despertó a ella, y su primer pensamiento fue abrir la tienda y comunicarnos a todos, con gesto agotado, que sólo había sido un sueño. Ése parece ser siempre su primer pensamiento: tranquilizar a los korunnai y a mí. Obtengo un consuelo considerable de ello.

Es la tercera vez que pasa en lo que va de noche.

Pero, por muy herido y desacostumbrado que esté a dormir en el suelo, en un lecho korun, descubro que he dormido todo lo bien que he conseguido dormir en este planeta.

Los gritos de Depa son una bendición.

Porque a mí, mis pesadillas no me despiertan.

Mis pesadillas tiran de mí, ahogándome en un caos pegadizo y ciego de ansiedad y dolor, son más que simples sueños de ansiedad provocados por mis heridas o por el sufrimiento que emana de las diferentes formas de repugnante mutilación, desmembramiento y muerte que existen en la jungla.

En mis sueños he visto la destrucción de los Jedi. La muerte de la República. He visto el Templo en ruinas, el Senado destrozado y el propio Coruscant arrasado por un bombardeo orbital procedente de inmensas naves de diseño imposible. He visto Coruscant, centro de la cultura galáctica, convertido en una jungla terriblemente más hostil y alienígena que cualquier selva de Haruun Kal.

He visto el fin de la civilización.

Los gritos de Depa me devuelven a la jungla y a la noche. Hace una semana no habría podido ni imaginar que despertar en esta jungla pudiera suponer un alivio.

***

DE LOS DIARIOS PRIVADOS DE MACE WINDU.

Mañana dejaremos este lugar.

Eso es lo que llevo diciéndome todo el día, mientras viajo sentado y con las piernas cruzadas sobre la concha del ankkox, hablando con Depa. Debería decir escuchándola, pues ella sólo parece oírme cuando le conviene. Sólo bajo de la concha para estirar las piernas o para aliviarme... Y a veces, cuando vuelvo a mi lugar en la concha, ella ya está hablando con ese murmullo grave y

borroso que emplea para dirigirse a mí, como si nuestra conversación hubiera continuado en su cabeza y mi llegada sólo fuera un detalle más de la misma.

Cada vez que aparecían las fragatas, y hacían llover fuego sobre nosotros o disparaban al azar con sus cañones láser, los guerrilleros que tenían la suerte de ir cerca del ankkox solían buscar refugio bajo él, pero Depa no lo hizo nunca, y tampoco yo. Permanecía tumbada dentro de la howdah, y yo a veces apoyaba la espalda contra la pulida barandilla para que su suave voz me llegase por encima del hombro.

Hoy hemos cubierto muchos kilómetros. El suelo se inclina más y más, y nos movemos más deprisa a medida que la jungla ralea. Por algo un korun nunca habla de distancias en kilómetros, sino en tiempo de viaje.

El mismo ralear de la jungla, que acelera nuestro paso, nos deja más expuestos a las fragatas que parecen patrullar siguiendo una pauta de busca organizada.

Tengo mucho que decir de este día que ha pasado, pero me resulta dificil empezar a hacerlo. Sólo puedo pensar en mañana, en reunirme con Nick y en llamar por fin al Halleck para que nos saque de aquí.

Lo ansío.

He descubierto que odio este lugar.

No es muy Jedi por mi parte, pero no puedo negarlo. Odio la humedad, el olor, el calor y el sudor que resbala constantemente alrededor de mis cejas, deslizándose por mis mejillas y goteando desde la punta de mi barbilla. Odio la estúpida complacencia bovina de los herbosos y los ladridos ferales de los semisalvajes perros akk. Odio los trepahojas y los latonbejucos, los árboles de portaak y los arbustos de thyssel.

Odio la oscuridad bajo los árboles.

Odio la guerra.

Odio lo que ha hecho a esta gente. Lo que ha hecho a Depa.

Odio lo que me está haciendo a mí.

El Halleck estará fresco. Estará limpio. La comida no tendrá moho, ni podredumbre, ni huevos de insecto.

Ya sé qué es lo primero que haré una vez esté a bordo. Antes incluso de ir al puente a saludar al capitán.

Me daré una ducha.

La última vez que estuve limpio fue en la lanzadera en órbita. Ahora me pregunto si alguna vez volveré a estar limpio.

Recuerdo que al bajar de la lanzadera, en el espaciopuerto de Pelek Baw, miré a las blancas cumbres de Los Hombros del Abuelo y pensé que había pasado demasiado tiempo en Coruscant.

Qué idiota tul.

Tal y como me describió Depa: un idiota ciego. Ignorante. Arrogante. Temía descubrir lo mal que podían estar las cosas aquí, y el peor de mis miedos apenas se aproximaba a la verdad.

No puedo...

Noto que mi sable láser viene hacia aquí. Continuaré más tarde.

***

De los diarios privados de Mace Windu.

Kar se detuvo de forma ostensible ante la tienda de Depa para discutir la marcha de la mañana antes de que ella se acostase para pasar la noche. Sospecho que su verdadera intención era ver cómo estaba yo.

Espero que esté satisfecho con lo que ha encontrado.

Esta mañana pregunté a Depa por qué no se habla ido cuando los separatistas se retiraron a Gevarno y Opari. Porque era evidente que se quedaría incluso ahora, de no forzarla yo a cooperar conmigo.

—La lucha no ha terminado. ¿Acaso puede abandonar un Jedi?

Su voz era apagada y surgía de entre las cortinas. Esta mañana no me invitó a entrar, y yo no le pregunté por qué.

Temo que se encuentre en un estado que ninguno de los dos quiere que yo vea.

—Luchar, una vez ha concluido la batalla, no es propio de un Jedi —le dije —. Es la oscuridad.

—La guerra no es ni luz ni oscuridad. Es ganar. O morir.

—Pero tú ya has ganado aquí.

Pensé en las palabras de mi extraño sueño despierto. No supe si eran palabras suyas o de la Fuerza.

—Puede que haya ganado. Pero mira a tu alrededor, ¿ves acaso un ejército victorioso? ¿O sólo fugitivos harapientos que emplean la poca energía que les queda en mantenerse a un paso por delante del cadalso?

Siento una enorme compasión por ellos, por su sufrimiento y por su desesperada lucha. Siempre está presente en mis pensamientos el hecho de que sólo la casualidad —el antojo de unos antropólogos Jedi y la decisión de algunos ancianos del ghôsh Windu— separa su destino del mío.

Podría haberme convertido con facilidad en un Kar Vastor.

Pero no digo nada de esto a Depa. Mi objetivo aquí no es meditar en los meandros de ese río infinito que es la Fuerza.

—Comprendo su guerra —le dije—. Tengo muy claro por qué luchan. Mi pregunta es: ¿por qué sigues luchando tú?

—¿No puedes sentirlo?

Y cuando ella habló, pude hacerlo. Sentí un incesante latido de miedo y odio en la Fuerza, como el que había sentido en Nick, Chalk, Besh y Lesh yendo en el terracoche, pero aquí se amplificaba como si la jungla se hubiera convertido en una cámara de resonancia del tamaño de un planeta. El odio mantenía luchando a los korunnai, como si todo este pueblo compartiera un mismo sueño: que todos los balawai tuvieran un único cráneo al alcance de una maza korun...

—Sí, nosotros ganamos nuestra batalla —dijo ella—, pero la suya continúa. Nunca acabará. No mientras uno de ellos siga con vida. Los balawai nunca dejarán de venir. Empleamos a esta gente para nuestros propios fines y obtuvimos lo que queríamos de ellos. ¿Acaso debo desecharlos ahora? ¿Abandonarlos al genocidio porque han dejado de sernos útiles? ¿Me ordena el Consejo que haga eso?

—¿Prefieres quedarte y luchar en una guerra que no es la tuya?

—Me necesitan, Mace —su voz cobró vigor—. Soy su única esperanza.

Pero ese vigor se desvaneció enseguida, y volvió a su cansino farfullar.

—He hecho... cosas. Cosas cuestionables. Lo sé. Pero he visto... Mace, no puedes imaginar lo que he visto. Por malo que sea todo..., por mala que sea

yo... Busca en la Fuerza. Puedes sentir lo mucho que podría empeorar todo. Lo terrible que seria.

Eso no podía discutirlo.

—Mira a tu alrededor —su murmullo adquirió cierta amargura—. Piensa en todo lo que has visto. Esto es una guerra pequeña. Mace. Un pequeño chispazo que se enciende y se apaga, una serie de escaramuzas inconclusas. Prácticamente era un acontecimiento deportivo hasta que la República y la Confederación intervinieron. Pero mira lo que ha hecho eso a esta gente. Imagina lo que hará la guerra a quienes no la han conocido nunca. Imagina batallas de infantería en los campos de Alderaan. Imagina ACOA derribando las torres de Coruscant. Imagina cómo será la galaxia si la Guerra Clon se agrava.

Le dije que ya se había agravado, y ella se rió de mí.

—Aún no has visto nada grave.

Le dije que lo tenía delante.

Y ahora pienso que los soldados clon del Halleck, con su valentía y disciplina, tan evidentes e incuestionables en batalla, se parecen tan poco a estos asesinos harapientos, que nadie diría que pertenecen a la misma especie. Y recuerdo que el Gran Ejército de la República cuenta con un millón doscientos mil soldados clon, lo justo para estacionar un solo soldado, un solo hombre, en cada planeta de la República, y quedarnos además con apenas un puñado de miles de sobra.

Si esta Guerra Clon se recrudece, como Depa parece pensar que hará, no la librarán sólo clones, Jedi y androides de combate, sino gente corriente. Gente corriente que se enfrentará a una decisión clara: morir o ser como esos korunnai. Gente corriente que tendrá que abandonar para siempre la Galaxia de la Paz.

Sólo puedo rezar para que la guerra sea más fácil para quienes no pueden tocar la Fuerza.

Aunque sospecho que será todo lo contrario.

También hubo horas en las que no hablamos. Yo me sentaba junto a la howdah mientras ella dormitaba en el calor de la tarde, soñoliento por el paso mecedor del ankkox y el invariable fluir de árboles, lianas y flores; y la escuchaba farfullar en sueños; y a veces me sobresaltaban sus repentinos chillidos nacidos de las pesadillas, o los agónicos gemidos que las migrañas pudieran arrancar de sus labios.

Parecía padecer una fiebre intermitente. A veces su discurso se volvía un recital inconexo a lo largo de conversaciones imaginarias que saltaban de un tema a otro con alucinatoria variedad. A veces sus afirmaciones tenían una siniestra cualidad sibilina, como si profetizara un futuro carente de pasado. En varias ocasiones intenté grabarlas en este datapad, pero su voz no parecía llegar hasta la máquina.

Como si nuestras conversaciones sólo fueran alucinaciones mías.

Y de ser así...

¿Acaso importa?

Hasta una mentira en la Fuerza es más cierta que cualquier realidad que pueda comprenderse.

***

DE LOS DIARIOS PRIVADOS DE MACE WINDU.

Pasamos gran parte del día hablando de Kar Vastor. Depa me ha ahorrado muchos de los detalles menos agradables, pero me ha dicho lo suficiente.

Más que suficiente.

Por ejemplo, cuando me llama dôshalo no es sólo una expresión. Si lo que dijo a Depa es cierto, Kar Vastor y yo somos los últimos Windu que quedan.

El ghôsh en el que yo nací, y en el que viví aquellos meses de mi adolescencia, parece haberse destruido poco a poco en los últimos treinta años. No en una gran masacre o en algún cataclismo natural, sino mediante las sencillas y brutales matemáticas del desgaste. Mi ghôsh no es sino otra estadística de una guerra de guerrillas en plena ebullición, enfrentada a un enemigo más numeroso, mejor armado e igualmente implacable.

Depa me contó esto entre titubeos, como si fueran noticias horribles que debía darme poco a poco. Y puede que lo fueran. No sabría decirlo. Ella parecía pensar que eso debía de significar mucho para mí. Y quizá deba ser así.

Pero soy más Jedi que korun.

Sólo siento una tristeza abstracta cuando pienso en mis dôshallai muertos y dispersos a los cuatro vientos, en la herencia y las tradiciones Windu pereciendo, sumidas en sangre y oscuridad.

Cualquier historia de sufrimiento y pérdidas sin sentido me resulta triste. Las cambiaría todas si pudiera. No sólo la mía.

Desde luego, cambiaría la de Kar.

Parece ser que de joven Kar Vastor era una persona bastante corriente. Más en contacto con el pelekotan que la mayoría, pero de ninguna otra forma inusual. La Guerra del Verano le cambió, como ha cambiado tantas cosas de este mundo.

Cuando tenía catorce años vio a toda su familia masacrada por exploradores selváticos, en una de las atrocidades casuales que caracterizan a esta guerra.

No sé cómo pudo escapar solamente él. Las historias que ha oído Depa de boca de varios korunnai son contradictorias. Parece ser que ni el propio Kar habla de ello.

Lo que sí se sabe es que tras presenciar el asesinato de toda su familia se quedó solo en la jungla, sin armas, sin herbosos, sin akk, sin amigos y sin comida o suministros de algún tipo. Y que vivió en la jungla —solo— durante más de un año estándar.

Esto es lo que quiso decir al mencionar que él había sobrevivido al tan pel'trokal.

La palabra tiene una ironía que sólo ahora empiezo a comprender.

El tan pel'trokal es un castigo pensado por la cultura korun para castigar los delitos por los que se merece la muerte. Conscientes de que el juicio humano es falible, los korunnai dejan la resolución final de la sentencia en manos de la propia jungla; lo consideran un favor.

Yo diría que es un favor que se conceden ellos mismos. De este modo pueden quitar una vida sin la vergüenza de tener las manos manchadas en sangre.

Kar se enfrentó al tan pel'trokal por el crimen de ser korun. Era tan inocente y tan culpable como los niños balawai a los que pensaba hacer lo mismo. Sus crímenes habían sido idénticos: nacer en la familia equivocada.

En aquel momento debía de ser, quizás, un año mayor que Keela.

Pero no había ningún Jedi cerca para salvarlo, así que tuvo que salvarse solo.

Creo que su habilidad para formar palabras humanas fue una parte del precio que pagó por su supervivencia. Todos los Jedi sabemos que hay que pagar por obtener el poder: la Fuerza mantiene un equilibrio que no puede profanarse. El pelekotan le dio poder a cambio de su humanidad.

A veces me pregunto si la Fuerza no hace lo mismo por los Jedi.

Es evidente que él y sus guardias akk tienen mucho en común con los Jedi; parecen nuestro reflejo en un oscuro espejo. Ellos dependen del instinto; los Jedi, del entrenamiento. Ellos utilizan la ira y la agresión como fuentes de poder; la nuestra se basa en la serenidad y la defensa. Hasta el arma que llevan, tanto él corno sus guardias akk, es un reflejo retorcido de la nuestra.

Yo empleo mi espada como escudo; ellos usan sus escudos como espadas.

Depa me dice que esos "vibroescudos" están diseñados por el propio Kar. Las vibrohachas son parte del equipo habitual de los exploradores selváticos, que las usan para recoger leña y abrir senderos por lugares demasiado frondosos para los rondadores de vapor. Como los generadores sónicos que alimentan a las vibrohachas son herméticos, estas herramientas resultan notablemente resistentes a los mohos y hongos devoradores de metal.

Y el metal en si..., bueno, eso ya es una interesante historia por sí misma. Parece ser una aleación inmune a los hongos. Es extremadamente dura y nunca pierde el filo. Ni se oxida, ni se empaña.

También parece ser superconductora.

Por eso no pudo cortarla mi hoja. La totalidad del escudo mantiene siempre la misma temperatura. Desvía al instante hasta la temperatura de un sable láser. Si mantuviera la hoja pegada a ellos el tiempo suficiente acabaría fundiéndolos, pero no cortándolos. No con una hoja de energía.

Dato archivado.

Cuando Kar acepta a alguien en su guardia akk, el hombre debe construirse su propia arma, de una forma no muy distinta a la tradición Jedi que nos hace construirnos nuestros propios sables láser.

Se me ocurre ahora que a Kar se le pudo ocurrir esa idea al oír las historias de entrenamiento Jedi que yo conté a mis perdidos amigos del ghôsh Windu, hace ya más de treinta y cinco años. Los korunnai tienen una tradición oral, y las historias se transmiten en las familias como si fueran valiosas posesiones.

No he compartido esta especulación con Depa.

Y Depa jura que no enseño a Kar y a sus guardias la habilidad Jedi de la intercepción; dice que Kar ya la conocía cuando se vieron por primera vez. Si lo que ella dice es cierto, él debió de aprenderla por su cuenta, y posiblemente sacaría la idea de esas mismas historias que yo, en mi imprudente juventud, conté inocentemente a mis inocentes amigos.

De este modo, y de una forma retorcida y extraña, puede que Kar Vastor sea culpa mía.

El origen de ese metal es un misterio, pero creo saber cuál es, aunque Kar no hable de ello con nadie.

Es blindaje de nave estelar.

Hace mil años, antes de la Guerra Sith, cuando los generadores de escudos eran tan grandes que sólo podían llevarlos las más grandes naves capital, las naves más pequeñas iban blindadas con una aleación superconductora

semejante a un espejo, suficiente para resistir los cañones láser de baja intensidad de la época.

Creo que Kar, en algún momento de su tan pel'trokal de un año, debió de encontrar en algún lugar de la jungla de la Meseta Korunnal la antigua nave estelar Jedi cuyo naufragio atrapó en este planeta a sus ancestros y a los míos.

Fue a primera hora de esta tarde cuando supe cuál era la verdadera realidad de Kar Vastor. No sólo quién es, y por qué es...

Sino lo que significa.

En alguna parte de nuestra hilera de marcha, Kar había localizado una cueva que consideró adecuada para albergar un fuego a salvo de las fragatas o los satélites localizadores, y esa noche se dedicó a curar la infección de avispas de la fiebre que tenían Besh y Chalk, que habían permanecido en suspensión por thanatizina y atados a unas angarillas de herboso como si fueran bultos de carga. Les habían curado las heridas hechas por Terrel con grapas de tejido de un botiquín requisado, y, aunque no pudieran sanar, claro, los procesos curativos del cuerpo también estaban suspendidos por la thanatizina.

Depa estaba presente, al igual que yo y un grupo de personas selectas. Una pareja de guardias akk la habían llevado hasta allí, diván incluido, desde la howdah. Yacía tumbada, cruzándose los ojos con un esbelto brazo. Tenia otra de sus jaquecas y le hacía daño la luz de la fogata de tyruun, la madera local que arde al rojo blanco. Sospecho que habría preferido saltarse todo el asunto.

Aun así, se agitó e incorporó cuando Kar depositó bocabajo, en el musgoso suelo, las inmóviles formas de Besh y Chalk, y desgarró la parte posterior de sus túnicas. Aunque siguió protegiéndose los ojos, la luz del fuego les arrancaba destellos plateados y rojos. Miraba cautivada, manteniendo los pequeños dientes blancos clavados en el labio inferior y mordisqueándose la comisura de la boca cerca de la cicatriz.

Kar se limitó a agacharse junto a ambos, murmurando átonamente entre dientes, mientras un korun que yo no reconocí les inyectaba el antídoto de la thanatizina. El murmullo de Vastor se acrecentó y encontró un batir rítmico semejante al lento latir de un corazón humano. Extendió las manos, cerró los ojos y murmuró, y yo pude sentir un movimiento en la Fuerza, un giro de poder que no se parecía a nada que hubiera sentido en un curandero Jedi. Ni en nadie más, ya puestos.

Una línea roja se dibujó a lo largo de las dos espaldas, y, un momento después, ese rojo floreció con la reluciente humedad de la sangre fresca, que rezumaba a través de la piel... Y supongo que no es necesario entrar en detalles. Basta con decir que Kar había empleado la Fuerza —el pelekotan— de algún modo para persuadir a las larvas de la avispa de la fiebre de que habían elegido un lugar inapropiado para incubarse. Empleó el mismo instinto animal que las induce a desplazarse desde el lugar de la picadura hasta el sistema nervioso central de la víctima para inducidas a emigrar...

Fuera de Besh y de Chalk.

Y su poder era tan fuerte que la hormigueante masa de larvas —cuyo conjunto debía de pesar alrededor de un kilo— se desplazó en dirección a la fogata de tyruun, donde se frieron, reventando con una peste a pelo quemado.

En medio de ese extraordinario despliegue, Depa se acercó a mí y me susurró:

—¿No te preguntas nunca si no estaremos equivocados?

No entendí de qué me hablaba, y ella agitó su mano de finos huesos en dirección a Vastor.

—Semejante poder, semejante control, y sin un solo día de entrenamiento. Porque lo que él hace es natural, tan natural como la misma jungla. Los Jedi nos entrenamos toda la vida para controlar nuestras emociones naturales, para superar nuestros deseos naturales. Renunciamos a muchas cosas por nuestro poder. ¿Y qué Jedi podría haber hecho eso?

No pude responderle. Vastor tenía un poder que estaba al nivel del Maestro Yoda o del joven Anakin Skywalker. Y no sentía deseos de debatir con Depa sobre las tradiciones Jedi y la necesaria distinción entre la luz y la oscuridad.

Así que intenté cambiar de tema.

Le dije que Nick me había contado la verdad sobre la masacre falsa y su mensaje en el óvalo de cristal, y le recordé que ayer había sugerido que tenia algún plan para mí, algo que quería enseñarme o mostrarme. Mi que le pregunté.

Le pregunté lo que pensaba conseguir al hacerme venir.

Le pregunté cuáles eran sus condiciones de victoria.

Dijo que quería decirme algo. Eso era todo. Quería darme un mensaje que podría haber enviado por vía subespacial: una frase o dos, no más. Pero que yo tenía que estar en la guerra —ver la guerra, comerla, beberla, respirarla y olerla— o nunca lo habría creído.

—Los Jedi perderán —me dijo.

Allí, en la cueva, mientras las larvas de la avispa de la fiebre chasqueaban y chisporroteaban en las llamas de tyruun, contesté a eso con números: seguía habiendo diez veces más sistemas leales que separatistas, la República tenía una titánica base manufacturadora y enormes ventajas en recursos... Todo ello era el inicio de una lista de motivos por los que la República no podía perder.

—Oh, ya lo sé —fue su respuesta—. Puede que gane la República, pero los Jedi perderán.

Dije que no la comprendía, pero ahora creo que no era verdad. Creo que la verdad es lo que la Fuerza me dijo en el campamento con la imagen de Depa: Que ya había comprendido todo lo que había que comprender.

Sólo que no quería creerlo.

Dijo que yo mismo había presagiado la derrota de los Jedi.

—La razón por la que liberaste a los balawai es la razón por la que los Jedi serán destruidos.

La guerra es un horror, dijo. Sus palabras fueron:

—Un horror. Pero lo que no comprendes es que debe haber un horror. Así es como se ganan las guerras. Inflingiendo al enemigo un sufrimiento tan terrible que ya no soporte la idea de seguir luchando. No puedes tratar la guerra como si impusieras la ley, Mace. No puedes luchar para proteger al inocente, porque nadie es inocente.

Dijo algo similar a lo que había dicho Nick acerca de los exploradores selváticos: que no hay civiles.

—Los ciudadanos inocentes de la Confederación son los que hacen posible que sus líderes nos hagan la guerra. Construyen las naves, cultivan la comida, extraen los metales y purifican el agua. Y sólo ellos pueden parar la guerra; sólo su sufrimiento podrá acabar con la guerra.

—Pero no puedes esperar que los Jedi nos crucemos de brazos mientras se hiere y mata a gente inocente... —empecé a decir.

—Exacto. Por eso no podemos ganar; para ganar esta guerra tendremos que dejar de ser Jedi —hablaba de esto en futuro, pero sospecho que los Jedi ya habían muerto en su corazón y en su conciencia—. Será como soltar una bomba en el circo de Geonosis. Podemos salvar a la República, Mace. Podemos salvarla, pero tendremos que pagarlo con nuestros principios. En el fondo, ¿no existen los Jedi para eso? Lo sacrificamos todo por la República: nuestras familias, nuestros mundos natales, nuestra riqueza y hasta nuestras vidas. Y ahora la República nos pide que también sacrifiquemos nuestra conciencia. ¿Podemos negarnos a eso? ¿Acaso las tradiciones Jedi son más importantes que la vida de billones de seres?

Me explicó cómo se las habían arreglado Kar Vastor y ella para echar a los separatistas de este mundo.

La Confederación de Sistemas Independientes empleaba el espaciopuerto de Pelek Baw como base para reparaciones, acondicionamiento y avituallamiento de los cazas droides con que atacaban el sistema Al'Har. Esas operaciones requerían un gran número de empleados civiles. El plan era sencillo: mostrar a esos empleados civiles que el conjunto de los soldados separatistas y la milicia balawai era incapaz de protegerlos.

No hubo batalla alguna. Nada heroico ni llamativo. Sólo una serie interminable de salvajes asesinatos. Uno o dos cada vez. Al principio, los separatistas inundaron Pelek Baw con sus fuerzas, pero los androides de combate son tan vulnerables a los hongos comemetales como las armas láser, y los soldados de carne y hueso morían con la misma facilidad que los civiles. Ésa es la esencia de la guerra de guerrillas: el verdadero objetivo no son las bases del enemigo, ni su vida.

El objetivo es el deseo de lucha del enemigo.

Las guerras no se ganan matando enemigos, sino aterrorizándolos hasta que se rinden y vuelven a casa.

—Por eso te he traído a Haruun Kal —dijo—. Quería mostrarte cómo son los soldados ganadores —señaló más allá de la hoguera—. Ése es el Jedi del futuro, Mace. Ése de ahí.

Estaba señalando a Kar Vastor.

Por eso permanezco tumbado en mi lecho en esta oscura hora, pasada la medianoche y lejos del alba, mientras las lumilianas se apagan y los depredadores se acallan, cuando sólo el sueño tiene algún sentido. Y miro a las hojas negras en las alturas, y pienso en mañana.

Mañana dejaremos este lugar.

Y volveremos a mundos donde las duchas son de agua clara en vez de niebla probi. A mundos donde se duerme tras una puerta cerrada, en lechos con limpias sábanas de fibra blanqueada.

Mundos que todavía se encuentran, aunque sólo sea temporalmente, en la Galaxia de la Paz.

CAPÍTULO 14

ÚLTIMA ENTRADA

El aire sobre el paso de Lorshan estaba tan despejado que las cumbres color cielo que Mace apenas podía distinguir en el distante sur bien podían ser las de Los Hombros del Abuelo. En esa dirección había una mortaja de neblina marrón que sospechaba era la niebla que cubría Pelek Baw. A menor distancia se veían las motitas plateadas causadas por las fragatas que patrullaban la jungla bajo el paso. Muchas fragatas. Mace contaba al menos seis escuadrillas barriendo las colinas, puede que hasta diez.

El fogonazo silencioso y ocasional de los cañones y el hilo de humo negro que ascendía de los lanzallamas llegaban a resultarle consoladores, significaba que la milicia seguía creyendo que los guerrilleros estaban entre los árboles.

Mace se sentaba con las piernas cruzadas sobre la arena en sombras de la cueva, con el datapad colgado del hombro. A sólo dos metros de distancia, la brillante luz del sol del final de la tarde se hundía en el prado de la ladera; en un retazo de hierba relativamente plano a lo largo de varias decenas de metros, que luego se curvaba al borde del barranco y caía durante medio kilómetro hasta el paso de abajo.

Lo bastante grande como para que aterrizan una lancha clase Jadthu de los Sistemas de la República de Sienar.

Mace estaba decidido a no mirar al cielo. Llegaría cuando llegase.

Sólo faltaban minutos para ello.

Se descubrió enumerando las heridas que le había infligido Haruun Kal. Desde magulladuras de disparos a quemaduras, pasando por costillas rotas, varias contusiones y una mordedura humana. Por no mencionar incontables picaduras de insectos, una erupción en el muslo derecho y ampollas en los dedos de los pies que seguramente eran debidas a una persistente infección por hongos...

Y eso sólo eran las heridas físicas. Se curarían.

Las heridas no físicas causadas... a su confianza, a sus principios, a su certeza moral, a su corazón.

Esas no podían curarse con nebulizadores de vendas y un parche de bacta.

Detrás de él, el continuo ir y venir de Nick había abierto un sendero en la fina capa de tierra que cubría el suelo de piedra de la cueva. El korun cogió el rifle de donde lo había dejado, apoyado contra la pared, comprobó el cargador por duodécima vez y volvió a dejarlo donde estaba. Hizo lo mismo con la pistola de cartuchos que llevaba en la cartuchera del muslo, mirando luego a su alrededor en busca de algo más que hacer. Al no encontrar nada, volvió a caminar.

—¿Cuánto falta?

—No mucho.

—Es lo que dijiste las tres últimas veces que pregunté.

—Supongo que eso depende de lo que entiendas por mucho.

—¿Estás seguro de que ella vendrá?

—Sí —mintió Mace.

—¿Y si llega antes que ella? Quiero decir que no tendremos tiempo de pararnos a esperarla. No con las fragatas y quién sabe qué otras cosas rastreando a la lancha desde su entrada en la atmósfera. Si ella no esta aquí...

—Ya nos preocuparemos de eso cuando suceda.
—Ya —Nick se puso a caminar desde el fondo de la cueva hasta la entrada, en vez hacerlo de lado a lado—. Ya.
—Nick.
—¿Sí?
—Siéntate.
El joven korun se detuvo, dirigió a Mace una mueca de disculpa, se ajustó la túnica y pasó los pulgares por la banda de cintura de sus pantalones como si ésta le apretara.
—No me gusta esperar.
—Lo he notado.
Nick se sentó al lado del Maestro Jedi y asintió en dirección al datapad.
—¿Hay algún juego en esa cosa? Caray, jugaría hasta al dejarik. Y eso que odio el dejarik.
Mace negó con la cabeza.
—Es mi cuaderno de bitácora.
—Te he visto hablándole. ¿Es como un diario?
—Algo así. Es un resumen personal de mis experiencias en Harun Kal. Para los Archivos del Templo.
—Caray. ¿Y salgo yo?
—Sí. Y Chalk, Besh y Lesh. Depa, Kar Vastor y los niños del campamento...
—Caray —repitió Nick—. Es... Caray, es genial. ¿Y todos los Jedi hacen eso?
Mace miró más allá del accidentado terreno bajo el paso.
—No creo que Depa lo haya hecho —lanzó un suspiro, y una vez más se detuvo para no inspeccionar el cielo—. ¿Por qué lo preguntas?
—Es que..., bueno, es muy raro, ¿sabes? Estoy pensando en ello y... ¿Voy a estar en los Archivos Jedi...?
—Sí.
—Veinticinco mil años de grabaciones. Es como... Como ser parte de la historia de la galaxia.
—Lo serías de todos modos.
—Ah, sí, claro, ya lo sé: todo el mundo lo es. Pero no todos están en los Archivos Jedi, ¿verdad? Quiero decir que mi nombre estará ahí siempre. Es como ser inmortal...
Mace pensó en Lesh y en Phloremirlla Tenk. En Terrel y en Rankin. En los cadáveres del campamento quemados hasta perder toda identidad.
—Lo es —dijo despacio—, lo más parecido a la inmortalidad que puede alcanzar alguno de nosotros.
—¿Puedo escuchar un poco? —Nick hizo un gesto de ánimo—. No quiero ser curioso ni nada. Pero es por pasar el rato...
—¿Seguro que quieres saber lo que pienso de ti?
—Claro... ¿Por qué? ¿Es malo? —preguntó, haciendo una mueca premonitoria—. Es muy malo, ¿verdad?
—Me estoy metiendo contigo, Nick. No puedo ponértelo. Está codificado, y sólo los maestros archivistas del Templo tienen la clave descodificadora.
—¿Cómo? ¿Ni siquiera tú puedes oírte a ti mismo?
Mace sopesó el datapad en su mano: parecía algo tan pequeño e insustancial para cargar con tanto dolor y duda.
—La codificación no sólo mantiene su contenido a salvo, sino que me salva de la tentación de rescribir las entradas para hacerme parecer mejor.
—¿Tú harías eso?

—La oportunidad no se ha presentado. De tener la oportunidad... no sabría decirlo. Espero que pudiera resistirme a hacerlo. Pero, Jedi o no, sigo siendo humano —se encogió de hombros—. Debo hacer una última entrada para preparar mi informe formal ante el Consejo, a nuestro regreso a Coruscant.

—¿Puedo escuchar?

—Supongo que si puedes. No tengo nada que decir que ni no sepas va.

***

De los diarios privados de Mace Windu

[ÚLTIMA ENTRADA A HARUUN KAL]

El mayor Rostu y yo esperamos en una cueva de la base korun en el paso de Lorshan. Depa...

[Voz masculina identificada como NICK ROSTU, mayor (ascendido en combate). GER]: Eh, ¿eso está conectado? ¿Pueden, bueno, oírme? Sí. Es...

[Rostu]: Caray. Entonces un Jedi alienígena de dentro de mil años podría sacar esto y yo estaría diciéndole "hola" desde mil años antes, ¿no? Hola, tío raro Jedi tiramonos, seas quien...

Mayor.

[Rostu]: Sí, ya lo sé: Cállate, Nick.

[Sonido de hondo suspiro.]

Depa debe reunirse aquí con nosotros.

Va a emplear alguna estratagema para alejar a Kar Vastor y sus guardias akk lo bastante como para garantizar una evacuación limpia. No me ofreció detalles, y yo no se los pedí.

Temía oír lo que podría haberme dicho.

Enviamos la señal a primera hora de esta mañana, empleando la misma técnica de sus esporádicos informes. En vez de enviar una transmisión subespacial corriente, que podría ser interceptada por los satélites de la milicia permitiéndoles localizar nuestro paradero, se hizo la llamada de evacuación codificada, mediante un canal normal de comunicaciones y empleando una longitud de onda estrecha que rebotó hasta el satélite de la HoloRed desde una de las montañas que tenemos a la vista. La señal contiene también un código de prioridad Jedi que anula y secuestra parte de la capacidad de la HoloRed local, empleando ésta para enviar al Halleck el código de evacuación. Es muy seguro, aunque siempre hay alguna pérdida de datos por dispersión de onda.

Yo mismo oí el acuse de recibo en la estación comunicadora de la base. El Halleck está de camino.

Llegamos a esta base una hora estándar después del alba. Probablemente el *Halleck* ya esté dentro del sistema. La base en sí... no es lo que me esperaba.

Es menos una base militar que un campamento de refugiados subterráneo.

El complejo es enorme: una colmena de túneles que recorre toda la pared norte del paso, con varios túneles de acceso que se extienden ladera abajo, hasta llegar a cuevas ocultas en lo profundo de la jungla. Algunas de las cavernas son naturales. Burbujas volcánicas y canales de agua erosionados por las corrientes procedentes de las altas cumbres nevadas. Las cavernas habitadas han sido ampliadas y alisadas artificialmente. Aunque no hay industria minera en Haruun Kal, y, por tanto, se carece de equipo de

excavación, un vibrohacha puede cortar la piedra con la misma facilidad que la madera. Muchas de las cámaras más pequeñas tienen camas, mesas y bancos de piedra tallados y modelados con esas hojas.

Lo cual las haría relativamente cómodas, de no estar tan ocupadas.

Miles de korunnai atestan estas cavernas, túneles y cuevas, y cada día llegan más. Son los no combatientes. Las esposas y los padres, los enfermos y los heridos. Y los niños.

La carencia de equipo minero en el planeta implica que la ventilación es forzosamente rudimentaria, y la sanidad, virtualmente inexistente. La neumonía campa a sus anchas. Los antibióticos es lo primero que se acaba en los botiquines requisados. Y no hay ningún lugar en las cavernas donde no se oiga a la gente estornudando mientras se esfuerza por respirar con sus pulmones anegados y atascados. La disentería se cobra vidas entre ancianos y heridos, y la cosa sólo tiene visos de empeorar, al depender la higiene del transporte de las heces en cubos.

Las cavernas más grandes están dedicadas a los herbosos. Todos los korunnai que llegan traen los herbosos que han sobrevivido al viaje; incluso en tiempos de guerra, dependen del Cuarto Pilar. Esos herbosos se pasan los días apretujados, sin comida y con poco espacio para moverse. Todos están enfermos e inquietos. Suele haber peleas entre miembros de diferentes manadas, y me dicen que todos los días mueren varios, víctimas de heridas recibidas en peleas o de enfermedades infecciosas que se contagian por estar en espacios cerrados. Algunos parecen limitarse a renunciar a su deseo de vivir; se tumban, se niegan a levantarse y posteriormente mueren de inanición.

Los korunnai los cuidan lo mejor que pueden, construyendo improvisadas verjas de piedras apiladas para separar las diferentes manadas, y sacándolos por turnos por los túneles de acceso para que se alimenten en las junglas que hay bajo el paso, ante la atenta mirada de los akk de pastoreo. Pero incluso esta medida improvisada resulta problemática, ya que a medida que llegan más y más herbosos, los korunnai deben llevar las manadas más y más lejos, para evitar que reduzcan tanto la selva que eso descubra la localización de la base.

Ahora entiendo por qué no quería irse Depa.

Viajamos sobre su ankkox hasta uno de los túneles ocultos. Cuando cambiamos la penumbra de la jungla por la profunda oscuridad subterránea. Depa abrió las cortinas de la howdah y pasó a la silla montada en la concha de la cabeza de la bestia. Parecía inhalar serenidad en el espeso aire pegajoso.

Todos aquellos ante los que pasamos... Todos los que vimos...

No había aplausos, ni siquiera gritos; la bienvenida que obtuvo fue más profunda que cualquier cosa que pudiera expresarse de viva voz.

Una mujer, encogida contra la sudorosa pared de piedra, vio a Depa y se empujó hacia delante. Su rostro podía haber sido una flor abriéndose al sol. La mera presencia de Depa llevó la luz a sus ojos y dio fuerza a sus piernas. La mujer forcejeó por levantarse, empleando la pared del túnel para incorporarse. Luego se apoyó en ella y extendió una mano hacia nosotros. Cuando Depa asintió con gesto de aceptación, la mano de la mujer se cerró para tratar de capturar en el aire la mirada de Depa. Luego se llevó esa mano cerrada al pecho, como si una simple mirada fuese algo precioso.

Algo sagrado.

Corno si fuera justamente lo que necesitaba para seguir viviendo.

Y así fue nuestra llegada aquí: esa mujer multiplicada por mil. Los guerreros y los heridos. Los ancianos. Los enfermos, los moribundos. los niños...

Depa es para ellos algo más que un Jedi. No es una diosa, al ser usuarios de la Fuerza no se impresionan fácilmente con los poderes Jedi. Ella es, creo, como un tótem. Es para ellos lo que un Jedi debería ser para todos, pero grabado a tal nivel en sus corazones que se ha convertido en una forma de locura.

Ella es su esperanza.

[Rostu]: Es verdad, ¿sabes?

¿Nick?

[Rostu]: ¿Crees que las cosas están mal aquí? Vale, claro que están mal. Pero no sólo aquí, sino en toda la meseta. Muy mal. Pero no tienes ni idea de cómo eran las cosas antes de que llegara Depa... Aquí no somos los malos.

Nadie ha sugerido que lo seáis. Tampoco sois los buenos. No he visto a ninguno de los buenos.

[Rostu]: ¿Hasta ahora? Yo he visto uno. No, dos.

¿Ah, sí?

[Rostu]: Todo eso de los buenos y los malos acaba despareciendo por la escotilla del aire con mucha rapidez, ¿no te parece? ¿Tú sabes por qué se separó Pelek Baw de la República? No tuvo nada que ver con la "corrupción del Senado" ni con toda esa política que es mierda de colmilludo. Los balawai se unieron a la Confederación porque los sepas les prometieron respetar su soberanía. ¿Lo entiendes? Les dio derechos planetarios. Y el único derecho planetario que importa a los balawai es el derecho a matarnos a todos. Los sepas aparcan en el espaciopuerto sus cazas droides y su personal de apoyo, y de pronto la milicia dispone de una provisión ilimitada de fragatas, y los balawai declaran ilegal que un korun esté fuera de los límites de la ciudad de Pelek Baw. Y muy pronto empiezan a arrestar también a los korunnai que se encuentran dentro de la ciudad. No a todos, entiéndeme, sólo a los criminales. A los mendigos y a los chicos de la calle. Y a los problemáticos. Para que conste, un problemático es cualquier korun que diga algo sobre cómo se nos trata.

"Construyeron un campo para nosotros. Yo estuve en él. Fue allí donde nos encontró Depa. ¿Crees que las cosas están mal aquí? Deberías ver de lo que ella nos salvó.

"Sí, puede que pasáramos de vivir allí a morir aquí. ¿Y qué? ¿Crees que hay alguna diferencia? ¿Crees que aquello era mejor?

“Tú puedes vivir en una jaula si quieres. ¿Pero yo? Yo moriré como un hombre libre. Eso es Depa para nosotros.

"Eso es lo que nos vas a quitar.

De todos modos iba a dejaros muy pronto.

[Rostu]: Eso dices tú.

Se muere, Nick. La guerra la está matando. El planeta la está matando. Los korunnai la están matando.

[Rostu]: Nadie de aquí le haría daño...

No a propósito.

Pero se está ahogando en tu ira. Nick.

[Rostu]: Eh, que yo sólo estoy medianamente cabreado.

No eres sólo tú. Sois todos vosotros. Todo este lugar.

La violencia interminable... sin esperanza, ni remedio...

La conexión de un Jedi con la Fuerza amplifica todo lo que nos rodea y dota de la mayor gravedad concebible hasta el menor de nuestros actos. Nos hace ser más de lo que ya somos. Si estamos calmados, nos da serenidad. Si estamos iracundos, nos llena con la rabia de un dios. La ira es una trampa. Puede que tú la consideres un narcótico no muy diferente del brillostim. Hasta el más delicado de los sabores puede dejarte con un apetito que nunca desaparece.

Por eso los Jedi debemos esforzamos siempre por crear la paz en nosotros mismos: nuestro interior debe tener su reflejo en lo externo. La Fuerza es una. Somos parte de la Fuerza, que siempre será lo que sea que seamos nosotros, al menos en parte.

Igual que ya es demasiado tarde para que Kar Vastor se convierta en un Jedi, es demasiado tarde para que Depa se convierta en un lor pelek. Ella está dispuesta a dar su vida para ayudar a vuestro pueblo. ¿Estáis dispuestos a tomarla?

[Rostu]: Oye, a mí no me mires así. Yo estoy de tu lado, ¿recuerdas? Bueno.

El Halleck ya debe de estar dentro del sistema. En cualquier momento veremos el rastro de vapor de una lancha.

Y Depa viene a reunirse con nosotros.

[Rostu]: ¿De verdad? ¿Es que puedes sentirla?

Directamente no. Pero parte de su plan para mantener lejos de aquí a Kar y a sus guardias akk incluía recuperar mi sable láser. Es en detalles como éste, en esas pequeñas consideraciones, en esas gentilezas no pensadas, donde hallo esperanzas para creer que no está perdida del todo.

Aunque puedo reconstruir mi hoja, ella...

Había una tristeza...

"Resignación melancólica" es la mejor forma que tengo de describir su expresión cuando prometió devolverme el sable láser. Ella parecía al borde de las lágrimas, aunque el arma en sí no es gran cosa.

"No podría soportar la idea de que tu viaje hasta aquí te cueste más de lo que te ha costado ya", me dijo esta mañana, cuando la dejé para venir aquí a esperar.

Puedo sentir con claridad la cercanía de mi sable láser; y ahora también siento el de ella. Viene zigzagueando hacia nosotros por las fisuras naturales de la roca, que forman un pasaje entre esta cueva y las cavernas del interior. Me resulta extraño, de una forma aprensiva, de premonición de terribles tragedias, que sólo pueda sentir a Depa mediante su arma, la Depa que conozco.

[Rostu]: "Esto, ¿esa *premo-lo-que-sea* de terribles tragedias puede traducirse de algún modo al básico como "todo esto me da mala espina"? Porque, verás, ahora que lo mencionas...

Yo también lo siento..., pero desde que llegué a este planeta sólo he tenido malos presentimientos.

[Rostu]: Me he estado preguntando... Bueno, llevamos aquí mucho rato. ¿No te has cuestionado el que Depa nos enviara aquí para que ella pudiera quitar de en medio a Kar? ¿Que igual nos envió aquí para quitarnos de en medio a nosotros?

Se me ha ocurrido. Me he negado a considerarlo. Depa no es así; no es proclive al engaño, y mucho menos a la traición. Dijo que se reuniría aquí con nosotros. Eso significa que se reunirá con nosotros. Aquí.

Sólo está a unos pasos de distancia...

[Rostu]: O puede que no, ¿sabes?

Eres...

[Rostu]: Ya has ido muy lejos. ¡Para ya! Lo digo en serio.

[El último sonido del diario del Maestro Windu en Haruun Kal es una vocalización no verbal semejante al gruñido de advertencia de un gran depredador.]

[FIN DEL DIARIO.]

Capítulo 15

La trampa

Nick estaba parado en la posición clásica del pistolero: pistola de cartuchos en mano derecha, hombro izquierdo inclinado hacia delante, mano derecha cruzando el cuerpo, y mano izquierda cubriendo la derecha y la culata de la pistola.

Su sonrisa era como la cabeza de un alfiler, y resultaba un blanco apenas visible en la fisura del fondo de la cueva.

Mace se puso en pie despacio, pero de forma deliberada, sin hacer movimientos repentinos.

—No lo hagas, Nick.

—Preferiría no hacerlo —admitió Nick—. Pero lo haré si me obliga.

—Le he visto bloquear disparos láser. Puede hacer lo mismo con balas. No tienes ninguna oportunidad.

—Eso dices tú —la voz de Nick era desacostumbradamente calmada y átona; y sus manos, tan firmes como la montaña que les rodeaba—. No me has visto disparar.

—Este es mal momento para mostrármelo —Mace posó una mano en el brazo de Nick y dejó que su cansado peso le bajara la pistola—. Sal de ahí. Kar.

La oscuridad de la fisura se congregó en la forma del lor pelek. Los vibroescudos se habían alzado hasta los brazos.

Llevaba dos sables láser en las manos.

Mace se hundió cuando toda la fe y la esperanza le abandonaron. Sólo quedaba agotamiento en él.

Se había esforzado tanto, y durante tanto tiempo, en creer en ella, en sí mismo y en la Fuerza. Se había obligado a creer, y había disciplinado implacablemente su mente contra cualquier temor al fracaso. Después de todo, era Depa, su padawan, casi su hija. La había conocido durante casi toda la vida de ella.

Toda salvo sus primeros meses, y los últimos.

Vastor pasó junto a Nick sin dedicarle una mirada de soslayo, sosteniendo los sables láser en las palmas abiertas.

Una ofrenda de paz.

Ella me ha pedido que...

—Lo sé —murmuró Mace.

Dijo que no quería que perdieras más de lo amiga has perdido por venir aquí.

—No he perdido nada.

Y era verdad. No había perdido nada real. No en Haruun Kal. A ella la había perdido mucho antes de poner el pie en la rampa de descenso de la lanzadera, la había perdido antes de la masacre y del mensaje del óvalo, la había perdido antes incluso de enviarla aquí.

Depa Billaba era otra baja de su fracaso en Geonosis.

Sólo que estaba tardando más tiempo en morir.

Todo lo que había perdido en Haruun Kal era una ilusión. Un sueño. Una esperanza tan sagrada que no se había atrevido a admitirla, ni siquiera ante sí mismo. La fantasía de que algún día la galaxia volvería a estar en paz.

Que todo volvería a la normalidad.

¿Necesitas sentarte, dôshalo? El ronroneo de Vastor era precavidamente preocupado. *No pareces bien.*

—Así que esto es el beso de despedida, ¿eh? —Nick había devuelto la pistola a la cartuchera, pero parecía disparar contra Vastor en su mente—. Es una maniobra de lo más sucia, la verdad.

Dile a tu chico que vigile su lengua cuando habla de Depa.

Mace se limitó a negar con la cabeza, en silencio. No tenía palabras.

—Quiero decir que esto es muy bajo. Y yo sé lo que es ser bajo. La despedida ya es bastante mala, pero enviar también su sable láser para que pensaras que era ella...

—No lo ha enviado por eso —dijo Mace en voz queda—. Kar viene a entregarme los dos sables láser.

El rugido de Vastor fue tan absoluto como la mirada de un felino de las lianas. Sin piedad, pero, de alguna forma, no carente de compasión.

Ella dijo que lo entenderías.

Mace asintió de forma distante.

—Ya no le resulta útil.

Nick frunció el ceño.

—¿Ya no?

—Es el arma de un Jedi.

—Oh.

—Sí.

Mace agachó la cabeza.

—Intenta decirte que...

—Sí.

Mace cerró los ojos.

Ya no soportaba seguir mirando ese lugar.

La está matando —dijo débilmente—. Estar aquí. Hacer esas cosas. Si se queda, morirá.

Todo el mundo muere, dôshalo, pero Haruun Kal es su problema. Este es su sitio. Ahora lo sabe. Pertenece aquí. La jungla no la está matando.

La estás matando tú.

Mace abrió los ojos para encontrar la mirada concentrada del lor pelek.

Ella nunca dejó de pensar en ti, retumbó Vastor. *La está matando imaginar lo que tú pensarás de ella. Lo que sabe que ni piensas de lo que ha hecho, y de lo que hará. Se mide a sí misma según tus estándares; y que sean terriblemente equivocados no hace menos doloroso su fracaso al intentar mantenerse a la altura de ellos.*

Eres su sire, Mace Windu. ¿Acaso no comprendes lo mucho que te quiere?

—Si —deseaba que ella pudiera comprender lo mucho que él la quería...; pero, si lo hubiera comprendido, ¿acaso habría hecho las cosas de otro modo? ¿O sólo sufriría más aún?—. Sí, lo comprendo.

Por eso me ha enviado a entregarte estas armas, y su despedida. No podía enfrentarse a ti.

Mace lanzó un hondo suspiro y luego enderezó los hombros.

—Tendrá que superarlo —dijo despacio, triste, reticente.

¿Eh?

—Siento que esto sea doloroso para ella. Tampoco es una diversión para mí. Lo más parecido a la diversión que he tenido en este planeta fue quedar inconsciente de una paliza. Le dije que no saldría de este mundo sin ella. Y no lo haré. No ha cambiado nada.

¿Crees que no? Ven aquí, dôshalo. El lor pelek salió de la sombra de la cueva a la brillante tarde manchada de rojo del prado en el risco. *Ésta no es la única cueva de la montaña.*

Mace le siguió, y Kar agitó un sable láser hacia la vasta ladera montañosa, salpicada de sombras.

En una de ellas espera uno de mis hombres. A lo largo de los últimos meses hemos capturado varias armas pesadas de infantería a los balawai. Una de esas armas es un lanzatorpedos de protones que se dispara desde el hombro.

—Las amenazas no me harán cambiar. Dije a Depa que moriré aquí antes que dejarla atrás.

Me malinterpretas. El torpedo no es para ti; yo mismo te mataría, si quisiera verte muerto.

—Eso queda por ver —dijo Mace Windu.

Pronto llegará la lancha a recogerte. Si no te marchas en ella, mis hombres la destruirán. A tus pilotos, artilleros y soldados, y a quien sea que venga a sacarte de aquí: Morirán todos.

Esta vez, por fin, Mace miró al cielo. Era de un turquesa ilimitado. Las únicas nubes que se veían eran rastros de vapor en el horizonte.

¿Te das cuenta? No eres el único aquí que puede coger rehenes.

—¿Sabes que casi me siento agradecido contigo por hacer esto? —dijo Mace meditando.

Lo comprendo, te facilita hacer lo que tienes que hacer.

—Sí. Así es. Has decidido por mí.

—¿Pasa algo malo? —preguntó Nick desde las sombras—. ¿Qué te está diciendo? Seguimos marchándonos, ¿no?

—Pasan muchas cosas malas —replicó Mace—. No me ha dicho nada importante, y no, no nos vamos. No sin Depa.

La cabeza de Vastor se echó hacia atrás, y el peligro brilló en sus ojos.

Yo no amenazo en vano.

—Que tú estés aquí quiere decir que no conozco a Depa tan bien como creía. Que los dos esperéis que yo ceda ante esa amenaza quiere decir que ella me conoce todavía menos.

La lancha será destruida. Será como si los hubieras matado tú mismo.

—Nada de "será como" —Mace se volvió y alzó la cabeza para mirar a Kar Vastor a los ojos—. Será que tú, Kar Vastor, te habrás alzado contra la República.

La República no tiene nada que ver con esto. Esto es personal. No puedes pretender...

—Hace tres días que arresté formalmente a Depa. Ella me dio su palabra, es decir, su palabra de Jedi de que no intentaría escapar, o de que no evitaría volver para responder de sus actos ante el Consejo Jedi. Ha faltado a su palabra y a su honor. Debo ponerla bajo mi custodia. Y también a ti.

¿A mí? Tú estás loco.

—Kar Vastor —dijo Mace con voz inexpresiva—, se te acusa del asesinato de Terrel Nakay.

—Esto, Maestro, mmm, general... ¿Señor? ¿Seguro que sabes lo que haces?

Vastor le miraba incrédulo.

Tus hombres morirán.

—Son soldados, y estamos en guerra. Comprenden los riesgos a que se enfrentan. ¿Y tú?

¿Qué riesgos?

—Cuando tus hombres disparen sobre la lancha habrás cometido un acto de traición. Al estar implicada en tu crimen, Depa será acusada del mismo cargo. La estás haciendo correr un riesgo capital; es decir, que será ejecutada al mismo tiempo que tú.

El gruñido de Vastor no tenía palabras. Sólo desdén y furia.

—Quizá debas ordenar a tus hombres que depongan las armas. Mientras aún puedas.

Depa tiene razón; los Jedi están locos.

—La gente me dice lo loco que estoy desde que llegué a este planeta. Me lo han dicho tantas veces que hasta empecé a preguntarme si no sería cierto. Pero ahora me doy cuenta que no lo dices porque sea cierto. Ni siquiera porque tú lo creas cierto. Lo dices porque esperas que sea cierto. Porque si yo estoy loco, tú no eres la repugnante alimaña de baboso corazón que, en el fondo, sabes que eres.

Pero Vastor ya no parecía escucharle. Había cruzado los enormes brazos de forma que los sables láser de sus manos desaparecieron tras sus bíceps con escudos de ultracromo. Se alejó, sumido en meditación, en dirección al borde del risco del prado, y miró a la vasta jungla que se extendía bajo él. El paisaje parecía vivo con las motas del metal de las fragatas y el distante fogonazo de los cañones.

Hoy patrullan muchas fragatas, zumbó. *Más de las que he visto nunca*.

—Mace... —siseó Nick desde la cueva—. ¿Sabes ese mal presentimiento del que te hablaba? Está empeorando.

—Sí.

—Igual deberías volver aquí dentro, que es más seguro.

—No hay ningún lugar seguro —dijo Mace, y salió fuera para unirse a Vastor en el borde del barranco.

Lo he intentado, ronroneó Vastor cuando Mace llegó a su lado. *He hecho todo lo que se me pedía. Ni siquiera Depa podrá decir que no he intentado salvarte la vida. Pero sigues sin ser razonable.*

—No está en mi naturaleza.

Es como dijiste antes: tú has decidido por mí. Sólo hay un modo de protegerla de ti.

—Eso es cierto.

Mace buscó en su interior hasta encontrar la calma central dentro de su agotamiento y su dolor. Respiró hasta situarse en ese centro, hasta encontrarse dentro de él. Y todo dolor, fatiga y duda quedaron fuera.

—¿Peleamos ya?

Debemos hacerlo.

Es un trago amargo que los últimos miembros del ghôsh Windu deban ser enemigos. Quisiera que esto hubiera acabado de otro modo, pero no esperaba que fuera así. Depa me dijo que no sabes perder.

—No he tenido mucha práctica.

Vastor inclinó la cabeza en un pesaroso gesto de respeto.

Adiós, Mace, Jedi de los Windu.

Sintió un tirón de la Fuerza...

Apenas un pellizco. Un encogimiento de hombros. El más leve de los codazos, ni siquiera dirigido a Mace, sino enviado a algún lugar entre los árboles situados bajo el paso...

Una señal.

Vio la escena congelada en el tiempo, inmovilizada en el ámbar que era la sensación de Mace en la Fuerza; Vastor parado, de brazos cruzados y sin el menor atisbo de

amenaza; los escudos subidos a los brazos, esos brazos todavía cruzados para enterrar los sables láser bajo los enormes bíceps...

Mace a su lado, expuesto al borde del barranco, desarmado...

Fragatas rozando a lo lejos el mar de jungla, en ondas de choque silenciosas en la distancia...

Nick, en la cueva, con el rifle apoyado en la roca y una mano sacando la culata de su pistola enfundada con una velocidad que sería cegadora para hombres corrientes...

Y un hombre escondido a un kilómetro de distancia en las sombras de la jungla, apretando con suavidad el gatillo de un rifle de alta potencia para francotiradores y disparando un único paquete de asesina energía escarlata en dirección al prado...

Apuntando al corazón de Mace Windu.

Mace vio todo eso en un único instante, sin esfuerzo, y el punto de ruptura que encontró y localizó por instinto fue el equilibrio de Vastor al borde del barranco.

Con calma, sin especial prisa, Mace posó la mano en el hombro de Vastor y le dio un empujón.

Hacia el borde.

Los ojos de Vastor se abrieron por la sorpresa al caer hacia delante, y sus brazos se descruzaron para agitarse en busca de equilibrio. Se tambaleó, desplazando la cabeza lo bastante y en la dirección adecuada como para que la bala de la pistola de cartuchos de Nick le chamuscara la sien en vez de sacarle los sesos a través de los ojos. Al agitar los brazos, se aflojó su asidero en los sables láser. Mace empleó la Fuerza para coger ambas armas. Los encendió con refulgente vida y los llevó a sus manos con apenas seis o siete milisegundos de sobra antes de necesitarlos para desviar el disparo procedente de la jungla de abajo.

Los reflejos de felino de Vastor le hicieron girar en el aire y agarrarse a la cara de roca, un metro más abajo del borde del barranco. Su cómplice en la jungla disparó contra Mace y le hizo retroceder, mientas Nick salía de la cueva situada detrás de él, gritando: "¿Le he dado? ¿Está muerto? ¿Está muerto?", hasta que Vastor se propulsó hacia arriba con la Fuerza y desplazó los vibroescudos a la posición de combate.

Nick disparó todo lo deprisa que su dedo podía apretar el gatillo de la pistola, y las balas repicaron contra los refulgentes escudos de Vastor...

Y Mace se quedó parado.

Mirando la hoja de su sable láser.

***

En la Fuerza, el mundo se había convertido en cristal.

La llama púrpura de su hoja abría astilladas grietas por todo el planeta. Fracturas de tensión se proyectaban desde su hoja, como telas de araña, hacia Vastor, hacia Nick, entrando en las montañas que tenía detrás, llegando al paso de abajo y hasta al espacio de arriba, desplazándose en crecientes oleadas que lo unían a él con lo que era, pero también con lo que había sido y lo que sería.

Haber encendido su hoja aquí, ahora, era un punto de ruptura de la Guerra del Verano.

Su consciencia se astilló con cl mundo, recorriendo instantáneamente las líneas de tensión y las trayectorias de causa y efecto. Durante un único instante estuvo en contacto intimo con muchas épocas y lugares diferentes.

Lo vio todo.

Como si estuviera a una distancia imposible, vio a los prisioneros balawai arrodillados en el promontorio, y cómo llegaron las fragatas antes de que él pudiera encender la madera que había apilado para indicarles su posición.

Vio las fragatas llegando al campamento sólo minutos después de conectar su arma para defender a los niños del búnker de los disparos apresurados de las armas de su propia gente.

Vio a Vastor bajo las ruinas del campamento y volvió a oír el significado de su gruñido: *Mis hombres dicen que las alejaste tú solo, aunque no parecían estar dañadas. Puede que hayas enseñado a los balawai a temer el arma Jedi.*

Pero sabía que no la temían.

Vio las fragatas del desfiladero huyendo, apenas unos segundos después de conectar las hojas del sable láser. Se les había ordenado que se retiraran.

Porque estaba solo.

Porque si lo mataban antes de que llegase hasta Depa y sus guerrilleros no se solventaría el problema Jedi de la milicia.

Se vio en el callejón de Pelek Baw, mirando con incredulidad su sable láser sin energía.

Vio las horas pasadas en la silla de esa sucia sala del Ministerio de Justicia, esperando. La larga espera no había sido una técnica de interrogatorio. Geptun nunca había pretendido interrogarlo.

Siguiendo esa fisura en el tiempo, vio un cuarto protegido en el Ministerio de Justicia, donde unos técnicos hacían un corte tras otro con su sable láser; donde disparaban a la hoja con balas y rayos láser y la empleaban para cortar thyssel, lammas, hojas de portaak, durocemento y transpariacero.

Para poder medir y registrar la signatura de emisión de esa hoja.

Para que sus satélites pudieran reconocerla cada vez que se utilizara. Al margen de para qué pudiera utilizarse.

Por eso estaba descargada la hoja. Geptun no debía de saber nada de las intenciones del grupo explorador: quería que Mace saliera de Pelek Baw. Quería que contactara con Depa y el FLM.

Quería descubrir dónde se escondían los korunnai desaparecidos.

Y ahora, en el prado, otras grietas de tensión conectaban su mente con las docenas de fragatas que convergían en el paso de Lorshan. Fragatas llenas de soldados impacientes que dejaban a su paso una humeante estela de odio, miedo y feroz premonición, semejante a la columna de humo y cenizas que brota de un volcán en erupción.

Una fractura terminaba en un satélite orbital que pasaba sobre la faz del planeta a casi veintiocho mil kilómetros por hora. Y, a través de la fractura, pudo sentir un cerebro de silicio haciendo una conexión electrónica; pudo sentir un programa ejecutando una orden sencilla, y sentir unos cierres automatizados liberando enormes barras de duracero cubiertas de blindaje aislantes: y pudo sentir primitivos cohetes de guía conduciéndolos hasta la atmósfera en un ángulo demasiado pronunciado para que una nave espacial pudiera soportarlo.

Pero no eran naves espaciales, y tampoco se pretendía que pudieran soportarlo.

***

Vastor seguía en el aire, y Nick seguía esforzándose por seguirlo con su pistola cuando Mace Windu extendió los brazos a ambos lados y gritó:

—¡Alto!

Las descargas de Fuerza que acompañaron la orden del Maestro Jedi clavaron a Nick contra el suelo y arrojaron a Vastor contra la montaña, sobre la cueva.

—¿Qué estás haciendo? —Nick rodó, poniéndose en pie, y volvió a apuntar con la pistola—. Acaba de intentar reventarte... ¡Mátalo!

Vastor estaba arriba, agazapado, agarrándose a la roca como un dragón krayt.

Basta de hablar. Es hora de luchar.

—Sí —dijo Mace Windu—. Pero no entre nosotros. Mira a tu alrededor.

Agitó el brazo en dirección a la jungla, bajo el paso.

Todas las fragatas de patrulla, las docenas que habían sobrevolado la jungla en los últimos días, trazaban rumbos convergentes que se cruzarían en el paso de Lorshan.

Nick lanzó un juramento, y el gruñido de Vastor perdió significado.

—Y allí —dijo Mace, señalando lo que parecía ser una nube oscura que se formaba lentamente sobre las montañas, pero que en realidad era el humo de los escudos aislantes quemándose en la atmósfera.

El centro de la nube se tornó rojo, después naranja y finalmente pálido como una estrella blanquiazul; reactores de iones al encenderse.

—Eso no puede ser la lancha —dijo Nick, frunciendo el ceño—. El ángulo de descenso no es el adecuado, y baja demasiado deprisa.

—No lo es —dijo Mace—. Mejor dicho, no lo son.

—Esto no me va a gustar, ¿verdad? —Nick se pasó una mano por los ojos—. Ay, rayos. Aaah, rayos rayos rayos. Vas a decirme que son ACOA.

—Al menos cinco. Y hay más en camino.

¡Tú! El explosivo rugido de Vastor pareció arrancarlo de la ladera de roca y depositarlo con furia en el prado. Agitó un sibilante escudo en dirección a Mace. *¡Es por tu culpa! ¡Tú los has traído aquí!*

—Ya habrá tiempo luego para buscar culpables —Mace dejó que las hojas de los sables láser se encogieran hasta dejar de existir—. Ahora hay algo que necesitamos hacer.

—¿El qué?

El Maestro Jedi miró al lor pelek y al joven oficial korun, después al cielo y a los misiles de duracero que atravesaban la atmósfera. A treinta mil kilómetros por hora, y acelerando.

—Corred —dijo Mace Windu.

Y corrieron.

TERCERA PARTE

PUNTO
DE RUPTURA

Capítulo 16

Ondas de choque

Un Arma Cinética Orbital Antiemplazamiento (ACOA) completamente montada —con lanza de duracero reforzado, escudos aislantes, motores de iones en miniatura y pequeños cohetes de altitud— tiene una masa ligeramente superior a los doscientos kilogramos. Cuando la lanza impacta contra su objetivo, situado al nivel del suelo, los escudos, los motores y los cohetes de altitud, así como buena parte del duracero reforzado propiamente dicho, ya se han consumido en la entrada en la atmósfera. El proyectil final tiene una masa aproximada de unos cien kilogramos, con una ligera variación arriba o abajo en función del ángulo de entrada, la densidad atmosférica y otras cuestiones menores.

Y si esas cuestiones son menores es porque el ACOA no es, en sí misma, un arma especialmente delicada o sofisticada. Sus virtudes radican, sobre todo, en el hecho de ser barata de producir y sencilla de operar, motivo por el que suele encontrarse muy a mentido en las zonas mas primitivas de la galaxia. Por ejemplo, es vulnerable ante el fuego interceptor de las baterías de turboláseres. Y resulta bastante inútil contra un objetivo capaz de la más rudimentaria acción evasiva, por no mencionar que, una vez se han desintegrado sus cohetes de altitud, cualquier variación atmosférica puede bastar para desviarla de su rumbo, convirtiéndola en algo completamente inútil contra objetivos inmóviles de tamaño inferior a un pueblo de extensión media. Porque, después de todo, no es más que un bulto de duracero de cien kilos.

Pero la puntería ideal también resulta ser una preocupación menor, ya que cuando tiene lugar el impacto, esa lanza de cien kilos de duracero reforzado viaja a más de diez kilómetros por segundo.

En una palabra:

Demoledor.

***

Cuando Mace, Nick y Kar llegaron a la boca de la primera de las cavernas principales, el suelo desapareció debajo de ellos durante un asombroso segundo. Después volvió a subir hacia arriba y los lanzó, girando por el aire, hacia el accidentado techo que tenían sobre sus cabezas.

El impacto trascendió el sonido.

Mace controló instintivamente su giro y absorbió el golpe contra el techo con las piernas dobladas. Su conexión con la Fuerza atrapó a Nick a un metro de sufrir graves lesiones craneales, y cuando cayeron de vuelta al suelo, la onda de presión del aire supercaliente que entró chillando por la fisura, desde la cueva del prado, los arrojó resbalando, rebotando y rodando por todo el áspero suelo, en medio de un granizo abrasador de esquirlas de roca y tierra.

Mace mantuvo a Nick cogido en la Fuerza mientras rodaron, y hasta que se detuvieron en medio de una pesadilla de polvo, humo y gritos. Mace puso a Nick en pie y se agazapó a su lado.

—¡Permanece en pie! —gritó—. ¡Manténte agachado, pero no toques el suelo!

Se quedó allí, encogido, tapándose los oídos con las manos y azotado por otro impacto menor, y por otro menor aún. Cada vez eran más dispersos debido a la natural

falta de precisión de los ACOA. La montaña se convulsionó por última vez y el techo de la caverna se agrietó, derramando una lluvia de peñascos. Algunos gritos quedaron aplastados hasta convertirse en gorgoteos; otros aumentaron de tono hasta ser chillidos agónicos.

Pasaron dos segundos, dos más, y Mace se puso en pie de un salto. La luz de los lumiglobos conformaba esferas luminosas que no podían superponerse al espeso remolino de polvo y humo que arrancaba lágrimas de sus ojos. Una respiración descuidada le sumió en un paroxismo de toses. Tiró de Nick para tenerlo a su lado. Mientras el joven korun se tapaba los llorosos ojos con una mano y tosía en la otra, Mace agarró con ambas manos el borde de su túnica casera.

—Eh, aaaagg, eh, ¿qué estás...?

—Necesitamos tu camisa.

Con un tirón, rasgó en dos la túnica por la espalda. Otro tirón, y continuó la rasgadura por el frente, desde el cuello hasta la cintura. Dejó la mitad en manos de Nick, mientras se ataba su mitad sobre la cara como si fuera una máscara. La tela era lo bastante transparente como para ver a través de ella, y reducía el paso de polvo y humo, haciendo que el aire dejara de ser intolerable y se convirtiera sencillamente en infernal.

Mientras Nick le imitaba, Mace se movió por el interior de la burbuja, desplazándose entre los cascotes y sobre los korunnai muertos y heridos, en dirección a un brillo de ultracromo que asomaba bajo una enorme losa de piedra. Se agachó al lado del lor pelek e hizo un gesto, apartando de él las rocas más pequeñas.

—¿Kar? ¿Puedes oírme?

Pese a estar ronco por el polvo y el dolor, el gruñido de Vastor tenía un tono sardónico.

Será mejor que te alejes. Parece que cuando estás cerca me caen encima cosas grandes y duras.

Mace respiró hasta situarse en su propio centro, y encontró el punto de ruptura de la losa.

—No te muevas.

Su hoja refulgió y mordió, y la losa se resquebrajó en dos sobre la espalda de Vastor. Un encogimiento de los enormes hombros de Vastor desplazó los dos pedazos lo suficiente como para que pudiera incorporarse y ponerse de rodillas entre ellos. Estaba cubierto de polvo, y la sangre le goteaba de una fea herida sobre una oreja.

Pudiste matarme. Debiste haberme matado.

—Muerto no me sirves de nada —dijo Mace—. ¿Hay algún refugio en esta base? ¿Algún búnker reforzado, a ser posible hermético?

El almacén de armas pesadas. Se puede sellar.

—Muy bien. Llevad allí a los enfermos y heridos que no puedan moverse, y sellarlo. Cuando llegue la milicia, empezará el ataque con gases.

Vastor y Nick intercambiaron hoscas miradas.

Mace miró por encima del hombro.

—Nick. Tú conmigo. Vamos.

No podremos contenerlos. Ni un solo día. Ni una hora.

—Nosotros no tenemos por qué contenerlos. Tengo un crucero de tamaño mediano estacionado dentro del sistema, que lleva a bordo un regimiento de los mejores soldados que ha visto nunca esta galaxia. —Mace posó una mano en los hombros de Vastor, y la otra en los de Nick. En sus ojos oscuros había un extraño brillo—. No vamos a contenerlos. Ni siquiera a combatirlos. Con el *Halleck* cubriéndonos desde el aire, y los soldados defendiendo el terreno, sus veinte lanchas pueden evacuar todo este lugar en un plazo de horas.

—¿Herbosos y todo?

Mace asintió.

—Sólo hay que hacerlos venir.

***

Los ACOA golpeaban la montaña. Los korunnai corrían, gritaban y sangraban. Algunos intentaban ayudar a los heridos. Algunos morían. Algunos se encogían temblorosos contra la pared más cercana.

Mace siguió moviéndose. Nick trotaba, pisándole los talones. A veces las ondas de choque los derribaban. A veces había tanto polvo que Mace tenía que iluminar su camino con pasadas de su sable láser y del de Depa.

—¿Por qué me necesitas? Ya estuviste esta mañana en el centro de comunicaciones —jadeó Nick entre una bocanada de polvo que su saliva había convertido en barro—. Soy bueno con un botiquín. Puedes seguir solo. Yo cuidare de los heridos...

—Por eso.

La luz del sable arrancó brillos delante de ellos. El pasillo estaba bloqueado por una pared inclinada de rocas caídas.

—Este es el único camino que conozco al centro de comunicaciones —dijo Mace—. Espero que tú conozcas otro.

Nick murmuró una maldición entre dientes mientras se inclinaba sobre la ladera de peñascos.

—¿Es muy profundo el derrumbe? ¿Puedes cortar...? —abrió los ojos de pronto—. ¡Eh, ahí hay gente! ¡Atrapada! Puedo sentirlos... ¡Tenemos que sacarlos!

—Yo también los siento. El derrumbe es inestable —dijo Mace—. Mover piedras y cortarlas nos llevará más tiempo del que tenemos. El primer error haría que nos cayeran encima toneladas de roca. Necesitamos otro camino para llegar al centro de comunicaciones.

—Pero... no podemos dejarlos ahí...

—Nick, Intenta centrarte. ¿Estarían más a salvo aquí?

—Bueno, yo... —Nick frunció el ceño—. Bueno...

—Escúchame. Va a haber derrumbes por todas las cavernas. Más tarde podremos desenterrar a los supervivientes. Nos toca asegurarnos de que sobreviva la suficiente gente como para poder sacarlos, ¿entiendes?

Nick asintió con reticencia.

—Entonces vamos.

***

El centro de comunicaciones era una pequeña cueva natural con mesas de madera, unas pocas sillas caseras y algo de equipo.

—Probablemente no quedará gran cosa de las antenas direccionales —murmuró Nick al trotar hacia él.

—Es algo tarde para preocuparse por ocultar nuestra posición —le recordó Mace—. Y la comunicación subespacial puede atravesar la roca sin dificultades.

Nick miró de reojo hacia el umbral y echó a correr.

—¡El campo aséptico no está conectado!

Nick entró como una flecha. Mace le siguió, pero se detuvo en la puerta.

La unidad de comunicación subespacial estaba en el suelo, entre las astillas de la mesa de madera. Era como si alguien la hubiera hecho rodar por la ladera de una

montaña antes de dejarla caer por un barranco. Las unidades de frecuencia en realespacio, que eran más frágiles, estaban aplastadas. Nick maldecía continuamente entre dientes, mientras se agachaba sobre los dos técnicos korun que yacían inmóviles en el suelo, como si estuvieran echando una siesta en las ruinas de su lugar de trabajo.

—Nick.

—Están muertos —dijo roncamente el joven korun—. Los dos están muertos. No tienen ni una marca. Y...

—Nick, sal de aquí.

Nick tocó una de las cabezas con el dedo... y ésta cedió, deformándose como una esponja, como si el cráneo del hombre fuera de espuma blanda.

—Y están blanduchos...

—Tenemos que salir de este lugar. Ya.

—¿Qué puede hacer esto a un hombre?

—La contusión. La transmisión del impacto. Esta sala debe de estar dentro de una estructura sólida que llega a la superficie...

—Estás diciendo... —Nick miró las paredes que le rodeaban con ojos cada vez más abiertos—. Estás diciendo que si otro ACOA golpea en el mismo lugar, mientras yo sigo aquí...

—Estoy diciendo... —Mace extendió una mano con gesto urgente— ...que te tapes los oídos y saltes.

Mace hizo caso a su propio consejo y recurrió a la Fuerza para que hiciera levitar a ambos. El aire de la cueva de comunicaciones los golpeó como si estuvieran en la palma de la mano de una gigantesca palmada. Dejó que el impacto los arrojara por el pasaje, girando y alejándose del centro de comunicaciones, y después dejó ir a la Fuerza y rodó hasta ponerse en pie.

Nick decía algo mientras Mace le ayudaba a ponerse en pie, pero éste sólo oía un distante murmullo por encima del agudo chirrido de sus oídos.

—Tendrás que hablar más alto.

—¿Cómo? —repuso su compañero, llevándose una mano al oído.

—¡Que hables más alto!

—¿Cómo? ¡Tendrás que hablar más alto!

Mace suspiró y empujó a Nick por el corredor. Se volvió, extendió una mano, recurriendo a la Fuerza, y la unidad subespacial flotó fuera del umbral y por el pasaje hasta llegar a sus manos.

***

Corrió tras Nick mientras sus aturdidos tímpanos se recuperaban. Tres minutos de traspiés les llevaron hasta una encrucijada de pasillos, algunos tallados, otros naturales.

—Aquí tendrá que valer.

—¿Valer para qué? ¿Qué nos queda? —Nick se derrumbó contra la pared, jadeando —. ¿Y por qué cargas con esa puñetera cosa?

Mace depositó la unidad de comunicaciones en el suelo del pasillo. Se quitó la improvisada máscara antipolvo y frunció el ceño ante el panel posterior de acceso. Los tornillos se desatornillaron solos y flotaron hasta formar un bonito montón en una roca lisa. El panel de acceso en sí se les unió poco después. Mace examinó un momento los cables y contactos del interior de la unidad, y después asintió.

Abrió la mano, y el sable láser saltó hasta ella desde el bolsillo interior del chaleco. Un tirón en la Fuerza accionó el interruptor secreto del mango. Una sección curvada del mismo se abrió, y Mace sacó la célula energética. Otro tirón en la Fuerza dobló dos

paneles conductores de las tripas de la unidad comunicadora. Mace incrustó la célula entre ellos, y las luces de la unidad se encendieron.

—Sujeta esto aquí —dijo Mace.

Nick mantuvo la célula energética donde estaba mientras Mace tecleaba el canal de emergencia del *Halleck*.

—*Halleck*, aquí el general Windu. Esta es una llamada de alta prioridad, código de inicio cero seis uno cinco. Contesten.

La unidad comunicadora cobró vida con un crujido y un estallido de estática. Una voz impasible se oyó débilmente a través del zumbido.

—Responda... uno nueve.

—Verificación siete siete.

—Adelante..., general.

—Capitán Trent, informe de situación.

—Lamento in... Capi... puente de mando, ...os heridos. Le habla el comandante Urhal, ...cados... Repito: Estamos siendo atacados por CD.

Nick frunció el ceño.

—¿Atacados por CD?

—Cazas droides —Mace tecleó en el transmisor—. ¿Pueden aguantar?

—...gativo. Son demasiados... Aguantado un..., ...escudos y el blindaje, pero...

El capitán en funciones del *Halleck* les detalló su situación a través de los estallidos de estática y de los periodos de ruido blanco. Un número indeterminado de cazas droides de la Federación de Comercio debía de estar a la espera, desactivados y vagando fuera de la órbita elíptica del sistema, ocultos entre polvo espacial y restos de viejos asteroides. El comandante suponía que algo en la lancha de evacuación debía de haberlos activado, ya que atacaron en cuanto ésta abandonó la nave y se dirigió a la órbita del planeta. Habían perdido la lancha coro todos los hombres de a bordo. Luego, los cazas droides habían exterminado rápida y completamente la escolta de seis cazas del *Halleck*, y ahora estaban atacando el crucero. La nave que Mace esperaba que les rescatara estaba luchando por salvar la vida.

Y estaba perdiendo.

***

Mace se balanceó sobre los talones, mirando a la pared de roca que tenía ante él.

La superficie granulada brillaba con el sudor condensado de su aliento, y motas de mineral relucían en su interior. Pero Mace no veía nada de eso. No miraba a la piedra. Miraba dentro de la piedra. A través de la piedra.

En la Fuerza.

—Entonces ya está, ¿no? —las palabras de Nick llegaban distantes a los oídos de Mace, huecas y débiles, como si le hablara desde el fondo de un pozo—. No hay manera de que puedan evacuarnos.

—Eso es, sí. No hay manera —lo repetía por reflejo, apenas era consciente de lo que decía Nick, y para nada consciente de haberle respondido—. No hay manera...

Su consciencia estaba en otro lugar.

—¿Te he mencionado ya cuánto odio este lugar? Cada vez que vengo aquí me siento como enterrado en vida...

En la Fuerza...

Mace no estaba mirando de verdad. El sentido que empleaba no era el de la vista. Ese sentido invadió la Fuerza, tocando el poder y dejando que el poder le tocara, ensombreciendo el poder y recurriendo a la sombra que creaba para acentuar su propia

sombra, alimentándose de la Fuerza y alimentando él a la Fuerza en una espiral regeneradora, haciendo acopio de energías, dispersándose en una tela de araña que se extendía desde el específico *ninguna-parte-concreta-de-este-momento* al genérico *todos-los-lugares-en-todos-los-tiempos*, partiendo de una encrucijada dentro de una montaña que se alzaba en una jungla del tamaño de un continente, situada en un mundo que giraba por una galaxia que a su vez se convertía rápidamente en una jungla.

Ese sentido le permitió percibir las líneas de tensión de la realidad. Era algo más que la búsqueda de un punto de ruptura; era como si ese momento existiera dentro de una concha de cristal. Y si podía golpearlo de forma precisa, también se rompería la concha que lo envolvía, y la concha que envolvía la concha, y así seguiría y seguiría, en un solo golpe, cuyas ondas de choque se propagarían hacia fuera hasta romper la trampa que los encerraba no sólo a él y a Nick, sino a Depa, a Kar y a los korunnai, al mundo de Haruun Kal, la República, y puede que la misma galaxia. Más que una cadena de puntos de ruptura era un manantial de puntos de ruptura. Una cascada.

Una avalancha.

Si tan sólo pudiera encontrar el lugar donde golpear...

Débilmente, en la distancia, oyó una voz que resonaba desde el *aquí-y-ahora* hasta el *todo-a-la-vez* de Mace:

—Estamos atrapados aquí... Tenemos fuera a toda la puñetera milicia y no hay nadie que pueda venir a ayudarnos, así que vamos a morir todos. Y es un lugar de lo más estúpido para morir. Estúpido, estúpido, estúpido.

—Estúpido —repitió Mace—. Estúpido, sí... ¡Estúpido! ¡Eso es!

—¿Es que me estás escuchando?

—Tú —dijo Mace, mientras su mirada volvía de las pétreas profundidades en las que había estado meditando—, eres un genio, además de alguien afortunado.

—¿Disculpa?

—Hace unos años, la Orden Jedi se planteó la posibilidad de emplear cazas droides para luchar contra los piratas, escoltar cargueros y esas cosas. ¿Sabes por qué decidimos no hacerlo?

—¿Debe importarme?

—Porque los cazas droides son estúpidos.

—¡Vaya, menudo alivio! No me gustaría nada que me matara un genio...

Mace volvió a concentrarse en la unidad comunicadora y tecleó el código de transmisión.

—Comandante, le habla el general Windu. Haga que todas las tropas suban a las lanchas que les quedan y envíe esas lanchas a las coordenadas originales. Todas ellas. A las coordenadas originales. ¿Me ha recibido?

—Si, señor, pero... no son rivales para los cazas droides..., ...bajas..., suerte si la mitad de ellos llega a la atmósfera...

—Ese no es su problema. Una vez haya enviado las lanchas, usted deberá retirarse, ¿me ha entendido? Es una orden directa. En cuanto envíe las lanchas, el *Halleck* deberá saltar al espacio de la República.

—...lanchas... sólo sublumínica. ¿Cómo podrá usted sin hiperimpulso...?

—Comandante, ahora mismo tiene usted tan pocas opciones que no puede permitirse perder el tiempo discutiendo conmigo. Ya tiene sus órdenes. Windu, corto y cierro.

Sacó la célula energética de la unidad de comunicaciones y la devolvió al mango del sable láser.

—¿Quién es el mejor tirador que conoces?

—Yo —repuso Nick, encogiéndose de hombros.

—Nick...

—¿Qué pasa? ¿Es que debo mentir?

—De acuerdo. El segundo mejor.

—¿Y que todavía esté vivo? —Nick pensó un segundo o dos—. Puede que Chalk. Es muy buena. Sobre todo con armas pesadas. O lo sería si pudiera. ya sabes, caminar...

—No tendrá que hacerlo. Vamos.

Nick permaneció recostado en la pared, encogiéndose de hombros.

—¿Para qué molestarse? Tampoco es que podamos ir a ninguna parte, ¿no? Sin la nave, no tenemos adónde ir.

—Sí lo tenemos. E iremos allí.

—¿Adónde?

—No voy a decírtelo.

—¿No?

—Ya estoy harto de que me digan que estoy loco.

Nick se incorporó con torpeza, mirando a Mace como si el Maestro Jedi fuera un worrt disfrazado.

—¿De qué estás hablando? Acabas de decir que no hay manera de que nos evacuen.

—Y no vamos a ser evacuados. Vamos a atacar.

Nick se quedó boquiabierto.

—¿Atacar? —repitió aturdido.

—Y no sólo vamos a atacar. Vamos a vencerlos —dijo el Maestro Jedi—, y a aplanarlos como a un gong alquilado.

Capítulo 17

Buscadora

El aire en el búnker de las armas era espeso por el sabor a ozono provocado por el campo aséptico y por la peste a feromona rancia del miedo humano. Las pocas armas pesadas que los guerrilleros tenían almacenadas estaban apiladas de forma precaria ante la puerta, para hacer sitio a la incesante inundación de camillas llevadas por korunnai de rostro triste que cargaban a enfermos y heridos. La mayoría eran enfermos.

La mayoría niños.

La mayoría silenciosos y con ojos muy abiertos.

Los porteadores se tambaleaban cada vez que un ACOA hacia temblar la montaña, y a veces derribaban a aquellos con los que cargaban, muchos de los cuales sangraban por rasguños recientes. Nick vadeó entre ellos, buscando a Chalk. La chica korun había permanecido al lado de Besh desde que los dos despertaron de la suspensión por thanatizina.

Mace se había detenido en el umbral. Su mirada se mantenía fija mientras hacía inventario de las armas allí apiladas y las incluía en sus cálculos. Eran los nuevos datos que variaban su visión de la inminente batalla, que fluía y se remodelara como un chorro de lava endureciéndose. Un EWHB-10 montado sobre un trípode con un generador de fusión auxiliar, dos lanzatorpedos de hombro con cuatro tubos de lanzamiento precargados para cada uno, y una ristra de veinticinco granadas de protones todavía en su caja precintada en fábrica.

Era todo lo que necesitaba.

Las demás armas no eran relevantes.

Nick salió por la puerta, moviéndose dubitativo, como sumido en el dolor.

—No están aquí.

—¿No?

Nick movió la cabeza hacia uno de los camilleros.

—Me han dicho que no había sitio para todos... Así que Kar... —tragó saliva para librarse de la tensión que atenazaba su rostro y su voz—. Aquí sólo traen a los que vivirán.

Mace asintió.

—¿Dónde están los otros?

—Lo llamamos la Sala de los Muertos. Sígueme.

La Sala de los Muertos era una enorme caverna sumida en la noche. La única luz era la claridad amarilla derramada por las barras luminosas que sostenían algunas manos. A diferencia de las demás cámaras habitadas, el suelo de ésta no había sido allanado con vibrohachas, sino cortado en cornisas superpuestas que seguían el contorno natural de la roca.

Las cornisas estaban cubiertas de moribundos.

Aquí no había campo aséptico. El aire estaba espeso por la peste a heces, por el olor enfermizo y dulzón de la carne podrida, y por el aroma indescriptible de las esporas que liberaban al aire los hongos que se alimentaban de carne humana.

Nick se detuvo a pocos pasos de la entrada y cerró los ojos. Un momento después suspiró y señaló hacia un rincón alejado.

—Allí. ¿Ves esa luz? Está pasando algo. Creo que Kar está con ellos.

—Bien. Lo necesitamos, y se nos acaba el tiempo.

Tuvieron que caminar con cuidado para subir los niveles de cornisas sin pisar a las personas sumidas en la penumbra.

Besh estaba tumbado, inmóvil, sin apenas respirar, en una cornisa cerca de la accidentada curva del techo de la caverna. Vastor se arrodillaba a su lado con los ojos cerrados y una mano sobre el corazón de Besh. Las grapas de tejido del botiquín que habían cerrado las heridas dejadas por el cuchillo de Terrel habían perdido su lustrosa transparencia. ennegreciéndose y rizándose corno piel muerta: y las heridas habían reventado en bulbos cruciformes de hongos que brillaban con débil fosforescencia, con verdes y púrpuras iridiscentes que latían en las sombras arrojadas por la barra luminosa de Chalk.

Chalk estaba sentado con las piernas cruzadas al otro lado de Besh, y con su propio pecho abultado por el vendaje nebulizado. Mantenía la cabeza gacha mientras limpiaba las excrecencias del pecho de Besh con un harapo húmedo. Mace captó un fuerte olor a alcohol y ámbar de portaak, inclusa a varios metros de distancia.

Nick se detuvo a un par de metros y dirigió a Mace una mirada significativa, haciendo una seña hacia los demás, como diciendo: "Esto ha sido idea tuya. Déjame al margen".

Mace se acercó despacio, permaneciendo en la cornisa inferior. Se detuvo cuando llegó hasta ellos, y se dirigió a Chalk en voz baja.

—¿Cómo está?

Ella no le miró.

—Muriéndose. ¿Cómo estás tú?

Mojó el harapo en el cubo, volvió a sacarlo, lo pasó por el pecho y lo devolvió al cubo con entumecida persistencia mecánica. Hacerlo era hacer algo, aunque no evidenciase tener alguna esperanza de que el gesto sirviera de mucho.

—Chalk, necesitamos que vengas con nosotros.

—No lo dejaré, a él. Me necesita, él.

—Nosotros te necesitamos. Chalk, tienes que confiar en mí...

—Confié en ti, yo. También Besh.

Mace no tenía respuesta para eso.

Nick se acercó al hombro de Mace.

—Los Archivos empiezan a parecer una buena perspectiva.

El Maestro Jedi le miró de reojo.

Nick se encogió de hombros.

—Oye, ésa es la única inmortalidad a la que puede aspirar cualquiera de nosotros, ¿verdad?

—¿Y cómo alcanzarás la inmortalidad —murmuró Mace—, si mi diario queda enterrado bajo una montaña de Haruun Kal?

—Ah, ya —Nick tenía aspecto de dolerle el estómago—. Eso podría ser un problema.

—Olvídate de la inmortalidad. Concentrémonos en no morir hoy.

Vastor tenía los ojos cerrados. La Fuerza vibraba a su alrededor. Mace podía sentir algo de lo que hacía el lor pelek; buscaba en el pecho de flash el aura esencial del hongo que lo estaba matando, concentrando su poder en él para quemarlo espora a espora.

Otra onda de choque hizo temblar la caverna. Cayeron rocas del techo.

—Kar —dijo Mace—, ésta no es la manera. No tenemos tiempo.

Vastor mantuvo los ojos cerrados. Su expresión apenas se alteró.

¿Acaso puedo hacer ahora algo mejor?

—A decir verdad, sí —dijo Mace—. Puedes.

¿Implica eso matar balawai?

—Probablemente no más de un millar. Quizá dos —repuso Mace con tono de disculpa.

Vastor abrió los ojos, llenos con la oscuridad del pelekotan. Chalk alzó la cabeza. El harapo colgaba olvidado de su puño.

—Bueno —dijo Mace Windu—. ¿Vamos allá?

***

El humo y el polvo nublaban la enorme caverna que apestaba al miedo almizclado de los herbosos, a excrementos, orina y sangre; y el olor empeoraba con cada nuevo ACOA.

La luz de las antorchas brillaba, relucía y volvía a apagarse. La apestosa niebla se agitaba entre las gigantescas formas: herbosos encabritados y atacándose tinos a otros; algunos, aterrados, cerraban las mandíbulas en extremidades ajenas o propias, o cargaban sin objetivo definido, golpeándose unos a otros y pisoteando a los heridos y a las crías. Los korunnai corrían entre ellos, apareciendo y desapareciendo entre el humo, y portando afilados aguijones y brillantes antorchas en las manos mientras forcejeaban para separar los grupos de bestias chillonas, aullantes y enloquecidas por el miedo.

Un remolino abrió un hueco. Un perro akk hizo una pausa para mirar a Mace a los ojos, calibrándolo con malicia reptil mientras un grueso hilo de baba ensangrentada colgaba de sus mandíbulas. Después se apartó pesadamente y se fundió con el turbio ambiente, agitando la cola de forma tan suave que pareció disolverse.

Mace se abrió paso entre el caos.

Le seguían dos korunnai que cargaban tina camilla con el EWHB y su generador. Dos más llevaban en otra camilla los lanzatorpedos de hombro y los tubos precargados. Chalk medio caminaba, apoyando el brazo en el hombro de Nick mientras éste la mudaba a desplazarse.

Cinco parejas más de korunnai trotaban por la circunferencia de la caverna, deslizándose entre la confusión y los disturbios. Un miembro de cada pareja llevaba un saco con cinco granadas de protones. Los demás llevaban antorchas. Cada pareja se metió por un pasaje de los cinco que se empleaban para sacar diariamente a los herbosos a pastar.

Impactos erráticos estremecían el aire. Eran más penetrantes y pequeños que los producidos por los impactos de los ACOA, pero seguían siendo lo bastante potentes como para hacer vibrar el suelo. Mace señaló al origen de los impactos. Una cueva lateral donde el gran ankkox se agitaba en inquieta furia. Los temblores eran originados por su cola de maza, que golpeaba con rabia las paredes y el suelo de su corral.

Los porteadores de la camilla korun más cercana vieron su gesto y se movieron en esa dirección, seguidos por Nick y Chalk.

Mace hizo una pausa y miró por encima del hombro. En la boca de un pasaje superior estaban Kar Vastor y sus guardias akk. Tras ellos se agazapaban los doce akk unidos a Vastor en la Fuerza. El lor pelek captó su mirada y asintió.

Mace devolvió el asentimiento, abriendo los brazos, como diciendo: "cuando quieras".

Vastor y sus akk descendieron con gesto grave hasta la caverna de los herbosos. Los akk se separaron dando enormes saltos, derribando de costado a los asustados herbosos, agazapándose sobre ellos y dejando que la baba cayera de sus afilados dientes para humedecer el pelo de sus cuellos. Los humanos permanecieron juntos, en formación de cuña, con Vastor en la punta, moviéndose para separar manualmente a los herbosos que

forcejeaban, intimidando a los ganadores y matando a los que estuvieran demasiado malheridos para caminar.

Mace contempló todo ello con rostro inexpresivo. Era un desperdicio. Era brutal.

Era necesario.

Volvió a concentrarse en su propia tarea.

Hizo un gesto y la masa forcejeante de bestias y hombres se abrió ante él. El polvo y el humo se despejaron, y entonces la vio.

Estaba sentada en una cornisa que parecía una galería natural que recorriera la larga pared curvada de la caverna. Sus pies colgaban libres sobre el borde, como si fuera una niña sentada en una silla demasiado alta para ella. Enterraba el rostro en las manos, y Mace pudo ver, incluso desde el otro lado de la caverna, que tenía el pecho dolorido, en silencioso eco de sus sollozos.

Y cuando llegó junto a ella, seguía sin saber qué decirle.

—Depa...

Ella alzó la cabeza y la torció para mirarle a los ojos. Si Mace hubiera sabido qué decirle no le habría sentido de riada, porque no pudo hablar.

El harapo que había llevado los últimos días había desaparecido de su frente. Allí...

En su frente, allí donde debía estar la Marca Mayor de la Iluminación Chalactan...

Tal y como sucedía en la alucinación que tuvo días antes en el campamento de exploradores selváticos, en su frente sólo había una fea cicatriz queloide. Como si se hubiera arrancado del cráneo con un cuchillo embotado la Marca Mayor de la Iluminación. Como si la herida que había dejado se hubiera infectado, y no curado.

Como si siguiera infectada...

La Marca Menor, llamada la Buscadora, seguía brillando en el puente de su nariz. La Marca Menor se fija entre los ojos de alguien que aspira a ser un discípulo del Chalactan. Simboliza el yo centrado, la visión resplandeciente, el orden elegante que crea en el buscador el deseo de encontrar la Iluminación. La Marca Mayor se llama el Universo, y es una réplica exacta de la Buscadora, pero más grande. Se fija al hueso de la frente en una solemne ceremonia que tiene lugar durante la Convocatoria de Discípulos, para dar la bienvenida entre sus tilas a un nuevo miembro. Las dos, juntas, representan el principio fundamental de la filosofía Chalactan: sin nada, tan dentro. Los discípulos del Chalactan enseñan que el orden celestial, las leyes naturales que gobiernan el movimiento de los planetas y el girar de las galaxias, también regulan la vida de los Conversos.

Pero el universo había desparecido para Depa. Sólo quedaba la Buscadora.

Sola, en el vacío.

***

—Mace... —su rostro volvió a formar una mueca y a sumirse en lágrimas—. No me mires. No puedes mirarme. No puedes verme así. Por favor...

Se agachó a su lado, apoyando una rodilla en el suelo. Alargó una mano dubitativa y la posó en su hombro. Ella le cogió los dedos y le apretó la mano, pero apartó la mirada.

—Lo lamento tanto... —agitó la cabeza como para sacudirse las lágrimas de los ojos —. Lo lamento por todo. Lamento que las cosas no puedan ser diferentes. Mejores. Lamento no poder ser mejor...

—Pero puedes serlo —él le apretó el hombro—. Puedes serlo, Depa. Tienes que serlo.

—Estoy tan perdida, Mace —su susurro no podía oírse en el escándalo de la caverna, pero Mace pudo sentir su significado, como si la misma Fuerza le murmurara al oído—. Estoy tan perdida...

La Depa de su alucinación... ¿Qué le había dicho?

Se acordó.

—En la noche más oscura —dijo con ternura— es donde brilla con más fuerza la luz que somos.

—Sí. Sí. Tú siempre dices eso. Pero, ¿qué sabes tú de la oscuridad? —tenía la cabeza derrotada, con la barbilla pegada al pecho, como si no se le ocurriera ninguna razón para levantarla—. ¿Cómo sabe un ciego que las estrellas se han apagado?

—Pero no se han apagado. Siguen brillando tan luminosas como siempre. Y mientras la gente viva alrededor de ellas, los Jedi siempre serán necesarios. Como yo te necesito ahora.

—A mí no... Yo ya no soy Jedi. Lo he dejado. He dimitido. Me he retirado. Creía que lo habías entendido.

—Lo entiendo, pero no lo acepto.

—Eso no depende de ti.

Él apartó la mano de su hombro y se levantó, alzándose sobre ella.

—Levántate.

Ella lanzó un suspiro, y una vez más una sonrisa forcejeó en sus labios bañados en lágrimas.

—Ya no soy tu padawan, Mace. No puedes darme órdenes...

—¡Levántate!

Reflejos grabados en ella por más de una década de obediencia sin titubeos la pusieron en pie instintivamente. Se tambaleó mareada, y la boca le colgó floja.

—Dentro de pocos minutos, casi mil soldados clon de la República llegarán a esta posición.

Una nueva luz caldeó sus vidriosos ojos.

—El Halleck... Pueden salvarnos...

—No. Escúchame bien. Nosotros tenemos que salvarlos a ellos.

—No..., no lo entiendo...

—Van a llegar a una batalla. Todo este sistema es una trampa. Ha sido una trampa desde el principio. La retirada de los separatistas fue un cebo, ¿entiendes?

—No... No es verdad. ¡No es verdad! —la luz desapareció de sus ojos, y ella se hundió—. Pero sí que es verdad, claro. ¿Cómo pude pensar otra cosa? ¿Cómo pude llegar a creer que podría ganar?

—Con esa trampa han capturado un crucero. Sin mencionar a dos miembros del Consejo Jedi. Puede que ya hayan destruido el *Halleck*.. Los soldados clon llegarán en las lanchas que se salven. Vendrán perseguidos por los cazas droides de la Federación de Comercio, que son más rápidos, más maniobrables y están mejor armados que las lanchas. Nuestros hombres no tendrán ninguna oportunidad si se ven atrapados entre los cazas y la milicia. Cualquier oportunidad que puedan tener esos hombres tendremos que proporcionársela nosotros. Tendrás que proporcionársela tú.

—¿Yo? ¿Qué puedo hacer yo?

Mace se abrió el chaleco. El sable láser de Depa flotó fuera del bolsillo interior, oscilando suavemente en el aire, entre ellos.

—Puedes elegir.

Ella miró al sable láser y a los ojos de él, y de nuevo al arma. Miraba su mango como si su reflejo en la superficie manchada de ámbar de portaak pudiera susurrarle el futuro.

—Tú no lo entiendes —dijo débilmente—. Ninguna elección mía importa aquí...

—A mí me importa.

—¿Es que no has aprendido nada de este mundo? Aunque consigamos salvarlos no importará. No en la jungla. Mira a tu alrededor. Contra esto no se puede luchar. Mace.

—Claro que se puede.

—No es un enemigo, Mace. Sólo es la jungla. No puedes hacer nada al respecto. Así son las cosas.

—Creo —dijo Mace con gentileza— que eres tú quien no ha aprendido la lección de Haruun Kal.

Ella meneó la cabeza, desesperanzada.

—No me digas que no puedes luchar contra la jungla, Depa. Es lo que hacen los korunnai. ¿No te das cuenta? Es en lo que se basa toda su cultura. En su lucha contra la jungla. Emplean herbosos para atacarla y akk para defenderse de sus contraataques. En eso consiste la Guerra del Verano. Los balawai quieren utilizar la jungla, vivir con ella y beneficiarse de ella. Los korunnai quieren vencerla y someterla. Convertirla en algo que no intente devorarlos vivos. Y ahora piensa: ¿Por qué hacen eso los korunnai? ¿Por qué son enemigos de los balawai? ¿Por qué son enemigos de la jungla?

—¿Un acertijo para tu padawan? —repuso ella con amargura.

—Una lección.

—Ya no necesito lecciones.

—Nunca dejamos de necesitarlas. Depa. No mientras vivamos. Tienes la respuesta ante ti. ¿Por qué luchan los korunnai contra la jungla?

Él abrió la mano como si le ofreciera la respuesta en su palma.

Ella clavó los ojos en el mango del sable láser que flotaba entre los dos, y algo entró entonces en ellos: el suave atisbo de una brisa procedente de un lugar fresco y limpio, un soplo de aire que apaciguó su sofocante dolor.

—Porque... —su voz era apagada. Reverencial.

Sobrecogida ante la verdad.

—Porque descienden de Jedi...

—Sí.

—Pero..., pero... uno no puede luchar contra la manera en que son las cosas...

—Pero es lo que hacemos. Todos los días. Es lo que son los Jedi.

Las lágrimas brotaron de sus ojos enrojecidos.

—Nunca podrías ganar...

—Nosotros no tenemos que ganar —la corrigió Mace, amable—. Sólo tenemos que luchar.

—Tú no puedes... No puedes perdonarme...

—Como miembro del Consejo Jedi, tienes razón. No puedo. Como tu Maestro, no lo haré. Como amigo tuyo...

Notó un picor en los ojos. Quizás el humo.

—Como amigo tuyo. Depa, puedo perdonártelo todo. Ya lo he hecho.

Ella meneó la cabeza sin decir nada, pero alzó una mano.

Le temblaba. La cerró en un puño y se mordió el labio.

—Coge tu arma, Depa —dijo él—. Vamos a salvar a esos hombres.

Ella la cogió.

CAPÍTULO 18

PROCEDIMIENTOS BÉLICOS NO CONVENCIONALES

La milicia desembarcó en oleadas.

Antes de que se dispersara la columna de humo y polvo del último impacto de un ACOA contra la montaña, las fragatas sobrevolaron la jungla situada bajo el paso, soltando primero docenas y luego centenares de arpitropas: soldados aéreos equipados con retromochilas desechables que les permitieron bajar con rapidez hasta el suelo de la jungla. Se movieron por la selva en abanico, con olfateadores electrónicos que podían detectar determinados productos químicos presentes en la orina de los herbosos en concentraciones de unas pocas partes en cada mil millones. Localizaron con rapidez los cinco túneles principales que conducían al interior de la base partisana y marcaron cada uno con potentes radiofaros.

Los cañones láser de las fragatas arrasaron la cúpula de jungla y los árboles circundantes para crear una zona despejada en la boca de cada túnel. Ya se había empleado una técnica similar para crear, a un kilómetro de distancia, una zona en la que pudieran aterrizar los transportes de tropas, que esperaban en el aire dispuestos a desembarcar quinientos soldados cada uno antes de volver al embarcadero situado en las afueras de la ciudad de Oran Mas, cincuenta kilómetros al noroeste.

Cuando se marcaron los túneles de herbosos, ya había en tierra un mínimo de cuico mil regulares de la milicia marchando hacia la zona del conflicto.

Diez mil más les seguirían poco después.

La milicia empleaba armas que envidiaría hasta el Gran Ejército de la República, proporcionadas por los separatistas que, a su vez, estaban respaldados por la potencia financiera e industrial de la Federación de Comercio y de los gremios de fabricantes, y financiados con un generoso porcentaje del comercio de corteza de thyssel.

El equipo de combate estándar de la milicia regular de Haruun Kal incluía una carabina láser Merr-Sonn BC7 mediana con lanzagranadas opcional; seis granadas antitropas de fragmentación; el Devastador Merr-Sonn, reputado vibrocuchillo estilo trinchera para combate cuerpo a cuerpo: y la armadura personal de combate Opankro Graylite, de fibra de cerámica. Además, uno de cada seis soldados llevaba un lanzallamas de mochila, y cada pelotón de veinte hombres cargaba con el mortero experimental para dos operarios MM(X), también de Merr-Sonn.

Quince mil regulares. Treinta y cinco VTA (vehículos terrestres de asalto; es decir, rondadores de vapor modificados que incorporaban junto a los lanzallamas cañones químicos que disparaban obuses explosivos, y carlingas con rifles de cartuchos de repetición en los costados. Setenta y tres fragatas de asalto Turbotrueno Sienar.

Todo eso se dirigía a la caverna base del paso de Lorshan.

Los partisanos korun se enfrentaban a ello con apenas cuatrocientos hombres activos, dos tercios de los cuales eran hombres que se desplazaban heridos, y más de dos mil no combatientes, compuestos en su mayoría por ancianos y niños, iban armados con diversas variantes de rifles ligeros de cartuchos, muy pocas armas energéticas ligeras y medianas, un pequeño cargamento de granadas, dos lanzatorpedos de protones Krupx MiniMag que se disparaban desde el hombro, y un cañón pesado de repetición Merr-Sonn EWHB-10.

Los partisanos de Haruun Kal eran muy eficaces en operaciones de guerrilla, pero tenían menos éxito en las acciones convencionales. De hecho, la milicia los había aplastado en todos los enfrentamientos convencionales en que habían intervenido. Por tanto, era comprensible que esperasen encontrar en el paso de Lorshan no sólo el triunfo, sino acabar de forma definitiva con la resistencia korun.

***

La mayoría de los regulares de la milicia no llegaría a combatir en el paso de Lorshan. Mientras todavía establecían posiciones en la boca de los túneles de acceso, antes de que llegasen a disparar o lanzar una sola granada, el suelo tembló, la montaña rugió y potentes chorros de tierra y humo brotaron de cuatro de los túneles.

Los exploradores, los pocos hombres valientes que se internaron precavidamente en la oscuridad, descubrieron que los túneles habían quedado cegados por incontables toneladas de roca. Esto dejó a la desconcertada milicia con muy poco que hacer, aparte de abrir sus paquetes de raciones y procurar relajarse, mientras se turnaban para examinar con simples binoculares la montaña que se alzaba sobre ellos, buscando señales de actividad partisana.

Sólo un túnel permaneció abierto. Los regulares en la boca de ese túnel tuvieron una experiencia en combate algo diferente.

La detonación de las granadas de protones en los otros túneles fue considerada una oportunidad por el comandante de esa unidad de milicianos. El túnel ante el que se hallaban sus hombres estaba intacto, lo que le hizo suponer que los explosivos empleados para volarlo no habían funcionado o no se habían activado. Ordenó que se adelantaran los morteros y lanzó al túnel varias granadas de gas cargadas con el agente nervioso Tisyn C.

Sus hombres primero se sorprendieron; y luego, cuando esas mismas granadas salieron de vuelta de la boca del túnel y aterrizaron entre sus propias posiciones, se sobresaltaron. El Tisyn C es más pesado que el aire, y por mucho que la armadura de combate Opanko Graylite estuviera diseñada para protegerlos de la exposición al gas, ninguno de los regulares deseaba probar esa capacidad de su traje con un agente nervioso conocido por producir convulsiones, demencia, un fallo respiratorio por parálisis y finalmente la muerte. Mientras la nube blanca entraba en sus improvisadas posiciones, la milicia salía corriendo de ellas.

Y cuando se encontraron en terreno despejado, más preocupados por lo que tenían encima que por lo que podía suceder a continuación, fue cuando les alcanzó la estampida de herbosos.

Los herbosos no están criados para la lucha. De hecho, es al contrario, ya que los korunnai llevan setecientas generaciones criándolos para que sean dóciles, fácilmente manejables y obedientes a las órdenes de sus pastores humanos y sus perros guardianes akk. Y también para que crezcan grandes y gordos, y así proporcionen mucha leche, carne y piel.

Por otro lado, un herboso macho adulto puede llegar a tener una masa de una tonelada métrica y media. Las extremidades con capacidad de agarre, que son las delanteras y las medias, son lo bastante fuertes como para desarraigar árboles pequeños. Una de las golosinas favoritas de los herbosos son las espinas de latonbejuco, cuya dureza se acerca a la del duracero. Se ha sabido de herbosos aburridos que se entretienen arrancando trozos de blindaje de los rondadores de vapor.

Y setecientas generaciones tampoco son un periodo tan largo dentro de la escala evolutiva.

Esos herbosos machos llevaban semanas encerrados en habitáculos reducidos, sometidos a un estrés constante y viviendo en constante peligro de ser atacados por sus semejantes. En el día de hoy habían soportado un bombardeo demoledor que estaba por completo más allá de su comprensión. El suceso más parecido para el que les había preparado su instinto era una erupción volcánica. La reacción instintiva de un herboso ante una erupción es de pánico ciego.

Una inundación de herbosos salió aullando y bufando desde la boca del túnel. Los regulares descubrieron que un rifle láser tiene una utilidad muy limitada contra un monstruo de mil quinientos kilos enloquecido por una sobredosis de hormonas de estrés. También descubrieron que extremidades lo bastante poderosas como para desarraigar árboles pequeños son fácilmente capaces de arrancar la pierna a un hombre, y que mandíbulas que pueden mellar el blindaje de un rondador de un solo bocado podían convertir la cabeza de un hombre en una masa sanguinolenta, en la cual resultara imposible distinguir los fragmentos del casco y los del cráneo.

Los regulares tuvieron mejor suerte con sus granadas de fragmentación con propulsión a chorro. Una de esas granadas, disparada a quemarropa, podía penetrar en el torso de un herboso, y la detonación en su interior podía convertirlo en una masa desgarrada. Los cinco VTA de que disponía la milicia —cuyos rifles no podían desplazarse con la rapidez necesaria para acertar a los saltarines, ágiles y veloces herbosos, pero sí escupir una descarga continuada de sus repetidores de cartuchos de alta velocidad, suficiente para pararlos en seco— podían haberles permitido sobrevivir a la estampida, provocando sólo un número aceptable de bajas.

Podían, claro está, de no aparecer varias docenas de perros akk siguiendo a los herbosos.

Allí donde los herbosos se habían movido por el pánico, actuando de forma imprecisa, buscando sólo sobrevivir y escapar, los perros akk saltaban como los depredadores en manada que eran: organizados, inteligentes y letales. Saltaron entre los milicianos, desgarrando hombres con sus dientes y partiéndolos en dos con barridos de la cola. Sus agudos sentidos les decían al momento si un hombre derribado estaba incapacitado o si sólo fingía. Los soldados que simulaban estar muertos dejaban pronto de simular.

Los repetidores de cartuchos de los VTA eran inútiles contra la piel blindada de los akk, y los rifles de las torretas eran menos útiles contra las ágiles bestias que contra los torpes herbosos. La infantería no tenía nada que pudiese siquiera arañados, y empezó a dispersarse, despenando los instintos de rebaño de akk. Los animales saltaron por encima de los hombres y destrozaron a sus jefes, obligando a los demás a retirarse desordenadamente hacia la zona de guerra en la boca del túnel.

El comandante de esa unidad de milicianos había visto, desde su puesto en la torreta de un VTA, que su sueño de victoria se convertía en una masacre de pesadilla en menos de dos minutos, e hizo lo único que podía hacer.

Solicitó apoyo aéreo.

Las fragatas desplazadas al paso de Lorshan seguían ocupadas transportando tropas desde el punto de embarque de Oran Mas. Cuando recibieron la llamada del comandante de la unidad ya había un tercio de las naves en dirección al paso. La Turbotrueno Sienar no es una nave rápida, ya que apenas alcanza más de la mitad de la velocidad del sonido en un vuelo en barrena, pero, pocos segundos después, el cielo sobre el paso se rasgaba con el chasquido de dos docenas de explosiones sónicas. Las fragatas redujeron velocidad, frenando y empleando los motores repulsores como retrocohetes. Sus compuertas se abrieron, vomitando veinte arpisoldados en un solo eructo, para después

elevarse y dar una pasada sobre el campo de batalla, escupiendo misiles con las baterías delanteras.

Los misiles asolaron el campo de batalla de forma indiscriminada, aplastando a los akk, pero también destrozando a los soldados. La única defensa de los akk frente a los misiles era una acción evasiva, por lo que se dispersaron entre los árboles. Viendo en esto una oportunidad para un golpe de efecto, el comandante de la unidad ordenó una carga con los cinco VTA. Entrarían en el túnel con el suyo en cabeza, aplastando herbosos y echando a un lado los perros akk. Consideró que, al ir más blindado que las fragatas, tenía poco que temer, un sentimiento que debió de lamentar menos de un segundo después, cuando un par de torpedos de protones brotaron de la boca del túnel y redujeron a chatarra su VTA.

Ese fue el momento elegido por los partisanos para desplazar, finalmente, su única pieza de artillería móvil; doce toneladas métricas de ankkox salieron pesadamente de la boca del túnel.

El conductor que iba en su cabeza acorazada era un korun alto como un wookiee, con hombros como los de un rancor y dos lágrimas de ultracromo sujetas a los antebrazos.

El korun hizo un gesto, y la retorcida pila de humeante chatarra que había sido el VTA del comandante de la unidad chirrió al quedar aplastada bajo las gigantescas patas del ankkox. Movió un brazo, y la cola de maza del animal se desplazó borrosa en el aire, golpeando la torreta del siguiente VTA y haciéndola girar, de modo que su disparo a quemarropa acabó detonando contra el blindaje del vehículo que tenía detrás.

Dos parejas de korunnai, casi tan grandes como el que montaba el ankkox y armadas de forma similar, se agazapaban sobre los flancos curvados de la concha dorsal de la bestia. Un miembro de cada pareja cargaba con la enorme unidad de hombro de un lanzatorpedos de protones, mientras el otro se ocupaba del suministro de tubos desechables. Tenían cuatro cada uno, y ningún interés en conservarlos. Un torpedo tras otro brotó de los lanzadores; primero para destruir los VTA que quedaban, y después para curvarse hacia arriba y derribar a las fragatas del cielo.

Unos pocos soldados heroicos de la milicia intentaron acercarse al ankkox lo bastante como para atacar a los guardias akk con armas pequeñas, pero se vieron arrojados por los aires con el pecho aplastado por la cegadora eficiencia de los vertiginosos golpes de la cola de maza del ankkox.

Un pesado cañón láser de repetición había sido atornillado a la coraza, en lo alto de la concha dorsal del ankkox, allí donde antes estuvo una howdah de lamma pulido. Su generador energético, atendido por un joven varón korun de intensos ojos azules y sonrisa de loco, rugía en una continua canción de destrucción, rociando el campo de batalla con rayos de partículas de alta energía.

El artillero de esa arma era una chica korun de piel pálida y deslumbrante cabello rojo, cuya conexión con el arma era tal que podía disparar con los ojos cerrados, martilleando las cabinas y torretas de cañones de las fragatas sin fallar, incluso las que hacían chirriantes pasadas a velocidad supersónica. Los misiles de impacto que surcaban el cielo se encontraban, a decenas de metros de distancia, con una cortina de descargas láser. Ni uno sólo consiguió pasar.

Y las fragatas tampoco podían concentrar su fuego en ella y aplastarla en un duelo de disparos láser, pues no sólo la totalidad de sus disparos daba de lleno en las naves, alterándoles la puntería, sino que estaba defendida por un hombre korun y una mujer Chalactan que manejaban hojas de energía, Jedi como si hubieran nacido con ellas en la mano.

Dos fragatas que intentaron atacarles cayeron envueltas en llamas.

Otras se alejaban, apartándose para refugiarse tras la montaña. Un instante después, tres fragatas en formación aparecieron por la ladera de la montaña, pero empleando los repulsores para reducir su caída hasta una velocidad no muy superior a la que podría correr un hombre. Compuertas ventrales se retrajeron, y los lanzallamas Fuego Solar montados en su vientre salieron a la luz.

Una oleada de fuego imparable surgió de ellos.

***

Las lanchas de descenso clase Jadthu que transportaba el *Halleck* eran lanzaderas Incom modificadas no muy diferentes de las que transportan pasajeros desde y hasta los cruceros de línea que surcan el Bucle Gevarno. Cada una de ellas, una vez sustituidos los asientos reclinables por bancos y el transpariacero por corazas blindadas, era capaz de transportar a sesenta soldados completamente armados. Eran cuadradas y con carga trasera, lo que les permitía acoplarse en bloques sólidos de cuatro naves por cinco, encajadas en el casco de un crucero y mirando hacia fuera.

Eran de diseño sencillo, baratas de construir y pensadas para ser transportadas con comodidad. Estaban fuertemente blindadas y eran capaces de soportar un castigo increíble.

Lo cual era bueno, ya que carecían de hiperimpulso, y su resistencia se pagaba con un cociente de maniobrabilidad que se había comparado, desfavorablemente, con la de un hutt sobre una mancha de aceite.

Su único armamento eran dos torretas con dobles cañones láser situadas a proa y a popa, y un cañón de escoria Arkayd Caltrop 5 que podía proyectar en cualquier dirección una nube de esquirlas de duracero distorsionadoras del radar. Los artilleros de las lanchas habían descubierto en su primer encuentro que la escoria dispersada por el Caltrop 5 era de por sí un arma muy efectiva a la velocidad con la que se libraba el combate con cazas, ya que se convertía en un campo de asteroides en miniatura que podía perforar desastrosamente cualquier nave lo bastante imprudente o desafortunada para atravesarlo volando. Y más con los cazas droides, que habían sido construidos haciendo énfasis en la maniobrabilidad, en detrimento del blindaje, y dependían sólo de los escudos de energía para su defensa, los cuales, por supuesto, no les servían de nada contra la escoria.

Cuando el *Halleck*, moviéndose a toda potencia y muy dañado por las nubes de cazas droides que giraban a su alrededor, soltó las sujeciones de amarre y saltó al hiperespacio, había diecinueve lanchas con un total de 977 soldados clon a bordo, incluyendo pilotos y artilleros.

Esas lanchas carecían de cobertura, ya que la escolta de cazas del *Halleck* había quedado destruida en los primeros minutos del enfrentamiento. Su única defensa, aparte de los cañones, eran cinco fragatas Rothana HR LAAT/I, incluidas en la misión como protección de las lanchas, en el supuesto de que se vieran forzadas a recoger tropas de tierra en una zona bajo fuego hostil. Si bien esas fragatas habían sido adaptadas con impulsores sublumínicos para uso orbital, no estaban construidas para enfrentarse a los reflejos electrónicos de los cazas droides.

No obstante, estaban tripuladas por soldados clon, cuyos reflejos no eran mucho menores. Por ese motivo, dieciséis de las lanchas y tres de las fragatas llegaron a la atmósfera del planeta.

Seguidas por un batallón completo de cazas droides o, dicho de otra forma, sesenta y cuatro unidades.

Catorce lanchas perseguidas por cincuenta y ocho cazas llegaron a la Meseta Korunnal.

Ninguna de las fragatas había sobrevivido.

Cuando avistaron el paso de Lorshan sólo quedaban doce lanchas, cinco de las cuales iban muy averiadas. Cuarenta cazas las seguían con incansable persistencia electrónica.

Y sobre la curva del horizonte que tenían frente a ellas, tres batallones más de cazas se acercaban con rumbo de intercepción.

El trío de fragatas prendió fuego a la ladera de la montaña. Un muro de llamas rodó ladera abajo, hacia el campo de batalla en la boca del túnel.

Los regulares de la milicia huyeron en todas direcciones, resbalando en la sangre y patinando en trozos de árboles y de carne de herboso. Los herbosos heridos chillaban y se removían: los perros akk ladraban, saltaban y mordían; y el ankkox abrió su enorme boca acorazada y liberó un rugido que derribó rocas sueltas de la montaña que tenían sobre sus cabezas. Varios de los regulares intentaron ponerse a cubierto bajo la concha del ankkox, pero se vieron convertidos en chorros de pulpa por la cola de maza del animal.

Chalk gruñía en la cresta de la concha dorsal, farfullando un torrente continuo de maldiciones mientras se esforzaba en mover el pesado cañón del repetidor para apuntar casi en vertical, una dirección para la que no estaba diseñado. Desde su posición, al cuidado del generador de fusión EWHN, Nick miró a Mace y señaló con un dedo acusador la inundación incineradora que bajaba hacia ellos.

—¿Eso era parte de tu plan?

—Por supuesto —Mace se guardó el sable láser en la cartuchera y miró hacia arriba, calculando la aproximación de las fragatas—. ¡Todo el mundo abajo! —gritó—. ¡Poneos a cubierto bajo la concha!

Depa se arrojó hacia delante por encima de la concha de la coronilla, giró en el aire y aterrizó junto a la inmensa cabeza de la criatura. Luego posó una mano en el pliegue de la nariz que tenía junto a la boca, al otro lado de Kar Vastor. Los guardias akk abandonaron sus agotados lanzatorpedos y se deslizaron por la curva de la concha para saltar desde el borde.

—Esta es la parte de la que no querías hablarme, ¿verdad? —dijo Nick.

—Ayuda a Chalk —repuso Mace.

Chalk seguía forcejeando con el pesado repetidor, tumbada de espaldas y con las piernas bajo el trípode. Nick tuvo que separarle los dedos y arrastrarla.

—¿Puedo limitarme a decir que odio tus planes? Todos ellos. ¿Cómo se te ocurrió que esto era una buena idea?

Mace hizo una seña hacia Kar, y la cola del ankkox se agitó sobre su lomo. Mace la cogió con ambas manos; justo debajo de la enorme concha blindada de su extremo.

—Porque si hubiera intentado esto cuando pasaban las fragatas —dijo con calma—, lo único que quedaría ahora de mí sería una mancha roja en la ventana de una carlinga.

Kar Vastor dio una orden en la Fuerza, y el ankkox agitó la cola en un amplio círculo, moviendo a Mace en el aire y haciéndolo girar una vez alrededor del borde externo de su concha para poder sentir bien su peso añadido. Entonces, con un latigazo que difuminó el mundo, lo lanzó hacia arriba como si hubiera sido disparado por un lanzatorpedos.

Mace, arrojado al camino de las fragatas que descendían, recurrió a la Fuerza para aferrarse al soporte que dividía el parabrisas de la fragata central, y tiró de él. Se retorció en el aire, trazando un arco y variando de posición, como si se agarrara al extremo de una cuerda. Sus botas aterrizaron con solidez a ambos lados del soporte, y se

mantuvo allí, pegado mediante la Fuerza, mirando hacia delante y viendo entre sus botas las boquiabiertas expresiones gemelas del piloto de la fragata y su navegante.

El navegante se quedó mirando, incapaz de comprender esa inexplicable aparición. El piloto tenía mejores reflejos, y la fragata se sacudió cuando éste soltó el timón y se llevó una mano a la pistola, claramente dispuesto a sacrificar su vida y la de sus tripulantes a cambio de disparar al Maestro Jedi por el agujero que, supuso, estaba a punto de abrir en el parabrisas con el sable láser.

Pero Mace se limitó a negar con la cabeza, como si estuviera algo decepcionado. Agitó un dedo en señal de aviso, como si fueran colegiales pillados cometiendo una travesura.

El desconcierto que les causó esta actitud se despejó cuando oyeron un par de claros chasquidos producidos por las palancas de seguridad de sus asientos eyectores al pasar a la posición de "conectados". Apenas habían tenido tiempo para darse cuenta de lo que pasaba —ni el suficiente para reaccionar— cuando las placas activadoras de los dos asientos se apretaron solas, y descargas explosivas volaron el parabrisas de transpariacero un milisegundo antes de que lo hicieran sus cascos.

Mace captó un fugaz atisbo de las miradas idénticamente ultrajadas de sus rostros cuando las cápsulas de sus asientos eyectores giraron sobre la jungla, movidas por repulsores. Uno de ellos aulló alguna obscenidad. El otro sólo aulló.

Mace saltó desde el borde del techo y se dejó caer en la cabina vacía. Un gesto hacia la consola de navegación desactivó los lanzallamas Fuego Solar del vientre, y un gesto similar hacia la consola conectó el piloto automático para el aterrizaje. Entonces abrió la puerta de la cabina y entró tranquilamente en la bodega donde habían sido transportadas las tropas.

Estaba cubierta de hojas, barro y envoltorios de comida, además de una mezcla de objetos perteneciente a un equipo olvidado o desechado por los milicianos. Las escotillas de acceso a las torretas de babor y estribor estaban situadas una frente a la otra, ante la montura de las turbinas, a dos tercios de la popa.

Mace pasó entre ellas, y después se volvió y dobló los brazos.

Oyó débilmente el bocinazo de la alarma de eyección a través de las escotillas herméticas, y no necesitó usar la Fuerza para imaginar a los artilleros de ambas torretas desabrochándose frenéticamente los cinturones de seguridad que los ataban a las sillas de combate de las torretas. Los cierres manuales de las escotillas resonaron agudos, pero los desesperados artilleros descubrieron que las dos escotillas estaban inesperadamente atascadas, y empezaron a aplicar todo su peso, empujando con el hombro.

En ese momento, Mace dejó de emplear la Fuerza para mantenerlas cerradas y la usó para abrirlas de golpe, de modo que los dos artilleros prácticamente volaron hasta la bodega, chocaron casco con casco con un sonoro chasquido y se derrumbaron en el suelo. Uno de ellos, más resistente que su compañero, se aferró a la consciencia, forcejeando aturdido para ponerse en pie, hasta que la bota de Mace acudió a su encuentro.

Siendo precisos, hasta que la punta de la bota de Mace encontró, de forma crujiente, la punta de la barbilla del artillero.

El hombre cayó inconsciente encima del otro artillero. Mace cogió dos trozos de cable de entre la basura del suelo y les ató los pulgares de las manos el uno contra el otro. Luego pasó sobre ellos y volvió sin prisas a la cabina, justo cuando la fragata se posaba en la zona de batalla cubierta de cadáveres situada a diez metros del ankkox.

Afuera, las otras dos fragatas realizaban una pasada, ametrallando el terreno. Sus torretas echaron chispas cuando los cañones giraron para apuntar hacia él. Depa y Kar estaban agazapados ante la cabeza del ankkox, rechazando un chaparrón de disparos

láser. Chalk y Nick estaban tumbados a la sombra de una de las enormes patas curvadas del animal, devolviendo los disparos con tableteantes rifles de asalto.

Mace empujó la palanca de las puertas de la bodega de carga. Cuando se abrieron, sacó la cabeza por el agujero del parabrisas desaparecido. Cuando los demás lo vieron, sus bocas se quedaron tan abiertas como las puertas.

—¿A qué estáis esperando? —el gesto inexpresivo de Mace era impecable—. ¿A que os envíe flores y una caja de bombones?

***

Depa salió al descubierto, moviendo su hoja a más velocidad de la que podía captar el ojo humano, conviniéndose así en un blanco fijo para atraer los disparos, que se encargaba de devolver a sus atacantes, mientras los demás se ponían en pie. Nick pasó corriendo por su lado, disparando el rifle de asalto desde la cadera. Kar se lanzó bajo el ankkox, rodó por el suelo y corrió, llevando a Chalk en sus enormes brazos como si fuera una niña. Los disparos procedentes de los árboles circundantes se apartaron de Depa y se centraron en el lor pelek.

Mace frunció el ceño.

—Ya he tenido bastante de eso —murmuró mientras buscaba en la Fuerza para bajar toda una serie de interruptores y teclear una secuencia de iniciación que desviara los servomotores de las torretas por la consola de navegación y le proporcionara el control de las armas.

Los cuádruples cañones gemelos Taim y Bak cobraron vida con un rugido, martilleando la jungla, atronadores. Los árboles explotaron como bombas, llenando el aire con una nube de astillas y serrín que formó una improvisada cortina de humo que cubrió la carrera de Kar y Chalk hasta la fragata, con Depa corriendo veloz detrás de ellos.

Nick apareció en la puerta de la cabina situada detrás de Mace.

—¡Estamos dentro!

—Bien. ¿Y los artilleros?

—¿Los tipos atados? —El joven se encogió de hombros—. Están fuera. Mace asintió.

—Agarraos.

Ese fue el único aviso que tuvieron antes de que la fragata saltara hacia arriba, elevándose como una bomba de volcán sobre sus chirriantes repulsores conectados a plena potencia. Los disparos de las otras dos fragatas barrieron el suelo donde había estado y ascendieron para impactar en el costado de la nave, arrancando esquirlas del blindaje.

Mace forzó la fragata en un giro ascendente, pero las otras dos naves le tenían en la mira y se acercaban desde ambos lados.

—¡La puerta! ¡Cierra la puerta! —oyó gritar a Nick a través del rugido de los impactos y el chirrido de los proyectiles al pasar de largo.

Mace se retorció para mirar por encima del hombro, y vio a Depa en pie, en medio de la bodega, meciéndose y con los ojos fuertemente cerrados, como si la batalla le hubiera provocado una de sus migrañas. Nick estaba encogido en la puerta de la cabina, con las manos en la cabeza. Kar tenía a Chalk resguardada en una esquina, y él se agazapaba ante ella, con los escudos en alto para rechazar los rayos perdidos que entraban por las puertas abiertas de la bodega y silbaban al rebotar desenfrenados por el compartimento.

—Depa —dijo Mace.

Ella abrió los ojos.

El sable láser de Mace saltó del bolsillo de su chaleco y se dirigió hacia ella como una bala.

La mano vacía de Depa lo cogió en el aire. Sus ojos vidriosos y doloridos se desenfocaron. Él la sintió en la Fuerza: se hundía en ella, rindiéndose como un nadador agotado al ahogarse ante una ola creciente.

Sumiéndose en el vaapad.

Volvió a cenar los ojos y asintió ligeramente.

Mace tecleó una secuencia en la consola del piloto. La primera puerta continuó abierta, y la otra, situada en el lado contrario, también se abrió. Rayos de partículas entraron en la bodega.

Las dos hojas refulgieron.

Las fragatas del exterior retrocedieron ante el impacto de sus propios disparos. El turbocohete de una de ellas se salió de su montura, se separó de la nave y rebotó montaña abajo, dejando un rastro de humo y chatarra al rojo. La nave se alejó dando vueltas sin control. La otra fragata recibió sus disparos directamente en la cabina de control.

El parabrisas de transpariacero de un Turbotrueno Sienar es grueso y muy resistente. La mayor parte de la metralla o los fragmentos de una batalla no lo arañarían. Ni siquiera balas de buen calibre podrían mellarlo. Un rayo láser cuádruple puede hacerle un agujero. Uno se lo hizo.

Los siguientes cinco entraron por ese agujero.

La fragata descendió en espiral hacia la jungla, con su carlinga llena de carne desgarrada.

Depa abrió los ojos.

Humeaban con tinieblas.

CAPÍTULO 19

DE NAVE A NAVE

Los músculos se amontonaron a lo largo de su mandíbula mientras se obligaba a apartar la mirada y se concentraba en el pilotaje. Una mirada a los sensores de cercanías le mostró fragatas por todas partes: el ordenador contaba cincuenta y tres en la zona del conflicto, y más aproximándose a ellos desde el horizonte. Tecleó para cerrar las compuertas de la bodega y conectó los turbocohetes.

—Nick. Ocúpate de la consola de navegación.

—Claro. Eh... Sí, señor. —Nick miró a los huecos dejados por los asientos eyectados —. Eh..., ¿dónde me siento?

—Delante de los monitores de sensores. En cualquier momento veremos las lanchas del *Halleck*. ¡Kar! ¡Chalk! Las retromochilas de emergencia están junto a las escotillas de las torretas. Tenéis treinta segundos.

Nick enganchó el pie en los huecos dejados por las patas de los asientos y cogió el mando de control de la consola, entrecerrando los ojos ante el viento estremecedor que soplaba hasta el interior por el hueco del parabrisas. El perfil aerodinámico de la fragata hacía que el viento pasara de largo de la cabina en vez de entrar, pero lo poco que se colaba dentro bastaba para hacer que se tambaleara. Sus ojos se iluminaron cuando se hizo cargo del conjunto de monitores, sobre todo por los dos gemelos con retículas de puntería en el centro.

—Oye, ¿qué hace esto? —hizo girar el volante en diferentes direcciones, y la imagen de las pantallas giró velozmente con sus movimientos.

—No lo toques.

Nick apretó los botones superiores de los dos controladores. Cuando los láseres cuádruples rugían, las pantallas se llenaban de estallidos simultáneos de disparos.

—¡Guau! ¿Control de disparos? ¿Para mí? Oh, general, no debía hacerlo.

—Ya me doy cuenta.

—Ni siquiera es mi cumpleaños...

—Nick.

—Sí, ya lo sé. Los sensores.

—¿Y...?

—...cállate, Nick. Sí, lo que quieras —el viento arrancaba nubes de su aliento—. Empieza a hacer frío aquí dentro. O aquí fuera. ¿Estamos dentro o fuera?

—Nos acercamos a los siete mil metros. Mira esos monitores: los rojos son amigos, los azules son hostiles.

—Vaya, mira —dijo Nick—. No sé por qué te preocupas tanto. Ya hay unos cincuenta y tantos amigos, y ciento noventa y dos más en camino. Están por todas partes, y sólo hay trece hostiles, y tienen a todos los amigos encima... ¡Guau! Ahora hay doce... Ah, espera. Ya lo entiendo. Ooops.

—"Ooops" es una forma de decirlo.

—Lo siento. Soy algo lento.

—Sí.

—Esto..., ahora mismo hay una escuadrilla de nuestros amigos intentando subírsenos al culo... ¡Guau!, ¿qué es esto? —una alerta de localización de blanco se encendió. El

zumbido de acompañamiento quedó medio enterrado en el ruido del viento—. ¡Nos han echado el ojo! ¡Misiles en camino! ¡Seis, acercándose, directos a la cola!

—Rastrea la localización de blanco que captan tus sensores y dásela a los ordenadores para que contrarresten el fuego.

—¡Una gran idea! ¡Será lo primero que haga en cuanto me gradúe en la escuela de artillería!

—Muy bien —dijo Mace entre dientes—. Dijiste que sabías disparar. Veámoslo.

—¡Guaaaaaau! ¡Así se habla! —las torretas rotaron sobre sus ejes y los láseres cuádruples relampaguearon a la vida. La fragata ascendía en línea recta, chirriando en su búsqueda de espacio, como la nave estelar que fue una vez—. ¡Sí, así se hace! ¡Chúpate ésa! —uno de los misiles se cruzó con un torrente de pulsos láser y detonó en un estallido de humo negro y fuego blanco—. ¿Qué te ha parecido eso?

—No está mal —dijo Mace—. Intenta no volamos la cola.

—Hay gente que nunca está contenta...

—Nick. Los otros cinco.

—Vale, vale. Si te lo vas a tomar de ese modo... —levantó las palancas que armaban los cuatro tubos de misiles—. ¡Unodostrescuatro! —gritó, disparándolos en orden.

La fragata renqueó hacia atrás cuando el abrumador conjunto de los cuatro misiles de impacto cobró vida y se alejó hacia abajo y atrás, tejiendo retorcidas cuerdas blancas de humo mientras iba al encuentro de los cinco misiles que les seguían.

El estallido del primer impacto afectó al siguiente misil, y al siguiente, expandiéndose en una inmensa bola de fuego alimentada por los nueve.

—Vaaaaya —bufó Nick, disgustado—. Apenas ha sido divertido.

—Se supone que no ha de ser divertido. Reserva los misiles.

—¿Para qué?

—¡Depa! —gritó Mace por encima del chillido del viento—. ¿Estás preparada?

La joven apareció en la puerta, apoyándose en ella como si la gravedad artificial de la fragata le resultara excesiva.

—Lo bastante preparada —dijo—. Puedo luchar. Siempre puedo luchar. Coge tu sable.

Mace negó con la cabeza.

—Lo necesitarás —dijo, y apagó los motores.

El impulso inicial mantuvo la dirección de ascenso de la fragata, pero pronto empezó a ralentizarse y a caer, girando sobre su eje. Se detuvo un prolongado instante en el vértice de su curva, y las naves perseguidoras pasaron de largo por su lado.

Luego se separaron unas de otras, trazando elipses simultáneas. Dos de ellas se curvaron hacia abajo para volver a atacarlos en su descenso, pero la tercera se mantuvo al margen, como refuerzo.

Mace manipuló los controles con gesto serio y mantuvo el morro de la nave hacia arriba mientras descendía al suelo.

—¿La izquierda o la derecha?

—La izquierda —dijo Depa, y saltó por el hueco del parabrisas hacia arriba, al cielo, encogiéndose para formar una bola y caer a través de la estela de turbulencias provocada por la fragata que descendía.

—¡Caray! —dijo Nick—. ¿Por qué no me avisa nadie de estas cosas?

—Apunta a la nave de la derecha con los cañones láser. Fuego continuado. Nada de misiles.

—Estoy en ello.

La torreta cuádruple de la derecha giró brevemente, expulsando a continuación, y con un rugido, una cadena de energía contra las nubes.

Mace giró el mando de control para inclinar el morro de la fragata a la derecha, de forma que la torreta de estribor pudiera unirse a la diversión. A continuación volvió a encender los repulsores a plena potencia y puso en marcha las toberas de los turbocohetes.

—Agárrate.

—También estoy en ello.

La nave osciló, rechazando las órdenes recibidas, y, bruscamente, la fragata que se dirigía hacia ellos floreció con una llamarada que les golpeó como puños gigantes de rayos de partículas. Mace tuvo un atisbo de Depa enderezando su descenso para convertirlo en una caída en picado, con los pies por delante y ambos sables láser llameando en toda su extensión sobre su cabeza.

Mace giró bruscamente el mando de control a un lado, y la fragata chirrió al ascender formando una espiral que iluminó las luces de emergencia de toda su consola. La maniobra les sacó de la lluvia de disparos, pero sus ordenadores de objetivos no podían procesar las trayectorias en constante cambio, y sus propios disparos resultaron ser igualmente descontrolados. Nick miró a los indicadores con los ojos muy abiertos.

—Oye, ¿este cacharro está diseñado para hacer esto?

—Espero que no —dijo Mace entre dientes, mientras luchaba con los controles—. Vuelve a disparar contra esa nave.

—¿Quién? ¿Yo? ¿El ordenador no es lo bastante rápido...?

—El ordenador no puede emplear la Fuerza.

—Ah, sí. Claro. Vale.

Justo antes de que la fragata de la izquierda les alcanzara, Mace vio cómo se precipitaba hacia abajo con el empuje de sus cohetes invertidos, iniciando una acción evasiva en espiral para no chocar contra Depa.

Y sintió el tirón en la Fuerza que colocó a su antigua padawan directamente en su camino.

Ella hundió los sables hasta el mango justo bajo el parabrisas, y la corriente de aire que se formó en el morro de la fragata la volteó y la empujó sobre la cabina, abriendo un enorme agujero al arrastrar consigo las hojas a través del transpariacero.

—¡Guuuau! —gritó Nick a su lado—. ¡Me encantan esas latas de apertura fácil!

—¡Kar! ¡Chalk! ¡Es hora de irse!

La chica korun trepó hasta la cabina, parándose entre Mace y Nick: parecía pálida y dolorida, pero no había perdido la ferocidad. El lor pelek entró tras ella. Los dos llevaban las retromochilas de emergencia sujetas a la espalda.

—¿Sabéis cómo funcionan?

Chalk respondió asintiendo en silencio; Vastor dio una palmada a la tarjeta gráfica de instrucciones cosida al arnés y ladró: *Sé leer*.

—Bueno, ¿es que nos largamos? —dijo Nick—. Porque, verás, a alguien se le ha olvidado conseguirme uno de esos...

—Nick.

—¿Qué?

—Dispara.

—Vale. Vale. Lo siento. Venga, mira esto —Nick dejó en silencio la torreta de babor, mientras el láser cuádruple de estribor arañaba la nave de la milicia. El castigado vehículo se desplazó a un lado para evadir el daño, poniéndose justo en el camino de

una ráfaga de nuevos disparos procedente de la torreta de babor—. ¿Has visto? Eso es disparar...

—Si eso fuera disparar —le dijo Chalk—, ahora no te devolvería el fuego, él.

—Caray. ¿Qué hace falta para que estéis contentos?

Mace hizo una seña con la cabeza a Vastor y a Chalk.

—¿Listos?

Apagó la energía de los turbocohetes sin esperar respuesta, y revirtió el sentido de los repulsores. El castigado metal de las juntas de la fragata chirrió mientras descendía a velocidad de frenado. Mace giró bruscamente el volante y puso la nave bocabajo. Kar Vastor rodeó los hombros de Chalk con un brazo mientras agarraba con el otro el borde vacío del parabrisas. Luego, ambos se subieron al techo con un suave tirón. El lor pelek dio una fuerte patada para dejar atrás la gravedad artificial de la fragata, y Chalk y él cayeron girando hacia la selva situada miles de metros más abajo.

—Mejor pensado —dijo Nick—, creo que no me importa quedarme a bordo de la nave...

Unos martillazos golpearon la nave, haciéndola cabriolear, cuando la fragata de la milicia que se había quedado como refuerzo se unió por fin al duelo aéreo, y la que tenían detrás se elevó bajo ellos. Mace movió salvajemente los controles, haciendo girar la nave y efectuando maniobras evasivas más propias de un caza que de una anticuada nave a reacción. El turbocohete de babor encajó un par de impactos, y el siguiente giro de Mace resultó excesivo para su dañada carcasa, que se soltó con un chirrido de torturado metal. La nave rugió, y cayó sumida en una barrena incontrolable.

—¡Más despacio! —gritó Nick.

—Yo no hago nada despacio —musitó Mace.

—¿Qué?

—¡Que devuelvas el fuego!

—¿Cómo? ¡Si ni siquiera los veo!

—No tienes que verlos —dijo Mace mientras enderezaba la mutilada fragata y la hacía ascender de nuevo en espiral, dejando detrás un rastro de humo y duracero desgarrado—. Olvídate de apuntar. Limítate a decidir.

—¿Decidir qué?

Mace buscó en la Fuerza y envió una oleada de calma a través de su conexión con Nick.

—No apuntes —dijo—. Decide a qué quieres acertar, y dispara cuando sepas que el objetivo está a punto de pasar.

Nick frunció el ceño pensativo. Se apartó deliberadamente de los monitores y miró a Mace a los ojos. Asintió desconcertado, ausente; casualmente, suspiró y disparó los cañones de la nave.

Aún conservaba el mismo ceño pensativo cuando sus disparos destrozaron la torreta de estribor de la fragata que tenían debajo, atravesando la escotilla interior y partiendo la nave en dos.

—Guau —dijo. Su calma se desvaneció con la misma rapidez que había llegado—. Digo ¡guau! ¿Has visto eso?

Mace hizo que la renqueante fragata abandonara su ascensión y se sumiera en una zambullida que la alejara de la última nave. Iban más despacio porque les faltaba un turbocohete, y cuando la otra nave se zambulló tras ellos no tardaron en perder ventaja. Los disparos enemigos acribillaron su timón de cola. Mace manipuló enloquecido los repulsores, haciendo que la nave botara, saltan y se moviera en direcciones aleatorias, como un monolagarto ebrio de thyssel crudo. Los disparos cayeron sobre ellos, pero las

impredecibles maniobras de Mace esquivaron los múltiples disparos de precisión necesarios para atravesar el fuerte blindaje del Turbotrueno.

La alerta de localización de blanco chilló, y la voz de Nick casi la iguala.

—¡Misiles!

Mace ni se molestó en mirar.

—Ocúpate de ellos.

La confianza absoluta de su tono calmó al instante a Nick. Su brillante sonrisa relució un momento.

—Discúlpame si lo hago...

Mientras las torretas rotaban para apuntar hacia atrás y cobraban vida con un rugido, Mace examinó la jungla hacia la que se precipitaba su renqueante nave. Era difícil tener una idea clara de su escala. Podía estar a sólo cientos de metros de ella, o a varias docenas de kilómetros. Entonces, el enjambre de motas de metal que era la flota de la milicia al sobrevolar las copas de los árboles le permitió hacerse una idea de la perspectiva.

Allí, mil metros más abajo, puede que más, las luces de alarma de las retromochilas de Kar y Chalk lanzaban fogonazos estroboscópicos. Una única fragata volaba dispuesta a interceptarlos y disminuyendo la velocidad. Deteniéndose, flotando en el aire.

Y las minúsculas figuras de Chalk y Kar aterrizaron suavemente sobre su techo.

Un momento después, la fragata alzaba el morro en un ángulo que la llevaría en línea recta hasta él. Mace asintió para sus adentros y dejó que la Fuerza guiara su propia zambullida hasta un rumbo de intercepción. Comprobó los monitores.

—¿Y los misiles?

—Liquidados —el tono de Nick era tan semejante al del Maestro Jedi que podría haber sido una burla deliberada.

A Mace no le importó.

—No habrá más. No pondré en peligro al amigo que viene recto hacia nosotros.

—Eh, ¿no deberíamos nosotros poner en peligro a ese amigo?

—No es necesario.

—¿Y eso?

—Ese no es amigo suyo.

Los láseres cuádruples de las torretas de la nave ascendente cobraron vida con un relampagueo. Mace dio un empujón a los repulsores que elevó al Turbotrueno una docena de metros sobre su línea de descenso, de modo que los chorros gemelos de rayos de partículas pasaron inofensivos bajo él y dieron de lleno en la cabina de la fragata perseguidora.

La explosión fue impresionante.

Los dos tercios traseros de la nave dejaron un rastro de humo en su descenso hacia la jungla. El tercio frontal era el humo que arrastraban los dos tercios traseros.

—Eso —dijo Mace Windu— es disparar.

Nick hizo una mueca.

—Ah, claro. Chalk. Te dije que sabía manejar la artillería pesada. Pero deberías verla en una lucha con pistolas. Patética. Completamente patética.

—Saca el código del transpondedor de Depa del escáner de puntería y pásalo a comunicaciones. Hay que coordinar el siguiente movimiento.

—Me alegra saber que tienes previsto un siguiente movimiento.

—¿Cuántos amigos cuentas?

—La cuenta por escáner de los cazas droides es... Oh, ¿seguro que quieres saberlo?

—Nick.

—Doscientos veintiocho.
—Bien.
—¿Bien? ¿BIEN?
—En la parte inferior izquierda del escáner de puntería encontrarás una palanca del tamaño de tu pulgar. Ese es tu control de mareado. Empieza a marcar los cazas droides como objetivos de nuestros misiles. Un misil por caza, y no te saltes ni uno. Y no, repito, no los dispares mientras yo no te dé la orden. Y no marques nada que no sea un caza droide.
—¿Ni siquiera, por ejemplo, alguna de esas sesenta y siete fragatas que tenemos en nuestra zona de combate? —Nick señaló el enjambre de amigos en otra parte de la pantalla—. Porque parecen muy interesadas en nosotros, ya me entiendes. Vienen a por nosotros. Y con mucha prisa.
—¿Sesenta y siete? ¿Cuántas están en nuestra trayectoria de intercepción?
—¿No lo he dicho con claridad? Igual debería decir: Por cierto, ¿te he mencionado que van a reventarnos el culo?
—¿Cuántas?
Nick lanzó una débil risita semihistérica.
—Todas ellas.
—Perfecto —dijo Mace Windu.

***

El comandante del regimiento tenía la designación CRC-09/571. Haruun Kal era su tercera acción en combate, y su primera como comandante de regimiento. Había intervenido en Geonosis como comandante de batallón en la infantería aerotransportada, y su grupo había liderado el ataque frontal contra los globos de combate de la Federación de Comercio. Había vuelto a ser comandante de batallón en la desastrosa escaramuza de Teyr. A medida que los días a la espera de acción a bordo del *Halleck* se convertían en semanas, había obligado a sus tropas a hacer instrucción de forma incesante, agudizando sus ya considerables habilidades hasta el mayor grado de perfección que podía alcanzarse sin derramar la sangre de su regimiento en un combate real.
Y hoy ya se había derramado bastante sangre cuando su pequeña flota fue rodeada por una nube de cazas droides.
Había visto morir a la tercera parte de su regimiento.
Algunas de las lanchas, que estaban inutilizadas pero no destruidas, habían podido eyectar a los supervivientes. Enjambres de soldados con trajes de presión para el espacio abandonaron la órbita como meteoros, con sus retromochilas chispeando mientras reducían y dirigían su caída de minutos a la atmósfera de Haruun Kal. Las lanchas supervivientes no fueron capaces de atraer el fuego de todos los cazas droides, así que quedaron muchos para masacrar también a los hombres.
Cruzaron el espacio, disparando los cañones contra los soldados que caían. Silenciosos haces escarlata que traspasaban el negro vacío con precisión robótica. Cada impacto dejaba un cuerpo roto flotando en medio de un globo en expansión de chispeantes cristales blancos, rosas y azules verdosos; aliento, sangre y fluidos corporales congelados repentinamente en el vacío, resplandecientes y preciosos a la luz de Al'har.
Pero los supervivientes no se asustaron; los soldados que descendían utilizaron las armas que llevaban encima para apuntar a los cazas con engrasada disciplina de disparo y simple valor descarnado, coordinando su fuego con eficaces resultados. Tres

repetidores ligeros disparando a un mismo caza pueden destrozarle los escudos, para que un único disparo de rifle láser pueda acabar con su motor. Grupos dispersos de granaderos esparcieron granadas de protones que estallaron ante la proximidad del enemigo, formando improvisados minicampos de minas. Y cuando sus armas se agotaron, los hombres, desesperados, usaron su propio cuerpo como arma, manipulando sus retromochilas para proyectarse al encuentro de los cazas que pasaban a velocidades acrobáticas. Ninguno de los dos podía esperar sobrevivir a semejante colisión.

Los soldados no luchaban para defenderse; sabían que sus vidas estaban acabadas. Pero no cejaron en su esfuerzo.

Luchaban por el regimiento.

Cada caza que derribaban era uno menos para atacar a sus hermanos. CRC-09/571 no era especialmente emotivo, ni siquiera para ser un clon, pero contempló ese sacrificio con una cálida sensación en el pecho. Hombres como ésos hacían que uno se enorgulleciera de ser uno de ellos. El único deseo del comandante clon era cumplir con su deber, pero también albergaba un secreto deseo de hacer algo, de conseguir algo que fuese digno del asombroso heroísmo de sus hombres.

Contraatacar.

Por eso sintió un aguijonazo en las tripas —aquello que un hombre corriente calificaría de ira y frustración, pero que CRC-09/571 apenas sentía, desechándolo de inmediato— cuando se iluminó su comunicador con las órdenes del general Windu.

Le ordenaba que sus naves interrumpieran el fuego de inmediato.

Interrumpir el fuego, pese a estar perseguidos de cerca por cazas droides.

Pese a que tres escuadrillas —192 unidades— adicionales de cazas droides se dirigían en ese momento hacia ellos desde más allá del horizonte planetario.

Pese a las sesenta y nueve fragatas Turbotrueno Sienar que se disponían a interceptarlos desde la superficie.

Su ira y su frustración sólo se manifestaron en cierto tono esperanzado cuando solicitó el código de verificación al general Windu —puede que fuera un enemigo, suplantando al general—, y en la ligera reticencia a confirmarlo cuando el código del general llegó sin errores.

Por lo que podía determinar CRC-09/571, el general Windu estaba ordenando a los clones que murieran. Pero CRC-09/571 estaba capacitado para desobedecer una orden tanto como para caminar a través de una plancha de blindaje.

Los cañones de todas las naves de la República enmudecieron mientras descendían sobre la Meseta Korunnal desde la estratosfera.

Los cazas droides los envolvieron como un enjambre, disparando sus armas.

Mientras su lancha era castigada desde todas partes por múltiples impactos, CRC-09/571 notó algo extraño en su monitor de control: algunas de las fragatas parecían disparar contra las dos que iban delante.

Esas dos no devolvían el fuego. Volaban y ascendían a gran velocidad, desplazándose a un lado y a otro, directas al centro de la batalla aérea, de forma que los cañonazos que les fallaban, que eran casi todos, ascendían y se internaban en la nube de cazas droides. La mayoría de ellos pasaban inofensivamente de largo, ya que no apuntaban a las pequeñas y ágiles naves, pero varias recibieron impactos de lleno y explotaron.

CRC-09/571 frunció el ceño. Todo eso le daba buena espina.

No muy abajo, en la cabina abierta de una de las dos fragatas objetivo de las que les seguían. Mace Windu dijo:

—De acuerdo, Nick. Dispáralos.

—¡Sí, señor!

Nick Rostu pulsó un solo botón, y los cerebros droides de veintiséis cazas droides diferentes —uno por cada uno de los misiles remanentes en los lanzadores del Turbotrueno— sintieron el repentino zumbido interno de alarma de los sensores al detectar el localizador de blanco de un lanzamisiles.

Procedente de una nave amiga.

Los cerebros droides encontraron eso desconcertante, pero no especialmente preocupante; seguían concentrados en su misión primaria: destruir a cualquier nave de la República que intentase orbitar o aterrizar en Haruun Kal. Pero también estaban programados para monitorizar posibles riesgos, y todos ellos dedicaron una parte de sus recursos a buscar en los bancos de memoria algún programa de reacción que pudiera resultar adecuado cuando se es blanco de naves amigas.

No lo había.

Eso sí que lo encontraron preocupante los cerebros droides. Y estaba la cuestión de esas descargas láser...

Tan sólo un segundo después, otros treinta y dos cerebros droides del enjambre de cazas tuvieron exactamente la misma experiencia.

Porque también se habían cargado los cuatro lanzadores Krupx MG3 de minimisiles de la nave de Depa.

—Fuego —dijo Mace cuando las dos fragatas entraron en el perímetro de la creciente batalla aérea.

Un tubo Krupx MG3 puede disparar un misil cada segundo estándar. Cada MG3 tiene dos tubos con cargadores de cuatro minimisiles cada uno. La fragata de asalto Turbotrueno Sienar tiene cuatro Krupx MG3: dos delanteros y dos a popa. Las dos naves vaciaron sus cargadores a la orden de Mace. Las fragatas florecieron con fuego y toberas de cohetes.

Dieciséis misiles por segundo rugieron, serpenteando por el cielo.

La batalla aérea se convirtió en una enmarañada red de estelas de vapor.

En la cabina abierta de la fragata, Nick observó su pantalla y lanzó un silbido.

—Vaya. Sí que son rápidos esos cazas.

—Sí.

—Las dos terceras partes de nuestros misiles no darán en el blanco. No, las tres cuartas partes. Más. ¡Maldición, sí que son rápidos!

—Eso no importa.

—¿Qué quieres decir con que no importa? ¡Sólo nos jugamos el trasero! Por no mencionar el de esos pobres ruskakk de las lanchas.

—Tú mira.

El cálculo de Nick resultó ser en exceso optimista; sólo seis de los cincuenta y nueve misiles encontraron su blanco. Tres fueron interceptados accidentalmente por cazas droides a los que no apuntaban. Los demás fueron destruidos por el contrafuego inhumanamente preciso de los droides, cuando no fueron sencillamente esquivados por las ágiles naves. Los misiles se perdieron en el cielo hasta quedarse sin combustible e iniciar el largo y lento descenso hacia la superficie.

Pero, como Mace había dicho, en la castigada base de las cavernas, los droides son estúpidos.

Eso no quiere decir que no puedan adaptarse a circunstancias cambiantes. Podían hacerlo, y a menudo lo hacían con una celeridad y capacidad de decisión que ningún cerebro orgánico podría igualar. Los droides habían comprendido que estaban siendo atacados por naves "enemigas" antes incluso de que la primera descarga de dieciséis misiles encendiera por completo sus motores. El ataque de una única nave amiga podía considerarse un error, un accidente y nada más; pero eran dos naves, ambas con un

código transpondedor que las identificaba como amigas, las que habían abierto fuego contra ellos en un ataque coordinado.

Sin previo aviso.

Los droides no esperaron nuevos ataques. Se adaptaron con relampagueante velocidad e implacable lógica droide.

Y Nick Rostu, que seguía mirando la pantalla de su escáner, ni siquiera notó que la mandíbula se le caía más y más a medida que, primero tino, después una docena y luego un centenar y más de los puntos rojos de la pantalla se ponían azules.

—Se han convertido en hostiles —murmuró sobrecogido.

—Sí.

—Todos ellos.

—Sí.

Doscientos veintisiete cazas droides se apartaron de las lanchas, cuyas armas silenciadas habían hecho descender su valoración de peligro en el cerebro de los droides, y cayeron sobre los sesenta y nueve Turbotruenos en un tornado de destrucción.

Las fragatas empezaron a arder, y a caer.

—¿Tú planeaste esto?

—Aún hay más.

—¿Sí? ¿Qué hacemos ahora?

Una docena de cazas se dirigía hacia ellos.

—Ahora nos largamos —dijo Mace Windu.

Cogió a Nick por el cinturón, y éste le miró con franco horror.

—No me lo digas.

—De acuerdo.

Un salto con la Fuerza arrancó a los dos de la cabina un segundo antes de que la fragata empezara a amigarse bajo centenares de impactos: dos segundos después, explotaba, pero para entonces Mace y Nick ya se encontraban cincuenta y ocho metros más abajo y ganando velocidad, cayendo sin la ayuda de las retromochilas a través del fuego, el humo y las explosiones de la batalla aérea.

El chillido de Nick resultó inaudible entre las explosiones y la fricción del viento.

Dijiste que no te lo dijera, repuso Mace moviendo los labios.

Nick pasó gran parte de la subsiguiente caída quejándose en voz alta, pero inaudible, por tener que acabar su joven vida como "pareja cómica de un puñetero Maestro Jedi con los sesos como una nuez nikkle".

***

Durante la caída libre, agarrando con fuerza a Nick por el cinturón. Mace recurrió a la Fuerza para buscar su sable láser.

Encontró su resonancia familiar muy abajo. Nick permanecía encogido en una bola fetal, apretando los muslos contra el pecho en un mortal abrazo de nudillos blancos, y gritando obscenidades entre sus propias rodillas. Su apretado aspecto de "bola de cañón" le convertía, por mucho que tuviera tendencia a caer en picado, en algo muy semejante a un objeto aerodinámicamente neutro, por lo que Mace podía dirigir su curso con sólo inclinar su propio cuerpo.

Descendieron hacia un objetivo que apenas podía ver: una fragata que caía, dos kilómetros más abajo y un cuarto al oeste, girando hacia la jungla y escupiendo espeso humo negro. Los cazas droides la ignoraban, concentrados en las fragatas que todavía disparaban, maniobraban y los esquivaban en frenéticos intentos de evasión.

Depa estaba haciendo un gran trabajo, aparentando estar averiada e indefensa.

Pedazos de humeante duracero o un trozo de repulsor adelantaban de vez en cuando a Mace y a Nick en su larga, larga caída. Pasaban por su lado a diferentes velocidades, en función de sus respectivos cocientes de resistencia al viento, pero ningún cuerpo humano pasó junto a ellos. Mace y Nick ya estaban muy cerca del límite de velocidad que podía soportar un ser humano.

En Haruun Kal, eso era algo menos de trescientos kilómetros por hora.

La velocidad de caída de la fragata era considerablemente menor; sólo parecía haber perdido el control. Motivo por el cual Mace necesitó ejercer una aplicación considerable de sus energías en la Fuerza para ralentizar la caída de ambos, remolcar a Nick hasta unos centenares de metros sobre la fragata y evitar así un aplastamiento catastrófico.

Mientras caían hacia el techo acorazado de la fragata, Nick sólo había levantado los ojos una vez, lo justo para recordar intensamente lo que Mace había dicho sobre dejar una mancha roja en un parabrisas. Llevaba la cabeza bien segura, encajada entre las rodillas, cuando Mace hizo un aterrizaje muy poco ceremonioso que arrojó a ambos, magullados y rebotando, por el techo de la nave que se precipitaba a tierra.

La mano libre de Mace se alargó con precisión y sin esfuerzo, y se agarró a la antena de los sensores; la otra, agarrando todavía el cinturón de Nick, dejó al joven korun suspendido en el aire, sobre lo que aún debía de ser una caída de casi un kilómetro hasta la jungla.

—¿Te... acuerdas... de cuando nos conocimos? —jadeó Nick sin aliento contra los arremolinados vientos—. ¿Cuando... casi me rompes el brazo... con esa puñetera garra que tienes por mano?

—¿Sí?

—Te... perdono.

—Gracias.

Mace lo depositó sobre el techo de la fragata. Nick rodeó la antena con ambos brazos.

—Tú puedes seguir —le dijo Nick—. Yo creo que me quedaré aquí, temblando.

Empleando la Fuerza para mantenerse sobre la nave que descendía girando, Mace avanzó sobre manos y rodillas hacia la parte delantera, hasta que pudo mirar dentro de la cabina por el borde del ancho corte de sable láser que la dejaba a merced de los embates del aire.

Chalk, que estaba ante la consola de navegación, alzó la mirada y profirió un juramento. Vastor estaba detrás de los asientos de la cabina, con mirada feroz. Depa alargó una mano en cálida bienvenida, cogiendo la de Mace desde el asiento del piloto. Tenía los ojos vidriosos por el agotamiento y el dolor, pero no había sorpresa en ellos.

—Creí que me dijiste que sólo tendría que salvarte la vida una vez más.

—Perdona —repuso él.

Rodó para ponerse de espaldas y se cogió al borde con ambas manos, luego dio un giro y se introdujo en la cabina con los pies por delante, sin esperar a ver si Vastor se había quitado de en medio.

Lo había hecho.

—Nick está en el techo. Abre una de las puertas de la bodega para que entre.

Las puertas para descargar soldados de un Turbotrueno se abren hacia fuera y hacia abajo para que puedan utilizarse como rampas de descenso. Depa tecleó para que la puerta de estribor se abriera a medias, convirtiéndola en una abertura por la que Nick podría deslizarse dentro, y después manipuló los controles para anular el descenso en giro.

Mace asintió al lor pelek, que ahora llenaba la puerta de la cabina.

—Kar, ayúdale.

¿Por qué debo hacerlo?

Mace no estaba interesado en debates. Meneó la cabeza irritado e hizo un gesto para que Vastor se apartase.

—Lo haré yo mis...

Su voz se calló en seco. Vastor se había apartado y Mace se había acercado a la puerta, y ahora podía ver el interior de la bodega donde se transportaban las tropas.

Estaba abarrotada de cadáveres.

Mace se desplomó de lado. Sólo su hombro, apoyado contra la jamba de la puerta, le mantenía derecho.

Depa había elegido una nave llena.

***

Su cerebro, aturdido, no podía contarlos adecuadamente, pero calculó que en la bodega debía de haber unos veinte cadáveres. Un pelotón de infantería. El piloto debió de ser joven, excitado, confiado y seguro de poder obtener una victoria gloriosa. Tan impaciente por entrar en combate que lo había hecho sin descargar siquiera a sus pasajeros. Había pagado cara esa confianza. Su cuerpo yacía encima de lo que debió de ser el navegante, justo en la puerta de la cabina.

La mandíbula de Mace se endureció. Recuperó el equilibrio y pasó sobre sus enredadas piernas sin vida para internarse en la bodega.

Todos los cadáveres de la bodega llevaban la armadura Graylite de la milicia; la mayor parte estaba quemada por disparos láser hechos a muy corta distancia. Mace podía imaginarse a los inexpertos hombres —muchachos— de la milicia disparando sus armas contra Depa mientras ésta se desplazaba desde la cabina a la bodega. El resultado de disparar armas energéticas a quemarropa contra un maestro del vaapad quedaba bien claro en los anillos chamuscados que bordeaban los agujeros de un dedo de gruesos de sus armaduras, y en la carne quemada y sin vida que había debajo.

Entre la sorpresa, el pánico y el escaso espacio, la mitad debían de haberse matado unos a otros.

Varios de los cuerpos tenían los ennegrecidos cortes característicos de las heridas de sables láser: cauterizados al instante por la hoja que los había abierto. Depa había despachado a los artilleros de las torretas de una forma mucho más elegante que la empleada por él; se había limitado a apuñalarlos de forma brutal y eficiente a través del duracero de las escotillas, matando a los hombres en sus sillas.

Los cadáveres seguían allí sentados, aferrando con las manos muertas las asas dobles de sus láseres cuádruples.

Y, por supuesto, se notaba el olor a ozono y a carne cortada.

No había sangre. Nada de sangre.

Hasta el último de esos hombres había muerto antes de recoger a Chalk y a Kar Vastor. Veinticuatro hombres.

En menos de un minuto.

Mace se volvió y encontró a Kar Vastor mirándolo, ferozmente triunfante.

Ella pertenece a este lugar, se limitó a gruñir.

Mace se apartó lentamente y trepó por la puerta medio abierta para ayudar a Nick a bajar hasta la bodega.

Deslizarse por la puerta hasta el compartimento lleno de hombres muertos dejó a Nick sin habla. Sólo pudo encogerse, con la espalda pegada a la puerta y temblando.

Mace lo dejó allí, pasó junto a Vastor y volvió a la cabina.

—Chalk, déjame tu asiento.

La chica korun frunció el ceño, mirando a Depa, que asintió.

—No pasa nada, Chalk. Hazlo.

En cuanto pudo sentarse, Mace se inclinó sobre los monitores de los sensores, estudiándolos intensamente. Sintió los ojos de Depa clavados en él, pero no alzó la cabeza.

—Puedes decirlo si quieres —dijo al cabo de un momento—. No me importa.

Manteniendo parte de su atención en la pantalla para ver cómo los cazas droides derribaban una fragata tras otra, Mace dedicó el resto de su atención a los archivos de datos de la fragata, haciendo aparecer los planes de vuelo, los códigos de control...

Los códigos de reconocimiento.

—De verdad, Mace, no pasa nada —dijo ella con tristeza. Medio ciega por la migraña, con el aliento entrecortado y parpadeando mareada por la corriente que llegaba por lo que quedaba del parabrisas—. Sé lo que estás pensando.

—No creo que lo sepas —dijo Mace en voz baja.

—No creo que mi manera sea la correcta. Sé que no lo es —se rió con amargura—. Lo sé. Pero es la única.

—¿La única manera de qué?

—De ganar, Mace.

—¿Así llamas a lo que has hecho? ¿Ganar?

Ella asintió cansinamente, señalando con la cabeza la lucha aérea que todavía se libraba sobre sus cabezas.

—Esta batalla es una obra maestra. Ni siquiera con todo lo que te he visto hacer, me habría creído algo así de no haberlo visto por mí misma. Hoy has hecho algo grande.

—Aún no ha terminado el día.

—Y todo habrá sido para nada. ¿Qué habrás conseguido cuando termine el día? ¿Destruir una gran parte de la fuerza aérea de la milicia? ¿Y qué? —tenía la voz ronca, y sus palabras parecían forzadas, como si no pudiera soportar el esfuerzo de hacerlas pasar a través de su dolor—. Nos has proporcionado unos días de tiempo. Quizás unas semanas. Nada más. Cuando te vayas seguiremos estando aquí. Seguiremos muriendo en la jungla. Los balawai conseguirán más fragatas. Todas las que necesiten. Y volveremos a tener que matarlos. Tenemos que hacerles temer la jungla. Porque nuestra única arma de verdad es ese miedo.

—Hoy no.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir...?

—He decidido que tenías razón desde el principio —dijo Mace, estudiando todavía los monitores.

Depa parpadeó, incrédula.

—¿La tenía?

—Sí. Utilizamos a esa gente para nuestros fines, y ¿para qué? ¿Para abandonarlos ahora, cuando su única salida es padecer o cometer un genocidio? —Mace negó hoscamente con la cabeza—. Eso sería tan oscuro como cualquier noche en esta jungla. Más oscuro aún. Eso no seria salvajismo inocente, sería cometer un acto malvado, tomar el camino de los Sith. Hay que librar una lucha. Los Jedi no pueden dejar esto así.

—¿Lo... lo dices en serio? ¿Lo crees de verdad? —la incredulidad forcejeó con la esperanza en sus ojos inmersos en el dolor—. ¿Vas a abandonar la Guerra Clon? ¿Vas a quedarte y luchar?

Mace se encogió de hombros, mirando todavía hacia el monitor.

—Me quedaré y lucharé. Eso no significa abandonar la Guerra Clon.

—Mace, la Guerra del Verano no es algo que pueda solucionarse en semanas, o en meses...

—Lo sé —murmuró distraído—. No puedo perder semanas o meses. La Guerra del Verano no durará tanto.

—¿Qué? ¿Cómo puedes decir eso? ¿Cuánto tiempo crees que va a durar?

—¿Así, de pronto? Unas doce horas. Puede que menos.

Ella no pudo hacer más que mirarlo fijamente.

Y él por fin vio en la pantalla lo que esperaba ver. Los cazas droides abandonaban la lucha aérea y volvían al espacio, y el puñado de fragatas supervivientes volvían renqueantes a casa.

—¿Ves eso? —dijo, abriendo la mano hacia la pantalla—. ¿Sabes lo que significa?

Depa asintió.

—Que alguien ha adivinado lo que hicimos.

—Sí, y que ese alguien tiene los códigos de control de esos cazas —se volvió hacia ella, y en sus ojos había un brillo que en otro hombre habría sido el de una feroz sonrisa—. Ya te lo he dicho, no puedo perder semanas o meses.

—No lo entiendo... ¿Qué vas a hacer?

—Ganar.

Tecleó la frecuencia de mando de las lanchas de la República.

—Aquí el general Windu llamando a CRC-09/571. Permanezcan a la espera de verificación y órdenes. Inicie conexión de datos simultánea. Conexión directa.

—Aquí Siete-Uno. Adelante, general —crepitó el comunicador.

Depa se quedó tan sorprendida por las órdenes que oyó dar a Mace que casi estrella el Turbotrueno contra una montaña. Cuando por fin pudo devolver la estabilidad a la nave, conectó el autopiloto y miró sin aliento a su antiguo Maestro.

—¿Estás loco?

—Todo lo contrario. ¿No te habías enterado? No hay nada más peligroso que un Jedi que ha recobrado la cordura.

Ella tartamudeó como un androide con el motivador cortocircuitado.

—Y, si no te importa, quisiera recuperar mi sable láser —añadió con tono de disculpa—. Creo que voy a necesitarlo.

—Pero, pero, pero... —por fin las palabras brotaron de ella—. ¿Vamos a tomar Pelek Baw?

—No —dijo Mace Windu—. Vamos a tomar todo este sistema solar. Todo entero. Ahora mismo.

CAPÍTULO 20

DEJARIK

La llave del Bucle Gevarno era el sistema Al'har; y la llave del sistema Altar era el control de la flota de cazas droides. La flota estaba controlada por un transmisor muy protegido localizado bajo el búnker de mando del espaciopuerto de Pelek Baw.

El espaciopuerto sólo tenía una posibilidad de salvarse. Pero sólo una.

Dos de las lanchas de descenso habían aterrizado junto con sus tropas en el paso de taraban para establecer un perímetro defensivo alrededor del único túnel de herbosos que quedaba abierto, y para proporcionar el apoyo de su artillería ligera. Las otras diez habían cruzado las montañas a la máxima velocidad que podían desarrollar en la atmósfera, que no resultaba especialmente impresionante, pero seguía siendo superior a la que podían alcanzar los castigados Turbotruenos que volvían renqueantes a sus correspondientes bases, todas ellas en las ciudades grandes cercanas a la Meseta Korunnal.

Sólo una de las fragatas realizó el viaje hasta un destino tan lejano como Pelek Baw.

Remontó Los Hombros del Abuelo a sólo un cuarto de la potencia de sus repulsores, dejando un reguero de humo y radiación. Los oficiales de la torre de control del espaciopuerto escucharon horrorizados el entrecortado mensaje del piloto. Una fuga en el reactor. Un inminente fallo catastrófico. El piloto mantenía su nave en el aire de forma heroica, y se dirigía a Pelek Baw porque era el único espaciopuerto completamente equipado para la contención y descontaminación. Un aterrizaje en cualquier otro lugar supondría sacrificar tanto a su tripulación como al pelotón de infantería que transportaba...

La noticia saltó como un rayo de la torre al equipo de tierra, y de los técnicos antirradiación a la aburrida guarnición al cargo de las baterías de modernos turboláseres y los cañones de iones que la Confederación había proporcionado al espaciopuerto. Era lo más emocionante que había pasado desde la retirada de los separatistas. La batalla en el paso de Lorhan había sido asombrosa, incluso trágica, pero había ocurrido al otro lado de la Tierras Altas y, por tanto, no contaba.

Todos los ojos del espaciopuerto estaban fijos en el Turbotrueno, tanto el real como el que se veía a través de los monitores, y lo apoyaban mentalmente, alabando el desinteresado valor de la tripulación al trazar un arco para rodear la ciudad y no poner en peligro a los civiles. Algunos rezaban en voz alta para que lo lograran, pero muchos otros deseaban en secreto poder presenciar un accidente espectacular...

En vez de atender a sus deberes, como controlar los monitores de sus sensores.

Después de todo, ¿por qué tenían que molestarse en hacerlo? El espaciopuerto estaba conectado de forma simultánea con la red de satélites detectores que orbitaba el planeta. En el aire sólo estaban las veintitantas fragatas supervivientes. Ya hacía varias horas que el último de los cazas había vuelto al espacio, y el crucero de la República que había causado tanto revuelo ya se había ido.

Nadie parecía preocupado por las lanchas. Suponían que las naves de la República no querrían seguir luchando tras padecer unas abrumadoras pérdidas del cuarenta por ciento. Sin duda se habrían escondido en *la sopa* —el espeso remolino oceánico de gases tóxicos que rodea la Tierras Altas de Korunnal— hasta que algún crucero de rescate pudiera infiltrarse en el sistema.

Sin duda.

Era una notable muestra de confianza por parte de los técnicos de sensores, ya que esos mismos satélites detectores de los que dependían estaban tan anticuados como el resto del equipo planetario del gobierno local. Sus infrarrojos y detectores de luz visual eran incapaces de traspasar el caliente remolino de *la sopa*, y hasta los sensores más sutiles de los satélites resultaban inútiles ante el extremadamente elevado contenido de metal en los gases. Si las lanchas conseguían internarse a suficiente profundidad, desaparecerían de la faz del planeta.

Por eso, cualquier técnico de sensores del espaciopuerto de Pelek Baw con la disciplina necesaria para mantener la vista fija en los monitores de corto alcance podría haber visto indicios de algo extraordinario.

Pelek Baw se extendía a lo largo de la ribera occidental del Gran Caudal, el río más caudaloso de Haruun Kal. Se alimentaba de afluentes procedentes de toda la Tierras Altas, que venían desde lugares tan al Este como el paso de Lorshan, y tan al Norte como las tierras situadas sobre los infranqueables riscos conocidos como el Muro de Trundur. Cuando llegaba a la capita, el Gran Caudal tenía un kilómetro de anchura. La impresionante y rugiente catarata que formaba al caer de los riscos que limitaban la ciudad por el Sur era una de las grandes maravillas naturales de la zona; espumeaba, formaba una neblina permanente y se prolongaba a lo largo de una caída de kilómetros y kilómetros, convirtiéndose en un abanico de nieve que agitaba la arremolinada *sopa* de abajo en impredecibles y frutales remolinos y en surtidores de coloridos gases inmiscibles.

Lo que habrían visto los técnicos de sensores, de ser lo bastante disciplinados y atentos a su deber como para mirar su monitor de corto alcance, eran diez lanchas clase Jadthu de la República ascendiendo desde las profundidades de la catarata del Gran Caudal. Iban en una única fila, castigadas por el agua atronadora, pero perfectamente protegidas de la detección a largo alcance. Si el técnico de sensores las hubiera visto, el resultado habría sido muy diferente.

Esa fue la única posibilidad que tuvieron a su alcance.

Pero la atención del técnico estaba centrada en el drama de ver si la averiada fragata conseguía aterrizar antes de estallar.

Por no mencionar el hecho de que uno o dos segundos antes de aterrizar abrió fuego contra los cuarteles que rodeaban el centro de control del espaciopuerto, y un instante después, siete inmensos korunnai medio desnudos y con la cabeza afeitada saltaron de ella, aterrizaron en el permeocemento como felinos de las lianas y cargaron contra el centro de control con las manos llenas de rifles láser que escupían fuego.

Esos inesperados korunnai iban seguidos por un hombre y una mujer que llevaban el tipo de arma personal sin duda más representativa y reconocible de toda la galaxia, y la menos bienvenida cuando uno se encontraba en el lado contrario a la misma.

El sable láser Jedi.

El personal del espaciopuerto estaba tan alterado que ni uno sólo de sus componentes se molestó en alzar la mirada, hasta que la luz que Al'har derramaba sobre sus posiciones se vio eclipsada por la sombra de las flotantes lanchas clase Jadthu.

Fue entonces cuando los técnicos miraron, justo a tiempo de ver diez nubes de duracero derramando una lluvia de soldados clon con armadura pertenecientes al Gran Ejército de la República, cuya llegada fue tan rápida, eficiente, disciplinada y abrumadora, que las baterías antiaéreas fueron tomadas sin que se perdiera un solo soldado.

Pero no puede decirse lo mismo del personal de la milicia.

Los soldados clon, nada sentimentales al respecto, ni se molestaron en limpiar la sangre de suelos y paredes antes de reemplazar a los técnicos con sus propios hombres.

La lucha en el centro de control fue más cruda y duró unos cuantos segundos más, pero el resultado fue el mismo, dado que los atacantes eran guardias akk y Jedi, y, después de todo, los defensores sólo eran seres corrientes.

La captura del espaciopuerto de Pelek Baw duró menos de siete minutos desde el instante en que la fragata abrió fuego, y el resultado fue la captura de 286 miembros del personal militar, de los cuales treinta y cinco estaban heridos de gravedad. Murieron cuarenta y ocho. Se detuvo a sesenta y un empleados civiles del espaciopuerto, que no sufrieron daño alguno. Todas las unidades defensivas aeroespaciales del espaciopuerto fueron capturadas intactas, al igual que todas las naves aparcadas en ese momento.

De haberse desarrollado según lo previsto, la toma del espaciopuerto de Pelek Baw, unida a la batalla del paso de Lorshan, habría sido considerada una de las operaciones magistrales de la distinguida carrera del general Windu.

Pero hay una máxima que dice que ningún plan de batalla sobrevive mucho tiempo al contacto con el enemigo.

Y éste no fue la excepción.

***

Mace no tuvo ni que salir del búnker de mando para ver cómo empezaban a salir mal las cosas.

El búnker de mando era un enorme hexágono acorazado lleno de hileras de inclinadas consolas, y situado en medio del centro de control del espaciopuerto. La sala sólo estaba iluminada por la luz que derramaban los monitores de cada consola y las enormes holoproyecciones que cubrían cada una de las seis paredes. La penumbra generalizada se espesaba por debajo de la altura de las consolas, de modo que todo el mundo parecía caminar hundido en sombras hasta las caderas. El espacio muerto bajo las holopantallas de las paredes se empleaba ahora como zona de contención para los prisioneros, y como enfermería improvisada, donde hombres y mujeres se sentaban o tumbaban heridos para que soldados clon les curasen las heridas con gesto inexpresivo.

Kar Vastor y sus guardias akk se paseaban de un lado a otro del perímetro de la sala, inquietos como los animales salvajes que casi eran. La Fuerza se arremolinaba a su alrededor mientras se movían entre los aterrados prisioneros. Mace pudo sentir cómo chupaban miedo, dolor y angustia de los prisioneros, absorbiendo las sensaciones en su interior y acumulándolas como si fueran células energéticas vivientes.

Mace no había preguntado a Kar Vastor lo que planeaban hacer con ese poder. Tenía un problema más acuciante.

En el rincón más oscuro de la sala se alzaba una consola acorazada y aislada de las demás, cubierta con una funda de duracero que había sido sellada con un código para impedir manipulaciones. Esa consola era un añadido reciente al centro de mando, ya que había sido instalada por los especialistas de la Unión Tecno cuando modernizaron las defensas del espaciopuerto. Se le llamaba la caja del motín, y contenía detonadores individuales para cada una de las cargas explosivas instaladas en todos los turboláseres y cañones de iones de la base, en todos los lugares estratégicos y en todas las torretas anticazas.

La Confederación parecía no confiar en que su causa fuera lo bastante justa como para asegurarse la lealtad de sus tropas.

Depa Billaba yacía a la sombra de esa consola, casi ciega por el dolor, en una plataforma improvisada con el acolchado de las sillas cercanas. Se había ido debilitando desde que tomaron el centro de mando, y ahora yacía tumbada, cubriéndose los ojos con

un brazo. La sangre formaba un hilillo en la comisura de sus labios, allí donde se había mordido el labio hasta descarnarlo.

Los soldados controlaban los puestos esenciales del centro de mando. Varios de ellos se habían quitado los cascos para poder ponerse auriculares o anteojos, y Mace evitaba mirarlos. Los cascos vacíos apoyados en las consolas se parecían demasiado al casco lleno que había dejado en la arena del circo de Geonosis.

Mace estaba parado ante la consola de los satélites. Tras uno de sus hombros estaba Nick, profiriendo un susurro continuado de obscenidades. Detrás del otro, CRC-09/571 se mantenía inmóvil.

CRC-09/571 seguía con el casco puesto, lo cual facilitaba a Mace el hablar con él. No tenía especial deseo de verle la cara.

La recordaba demasiado bien de la primera vez que la vio.

Saber que esa cara estaba allí, bajo la ahumada máscara del casco, era como un dedo burlón que le daba golpecitos en la nuca recordándole Geonosis. Recordándole todo lo que había pasado allí.

Todo lo que había iniciado su fracaso.

No quería que le recordaran Geonosis. Y menos ahora.

No podía apartar los ojos del monitor. La pantalla mostraba, en tiempo real, el despliegue de los satélites detectores en órbita geosincrónica.

—Siete-Uno.

La voz del comandante clon crepitó por el altavoz de su casco.

—Señor.

—Vayan calentando los motores de las lanchas. De todas ellas. —No los hemos apagado, señor.

—De acuerdo —el ceño habitual de Mace se intensificó—. Si salimos tendremos que proporcionarles muchos blancos. Pongan en marcha todas las naves que haya en el puerto. Ponga un artillero en todas las que estén armadas. ¿Cuántos de sus hombres son pilotos cualificados?

—Todos ellos, señor.

Mace asintió.

—Destaque los mejores... No —se regañó a sí mismo. Aunque la mayoría de las naves del espaciopuerto fueran armadas, sólo las lanchas eran naves de guerra. Prácticamente sería una misión suicida—. Solicite voluntarios.

—El resultado sería el mismo, señor.

—¿Perdón?

—Siempre nos presentamos voluntarios. Todos nosotros. Es lo que somos.

—Entonces, los mejores.

—Sí, señor.

CRC-09/571 se giró y dio órdenes cortantes al comunicador de mando de su casco.

—¿Es que nos vamos? —preguntó Nick, interrumpiendo su letanía de maldiciones.

—No hay tiempo —dijo Mace, mirando todavía al monitor. Mostraba el espacio aéreo sobre Pelek Baw.

—¿Tan malo es? —Nick abrió los brazos—. Bueno, tienes un plan, ¿verdad? ¿Algún truco para sacarnos de ésta?

—No tengo más trucos.

El cielo estaba lleno de cazas droides.

Aproximándose.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

Mace volvió a negar con la cabeza.

—Siete-uno, tenemos al oficial de mayor graduación de la milicia, ¿no?

—Sí, señor. El mayor Stempel.

—Tráigamelo.

CRC-09/571 saludó rígidamente. Mace devolvió el saludo con un gesto de despedida, y el comandante clon se alejó hacia el grupo de prisioneros.

—¿De qué va a servirnos ése?

Mace señaló a una consola situada a unos metros de distancia.

—¿Ves eso? Está conectado mediante una línea terrestre a un transmisor seguro debajo de este búnker. Motivo por el cual es el único de este planeta que puede dar órdenes a esos cazas. Por eso este búnker es tan seguro. Cualquiera que los llame de vuelta tiene que estar aquí.

Nick asintió, comprendiendo.

—El código de control.

CRC-09/571 volvió acompañado de dos soldados que sostenían a un hombre tembloroso y de rostro ceniciento, que vestía un uniforme manchado de sudor de un mayor de la milicia.

—Mayor Stempel, soy Mace Windu —empezó a decir Mace, pero el hombre tembloroso lo interrumpió.

—Sé..., sé lo que quiere, pero no puedo ayudarle. ¡No los sé! Lo juro. No los he sabido nunca. Los códigos están en un datapad. En un sencillo datapad personal con una cobertura blindada. El lo lleva consigo. Ni siquiera sé lo que él hace. Se limitó a ordenar que transmitiera su señal por la consola de control.

Mace cerró los ojos y le puso la mano en la frente.

Notó que iba a tener un dolor de cabeza.

—Por supuesto. Debía haberme esperado esto —murmuró para sus adentres—. Sigo olvidando que es más listo que yo.

—¿Él? ¿Quién? —exigió saber Nick—. ¿De quién habláis?

—Recibo una señal de prioridad —anunció el soldado de la consola de comunicaciones. Tenía el casco en la consola, a la altura del hombro. Un casco cibernético le rodeaba la frente y continuaba por la línea de la mandíbula: pero, incluso así, cuando le devolvió la mirada. Mace siguió viendo a Jango Fett.

—Dice ser el coronel Geptun —afirmó ese extraño con el rostro de un hombre muerto—. Pregunta por usted, general. Llama para aceptar su rendición.

***

Un Lorz Geptun inmenso, translúcido y azul, sonreía con su sonrisa de lagarto bien alimentado y desde la principal pantalla holoproyectora del búnker de mando. La camisa de su uniforme caqui seguía estando impecablemente planchada, y llevaba los cabellos de color aluminio peinados hacia atrás.

—General Windu —dijo con el mismo tono alegre—. La última vez que nos vimos no tenía ni idea de que estaba reunido con un Maestro Jedi tan distinguido. Por no decir famoso. Es un honor, señor. ¿Qué tal su viaje por la Tierras Altas de Korunnal?

Depa se había incorporado y estaba sentada, apoyándose en un escritorio y mirando deslumbrada a la pantalla. La luz que arrojaba la imagen de Geptun proyectaba negras sombras que se tragaban sus ojos.

Kar y sus akk seguían moviéndose. Los clones permanecieron inmóviles.

—Asumo que no recibió mi mensaje —dijo Mace Windu.

—¿El mensaje? Oh, el mensaje. Sí, sí que lo recibí. Mi problema Jedi y todo eso. Fue un detalle. Lo aprecié mucho.

—Entonces no lo creyó.

—¿Debí hacerlo?

—Le di la palabra de un Maestro Jedi.

—Ah, sí. Honor, deber, justicia. La moda del mes. No sé cómo no pude aceptar la palabra de un Maestro Jedi. ¿En qué estaría yo pensando?, me pregunto. Mmm, por cierto, ¿qué tal está la Maestra Billaba? No le habrá afectado a su salud el matar en masa a nuestros ciudadanos, ¿verdad?

—Ha dicho algo sobre rendirse.

Geptun apretó los labios como si saboreara algo amargo.

—La verdad, Maestro Windu, es que un hombre de mi posición no obtiene una victoria tan clamorosa todos los días. En cualquier sociedad civilizada se me debería conceder un momento para saborearla.

—Tómese todo el tiempo que quiera y vuelva a llamar cuando acabe.

—Ah, bueno. Después de todo, no he llamado para vanagloriarme. Bueno, no del todo. En fin, ésta es su situación: Tienen encima varios cientos de cazas droides. Cualquier cosa que despegue del espaciopuerto será derribada sin previo aviso. De hecho, se derribará a todo lo que sobrevuele la capital. Mientras tanto..., ah, por cierto, ¿le he felicitado ya por su maniobra en el paso de Lorshan? Fue brillante, Maestro Windu. Una verdadera obra de arte. Debe de ser un gran jugador de dejarik —sus pálidos ojos brillaron con alegría—. Yo también suelo disfrutar con ese juego. Si nuestra conversación concluye hoy de una forma provechosa, quizá podamos jugar una partida en alguna ocasión.

—¿No hemos estado haciendo eso?

Sin apartar la mirada o cambiar de expresión, Mace envió una pulsación en la Fuerza a través de la conexión que había forjado con Nick Rostu. Los ojos del joven korun se abrieron mucho, y a continuación se estrecharon. Su rostro empalideció, y él se volvió para hablar en voz baja con un soldado cercano.

—En cierto modo, Maestro Windu. En cierto modo. En fin. ¿Por dónde iba? Ah, sí, mientras tanto, en el paso... tengo a quince mil soldados regulares en la zona. Y si bien su hábil truco para desconcertar a los androides me ha costado casi cincuenta fragatas, todavía me quedan algunas. Muchas, la verdad. Veinte de las cuales se encuentran ya en el paso de Lorshan, exterminando sus lanchas y su perímetro defensivo. Me dicen que los soldados supervivientes siguen defendiendo la boca del túnel, pero no lo harán por mucho tiempo, claro. Supongo que su siguiente paso será volar el túnel y cegarlo, como hizo usted con los otros. Lo cual me vale. Ya tengo zapadores despejando los demás túneles. Entraremos en menos de una hora. Que es el tiempo justo de que dispone para salvar a su gente.

—Una hora.

—Oh, no, me ha entendido mal. Estoy rodeado de subordinados poco fiables; creo que usted me comprende. Mis tropas no son tan disciplinadas como las suyas. Después de todo, son jóvenes y tienen la sangre caliente. Puede que necesiten una hora para entrar. Puede que sólo diez minutos. Me sorprendería que quedase algún korun vivo una vez entrasen en esas cuevas.

—Geptun...

—Coronel Geptun.

—...allí hay más de dos mil civiles. Entre ancianos y niños. ¿Permitirá que sus hombres maten a niños?

—Sólo hay una forma de detenerlos —dijo Geptun con tono pesaroso—. Debo ordenarles que se detengan antes de que entren en esas cuevas.

—Y quiere nuestra rendición a cambio de eso.

—Sí.

—Aquí también hay civiles —dijo Mace despacio.

—Claro que los hay —la sonrisa de Geptun se hizo más amplia—. Civiles a los que usted, Mace Windu, protegerá con su vida. No me puede venir con faroles. Usted no.

Mace bajó la cabeza.

—No se lo tome muy mal, general. Un verdadero maestro de dejarik sabe reconocer cuándo ha perdido una partida —Geptun se aclaró la garganta con delicadeza—. Siento decirle que sólo le queda un movimiento: rendirse.

—Dénos un poco de tiempo —la derrota se adueñó de la voz de Mace—. Tenemos..., tenemos que hablarlo entre nosotros...

—Ah, tiempo. Por supuesto. Tómese todo el tiempo que quiera. La verdad es que eso no depende de mí, ¿verdad? Mis zapadores son muy, digamos, ¿competentes? Podrían entrar en cualquier momento. Sería..., mmm, irónico... que su rendición llegara demasiado tarde para salvar todas esas vidas inocentes...

—Sí —la voz de Mace era apagada—. Volveré a llamar en la misma frecuencia.

—Lo espero impaciente. Ha sido un placer jugar con usted, Maestro Windu. Corto.

La imagen de la enorme holopantalla se desvaneció. El silencio amortajaba la sala.

Depa se tambaleó hasta ponerse en pie.

—Mace... —su voz se apagó hasta ser un gemido de dolor. Bajó la cabeza y apretó la mandíbula, recomponiéndose por pura fuerza de voluntad—. Mace, no podemos dejar que la milicia mate a esa gente. A tu gente...

—Mi gente son los Jedi —dijo Mace Windu.

Irguió la cabeza, y no parecía nada vencido.

—Nick.

Nick Rostu alzó la mirada desde la consola en la que se afanaba con dos soldados, y sus ojos chispearon.

—Lo tenemos. El Ministerio de Justicia. Lo tengo en la mira de sus propios satélites.

Depa parecía aturdida. El rostro de Kar Vastor dio a luz una sonrisa depredadora.

Mace asintió.

—Depa. Es hora de luchar. ¿Estás lo bastante fuerte?

Ella se pasó una mano ante la cara, y su mirada se agudizó por un momento. Pero entonces se desplomó, manteniéndose en pie con una mano mientras se masajeaba las sienes con la otra.

—Cre... creo que sí, Mace..., pero es demasiado, demasiado... Hay tantas...

—De acuerdo. Quédate aquí —el agotamiento roto que percibía en la voz de ella se hundió en su estómago como un cuchillo.

—No... No; puedo luchar...

—Puede que tú sí, pero yo no, sabiendo que estás a punto de desmoronarte. Tú te quedas. Es una orden.

Dio media vuelta.

—Nick, ven conmigo. Busca a Chalk y reuníos conmigo en la fragata. Nick se dirigió a la puerta, pero se detuvo de golpe, giró sobre los talones e hizo un intento creíble de formar un saludo que estropeó con una sonrisa y el encogimiento de un solo hombro.

—Perdón, se me olvidaba.

Mace le devolvió el saludo, y Nick desapareció por la puerta del búnker.

—Mace... —Depa se dirigió hacia él con esfuerzo y alargó la mano como si fuera a coger la de él desde el otro lado de la sala. Kar Vastor iba tras ella, con los brazos extendidos para cogerla si se caía—. No puedes... No tendrás ninguna oportunidad... Te derribarán antes de que dejes el campo de aterrizaje.

—No me van a derribar. No voy a elevarme. Esa fragata se va a convertir en el deslizador más grande de Haruun Kal. Nick conoce las calles. Puede llevamos adonde necesitamos ir.

Ella medio se derrumbó hacia el asiento más cercano. Vastor la cogió y la depositó suavemente en él. Ella le dirigió una reticente mueca de agradecimiento y posó una mano en él antes de volverse hacia Mace.

—¿Vas a por el coronel...?

—A él no lo necesito. Lo que necesito es ese datapad.

—¿Qué vas a hacer...? —su mirada se extravió y sus ojos se cerraron. Tuvo que sacar las palabras a la fuerza. Kar le apretó la mano, y media sonrisa afloró a sus labios antes de vaciarse en la cicatriz de quemadura que tenía en la comisura de los labios—. ¿Qué vas a hacer... con Geptun?

Mace se quedó mirando a Depa Billaba y a Kar Vastor.

Tenía que irse. Tenía que dejarla atrás. Dejar que se quedara. Con él. Igual no volvía a verla.

No podía animarse a decirle adiós.

Al final, lo único que podía hacer era responder a su pregunta.

—El coronel Geptun es un hombre peligroso. Extremadamente peligroso. Probablemente tendré que matarlo —frunció el ceño e inclinó la cabeza en un encogimiento de hombros korun—. O quizás ofrecerle un trabajo.

CAPÍTULO 21

INFIERNO

El crepúsculo.

Las baterías de turboláseres proyectaban sombras del tamaño de edificios sobre la oscurecida llanura de permeocemento. Clones silenciosos se sentaban tras las placas protectoras de los cañones antiaéreos dobles y cuádruples. Sólo se oía el suave zumbido de los servomotores cuando los cañones dirigidos por ordenador seguían el movimiento de los cazas droides, todavía demasiado elevados para ser algo más que motas luminosas a la luz del sol poniente.

Un ruidito, un gemido medio contenido de dolor y frustración, llamó la atención de Mace e interrumpió sus comprobaciones previas al vuelo de la fragata. Chalk forcejeaba con el arnés de seguridad del asiento del navegador. El apretado vendaje de sus heridas no le permitía agacharse lo bastante como para alcanzar al ajuste de los correajes. Su rostro estaba tan pálido que las pecas destacaban en él como manchas de grasa, y un hilo de sangre enrojecía el borde de los vendajes de su pecho.

—Venga, déjame —Mace le ajustó la longitud del arnés y el cinturón. Frunció el ceño ante la sangre de sus vendajes—. ¿Cuándo ha pasado esto?

Chalk se encogió de hombros, evitando su mirada.

—En el salto, puede. En el desfiladero.

—Debiste decir algo.

Ella le apartó las manos y se afanó en comprobar el armamento.

—Estoy bien. Una chica fuerte, soy.

—Sé que lo eres, Chalk, pero tus heridas...

—No tengo tiempo para estar herida, yo —asintió en dirección a la abertura ovalada abierta por los sables láser en el parabrisas. Sobre la ciudad, el sol poniente arrancaba chispas en la danza cambiante e imposiblemente compleja de los cazas droides—. Hay en peligro, gente. Gente que quiero. Ya estaré herida luego, yo.

La feroz convicción de su voz hizo meditar a Mace. Un inventario de sus propias heridas pasó por su mente: el aturdimiento que le provocaba el dolor de cabeza, las costillas rotas, el tobillo torcido que le hacía cojear, la quemadura láser infectada del muslo, la mordedura nebulizada con vendaje que le había hecho Vastor, por no mencionar el resto de los cortes y heridas menores que le cubrían todo el cuerpo hasta el punto de que costaba distinguir una de otra.

Y, aun así, había seguido luchando, y seguiría luchando. ¿Heridas? En ese momento apenas podía notarlas.

Porque corría peligro alguien a quien quería.

—Cuando esto haya acabado —dijo, asintiendo con comprensión—, tú y yo iremos a un centro médico. Juntos.

La sonrisa que ella le dedicó mostraba sólo una sombra de dolor.

Nick asomó la cabeza por la puerta de la cabina.

—Parece que nos vamos... Oye, mira eso —dijo, frunciendo de pronto el ceño y mirando a través del parabrisas.

Kar Vastor se acercaba entre las sombras que cortaban el campo de aterrizaje. Sus escudos relucían bajo los cegadores destellos provocados por los paneles que iluminaban las naves, ahora que había anochecido. El lor pelek corrió, agitando una mano y pidiendo a Mace que lo esperase.

—¿Qué pasa? ¿Es que ahora quiere volver a luchar o algo así? —el rostro de Nick se iluminó—. Podríamos pegarle un tiro, ¿sabes? Por accidente. Por una de esas tragedias sin sentido que tiene lugar cuando uno comprueba sus armas...

—Nick.

—Vale, vale.

Mace observó inexpresivo cómo se acercaba Vastor. Hacía sólo un momento, justo antes de dejar el búnker de mando para ir a la fragata, el Maestro Jedi había mantenido una conversación privada con CRC-09/571 en un reservado.

—Sólo recibirá órdenes mías, ¿entendido? —había dicho al comandante clon—. Quiero que lo tenga completamente claro.

El casco de CRC-09/571 se inclinó, desconcertado.

—Pero la Maestra Billaba...

—Ha sido relevada del mando. Igual que Kar Vastor.

—¿Y sus hombres, señor?

—No tienen ni rango ni autoridad militar.

—¿Desea el general que sean desarmados y arrestados?

Mace examinó con hosquedad el abarrotado centro de mando, lleno de soldados y prisioneros. Veía en su mente los veinte cadáveres de la bodega de transporte de la fragata.

—No. No estoy seguro de que pueda hacerlo, pero vigílelos. No son de fiar. Pueden volverse violentos sin previo aviso. Puede que intenten hacer daño a los prisioneros. Y puede que incluso a ustedes.

—Sí, señor.

—Y saque a los prisioneros de aquí. Apártelos de ellos. No todos a la vez. Invente algún pretexto y empiece a sacarlos con la mayor eficiencia posible.

—¿Y si tiene lugar un enfrentamiento, señor? —el tono seco de CRC-09/571 había bajado de volumen, como si el comandante fuera reticente a considerar siquiera esa posibilidad—. ¿Y si atacan?

—Defiéndase usted, a sus hombres y a los prisioneros —le había dicho Mace—. Emplee la fuerza que sea necesaria.

—¿Fuerza letal, señor?

Mace había contemplado su propio reflejo en el ahumado visor del casco del comandante. Antes de poder contestar tuvo que tragar saliva con esfuerzo.

—Sí —tuvo que apartar la mirada; encontraba su reflejo demasiado oscuro para lo que sabía que tenía que decir—. Está autorizado a emplear fuerza letal.

En el campo de aterrizaje, Vastor no se molestó en dar la vuelta para entrar por las puertas de la bodega. Sin perder el paso, dio un salto justo bajo la cabina que lo elevó hasta el morro del Turbotrueno con un ruido metálico provocado, probablemente, por los vibroescudos desactivados, que le dificultaban agarrarse a la nave y chocaron contra ella. Vastor ascendió hasta ponerse a la vista y se agazapó ante el parabrisas.

Permaneció un momento allí, encogido, dejando que sus antebrazos reposaran en sus rodillas dobladas y mirando con gravedad a Mace a través de la abertura.

Mace Jedi de las Windu. Hasta su gruñido era reticente. Casi contemplativo.

—Kar.

No hemos sido amigos, tú y yo. Sospecho que si los dos sobrevivimos a este día seguiremos sin serlo.

Mace se limitó a asentir.

Quizá no volvamos a vernos. Quisiera que supieras que me alegro de no haberte matado esa tarde. Nadie más habría podido hacer lo que tú has hecho hoy. Nadie nos habría traído tan lejos.

Eso tampoco requería una respuesta. Mace esperó.

Vastor apretó los labios, como si le causara dolor compartir sus pensamientos, y su gruñido se tomó casi un ronroneo grave en lo más hondo de su garganta.

Quiero que sepas que me enorgullece ser tu dôshalo. Honras a los Windu.

Mace respiró hondo.

—Tú no los honras —dijo despacio, con frialdad deliberada.

Esta vez le tocaba a Vastor mirar en silencio.

—Yo no soy Mace, Jedi de los Windu. Windu es mi nombre, no el de mi ghôsh. Tú y yo no somos dôshallai. Los Windu ya no existen, y tú sólo traes desgracia a su memoria. Mi ghôsh son los Jedi.

Volvió a concentrarse en las comprobaciones previas al vuelo.

—Estaría bien que a mi vuelta te hubieras ido ya —dijo distante.

Mientras Mace hablaba, Vastor volvió su rostro hacia la danza en espiral de los cazas. No pareció oírle. Miraba hacia arriba como si escuchara a las estrellas. Pasó uno o dos segundos sumido en el silencio y la inmovilidad, antes de asentir con gravedad y volver a mirar a Mace.

Hasta que volvamos a vernos, dôshalo.

Giró como un leopardo arborícola sobresaltado y saltó desde el morro del Turbotrueno para alejarse corriendo por el iluminado permeocemento.

Mace conectó las últimas diez palancas de la secuencia de vuelo, y el Turbotrueno se meció lentamente, mientras los repulsores lo elevaban casi un metro del suelo.

—Vamos.

***

Cuando el Turbotrueno rugió a través de las puertas del espaciopuerto y entró en el barrio de almacenes de Pelek Baw, ya circulaba a algo más de doscientos kilómetros por hora. El agujero del parabrisas aullaba como el cuerno desafinado de una banda de *smazzo*. Durante un kilómetro o más, inmensos almacenes ennegrecidos por la noche abarrotaban toda la extensión al norte del espaciopuerto, pero las calles en sí mismas estaban vacías. Mace pretendía aprovechar cualquier ventaja que pudiera encontrar.

Nick se aferraba a los respaldos de los asientos de Mace y Chalk. Estar justo ante el agujero del parabrisas le hacía pestañear dubitativo.

—Esto, oye, si no te importa que lo pregunte, ¿estás seguro de que esos cazas droides no atacarán también a los vehículos de tierra?

—Estoy seguro.

—Pero, bueno, ¿cómo lo sabes?

—Te lo demostraré.

Empleando los cohetes. Mace hizo girar el Turbotrueno para ayudarle a sortear una esquina muy cerrada, y chocó chirriante contra un almacén con fuerza suficiente para mellar el blindaje del vehículo y abrir un agujero en la pared del tamaño de un rondador de vapor. El Jedi luchó con los controles y enderezó la nave, y entonces hizo un gesto con la cabeza en dirección a la larga calle que tenía delante.

A medio kilómetro de distancia, la gigantesca ladera acorazada de un vehículo terrestre de asalto (VTA) salía emitiendo un chasquido metálico de una calle lateral.

—Por eso lo sé —dijo Mace.

Su torreta ya había rotado un cuarto de giro para apuntar al Turbotrueno.

—Chalk —dijo Mace, pero ella ya se le había adelantado.

Las torretas cuádruples de ambos lados de la fragata cobraron vida y llenaron la calle con relampagueantes pulsos de energía...

...Que dieron en el VTA sin arañarlo siquiera.

—¡Nunca atravesarás su blindaje! —gritaba Nick, mientras Chalk dejaba que su mirada se desenfocara y sus manos se relajaran en el mando.

—No disparo al blindaje, yo —murmuró, mientras apretaba el gatillo. El cañón del VTA retrocedió al lanzar un obús antiblindaje...

...Que recibió un disparo láser en el morro cuando aún seguía dentro del cañón.

La explosión fue gratificante.

Dejó el cañón abierto sobre sí mismo en medio de una lluvia de duracero ennegrecido y retorcido, como si el VTA fuera un androide fumando un puro explosivo.

—Vale —dijo Nick—. Ahora sí que estoy impresionado.

Los artilleros del VTA replicaron con sus repetidores pesados de cartuchos, haciendo que viajar en el Turbotrueno fuera semejante a meter la cabeza dentro de un cubo de basura de duracero apaleado por una banda de vándalos borrachos. El impacto de los cartuchos abrió melladuras prismáticas en el parabrisas de transpariacero.

—Es hora de salir de la calle —dijo Mace.

—¡No puedes! —gritó Nick—. ¡Nos derribarían!

—He dicho salir, no despegar. Abre fuego.

Chalk mantuvo el gatillo apretado. Mace tiró del mando de control y movió lateralmente el Turbotrueno para desatar toda la potencia de los láseres cuádruples contra el almacén que tenían al lado. De pronto, una enorme boca con dientes de durocemento que colgaban de barras reforzadas se abrió en la pared. Mace hizo que la fragata entrara por la abertura como un ariete.

Hasta el interior del edificio.

—¡Guau!

—¿Sabes lo que estás haciendo, tú?

—Sigue disparando.

Contenedores de carga iluminados de rojo por las descargas de los cañones relampaguearon a ambos lados de la fragata. Mientras, otra boca creada por un proyectil se abría en la pared de enfrente y les permitía salir a la siguiente calle...

También ocupada por la milicia.

Al menos por una compañía de infantería pesada con un par de piezas móviles de artillería y puede que algo más que Mace no tuvo tiempo de identificar. El Jedi mantuvo la fragata rugiendo en línea recta, pasó entre ellos y llegó hasta el almacén que había al otro lado de la calle antes de que alguno de los sorprendidos balawai pudiese siquiera cargar las armas.

Se abrieron paso por la ciudad luchando, atravesando edificios cuando tenían que hacerlo, recorriendo calles abiertas cuando podían, zigzagueando y deshaciendo el camino para encontrar aberturas en el cerco que cada vez se cerraba más sobre el barrio de los almacenes, y dejando atrás una estela de sorprendidos balawai y un inmenso rastro de puntos conectados en línea y formado por los almacenes en llamas.

***

A veces, cuando las cosas salen mal, lo hacen de una en una, en una cadena de desgracias de las que hay que ocuparse eslabón a eslabón. Esos son los momentos sencillos.

A veces los problemas llegan juntos y de golpe.

Cuando por fin dejaron atrás el barrio de almacenes. Mace puso la fragata a velocidad de marcha. Las calles de la noche de Pelek Baw estaban tan abarrotadas como siempre, pero seres de todas las especies se echaban apresuradamente a un lado para que la lenta fragata pudiera recorrer la ciudad al nivel de la calle.

Al menos cuando se paraban a mirar con tiempo suficiente para moverse.

—Nick, ¿sabes dónde estamos?

El joven korun se inclinó hacia delante para mirar por el parabrisas; por el lado de babor, la luz de los incendios que habían dejado atrás pintaba el cielo de rojo.

—Ahí se va el elemento sorpresa...

—Nick.

Nick negó con la cabeza, derrotado.

—¿Es que no lo entiendes? Ahora saben que vamos hacia allá. El Ministerio de Justicia es como una fortaleza. Diablos, es una fortaleza. Ni siquiera tú puedes entrar en ella. Ahora no. Ahora nos estarán esperando.

—Siempre nos han esperado —dijo Mace—. No pasa nada, no vamos allí.

—¿Eh?

—Geptun es listo. Puede que demasiado para su propio bien. Sabe que iremos a por él. Es el único movimiento que nos queda. Por eso rastreamos su señal con tanta facilidad. Quiere que ataquemos el Ministerio de Justicia. Si de verdad estuviera allí habría buscado un modo de ocultar su señal. En el Ministerio no habrá nada aparte de un gran número de tropas. O puede que sólo una bomba muy grande.

—Entonces, ¿qué puñetas estamos haciendo aquí? ¿Dónde está?

—En un lugar con el equipo electrónico necesario para simular los datos de origen de una señal comunicadora. Quizá yo no sea tan buen jugador de dejarik como nuestro coronel, pero a mi memoria no le pasa nada. La única vez que nos vimos fue con motivo de la muerte de alguien a quien describió como "una vieja amiga".

Nick estrechó los ojos.

—Tenk... —dijo entrecortadamente—. Crees que está en la Lavaduría. —¿Puedes llevarnos hasta allí?

—Claro. Es fácil. Sólo hay que dirigirse al Nordeste...

La mano de Chalk le interrumpió, tocándole el brazo.

Ella le dirigió una sonrisa enfermiza, y su garganta se movió como si se esforzara por contener el vómito.

—Quizá..., quizá sea mejor... —dijo con una tos húmeda.

De sus labios brotó sangre.

—¡Chalk!

Los dedos de ella se hundieron en su brazo con un espasmo. Tenía la otra mano pegada al cuerpo, el rostro gris y los ojos nublados.

—Quizá sea mejor que te ocupes de la navegación, tú —dijo, y se desplomó.

Su mano se apartó de las costillas, revelando un deshilachado agujero bajo el pecho. Se derrumbó hacia delante, contra el arnés de seguridad del asiento. Tenía una herida de salida en la espalda por la que Nick habría podido meter el puño. En el respaldo del asiento se veía un agujero aún mayor, y la pared de la cabina de detrás mostraba una salpicadura de sangre, tejidos y restos de sintocuero negro.

Nick la rodeó con los brazos, manteniendo su cabeza en alto y suplicando a sus ojos vacíos.

—Chalk, no, tú no, vamos, tú también no, vamos, Chalk, por favor...

Mace miró al parabrisas, a la línea de melladuras causada por los cartuchos del primer VTA, una línea interrumpida por el corte del sable láser.

Ya hacía varios minutos que Chalk había recibido ese cartucho. Sin decir palabra. Sin un sonido. Había aguantado, había luchado... Porque la gente a la que quería corría peligro.

—El centro médico —la voz de Nick era ronca—. El centro médico sólo está a uno o dos kilómetros de aquí...

Mace no tardó ni un segundo en tomar la decisión. General o no, seguía siendo un Jedi.

—Dime por dónde debo ir.

—Vale, vale —Nick se obligó a separarse de Chalk y señaló la intersección que tenían delante—. Tuerce por esa esquina y entonces...

La calle que tenían ante ellos se levantó como una cordillera de volcanes, debido a explosiones nacidas en los puntos de impacto de rayos de partículas escarlatas que llovían sobre ellos desde el cielo nocturno, apuntando no a la calle, sino a una forma oscura que se movía en barrena sobre los edificios. Dicha forma oscura encajó un impacto directo y se convirtió en una bola de fuego que se estrelló contra un bloque de apartamentos situado a apenas unas docenas de metros de donde estaba el Turbotrueno.

La onda expansiva alcanzó a la fragata y la hizo girar calle abajo.

Los terracoches no blindados y los peatones, los taxicarros y los vendedores callejeros, los ancianos en sus bancos y los niños que corrían juguetones alrededor de las altas pértigas luminosas...

No quedó nada de ellos salvo humeantes escombros y metal retorcido.

—¿Qué diablos... —Nick soltó una impresionante ristra de obscenidades— ...ha sido eso?

Mace sacó el Turbotrueno de su giro y apagó los motores. La nave resbaló calle abajo, arrastrando una fuente continuada de chispas. El Jedi se inclinó hacia delante, con los nudillos pálidos en el mando de control, y miró por el parabrisas.

—Que la Fuerza me dé energías... —susurró, en lo más parecido a una maldición que había pronunciado nunca.

Esa forma oscura había sido uno de los saltadores Incom del espaciopuerto. El fuego de cañones que había llovido sobre la calle y había derribado el saltador procedía de los cazas droides.

El cielo de la noche estaba lleno de naves.

Sobre la ciudad.

—Oh, Depa... —dijo Mace con un suspiro.

En Pelek Baw vivían más de cuatrocientas mil personas. Atraer el fuego de los cazas podía hacer arder toda la capital.

No, no podía.

Ya lo había hecho.

El saltador no era la primera nave que se estrellaba esa noche en las abarrotadas calles de la capital. Y había más de un centenar de naves en el aire, desde pequeños yates de carreras a inmensos cargueros.

Sintió la ciudad en la Fuerza: un holocausto de fuego y tinieblas.

Pánico. Rabia. Pena.

Horror.

No quedaba nada más.

Pero el espaciopuerto producía una sensación por completo diferente.

—Depa, ¿qué has hecho?

El panel del comunicador tintineó para anunciar la llegada de un mensaje con imagen y sonido. Mace, aturdido, alargó el brazo más allá de Nick y Chalk y conectó el receptor. Los láseres exploradores de la unidad comunicadora trazaron la sombra azul

de una imagen en el parabrisas, un eco electrónico previo de la imagen más grande que se proyectaba en la ardiente noche del exterior.

La imagen de un enorme korun con la cabeza afeitada y una sonrisa llena de agujas de hueso.

Lanzó un gruñido, y Mace se preguntó cómo esperaba Vastor que le entendiera, ya que su semitelepatía en la Fuerza no podía modular una señal comunicadora, pero ese pequeño misterio se solventó por sí solo al instante.

Cuando el lor pelek gruñó, la oscura tormenta que había engullido a Pelek Baw gruñó con él.

Gracias por darnos la ciudad, dôshalo. Su sonrisa se amplió como llamas propagándose sobre gasolina. *Hemos decidido redecorarla*

Mace abrió la boca para preguntar por CRC-09/571, pero la cerró. El comandante sabía que no podía aceptar órdenes de ellos.

Debían de haberle matado.

—Kar, ¿dónde está Depa? —Mace mantuvo su horror desesperado en lo más hondo del pecho—. Déjame hablar con ella.

No quiere hablar contigo. No quiere verte. Nunca. He arreglado las cosas para que no tenga que hacerlo.

—Kar, detén todo esto. ¡Tienes que detenerlo!

Y lo haré. Los labios de Vastor se separaron de esos dientes de aguja, y pareció simular una sonrisa. *Cuando todos hagan muerto*.

—No comprendes lo que estás haciendo...

Sí lo comprendo. Igual que tú.

La mirada de Mace era ardiente como la ciudad que lo rodeaba.

Lo comprendió. Por fin. Demasiado tarde.

No tenía palabras para lo que sentía. Quizás es que no había palabras.

He llamado para decirte adiós, dôshalo. Depa te recordará con afecto. Igual que todos. Vas a tener una muerte de héroe, Mace de los Windu.

Mace enseñó sus propios dientes.

—Aún no estoy muerto.

La cabeza azul de la imagen de Vastor se inclinó un centímetro a la derecha.

¿Qué hora es?

Mace se quedó helado.

Un golpe metálico resonó en su memoria.

Un golpe que pudo estar provocado por unos vibroescudos desactivados al chocar con el blindaje del morro de un Turbotrueno Sienar.

O...

No.

—¡Nick! —el repentino grito de Mace estremeció al joven korun como la descarga de un bastón aturdidor—. ¡Agárrate!

—¿Agarrarme a qué?

Las palancas de los asientos eyectores se movieron, y Nick lanzó un juramento y rodeó a Chalk con los brazos medio segundo antes de que los detonadores se conectaran. Las descargas explosivas volaron el parabrisas hacia fuera y arriba, y su asiento salió disparado hacia las azoteas, desequilibrado y hundiéndose en el cielo nocturno. Fue justo cuando el circuito temporal de la granada de protones que Vastor había pegado magnéticamente al morro del Turbotrueno para que su carga proyectase lateralmente una docena de kilos de chatarra al interior de la cabina...

...detonó.

***

Mace los encontró siguiendo su conexión en la Fuerza con Nick.

La silla eyectora de Chalk, sobrecargada y desequilibrada, los llevó hasta una azotea negra, plana y pegajosa por el alquitrán, donde se estrellaron y rodaron por el suelo. Las llamas de los edificios circundantes iluminaban sus paredes y proyectaban su sombra cuadrada hacia las estrellas.

La silenciosa silueta de Nick estaba arrodillada, con la cabeza gacha, al lado de la mujer. Le apartaba de la cara con suavidad los ensangrentado mechones de pelo. Las lágrimas de sus ojos caían sobre las mejillas de ella como si la muerte hubiera permitido por fin que esa valiente chica pudiera llorar.

Mace se paró al borde de la azotea y contempló la ciudad.

Su asiento le había dejado a unas doce manzanas de distancia, pero había llegado hasta allí a pie.

Las calles eran una pesadilla.

Los disparos de los cañones llovían al azar. Misiles que habían perdido su objetivo reventaban terracoches y puestos de vendedores callejeros. La gente corría y gritaba. Había muchas personas con armas. Más aún llevaban hatillos con las posesiones salvadas, muy a menudo saqueadas, de los edificios en llamas. El pavimento estaba cubierto de cadáveres, que eran ignorados salvo cuando provocaban una maldición en quien tropezaba con ellos, presa del pánico.

Había visto una niña pequeña aferrando los ensangrentados harapos del vestido de un cadáver mientras le gritaba intentando devolverle la vida.

Había visto un wookiee y un yuzzem luchando, arañándose, mordiéndose, desgarrándose y emitiendo aullidos de aterrorizada rabia, apagados en sus bocas llenas de carne y pelo del otro.

Había visto a un hombre a escasos dos metros de él, partido en dos por una plancha metálica procedente del casco de una nave, que había caído del cielo como una guillotina del tamaño de una mesa.

Desde el tejado, la capital de Haruun Kal parecía una llanura volcánica amortajada en la noche. Un vasto campo oscuro salpicado de cráteres que se abrían al infierno. Naves pilotadas por clones pasaban sobre ellos girando y rodando, luchando desesperadamente para esquivar a los cazas que se precipitaban sobre ellas escupiendo fuego. En esos encuentros no importaba quién ganase, la ciudad era la que perdía.

Pelek Baw siempre había sido una jungla, pero sólo de una forma metafórica. Vastor había traído la auténtica.

Él era la auténtica jungla.

Y estaba devorando viva a la ciudad.

—Yo siempre solía... —Nick hablaba en voz baja, casi inexpresiva. Apenas despacio y ligeramente desconcertado. Seguía arrodillado a su lado—. Yo solía, bueno, pensar que..., bueno, que igual algún día, cuando dejase este puñetero planeta... —meneó la cabeza impotente—. Siempre pensé que ella se vendría conmigo.

—Nick.

—No es que se lo pidiese, entiendes. No. Nunca tuve agallas para decirle nada. Sobre esto. Sobre.. —alzó la cabeza para mirar las frías y distantes estrellas—. Sobre nosotros. Es que..., es que, bueno, nunca era el momento adecuado. Pero me parece que ella lo sabía. Espero que lo supiera.

—Nick, lo siento. No puedo decirte cuánto lo siento.

—Sí —Nick asintió despacio, pensativo, como si envolviese su pena en una capa protectora con cada movimiento de la cabeza. Entonces sorbió aire entre los dientes y se puso en pie con un esfuerzo—. Esta noche hay mucha gente que lo siente.

Llevaba en la mano las cartucheras de ella.

Se dirigió al borde de la azotea, se paró junto a Mace y miró la ciudad en llamas.

—Ahora están todos contra nosotros —dijo en voz queda—. No sólo la milicia y los cazas droides.

—Sí.

Se ajustó el cinturón de Chalk alrededor de la cintura y se ató la cartuchera al muslo izquierdo, tal y como llevaba la de la derecha.

—Se han vuelto contra nosotros. Todos ellos. Kar y sus akk. Depa. Hasta los clones.

—Los clones sólo obedecen órdenes —dijo Mace, distante.

—Ordenes de nuestros enemigos.

Esta vez le tocó a Mace agachar la cabeza, era su turno de cubrir su pena con capas protectoras.

—Sí.

—Y en este lado estamos... nosotros. Tú y yo. Nadie más —sacó la pistola con suavidad y rapidez, y comprobó su peso y equilibrio. Sacó el cargador y volvió a meterlo—. ¿Sabes? Kar le salvó la vida —hizo girar la pistola hacia delante, y luego la giró hacia atrás para que su propio giro la deslizara suavemente en la cartuchera—. Por un tiempo.

—Siempre es por un tiempo —murmuró Mace.

Miró al caos de las calles. Un terracoche acorazado lleno de milicianos dobló una esquina. El artillero de la EWHB-10 montado en su techo disparaba breves descargas al aire para despejar el camino. Algunos de los saqueadores armados le devolvieron el fuego.

—¿Tienes alguna idea de lo que vamos a hacer? —dijo Nick despacio. Pero antes de que Mace pudiera responder. Nick sonrió cansino y alzó una mano—. No te molestes. Ya sé lo que vas a decir.

—No creo que lo sepas —Mace frunció el ceño en dirección al vehículo de la milicia —. Vamos a rendirnos.

CAPÍTULO 22

RENDICIÓN

La Lavaduría Meseta Verde era un imponente edificio de cúpula verdigrís y muros de resplandecientes losetas blancas que destacaban sobre la pared de obsidiana. Cuando el terracoche aparcó frente al lugar, el cartel del local estaba oscuro y las elaboradas rejas de sus arqueadas ventanas permanecían cegadas con persianas de resistente duracero.

A una manzana de distancia, las calles estaban bloqueadas con restos en llamas. Aquí todo era oscuridad y quietud.

—No sé por qué iba a estar aquí el coronel —dijo dubitativo el conductor del terracoche al mirar por el parabrisas.

—Igual quiere bañarse —dijo Nick, cortante, desde el compartimiento trasero, donde iba sentado junto a cuatro regulares sudorosos y de aspecto cansado—. Algo que también os vendría bien a vosotros, porque, vamos...

—Está aquí —dijo Mace desde el asiento situado junto al conductor—. Salgamos.

—Supongo que puede estar aquí —admitió reticente el conductor—. Bueno, todo el mundo fuera.

El grupo se amontonó en la acera.

—Sigo pensando que deberíamos probar en el Ministerio. Y que probablemente debería esposarte.

—No hay motivos para ir al Ministerio —dijo Mace—. Y no necesitas las esposas.

—Aah, a paseo las esposas. Bueno, vamos dentro —el conductor tiró de la puerta bloqueada—. Cerrada.

Una energía púrpura relució. El duracero siseó. Bordes al rojo blanco se apagaron y ardieron al rojo, antes de oscurecerse por completo.

—No, no lo está.

El conductor empleó el cañón de su rifle láser como si fuera una barra para abrir la puerta.

—Eh, ¿qué hacéis vosotros aquí?

El amplio vestíbulo tallado de la Lavaduría estaba convertido en un nido de artillería. Un pelotón de la milicia se agazapaba, tumbaba o escondía tras barricadas provisionales de permeocemento expandido. Repetidores montados sobre trípodes apuntaban contra la puerta abierta. El rostro de los hombres era tenso, con ojos redondos y asustados. El cañón de un rifle temblaba aquí y allá.

—Podría hacerte a ti la misma pregunta —replicó una voz extrañamente familiar.

—Bueno, he capturado al Jedi que busca todo el mundo, yo —dijo el conductor—. Venga, entra.

Mace cruzó la puerta abierta.

—¡Tú!

Era el grandullón de las duchas probi del espaciopuerto, y no parecía nada asustado.

—¿Qué tal tu nariz? —dijo Mace.

El grandullón se llevó la mano a la pistola de la cadera con un movimiento impresionantemente rápido.

Mace fue más rápido aún.

Cuando la pistola del grandullón dejó la cartuchera, Mace ya le miraba desde el otro lado de la siseante energía púrpura de su sable.

—No lo hagas.

—¿Acaso os conocéis? —dijo Nick.

El grandullón sostuvo la pistola con firmeza, apuntando al labio superior de Mace.

—¿Así que le has capturado? —dijo con amargura.

—Oh, claro, teniente... —el conductor parpadeó, inseguro—. Bueno, vale, se rindieron, pero es lo mismo, ¿verdad? Quiero decir que está aquí, ¿no?

—Apartaos de ellos. Todos vosotros. Ahora mismo.

Los hombres se apartaron.

—Tengo que ver al coronel Geptun —dijo Mace.

—Mira, eso tiene gracia —el teniente grandullón entrecerró los ojos ante la mira de su láser—. Porque él no quiere verte a ti. Me lo dijo específicamente. Dijo que igual aparecías por aquí. Que debía dispararte nada más verte.

—Disparar a un Jedi es una causa perdida de antemano —dijo Mace.

—Sí, eso dicen.

—¿Tiene familia, teniente?

—Eso no es asunto tuyo —dijo el oficial, burlón.

—¿Has mirado recientemente a la calle?

La mandíbula del grandullón se tensó. No respondió. No hacía falta.

—Yo puedo pararlo. Esas naves que persiguen vuestros cazas droides están pilotadas por hombres bajo mi mando. Pero si llegase a pasarme algo...

El mentón del grandullón continuó tensándose con tozudez. Sus hombres se miraron unos a otros. Algunos se mordieron el labio o desplazaron el peso de sus cuerpos.

—Oye, Lou, mira... —dijo uno de ellos, dubitativo—, yo tengo dos niños, y Gemmy espera otro...

—Cállate.

—Tu decisión es muy clara —dijo Mace—. Puedes acatar las órdenes y disparar. La mayoría de vosotros morirá. Y vuestras familias se quedarán ahí fuera. Sin vosotros. Y sin más esperanza que la de tener una muerte rápida.

"O podéis llevarme hasta el coronel Geptun y salvar cientos de miles de vidas. Incluida la vuestra.

"Cumple con tu deber. O haz lo que debes. Depende de ti.

El grandullón habló entre dientes apretados.

—¿Sabes cuándo fue la última vez que pude respirar sin problemas? —gruñó, apuntando a su nariz—. Adivina. Anda. Adivina.

—Tu nariz no es la única que he roto en este planeta —dijo Mace tranquilamente—. Y tú te lo merecías más que el otro.

Los nudillos del grandullón se le pusieron blancos en el láser. Mace bajó el sable láser, pero mantuvo la hoja zumbando.

—¿Por qué no llamas al coronel y se lo preguntas? —dijo, medio moviendo la cabeza en dirección al caos de fuera—. Puede que haya cambiado de idea.

El ceño del teniente se acentuó aún más, hasta deshacerse por su propio peso. Meneó la cabeza disgustado y dejó que el arma cayera a su costado.

—No me pagan bastante para esto.

Salió desde detrás de la barricada de permeocemento y se dirigió al comunicador de la casa, en la mesa de recepción. Tuvo lugar una breve conversación en voz baja. Cuando acabó parecía todavía más disgustado. Devolvió el láser a su cartuchera y agitó la mano vacía hacia sus hombres.

—De acuerdo, apartaos todos. Bajad las armas.

Caminó hasta Mace mientras sus hombres obedecían.

—Necesito vuestras armas.

—No tienes por qué cogernos las armas —dijo Nick desde detrás del hombro de Mace.

—No dejes el empleo que tienes durante el día, chico —el teniente extendió la mano —. Vamos, no puedo llevaros allí armados.

Mace le entregó el sable láser en silencio. Nick se sonrojó mientras hacía colgar las pistolas de un dedo metido en la guarda del gatillo.

El teniente cogió las dos pistolas con una mano y sopesó el sable láser de Mace en la otra. Le dirigió un ceño pensativo.

—El coronel dice que eres Mace Windu.

—¿Ah, sí?

El oficial miró al Maestro Jedi a los ojos.

—¿Es verdad eso? ¿Lo eres de verdad? ¿Mace Windu?

Mace lo admitió.

—Entonces puede que no me importe tanto lo de la nariz. —el grandullón meneó la cabeza pesaroso—. Supongo que tengo suerte de seguir con vida, ¿no?

—Deberías ir pensando en cambiar de trabajo —dijo Mace.

***

La entrada a la base del Servicio de Inteligencia de la República era una escotilla hermética y disimulada como parte de las ajedrezadas baldosas del fondo de una humeante piscina de agua mineral procedente de las fuentes termales naturales que había bajo la Lavaduría. El teniente condujo a Mace y a Nick hasta una escalera que descendía hacia el agua y conducía hasta el extremo estrecho de la piscina. Dos milicianos sudorosos aparecieron ante ellos, con los rifles cruzados sobre el pecho.

—Esto apesta —comentó Nick con una mueca—. ¿De verdad la gente quiere meterse ahí?

—Apuesto a que no muchos —dijo el grandullón—. Si lo hicieran no seria una entrada secreta muy buena, ¿verdad?

Un panel oculto se abrió y descubrió un teclado bajo la barandilla de la escalera. El teniente se encajó el sable láser bajo el brazo para poder pulsar algunas teclas, y el generador de campo situado en las escaleras y el suelo de la piscina zumbó cobrando vida. Un crepitar eléctrico anunció la apertura de un canal. Paredes de sibilante energía mantuvieron a raya la humeante agua sulfurosa. El final del canal se convirtió en un túnel. Otro panel con su código abrió la escotilla hermética, y unas escaleras abiertas con desagües incorporados les condujeron a una habitación seca y bien iluminada abarrotada de los últimos dispositivos en vigilancia electrónica, ruptura de códigos y sistemas de comunicaciones.

Un puñado de personas vestidas de civil controlaban las diversas consolas como si supieran lo que hacían. Reinaba un ruido de fondo de insistentes murmullos, y la mayoría de los monitores de control sólo mostraban nieve.

El teniente les condujo hasta un pequeño cuarto en penumbra con paredes de holopantallas y una pesada mesa de lamma en el centro. La única luz del cuarto procedía de las holopantallas, que mostraban imágenes de la ciudad en tiempo real. El techo chispeaba con cazas droides que descendían de los cielos y naves perseguidas por ellos. Los edificios en llamas proyectaban un titilante brillo rosado que silueteaba a un grueso hombrecito sentado a un extremo de la mesa.

—Maestro Windu, pase, por favor —la voz de Geptun era débil, y la risita autodespectiva tenía un tono de fragilidad—. Parece que cometí un error de cálculo.

—Los dos lo cometimos —dijo Mace.

—Nunca sospeché que los Jedi pudieran ser capaces de semejante... salvajismo.

—Tampoco yo.

—¡La gente muere ahí fuera, Windu! Civiles. Niños.

—Si su preocupación por los niños hubiera incluido a los korunnai, ahora mismo no estaríamos aquí.

—¿Es eso? ¿Venganza? —el coronel se puso en pie de un salto—. ¿Es que los Jedi se cobran venganza? ¿Cómo puede hacer esto? *¿Cómo puede hacer esto?*

—Usted no es el único con subordinados poco fiables —dijo Mace con calma.

—Ah... —Geptun volvió a sentarse despacio en la silla y hundió la cabeza en las manos. Una risita débil y enfermiza le estremeció los hombros—. Ya comprendo. No le juzgué mal. Usted juzgó mal a su pueblo. Todo esto es un error de usted, no mío.

—Hay culpa de sobra para todos. Ahora lo único que importa es el poder para detenerlo.

—¿Y usted tiene ese poder?

—No. Lo tiene usted.

—¿Cree que no lo he intentado? ¿Cree que no tengo a todas las personas de esta estación trabajando para desactivar esos cazas? Mire eso... ¿Ve todo eso? —la voz de Geptun iba tomándose chillona. La sombra de una mano temblorosa se agitó hacia las imágenes de las paredes y el techo—. Esto son los sensores de tierra. Con conexión por cable. ¿Quiere ver los remotos?

Hundió el dedo en un control de la mesa. Las cuatro paredes y el techo pasaron a proyectar una cegadora nieve blanca.

—¿Lo ve? ¿Es que no lo ve? ¡Todos nuestros controles interferidores de señal también se hallan en el espaciopuerto! En el supuesto de que usted quisiera ordenar a sus pilotos que descendieran, no podría hacerlo. No podemos comunicarnos con ellos. Ninguno. Eso ya no está en nuestras manos... Estamos impotentes. Impotentes.

Geptun parecía pálido y desaliñado ante la luz blanca de las pantallas. Tenía los ojos rojos y ojerosos, y los labios hinchados como si se los hubiera mordido. Un sudor negro manchaba su camisa desde los sobacos al cinturón.

—Puede intentar una cosa más —dijo Mace.

—Ilumíneme.

—Rendirse.

Geptun se rió con amargura.

—Oh, desde luego. ¿Por qué no se me ocurriría eso? —meneó la cabeza—. ¿Rendirme a quién?

—A la República —dijo Mace—. A mí.

—¿A usted? Si es mi prisionero. Y me está haciendo perder el tiempo —le hizo una seña al teniente, con la mano temblorosa—. Llévenselos de aquí.

—Ya le han oído —empezó a decir el grandullón tras encogerse de hombros, pero acabó la frase con un repentino gañido de sorpresa y dolor cuando el sable láser que sostenía se encendió en su mano, extendió la hoja hacia abajo y le abrió un humeante agujero en el muslo.

Abrió las manos. Las pistolas cayeron al suelo y el sable láser voló hasta Mace.

—Se sujeta así —dijo Mace, con la siseante hoja colocada a un centímetro de la punta de la nariz del grandullón.

Los dos milicianos que tenían detrás lanzaron una maldición y movieron los rifles. Nick giró, dispuesto a enfrentarse a ellos, y extendió los brazos mientras sus pistolas volaban por el aire hasta pegarse a sus manos.

—No hagamos eso, ¿vale?

Los dos hombres, parpadeando y bizqueando al intentar fijar la mirada en un cañón distinto con cada ojo, decidieron asumir la mejor parte del valor. El teniente, pálido, se derrumbó contra la holopantalla que tenía detrás, aferrándose el muslo con una mueca de dolor.

—Estas son mis condiciones —dijo Mace con calma—. La milicia planetaria cesará de inmediato todas las operaciones en el paso de Lorshan. Usted me entregará los códigos de control de los cazas. Y como oficial militar de mayor rango y oficial de la Confederación, firmará una rendición formal entregando Haruun Kal y todo el sistema Al'har a la República.

—Coronel... —el gruñido del teniente estaba ahogado por el dolor—. Igual debería meditarlo. Piénselo. Todos los hombres... tenemos familias ahí fuera...

Geptun, lívido, se agarró al borde de la mesa.

—¿Y si no lo hago?

Mace se encogió de hombros.

—Entonces no salvaré su ciudad.

—¿Y cómo puedo confiar en que lo hará? ¿En que puede salvarla?

—Ya sabe quién soy.

Geptun temblaba, y no de miedo.

—¡Esto es extorsión!

—No —dijo Mace—. Es la guerra.

***

La rendición formal se redactó y firmó ante testigos y en la misma estación del Servicio de Inteligencia.

—Sabe que esto no tiene ninguna validez legal —dijo Geptun mientras firmaba y fijaba su sello retinal—. Firmo esta rendición bajo presión...

—La rendición siempre se hace bajo presión —comentó Mace con sequedad—. Por eso se llama rendición.

Mace utilizó el sistema de comunicaciones para preparar una serie de transmisiones que se emitirían en cuanto desapareciera la señal interferidora. La mayoría de las transmisiones eran simples órdenes a los diferentes batallones de la milicia para que depusieran las armas. De mayor importancia era un informe por HoloRed a Coruscant, con una copia del acuerdo de rendición adjunto a una petición urgente de unidades de la República. Si la República conseguía llegar antes de que 10 hiciera la Confederación no encontraría oposición en su aterrizaje. Mace esperaba tener el control de los cazas cuando desapareciera la señal interferidora. En ese momento estaría en posición de convertir el sistema Al'har en un lugar incómodamente peligroso para los separatistas, en caso de que llegasen primero.

Y en caso de que intentasen aterrizar, las defensas planetarias también se controlaban desde el espaciopuerto.

Sólo le quedaba controlar el espaciopuerto.

Tenían a su disposición el pelotón entero y la brigada del terracoche acorazado para escoltarlos por el caos que era Pelek Baw.

Geptun les hizo atravesar el perímetro de la milicia, que formaba un grueso arco entre los almacenes en llamas, y entonces Mace salió del terracoche

—Tú conduces, Nick.

Hizo salir a los demás milicianos. Geptun empezó a seguirlos.

—Usted no, coronel. Entre en el coche.

—¿Yo? —el viaje hasta el espaciopuerto había proporcionado tiempo a Geptun para recobrar la compostura: casi volvía a parecer su antiguo yo—. ¡No puede decirlo en serio! ¿Qué espera que haga?

—Transmitir los códigos de desactivación. Asegurarse de que nada salga mal.

—¿Y por qué debo hacerlo yo? ¿Qué estarán haciendo ustedes dos?

—Matar gente —repuso Nick, mirando hacia las puertas del espaciopuerto a través del parabrisas.

Geptun se le quedó mirando, pestañeando como si esperase el remate de un chiste.

—Suba al coche —dijo Mace.

—De verdad, digo, por favor, no sé qué clase de hombre se cree que soy yo...

—Creo que es usted un hombre muy inteligente —dijo Mace—. Creo que tiene más valor del que se cree. Creo que de verdad le importa esta ciudad y las personas que hay en ella. Creo que su cinismo es un fraude.

—¿Cómo...? ¿Cómo...? Esto es, de verdad, asombroso...

—Creo que si de verdad fuera usted tan venal y corrupto como pretende, ahora mismo estaría en el Senado.

La pasmada mirada de Geptun pendió en el aire todo un segundo de silencio, antes de dar paso a una brusca risotada. Rodeó el terracoche y entró por el otro lado, meneando la cabeza y riéndose todavía.

—Venga, joven, échese a un lado. Conduciré yo.

—¿Ah, sí?

—Usted tendrá que disparar contra gente, ¿no?

Nick miró a Mace, que se encogió de hombros, luego se deslizó al asiento del pasajero. Geptun ajustó el asiento del conductor hasta sentirse cómodo tras el mando de control.

—Supongo —dijo con un suspiro enormemente teatral— que estoy tan preparado para esto como puedo estarlo.

Mace encendió el sable láser.

Alzó el arma y se quedó un momento inmóvil, mirando su brillo como si pudiera leer su futuro en él.

Igual podía verlo.

Esa llama asesina podía ser el único futuro que le quedaba.

Dejó que cayera a un costado, pero la mantuvo encendida. Caminó hacia las puertas del espaciopuerto.

—Seguidme.

Geptun encendió los motores del terracoche y dejó que el vehículo acorazado rodara tras el paso deliberadamente lento del Maestro Jedi.

Las torres de turboláseres se alzaban a ambos lados de ellos. El chillido de las naves de combate cortando el aire, el martilleo de las armas y las explosiones de los edificios al explotar llegaban hasta ellos procedentes de la ciudad que tenían detrás, pero todo era silencio y quietud al otro lado de las barras de duracero de la puerta.

Mace llegó hasta la puerta y miró al centro de control situado al otro lado del desierto campo de aterrizaje.

Vacío. Silencioso. Vasto. Los focos arrojaban una luz blanca y fuerte.

Su sable restalló. El duracero cayó al permeocemento con un ruido metálico.

Mace entró en el espaciopuerto.

El terracoche rodó tras él.

No sabía lo que podía encontrar allí. Creía estar preparado para cualquier cosa. Y casi acierta.

Lo que no se esperaba era el crepitar del altavoz de un casco procedente de una escotilla situada a nivel de tierra en la torre turboláser de su izquierda.

—¡General Windu! ¿Es usted, general Windu?

Tres soldados se agazapaban en el umbral.

—Sí —gritó Mace.

—Permiso para acercarme, señor.

Les hizo una seña para que se acercasen, y llegaron corriendo. Se pusieron firmes en una fila perfecta.

—Con el permiso del general... ¡El sargento nos envía a comprobar si es usted, señor!

—Y lo soy. Yo.

—Dijeron que su nave había volado por los aires.

—¿Dijeron eso?

—¡Sí, señor! ¡Nos dijeron que había muerto!

—Todavía no —repuso Mace Windu.

***

Mace miró el liso duracero de la puerta acorazada mientras el capitán le ponía al día.

La puerta acorazada tenía un metro de grosor y estaba cerrada con cerrojos internos de neutronium. Su superficie era lisa y de apagado color gris mate. Un panel de códigos la abría desde fuera. Una rueda manual desde dentro. El panel de códigos era inútil cuando se empleaba la nada.

El búnker de mando era más seguro que muchas bóvedas del tesoro. Sólo lo vertiginoso de su ataque había permitido que Mace, Depa y los guardias akk llegaran a capturarlo. Los defensores no habían tenido tiempo de cerrarlo.

El pasillo, fuertemente iluminado, parecía irreal. Un pelotón completo de tropas de asalto se agazapaba sobre las baldosas blancas, formando un estrecho arco alrededor de la puerta acorazada, montando trípodes en el suelo y cargando las armas. Cuatro pelotones más esperaban en la reserva, dos en cada dirección del pasillo. Mace estaba parado ante la puerta. Geptun se sentaba en la carga de fusión de un repetidor pesado, aferrando su datapad blindado con nudillos blanquecinos. Nick estaba sentado en el suelo, junto ala puerta, apoyando la espalda contra la pared y con los ojos cerrados. Podría haber estado dormido.

El capitán, que tenía la designación CC-8/349, dijo a Mace que el regimiento no tenía comunicación con el búnker desde que les dieron la noticia de que habían matado al general. Eso fue poco después de que la Maestra Billaba ordenase que emplearan las naves del espaciopuerto para atraer el fuego de los cazas droides sobre la ciudad. Los demás soldados clon habían recibido la orden de permanecer atentos y preparados para repeler un asalto de la infantería miliciana.

Desde entonces no habían tenido comunicación alguna con el búnker. Nadie había entrado en él. Nadie había salido de él.

Mace tenía una idea muy clara de lo que debía parecer el búnker en ese momento. Demasiado clara.

Un impulso de poder oscuro se propagaba lor la ciudad como la onda expansiva de una bomba de fusión.

Tras esa puerta estaba el punto cero.

—Te hace preguntarte qué estarán haciendo ahí dentro —dijo Nick despacio, con los ojos aún cerrados.

—Esperar —dijo Mace.

—¿A qué?

—A ver si vuelvo —respondió, mirando el sable láser de su mano.

Nick pareció meditarlo. Abrió los ojos y se puso en pie. Se sacudió los brazos para aflojarlos y enganchó los pulgares en el cinturón de las cartucheras.

—Entonces, supongo que no debemos decepcionarlos.

Mace frunció el ceño ante las pistolas de cartuchos enfundadas en los muslos de Nick.

—Deberías coger un láser.

—Estoy bien con éstas.

—Los láseres son más precisos. Tienen más poder de contención —la voz de Mace era seca—. Más disparos.

Nick sacó el arma de su derecha y le dio la vuelta, como admirándola por primera vez.

—Lo que tienen los cartuchos es que sólo van en una dirección —dijo con distensión —. Los láseres están muy bien y son muy útiles, pero no me apetece mucho comerme mi propio disparo. Los cartuchos no rebotan.

—Sí contra un vibroescudo.

—No contra un sable láser —repuso Nick, encogiéndose de hombros.

Mace agachó la cabeza. No tenía respuesta.

El peso enfermizo que llevaba tanto tiempo acumulándose en su pecho amenazaba con aplastarlo.

—Capitán Cuatro-Nueve —dijo despacio—. De ahí no saldrá nadie que no seamos nosotros. ¿Me ha entendido? Nadie.

—General, deberíamos entrar nosotros primero.

—No.

—Que el general me disculpe, pero estamos para eso.

—Su propósito es luchar. No morir inútilmente. Cuando luchamos en Geonosis, el Maestro Yoda sabía muy bien que no se debía enviar soldados contra un único enemigo usuario de la Fuerza; en ese búnker puede haber hasta siete.

—Ocho.

Mace miró a Nick, que se encogió de hombros.

—Sabes que es verdad.

El Maestro Jedi apretó la mandíbula.

—Ocho.

Volvió a dirigirse a CC-8/349.

—Yo entraré primero. Sus hombres entrarán en cuanto yo lo ordene. Dos pelotones. Entren disparando. Acaben con todo lo que se mueva, pero no entren a buscar y matar. Estarán sólo para cubrir al coronel Geptun. Tomarán todas las medidas necesarias para protegerlo y asegurarse de que complete su misión. Su misión es el objetivo de esta operación, ¿entendido? Si fracasa, todo lo demás no importará nada.

—Sí, señor. Entendido, señor.

—Los demás se quedarán aquí para defender la puerta. Si hace falta. Y si pueden.

—Esto, ¿puedo interrumpir...? —repuso Geptun con una tos delicada—. ¿Ha pensado alguien en cómo vamos a entrar ahí?

—Tal y como hemos hecho todo lo demás —dijo Nick—. Por el método difícil.

—¿Perdón?

—Con cargas direccionales —le dijo Mace. Se volvió hacia el capitán de la tropa—. Granadas de protones. Vuelen la puerta.

—¡General...! —repuso CC-8/349, poniéndose firme—. Con el perdón del general, señor, ¡el comandante Siete-Uno sigue dentro! Con más de veinte hombres. Sin olvidar a los prisioneros, señor. Incluyendo los civiles. Si usamos granadas de protones, las bajas...

—En esa habitación sólo hay muertos —dijo Mace con gravedad—. Y las personas que los mataron.

A continuación se dirigió a Nick.

—Cúbreme la espalda desde la puerta.

El joven korun desenfundó la pistola de Chalk de la cartuchera izquierda, mantuvo las dos pistolas bajas y asintió en respuesta.

—Coronel Geptun.

El balawai gordito se puso en pie. Sujetaba el datapad bajo un brazo, pero continuaba agarrándolo con manos de blancos nudillos. Una de sus rótulas le dio un tirón y se estremeció, pero habló con voz tan alegre y firme como siempre.

—Estaré listo cuando usted lo esté. Maestro Jedi.

—No podré protegerlo ahí dentro.

—Qué bien.

—No usará la consola. La unidad transmisora-receptora está en una cámara situada bajo el búnker. Yo le proporcionaré acceso a ella. Quédese allí hasta que llame a los soldados.

—Muy bien. No tengo ninguna, ah, prisa, ya me entiende. Nunca he sido nada que se pareciera remotamente a un héroe.

—La gente cambia —dijo Mace con trágica convicción.

Encendió su arma y la sostuvo con ambas manos.

—Que la Fuerza nos acompañe.

Miró a CC-8349.

—Muy bien, capitán. Vuele la puerta.

CAPÍTULO 23

EL MÉTODO DIFÍCIL

Un humo grasiento se elevaba de la destrozada puerta acorazada. Apestaba a sangre, carne y heces humanas.

El olor de la muerte.

Mace, pando junto a la puerta, esperaba a que se despejase el humo.

El búnker de mando estaba oscuro como una cueva. La única luz era el haz blanco que se colaba desde el agujero que antes había sido la puerta. El interior se materializó como si adquiriera lentamente sustancia, arrancándosela a la misma luz.

Había cuerpos por todas partes.

Apilados en las paredes. Envolviendo las consolas de los monitores. Bocabajo, en el suelo, sobre negros charcos.

Algunos llevaban armaduras de combate. Algunos uniformes caqui de la milicia. Algunos ningún tipo de uniforme.

A algunos les faltaban pedazos.

La hoja de Mace siseó en el humo cuando entró.

Un sable láser es un arma especialmente pulcra. Incluso piadosa en cierto sentido. Su poderosa cascada de energía corta y cauteriza al instante cualquier herida. Sus heridas rara vez sangran. Es un arma limpia.

Un vibroescudo no.

El suelo del búnker de mando estaba traicioneramente resbaladizo.

Mace pisaba con cuidado. Tras él, Nick resbaló en el umbral y apoyó la espalda contra la pared.

Todo era silencio y muerte. Era un mundo muy diferente a la locura del exterior. Lo del interior era una locura mucho más tenebrosa.

Tan tenebrosa que le parecía estar ciego.

—Depa —dijo en voz queda—. Kar. Salid. Sé que me estáis observando.

La respuesta que obtuvo fue un sedoso gruñido de depredador que parecía proceder de todas partes a la vez.

No tenemos por qué ser enemigos.

Mace alzó su hoja y se movió precavidamente, rodeando las ruinas del banco de monitores más cercano a la puerta.

¿Acaso no estamos en el mismo lado? ¿No hemos ganado el planeta para ti?

En la Fuerza, Mace buscó un vacío bajo sus pies que pudiera contener el transmisor-receptor. Tenía cuidado con cada paso que daba, buscando apoyar el pie con solidez en el suelo antes de dar el siguiente.

¿De verdad quieres luchar contra nosotros? Somos parientes, tú y yo. Somos tu pueblo.

—Nunca fuisteis mi pueblo —repuso Mace sin emoción—. Un hombre como tú siempre será mi enemigo, al margen del bando en que estés. Y yo siempre te combatiré.

¿Por qué te llaman Maestro? Sólo has conseguido ser maestro en futilidad. No puedes ganar.

—No tengo por qué ganar. Lo único que debo hacer es luchar.

Un ladrido grave fue el único aviso que obtuvo.

Las pistolas de Nick rugieron contra una forma oscura que saltó salida de ninguna parte. Chispas resonaron en la penumbra cuando Mace giró instintivamente y dio un mandoble contra la forma, que se desvaneció en una zambullida que la llevó hasta el banco de consolas, antes de que el Maestro Jedi pudiera llegar a ver lo que era.

No lo había sentido venir.

Poder oscuro se arremolinaba a su alrededor.

Dejó que su hoja se encogiera, y se acuclilló entre dos consolas con el corazón martilleándole el pecho.

—¿Nick? ¿Le has dado?

—Creo que no —la voz de Nick le llegaba en un tenso hilo—. Sonó como si parara los dos proyectiles con los escudos. ¿Y tú?

Mace olió el humo: carne chamuscada.

—Puede que sí. Al menos una parte de él.

—¿Viste de dónde salió?

—No. Creo... —el aliento de Mace siseó entre sus dientes—. Creo que se esconden entre los cadáveres. Manténte atento.

—Ya puedes creerlo.

El gruñido grave se tomó burlón.

Tu Fuerza no puede ayudarte aquí. Aquí sólo hay pelekotan. Y sólo somos el sueño del pelekotan.

Mace se arrastró en silencio por el banco de consolas.

No me sentiste venir. No puedes.

—Ese no eras tú —dijo Mace en voz baja.

Sí que lo era. La séptima parte de mi ser.

Disculpa, era una octava parte.

Podía sentir la cámara del transmisor, a dos metros de distancia al otro lado de ese banco de consolas. Su techo empezaba a metro y medio bajo el suelo.

La has perdido. La has perdido ante el pelekotan. La has perdido ante el sueño del pelekotan: un mundo libre de balawai.

—Aquí todos somos balawai —musitó Mace.

Encendió el sable a la longitud justa para poder hundirlo en la pared situada tras la mesa de consolas bajo la que se agazapaba, y abrir un agujero lo bastante grande como para atravesarlo a rastras. Liberó la pieza cortada y la depositó en el suelo.

Al otro lado de la mesa había un grupo de clones muertos. Cuatro. Tuvo que arrastrarse sobre ellos.

Alguien les había quitado el casco. Tenían los ojos abiertos.

La cara muerta de Jango Fett le miró cuatro veces.

Los ojos muertos se clavaron en él y sólo vieron su culpa.

Siguió moviéndose.

El lugar que buscaba estaba justo delante de él. Mace consiguió apartar la atención de los clones muertos y se quedó congelado en el sitio.

Alguien había agujerado ya el suelo. Ennegrecidos trozos del blindaje del búnker de mando rodeaban una fosa del tamaño de un hombre que ya tenía casi un metro de profundidad. A su lado, una forma delgada envuelta en una harapienta túnica marrón yacía encogida en el suelo.

Ella aún tenía el sable láser en la mano.

Su corazón cantó por un alegre instante. Ella se le había adelantado. No había caído en la oscuridad, todo había sido una representación, ¡una representación! Había estado agujereando el suelo para ayudarlo...

Pero sólo fue por un instante. Sabía que no era así.

Claro que se había anticipado a él. Sabía todo lo que había que saber sobre su forma de actuar. Sabía con precisión cuál sería su objetivo, y no se había estado abriendo paso hasta la cámara de abajo para ayudarle a activar el transmisor-receptor-receptor.

Buscaba destruirlo.

Daba la impresión de que la granada de protones la había alcanzado justo a tiempo. No parecía respirar. En el cegador remolino de poder oscuro que llenaba el búnker no podía sentir si aún seguía con vida.

Te has vuelto muy silencioso, dôshalo. ¿Crees que el silencio podrá salvarte? ¿Crees que no poder sentirme implica que yo no puedo sentirte a ti?

Demasiado cansancio, demasiado dolor. En su corazón ya no había sitio para nada más.

Ya la lloraría luego. Ahora, mirando al cadáver, sólo sintió un vago alivio melancólico por no haber tenido que matarla él mismo.

¿Crees que puede haber algo de ti que no sepa?

—Creo que si fueras todo lo que dices ser, yo ya estaría muerto.

Rodó por el suelo, se detuvo agazapado ante el borde del agujero y miró hacia él. Ella casi había hecho el trabajo. Podría rematarlo de un solo golpe.

Tú todavía no eres mi presa.

—¿No? ¿De quién soy presa, entonces?

La respuesta a su pregunta fue el emisor de un sable láser apretado contra su vientre.

Mace tuvo tiempo de pensar sin comprender: *Oh. No estaba muerta. Fingía*.

—¿Depa...?

Ella gritó al conectar la hoja. Y siguió gritando mientras su fuego verde horadaba un túnel en las tripas de Mace y sobresalía por su espalda como una lanza. Su mano cogió instintivamente la de ella, manteniendo la hoja donde estaba, contra su cuerpo, para que no pudiera matarle al desplazarla de lado. Encendió su propia hoja...

Pero no pudo golpearla. Ni siquiera entonces. No allí. No tan cerca que podía besarla. No mientras el grito de ella aumentaba para convertirse en un chillido. No mientras tuviera que mirar a sus desorbitados ojos sin ver en ellos ni odio ni rabia, sino desnuda agonía.

Iba a tener que hacer las cosas por el método difícil.

Golpeó el agujero que había junto a ellos, cortando una elipse torcida de placa de blindaje que se hundió en la oscuridad de abajo y golpeó un suelo invisible.

—¡Geptun! —rugió—. ¡AHORA!

***

Fogonazos de un combate.

...Sombras entrando en el búnker mientras enjambres de aullantes rayos láser azul eléctrico rebotaban en las paredes, haciéndolas jirones...

...Una inundación de soldados dispersándose en oleadas desde la puerta, con armas que goteaban energía del color del relámpago, y con Geptun en medio de ellos. corriendo con la cabeza gacha, acunando el datapad en los brazos como si fuera un bebé...

...Un zumbante escudo de plateada llama que cortaba un rifle láser para que explotase y se llevase consigo las manos del soldado...

Esas imágenes se grabaron a fuego en el cerebro de Mace mientras luchaba por su vida contra la mujer que debía haber sido su hija.

Alzó el sable del agujero y giró la muñeca para que el movimiento le permitiera golpear a Depa en la sien con la culata del arma. Los dedos de ella se soltaron de la placa activadora de la hoja, que se encogió a través del cuerpo de Mace. Ella lanzó un aullido y le golpeó en la cuenca del ojo con la mano libre, pero Mace puso el pie entre los dos y la apartó de su lado con un potente empujón.

Ambos dieron una voltereta hacia atrás en el aire y aterrizaron con los pies colocados formando un reflejo perfecto, y con las hojas trazando idénticos movimientos cortantes, casi demasiado rápidos para la vista.

Los disparos láser aullaban a su alrededor. El aire crepitaba con los rayos y las descargas de energía. Sus hojas titilaron y se agitaron. Y ningún rayo tocó sus carnes.

Nunca separaron los ojos el uno del otro.

Algo se había retorcido en las tripas de Mace al dar la voltereta hacia atrás. El humo ascendía desde el agujero de su vientre. Podía olerlo, pero no sentía dolor. Todavía no. Su hoja zumbó en el aire.

La de ella zumbó más deprisa. Avanzó hacia él.

Los mandobles no se interrumpieron nunca. No se interrumpían nunca, fluían y se encadenaban uno con otro con precisión líquida.

Ese entretejido constante y casi invisible de energía letal es la posición preparatoria del vaapad.

—Depa —dijo Mace desesperado—. No quiero combatir contigo. Depa, por favor...

Ella saltó contra él, gritando sin palabras. Mace no podía saber si le había oído. No podía saber si el lenguaje aún significaba algo para ella.

Y entonces la tuvo encima, y todo su mundo se tornó verde fuego.

***

Veinticuatro soldados entraron en el búnker formando una cuña alrededor del coronel Geptun. Nick Rostu mantuvo la espalda pegada a la pared mientras contemplaba cómo morían.

Los guardias akk saltaban, sobrepasándolos, y un clon caía con cada salto. Los clones no se pararon ni titubearon; disparaban las carabinas láser desde la cadera, abriéndose paso hacia delante y pisando los cadáveres de sus camaradas.

Y no sólo murieron clones.

La Fuerza tiró de Nick, que movió una pistola y disparó sin pensar. El guardia akk que saltaba hacia él dio un giro, y el cartucho arrancó chispas de su escudo. Pero en cuanto distrajo su atención cayó contra el cañón del DC-15 de un soldado, y energía azul brotó de su espalda.

Ese guardia akk había sido un hombre al que Nick conocía, como conocía a los demás. Este se llamaba Prouk, y le gustaba jugar. Una vez había perdido sesenta créditos apostando contra Nick, y los había pagado.

Otro tirón en la Fuerza y otro disparo acabó con la rótula de un guardia akk, que se derrumbó sobre un soldado moribundo que aún conservaba vida suficiente como para apretar el gatillo de su carabina y hacer trizas al guardia akk.

Era el guardia al que Mace había roto la nariz. Se llamaba Thaffal.

Nick iba a hacer su siguiente disparo cuando una enorme sombra se alzó ante él. No la había visto venir al estar concentrado en la Fuerza.

—Oooops —dijo Nick.

Este se llamaba Iolu. Una vez había salvado la vida a Nick durante un tiroteo. Hacía mucho tiempo.

—Hola, Nick —dijo Iolu, y dirigió el siseante borde del escudo hacia su cuello.

***

La hoja de Depa estaba por todas partes.

Mace retrocedió, bloqueando frenéticamente los envites, absorbiendo el impacto de sus ataques con brazos doblados y cogiendo el sable con ambas manos. Era más alto que ella, tenía más peso y alcance, y mucho más músculo en la parte superior del cuerpo; pero ella le estaba haciendo retroceder como si fuera un niño. Una llama verde se abrió paso entre las defensas de Mace, y sólo un movimiento frenético de la cabeza convirtió lo que pudo haber sido una estocada que le atravesara el cerebro en una quemadura en la mejilla.

Pero siguió sin contraatacar.

—No te mataré. La muerte no es la solución a tu dolor.

La respuesta de ella fue gritar aún con más fuerza y salvajismo, y con un embate a la altura. Volvió a romper sus defensas y le chamuscó la muñeca. Otro golpe le cortó la pernera del pantalón, justo encima de la rodilla.

El poder rugía alrededor de ella como una tormenta de oscuridad.

Mace lo entendió entonces: cada guardia akk que moría hacía que su parte de pelekotan retornara a los demás a través de los lazos que Vastor había forjado entre ellos.

Ella se estaba haciendo más fuerte.

Era como si cada golpe de su sable fuera sumiendo a Mace más y más en las sombras. No le quedaba más remedio que dejarse llevar. Ella era demasiado fuerte, demasiado rápida, demasiado de todo. La única manera que tenía de sobrevivir era entregarse más y más al vaapad. Entregarse por completo.

Sumirse en el sueño del pelekotan.

Mace lo sintió: había alcanzado su propio punto de ruptura. Y se estaba desmoronando.

***

El vibroescudo refulgió hacia su cuello.

Nick dobló las rodillas y se inclinó hacia atrás como un arco tensado. El puño de Iolu rozó la nariz de Nick cuando el vibroescudo horizontal pasó sobre su inclinado rostro y mordió la pared con tanta suavidad que también la golpearon los nudillos del guardia akk. El inesperado impacto aflojó la presión en el activador del vibroescudo, y su zumbido murió, dejándolo clavado en la pared.

Antes de que Iolu pudiera arrancarlo. Nick pegó la boca de la pistola contra el codo extendido del guardia akk.

El cartucho no llegó a arrancarle el brazo.

Iolu se tambaleó, aturdido.

La pistola de Chalk se alzó en la otra mano de Nick y se colocó bajo la barbilla de Iolu.

—De todos modos, nunca me caíste bien —comentó Nick, y apretó el gatillo.

El cadáver cayó contra él. Su destrozado brazo se liberó de las correas del vibroescudo. Nick se lo quitó de encima, buscando otro objetivo, y el guardia muerto se deslizó pared abajo.

Geptun no estaba a la vista. Estaría muerto o trabajando en el transmisor-receptor. En tambos casos, lo único que le quedaba por hacer, aparte de luchar, era esperar.

Un grupo de soldados clon se mantenía codo con codo, disparando desesperadamente contra un único guardia akk que saltaba, giraba y asesinaba con precisión demoníaca.

No. No era un guardia akk.

Era Kar Vastor.

Nick levantó el arma de Chalk.

—Esto es por ella, montón de escoria —musitó—. Tú tampoco me caes bien.

Pero la pistola le pesaba demasiado como para sujetarla con firmeza. Y la suya también parecía haber ganado una docena de kilos.

—¿Qué puñetas...?

Sus rodillas parecían de trapo.

Miró al cadáver de Iolu. El otro escudo, el que continuaba colgando silencioso de su brazo muerto, tenía manchas de brillante rojo. Que goteaban.

—Oh —dijo Nick.

Bajó la mirada. Una enorme rasgadura diagonal le abría la túnica por el abdomen, y tenia las piernas empapadas en sangre. Volvió a desplomarse contra la pared.

—Oh —volvió a decir—. Oh, rayos.

***

Y al final resultaba que sólo estaba demasiado cansado. Demasiado viejo.

Demasiado herido.

Mace sintió a través de la conexión en la Fuerza que le unía a Nick que el joven korun se desplomaba. Algo se rompió en su cabeza, y todas sus propias heridas se le vinieron encima.

Cada corte y magulladura, cada hueso roto y articulación torcida, la mordedura del hombre y el agujero en las tripas... Todas ellas florecieron en gritos silenciosos.

El sable láser empezó a pesarle, y sus brazos se movieron con más lentitud. Ella le quemó el pecho con un tajo y se tambaleó.

No había acabado con su espíritu de lucha. Ni siquiera lo tenía muy lejos. Podía sentir dónde estaba. Podía llegar hasta él y tocarlo. Le estaba esperando en la oscuridad.

***

Lorz Geptun temblaba de forma incontrolable. Procuraba no escuchar al estruendo de los disparos láser, que iba disminuyendo mientras él estaba agachado en la estrecha cámara ocupada por el transmisor-receptor del tamaño de un frigorífico. Cada pistola que se silenciaba era un hombre menos para proteger su vida.

Las manos le temblaban tanto que apenas podía apretar las teclas del código que sellaba la funda blindada de su datapad. Cuando por fin lo abrió, tuvo que palpar en la oscuridad, negra como la tinta, para encontrar el puerto de enlace del transmisor-receptor. Sus temblorosas manos hicieron que insertar la conexión con el datapad fuera como enhebrar una aguja con los pies, pero lo consiguió.

Tecleó la secuencia de retirada de los cazas droides con un jadeo de triunfo.

No pasó nada.

Un momento después, la pantalla de su datapad anunciaba:

"FALLO CME: NO SE PUEDE EJECUTAR. FALLO CME."

CME: Contra-Medida Electrónica.

La señal interferidora seguía conectada.

***

Mace sintió en la Fuerza la desesperación de Geptun. Como un regalo.
Otro hombre hasta podría haber sonreído.
Echó una última mirada a la oscuridad que lo llamaba...
La oscuridad de su interior reflejaba la del exterior...
Y se apartó de ella.
Dejó que su arma se replegara y dejó caer los brazos a los costados.
Depa se dispuso a matar.
Mace retrocedió.
Ella saltó hacia él, moviendo el sable, y él se echó a un lado. Ella reanudó su ataque y él retrocedió por encima de los cadáveres y por entre los despojos de los bancos de consolas agujereados por disparos, hasta que chocó contra una consola que aún funcionaba. Luces indicadoras lanzaban destellos como ojos de androides en la oscuridad.
La hoja de fuego verde giró, se detuvo en posición y golpeó.
El se derrumbó a propósito.
Cayó al suelo, a los pies de Depa, y ésta, en vez de traspasarle el cráneo con el sable láser, partió en dos la consola que tenía detrás. Los cables escupieron chispas azules en la abertura quemada.
Era la consola que controlaba el equipo interferidor del espaciopuerto.
Abajo, en la sala del transmisor-receptor, Geptun miró la pantalla de su datapad con asombrada reverencia, consciente de que se le había concedido, de forma inesperada, una gracia inmerecida.
Ponía: "ORDEN EJECUTADA".
En los cielos de Pelek Baw, mientras las cumbres nevadas de Los Hombros del Abuelo se caldeaban con los primeros rayos rojizos del alba, los cazas droides abandonaron la lucha contra las naves pilotadas por clones y volvieron a las profundidades el espacio.
En el búnker de mando, el remolino de poder oscuro ascendió, se detuvo y empezó a remitir.
Mace seguía en el suelo. No creía poder levantarse.
Depa se le quedó mirando con el rostro iluminado de verde jungla por el brillo de su hoja, y un único punto de luz pareció traspasar la oscura locura de sus ojos.
—Oh, Mace...
Su voz era un gemido de asombrado dolor. La hoja de su sable láser se apagó, y sus brazos cayeron flojos e impotentes a los costados.
—Mace. lo siento... Lo siento tanto...
Él consiguió alzar una mano para cogerla.
—Depa...
—Mace, lo siento —repitió ella, y alzó el sable láser para poner el emisor contra su propia sien—. No debimos venir aquí.
—¡Depa, no!
Mace descubrió que tenía fuerzas para levantarse, para mantenerse en pie, y hasta para saltar hacia ella; pero estaba agotado y herido, y se movía con demasiada, demasiada lentitud.
Ella apretó la placa activadora.
Un único chasquido agudo, como una palmada, sonó detrás de él, y una chispa voló del metal del sable láser de Depa, arrancándoselo de la mano.
El arma giró ociosamente en el aire hasta caer entre los restos.

Ella pestañeó aturdida, como si no pudiera comprender por qué seguía con vida, y se derrumbó contra el suelo.

Mace se volvió hacia el origen del sonido.

Nick Rostu sonreía al otro lado del humeante cañón de su pistola, sentado junto al cadáver de un guardia akk, con la espalda apoyada en la pared y la otra mano apretada contra su pecho para mantener cerrada una horrible herida.

—Te lo dije...

—Nick...

—Te dije que sabía disparar... —repuso. Sus dedos se abrieron, y la pistola cayó al suelo. Su mano cayó sobre ella, y los ojos se le cerraron.

—Nick, yo...

El joven korun ya no podía oírle.

—Gracias —dijo Mace en voz queda.

Se removió, y tuvo que apoyar una mano en la destrozada consola de comunicaciones para enderezarse.

El búnker volvía a estar silencioso, oscuro y lleno de muerte.

Silencioso salvo por un gruñido grave.

***

El gruñido procedía de una forma oscura que brotó entre los cuerpos como los hongos en un cadáver.

Bueno, dôshalo. Aquí estamos. Por última vez.

—Es posible.

La forma humeaba poder. Más poder del que Mace había sentido nunca.

Y él estaba tan cansado. Tan herido. La herida de sable láser de su vientre irradiaba dolor y le despojaba de sus fuerzas.

La sombra le hizo señas.

Venga, vamos, con las reglas de la jungla.

—Todo lo contrario —dijo Mace despacio—. Con reglas Jedi.

¿Cuáles son las reglas Jedi?

—No tienes por qué saberlas. No eres un Jedi.

Los vibroescudos gimieron con vida.

Te estoy esperando, Jedi de los Windu.

Mace extendió una mano, y su sable láser la encontró.

Permaneció inmóvil, esperando.

Temes atacarme

—Los Jedi no tememos nada —dijo Mace—. Y no atacamos. Mientras tú te mantengas en paz, también lo estaré yo. Acabas de aprender dos reglas Jedi. Para lo que te van a servir. No has estado prestando mucha atención, Kar. Y ya es demasiado tarde para empezar a prestarla. Esto se ha acabado.

¡No se ha acabado NADA! No mientras sigamos con vida.

—Aquí tienes otra regla Jedi —Mace dio unos pasos hacia un lado, y encontró una parte de suelo en la que no temiera tropezar con un cuerpo—. Cuando se combate a un Jedi, se pierde de antemano.

La forma oscura se acercó aún más.

Bonitas palabras de un hombre al que ya he vencido antes.

—Se ha ordenado a los cazas que se retiren. La ciudad seguirá en pie. Se han rendido a la República. No tenemos motivos para luchar.

Los hombres como nosotros somos nuestro propio motivo.

Mace negó con la cabeza.

—Esta no es una pelea para ver quién es el perro más grande. Te haré daño si me obligas. Y mucho.

No puedes venirme con faroles.

—No, pero puedo matarte. Aunque preferiría no hacerlo.

¿Son más reglas Jedi?

Mace se desplomó.

—¿Piensas moverte alguna vez? Estoy demasiado cansado para esto.

Ya dormirás cuando estés muerto, ladró Vastor, y saltó hacia él.

El ultracromo lanzó un destello. Mace podía haber salido a su encuentro, enfrentar su hoja a los escudos; pero, en vez de eso, se echó a un lado.

No tenía ninguna intención de combatir a ese hombre. No aquí y ahora. Ni en ninguna parte. Nunca.

Vastor era más joven, más fuerte, más rápido e inmensamente más poderoso, y usaba armas contra las cuales la hoja Jedi no servía de nada. Mace no podría ganar una batalla semejante ni en su mejor día, y este día estaba lejos de ser de sus mejores. Estaba agotado, malherido y con el corazón dolorido.

Pero aunque su sable láser no podía mellarlos, esos escudos no eran invulnerables.

Cuando Vastor se disponía a saltar, Mace buscó en la Fuerza. El vibroescudo enterrado en la pared sobre la cabeza de Nick chirrió contra las paredes del búnker al cobrar vida, y fue arrancado y disparado como un misil hacia la espalda de Vastor.

Los increíbles reflejos de Vastor le hicieron girarse, y esos mismos reflejos le permitieron poner sus propios escudos contra el pecho con tiempo suficiente para bloquear el objeto...

Pero no llegaron a bloquear nada...

Los escudos de Vastor emitían ese aullido metálico cada vez que los juntaba por un motivo: siempre los juntaba dorso contra dorso, en vez de filo contra filo.

El borde vibratorio del escudo volante se abrió paso a través de los dos escudos de Vastor, a través de sus muñecas, y se enterró en el hueso del pecho, parándose a menos de un centímetro del corazón.

Vastor, asombrado, pestañeó hacia Mace como si el Maestro Jedi le hubiera traicionado.

—Te lo advertí —dijo Mace.

Vastor negó débilmente con la cabeza, repentinamente espasmódica, y se dejó caer sobre las rodillas.

Me has matado.

Sonaba como si ni él mismo pudiera creérselo.

—No —dijo Mace—. Esa es otra regla Jedi. Matarte no es la respuesta a tus crímenes. Irás a Coruscant. Irás a juicio.

Vastor se tambaleó. Su mirada se tornó vacía y ciega.

—Kar Vastor —dijo Mace Windu—, quedas arrestado.

***

Vastor se desplomó hacia delante. Mace lo cogió y lo puso boca arriba antes de depositarlo inconsciente en el suelo.

Entonces volvió a ponerse en pie, apoyándose en la consola.

La visión se le oscurecía y desenfocaba. Por un momento no estuvo seguro de dónde estaba. Podía estar en el despacho de Palpatine, en la sala de interrogatorios del

Ministerio de Justicia, en la estación del Servicio de Inteligencia o en la Sala de la Muerte del paso de Lorshan.

Puede que hasta en el Templo Jedi..., pero el Templo Jedi no olería nunca así.

¿Verdad?

—¿Maestro Windu?

Recordaba esa voz, y eso le devolvió al búnker de mando.

—¿Ha acabado ya? —Geptun llamaba desde la cámara del transmisor-receptor. Sonaba muy viejo, y algo más que un poco perdido—. ¿Puedo salir va?

Mace miró a Kar Vastor y al creciente charco de sangre en el que yacía. Miró los cuerpos dispersos de soldados clon y de técnicos de la milicia. Miró a Nick Rostu, desplomado contra la pared.

—¿Maestro Windu? —Geptun asomó la cabeza despacio por el borde del agujero del suelo—. ¿Hemos ganado?

Mace miró a la triste y encogida forma de Depa Billaba y pensó en sus condiciones para la victoria.

—Parece que soy el único que sigue en pie —dijo despacio Mace Windu.

Era la única respuesta que tenía.

Epílogo

La guerra de los Jedi

DE LOS DIARIOS PRIVADOS DE MACE WINDU.

Sigo soñando con Geonosis.

Pero ahora mis sueños son diferentes.

Menos de cuarenta y ocho horas estándar después de arrestar a Kar Vastor llegó un destacamento de la República para tomar posesión de Haruun Kal y del sistema Al'har. Al parecer, los habían enviado con anterioridad, en respuesta a una llamada de auxilio del comandante en funciones del *Halleck*.

Aterrizaron sin encontrar oposición alguna.

La República no ocupará Haruun Kal. Empleando mi autoridad como general del Gran Ejército de la República, recalifiqué la Tierras Altas de Korunnal. Ya no es territorio enemigo, y Haruun Kal ha dejado de ser zona de guerra. El Senado ha seguido mis recomendaciones y ha declarado que las operaciones de combate en Haruun Kal son acciones policiales.

Porque he decidido tratar la Guerra del Verano como si fuera un problema de mantenimiento de la ley.

Es lo que debería haber sido desde el principio, si los intereses financieros que hay tras el comercio de corteza de thyssel no hubieran comprado a algunos senadores y coordinadores judiciales del sector.

Estamos desarmando a los exploradores selváticos y a las bandas de guerrilleros korunnai que quedan. La cosa marcha sorprendentemente bien. Los *jups* tienen un miedo atroz a los soldados de la República, y las bandas de korunnai están demasiado agotadas y enfermas. En cuanto comprenden que no se les tratará mal, la mayoría se limitan a rendirse. Se están investigando todas las acusaciones de atrocidades. Los responsables a los que se pueda identificar serán juzgados y castigados.

La milicia planetaria sigue existiendo, pero de una forma muy reducida. Los regulares de la milicia se convertirán ahora en lo que siempre debieron ser.

Guardianes de la paz. No soldados.

Muchos de ellos se han presentado voluntarios al Ejército de la República.

Incluyendo, de forma inesperada, el coronel Geptun.

No se le ha acusado de ningún crimen. La gran mayoría de las atrocidades cometidas contra los korunnai fueron obra de exploradores selváticos, no de milicianos. Hasta su amenaza de una masacre en el paso de Lorshan resultó ser un farol. No había ordenado nada semejante. De hecho, las reglas de reclutamiento de la milicia prohíben expresamente el ataque contra civiles.

No sólo le he recomendado para que sea aceptado en el Gran Ejército de la República, sino que ya he redactado su traspaso a las oficinas del Servicio de Inteligencia.

Vamos a necesitarlo.

Nick —o debería decir el mayor Rostu— continúa convaleciente aquí, en un centro médico de Coruscant. No sé si podré mantener mi promesa de ofrecerle un trabajo en el cual pueda enseñar tácticas de guerra no convencionales, pero no tengo ninguna duda de que podremos encontrarte algo. Ya he enviado una recomendación al Senado para que le confirmen el rango.

Y para que se le conceda la medalla al valor por notable valentía en combate y por actos más allá del simple cumplimiento del deber.

También he realizado una petición póstuma para Chalk. Su verdadero nombre, que he descubierto hace poco, era Liane Trewal, y ese nombre

aparecerá en los registros del Senado. También he solicitado que se la considere candidata a recibir la misma medalla.

No tengo otra forma de expresar mi respeto por la persona que era.

Su gran akk, Galthra, ha desaparecido. Cuando muere el compañero en la Fuerza de un akk es costumbre sacrificar al animal, pues no es raro que los akk que han perdido a su compañero se vuelvan locos y salvajes.

Galthra se perdió en la jungla. Espero que no salga de ella.

Vamos a reconstruir Pelek Baw. El comercio de thyssel da demasiado dinero como para permitir que su epicentro permanezca mucho tiempo en ruinas. Las bajas...

Constan en otro lugar. Es una cantidad abrumadora.

Nadie en Haruun Kal olvidará nunca esa noche.

Kar Vastor se está recuperando de sus heridas. Le salvaron las manos y está aquí, detenido, en el Templo Jedi, donde su poder no puede afectar a sus carceleros.

No se le juzgará de inmediato por el asesinato de Terrel Nakay, sólo se le acusará de ello en el supuesto que se libre del cargo principal. Para juzgarlo, hemos revivido una categoría de crimen por el que no se juzga a nadie desde hace cuatro mil años, desde los tiempos de las Guerras Sith.

A Kar Vastor se le acusa de crímenes contra la civilización.

Y Depa...

Depa afrontará los mismos cargos.

Algún día.

Si alguna vez se la declara competente para presentarse a juicio.

Tras leer mi informe sobre Haruun Kal, el Canciller Supremo Palpatine, con un gesto típicamente cálido y compasivo en él, buscó tiempo entre sus deberes más acuciantes para venir al Templo y ver personalmente a Depa.

Lo hizo acompañado por Yoda y por mí. Los tres permanecimos a solas en una oscurecida sala de observación, contemplando en la holopantalla cómo tres curanderos Jedi atendían a la pobre Depa. Estaba suspendida en un tanque de bacta. Tenía los ojos abiertos, ya que al estar sumergida en bacta no necesitaba pestañear, y miraba fijamente a través del transpariacero hacia algo que sólo podía ver ella.

Depa no ha dicho nada, ni se ha movido, desde que se derrumbó. Los mejores curanderos Jedi del Templo no consiguen encontrar ningún defecto orgánico en ella. El bacta le ha curado las heridas físicas, pero no puede tocar el resto.

Cuando los curanderos la tocan a través de la Fuerza, lo único que encuentran es oscuridad. Vasta y sin rasgos.

Depa está perdida en una noche infinita.

El Canciller Supremo la observó sólo uno o dos momentos, antes de suspirar y menear la cabeza con tristeza.

—¿Debo asumir que no hay progresos?

Yoda me miró con gravedad mientras yo forcejeaba para encontrar palabras con las que responder. Por fin, él suspiró y se apiadó de mí.

—Acabar con su vida intentó ella. Hundirse tanto en la desesperación como para no ver la luz muy trágico es. Pero allí seguirla no debemos. Aferrarnos a la esperanza debemos. Recobrarse quizá pueda. Algún día.

La verdad se abrió paso en mí, aunque quizá no debería haberlo admitido.

—Casi habría preferido perder el planeta, si así hubiera podido salvarla.

—¿Y sabe qué la hizo desmoronarse así? —Palpatine presionó la mano contra la holopantalla, corno si pudiera llegar hasta ella y acariciarle el pelo—. Creo recordar que uno de los objetivos de su misión en Haruun Kal era descubrir precisamente eso, pero su informe no ofrece ninguna conclusión definida.

Lo admití con lentitud.

—Sí. Lo sé.

—¿Y?

—Resulta difícil de explicar. Sobre todo a alguien que no es Jedi.

—¿Tiene algo que ver con la cicatriz de su frente? Donde estaba su... ¿cómo la llamó?

—La Marca Mayor de la Iluminación.

—Sí. ¿Donde estaba su Marca de la Iluminación? Me doy cuenta de lo doloroso que debe de resultarle esto, Maestro Windu, pero hágame el favor. Los Jedi son vitales para la supervivencia de la República, y la Maestra Billaba no es el único Jedi que hemos perdido en la oscuridad. Todo lo que podamos saber sobre lo que hace que uno caiga en la oscuridad es de incuestionable importancia.

Yo asentí.

—Pero no puedo ofrecerle una respuesta concreta.

—Pues, explíqueme entonces lo de la cicatriz. ¿Acaso la torturaron?

—No lo sé. Es posible. Pero también es posible que la herida fuera autoinfligida. Quizá no lo sepamos nunca.

—Es una pena que no podamos preguntárselo —murmuró Palpatine.

Pasaron varios segundos antes de que yo pudiera responder.

—Yo sólo puedo especular en términos generales, en función de lo que ella me contó y de mis propias experiencias.

Las cejas de Palpatine se arquearon.

—¿Las suyas?

No pude enfrentar su mirada. Cuando agaché la cabeza me encontré con la mirada de Yoda. Su sabio rostro arrugado estaba lleno de venerable compasión.

—Tú no caíste —dijo en voz baja—. De esto fuerzas sacarás.

Yo asentí y me descubrí nuevamente capaz de mirar al Canciller Supremo.

—Es la guerra —dije—. No sólo esa guerra, sino la guerra en sí; cuando cualquier decisión que se toma implica la muerte, cuando salvar inocentes significa que otros inocentes deben morir. No sé si algún Jedi podría sobrevivir mucho tiempo a ese tipo de decisiones.

Palpatine paseó la mirada de Yoda hasta mí. Su rostro era una máscara de compasiva preocupación.

—¿Quién habría supuesto que librar una guerra podría tener un efecto tan terrible en un Jedi? Incluso ganando —musitó—. ¿Quién habría podido imaginar algo así?

—Si —no podía dejar de estar de acuerdo—. ¿Quién habría podido imaginarlo?

—Preguntarnos debemos —dijo Yoda despacio—, si ésa la pregunta más importante de todas es...

A eso le siguió un silencio largo e incómodo que acabó rompiendo Palpatine.

—Ah, es una pena que las cuestiones filosóficas deban quedar para los tiempos de paz. Ahora debemos concentrarnos en ganar esta guerra.

—Es lo que hizo Depa —dije yo—. Y mire lo que le hizo.

—Ah, pero algo así nunca podría ocurrirle a, por ejemplo, usted —dijo Palpatine con calidez. Sus labios dibujaron una enigmática sonrisa—. ¿Verdad que no?

No le dije que si podía haberme ocurrido. Que casi me ocurre.

Estos días pienso mucho en eso. Pienso en Depa. En todo lo que ella me dijo.

Y lo que me hizo.

Pienso en la jungla.

Ella tenía razón en muchas cosas.

Tenía razón en lo del Jedi del futuro. Para ganar esta guerra contra los separatistas debemos renunciar a lo que nos hace Jedi. Si, pudimos ganar en Haruun Kal porque nuestro enemigo cedió ante el ímpetu de la monstruosa crueldad de Kar Vastor.

Los Jedi somos guardianes de la paz. No somos soldados.

Si nos convertimos en soldados, dejaremos de ser Jedi.

Pero, aun así, no desespero.

Ella también se equivocó en algunas cosas.

Porque ella se perdió al luchar en una guerra ajena. Estaba combatiendo al enemigo equivocado.

Los separatistas no son los verdaderos enemigos de los Jedi. Son enemigos de la República. Y será la República la que gane o pierda las batallas de la Guerra Clon.

Ni siquiera los Sith renacidos son nuestros enemigos. La verdad es que no.

Nuestro enemigo es el poder que se confunde con la justicia.

Nuestro enemigo es la desesperación que justifica la atrocidad.

El verdadero enemigo del Jedi es la jungla.

Nuestro enemigo es la misma oscuridad, la agobiante nube de miedo, desesperación y angustia que conlleva esta guerra. Que envenena nuestra galaxia. Por eso mis sueños de Geonosis son ahora diferentes.

En mis sueños, sigo haciendo las cosas como es debido.

Pero lo que hago en sueños es justo lo que hice en el circo.

Si las profecías son ciertas, si Anakin Skywalker es de verdad el Elegido, el que traerá el equilibrio a la Fuerza, entonces es el ser más importante que vive hoy en día. Y si él vive hoy es debido a que mis instintos Jedi funcionaron a la perfección.

Porque, entonces, el error que creí cometer en Geonosis no fue en absoluto un error.

Si hubiera hecho lo que Depa dijo que debí hacer, si hubiera ganado la Guerra Clon soltando una bomba de baradium en Geonosis, yo habría perdido la verdadera guerra. La guerra de los Jedi.

Anakin Skywalker puede ser el punto de ruptura de nuestra guerra contra la jungla.

Si lo es. Si Anakin es el ser que ha nacido para ganar esa guerra, dará igual si mueren todos los demás Jedi de la galaxia.

Mientras Anakin viva habrá esperanza. Por muy oscura que se ponga la situación, por muy perdida que pueda parecer nuestra causa.

Él es nuestra nueva esperanza de un futuro Jedi.

Que la Fuerza nos acompañe a todos.

FIN